

El Agente Secreto

Joseph Conrad

PRÓLOGO DE THOMAS MANN

Lectulandia

Detrás de la fachada de una tienda del Soho que vende mercancía un tanto dudosa vive Verloc con su mujer Winnie, la madre de ella y Stevie, el hermano de ésta. Verloc es un anarquista indolente que camufla sus actividades políticas bajo el velo de una vida doméstica y familiar.

De acuerdo con Vladimir, un siniestro diplomático, durante los últimos años Verloc ha hecho bien poco para merecerse ni la más mínima cantidad de dinero pagado por su embajada y ya va siendo hora de provocar a la clase media. Verloc acepta la misión de Vladimir y pone una bomba en el Observatorio de Greenwich. Pero, después de la explosión, Verloc se da cuenta de que ha destruido bastante más que la complacencia de la burguesía inglesa.

El agente secreto es, sin duda alguna, una de las grandes novelas del siglo xx. La descripción brillante del submundo del terrorismo, su ironía sin concesiones y la sátira negra sobre una sociedad moralmente corrupta es la culminación de muchas de las influencias de Conrad, incluyendo Dickens y Dostoyevsky.

Lectulandia

Joseph Conrad

**El agente secreto (trad. Jorge
Edwards)**

ePub r1.0

Titivillus 01.01.16

Título original: *The Secret Agent*
Joseph Conrad, 1907
Traducción: Jorge Edwards & Pablo Álvarez
Diseño de cubierta: Luz de la Mora
Fotografía de la cubierta: Getty Images
De la traducción: Jorge Edwards, 2006
De la traducción del prólogo: Pablo Álvarez, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esta historia sencilla del siglo XIX está dedicada con afecto al cronista del amor del señor Lewisham, al biógrafo de Kipps y al historiador de las edades futuras: H. G. WELLS



JOSEPH CONRAD

El agente secreto

Traducción de
Jorge Edwards

Prólogo de
Thomas Mann

JOSEPH CONRAD



EL
AGENTE
SECRETO

Prefacio

de Thomas Mann

En una ocasión ya escribí acerca de un caso similar. Entonces debía «presentar» la obra de un poeta alemán de nacionalidad francesa, y en particular la más afortunada de sus aportaciones, que había pasado al acervo popular: *Peter Schlemihl*. Aquí tenemos el equivalente de nuestros días, que es polaco-inglés para más señas; pero no pretendemos poner de manifiesto nuestra capacidad de seducción sino limitarnos a traducir. De todas formas, esto no debe hacer menguar nuestro disfrute de este hermoso y curioso caso, y queremos entregarnos a él con la misma admiración desprovista de envidia con la que nos presentamos ante la poesía alemana de Chamisso. El enamoramiento fortuito del modelo vital de otra nación, la emigración decidida y radical, la completa naturalización personal y espiritual en un ámbito extranjero, como si de la corrección por parte del intelecto humano de un error de la falible naturaleza se tratase, se repite al parecer con relativa frecuencia en la historia de la cultura y la poesía, y quien comparta la sana reverencia por lo natural con una ironía menos sana pero no por ello menos humana ante este elemento sin duda sagrado no sólo evitará la mueca disgustada con que se acoge una monstruosidad semejante, sino que constatará con satisfacción una liberalidad en lo nacional cuyo resultado no ha sido la pérdida de la cultura y la muerte intelectual, sino un logro intelectual admirado por todos los pueblos.

Es difícil establecer por qué un francés querría hoy trasladarse intelectualmente a la mentalidad alemana. En tiempos románticos, podía deberse simplemente al amor por la poesía. Éramos entonces el país de los poetas y pensadores. Ser poeta y escribir versos alemanes eran hasta cierto punto sinónimos; se sentía uno arrastrado a lo alemán en cuanto lo arrobaba la poesía, y Chamisso se hizo alemán para ser poeta alemán. El caso de Conrad es por sus características muy diferente, tanto desde el punto de vista nacional como temporal. El autor polaco no se hizo inglés para ser escritor inglés; según tengo entendido, en absoluto era ésa su intención. Fue para ser marino, «a Sailor», por el irresistible deseo de hacerse a la mar. Y aquí se emparentan de nuevo ambos casos, pues para ser marino, bien podría haber acudido a la marina francesa, rusa o alemana; lo inglés y lo marino debieron de identificarse para él en modo y grado similares a los de la poesía y el concepto alemán para el compositor de *Schlemihl*: en ambos casos el cambio de nacionalidad se debe a la pasión por la ocupación principal de otro pueblo, por el campo en el que ese pueblo en cuestión sobresale por encima de los demás; y las circunstancias nacionales y temporales

propiciaron que los motivos de Conrad para la conversión tuviesen un carácter mucho menos espiritual que los de Chamisso.

Aun así, resultaría anticuado y romántico acotar en exceso el aspecto espiritual y equipararlo al literario. El amor del autor polaco por lo marino, que para él era lo inglés, tuvo que estar ligado desde un principio a una profunda simpatía por la esencia inglesa, por la actitud y el carácter vital inglés, por la entonación y el verbo, una pasión semejante no prende de buenas a primeras sin un estímulo lingüístico e intelectual. En última instancia, la conversión de Conrad no fue menos «poética» que la de Chamisso, y difícilmente habría sido un escritor inglés, después de ser un marino inglés, si la poesía no hubiese estado siempre en sus sueños y acciones, si su excéntrico denuedo por liberarse de las ataduras naturales en pos de una ajena y voluntaria afinidad externa no hubiese sido siempre la de un fantaseador y poeta...

Su amor por el mar y por las aventuras marinas era sin duda un amor de poeta, y nos habló del mar, de la vida en él y con él, cuando volvía a tierra, en la lengua clásica de los navegantes, en inglés, y tan auténtico era su inglés que por lo menos al que no comparte esta procedencia le parece imposible que hubiera resultado más inglés. No olvidemos que, en efecto, su actual fama en Europa es la de un gran autor británico.

Hace años asistí en La Haya a un discurso sobre Conrad y Tolstói que daba allí Galsworth. Yo no tenía ni idea de quién era aquel autor al que se comparaba con Tolstói; y de nuevo me sorprendió oír que André Gide había aprendido inglés específicamente para poder leer a Conrad en su versión original. Con el tiempo, he conocido a este fenomenal narrador a través de algunas de sus más logradas obras: he leído la demoníaca historia de una calma chicha, titulada *La línea de sombra*, y la historia de una tormenta, que lleva por nombre *El negro del «Narciso»*. Leí también aquí y allá los libros que sólo en parte transcurren en el mar, o por completo en tierra firme, como la novela *Azar*, de enorme virtuosidad e complejidad técnica, y como la que nos ocupa, la brillante y apasionante narración criminal *El agente secreto*. Y tanto he disfrutado con estas obras que me parece acertado recomendar a nuestro público alguna de ellas, marítima o no, por ejemplo la admirable historia de *El agente secreto*. Sí, ésta es una buena opción, precisamente porque en ella no sale el mar, y porque en mi opinión supondría una mengua injusta de la reciente fama de Conrad en Alemania que se le adjudicase un carácter excesivamente marinero. Concedo que la más profunda y personal vivencia poética de este hombre ha sido el mar, la peligrosa camaradería con los elementos, y que sus logros artísticos más destacados transcurren en este medio. Pero su masculino talento, su anglicismo, su amplitud de miras, su mirada incisiva, fría pero llena de humor, su nervio narrativo, su fuerza y su seria alegría no pierden un ápice cuando pone los pies en tierra firme y contempla, analiza y plasma con enorme equilibrio crítico y estético la vida social en tierra, como hace en la presente historia, tensa, incluso emocionante; una historia criminal y al tiempo historia política, la historia de una extranjera, en exceso extranjera, de una intriga

consular y de sus trágicas consecuencias...

Dicho sin tapujos, es una historia anti rusa; anti rusa en un sentido y un espíritu muy británicos. La alta política se oculta tras ella, así como el antagonismo anglo-ruso a escala mundial, y creo que en ese antagonismo también ha estado siempre el trasfondo (por no decir «el motivo») del apasionado amor por Inglaterra del autor polaco. Si se tratase de un alemán sería ésta una insinuación atrevida. Somos «metafísicos»; ni consciente ni inconscientemente permitiríamos jamás que lo político ejerciese influencia alguna sobre nuestra vida espiritual. Pero hemos empezado a comprender que quizá en otros las cosas sean de otra manera, y de ahí mi sospecha de que la antipatía política por lo ruso se exteriorice de forma británica en esta novela.

Y lo hace concretamente en la figura de Vladimir, primer secretario de la delegación diplomática en Londres de una potencia extranjera, lejanísima. El hombre carga a sus espaldas con toda la historia de su país y, pese a ser elegante, en ocasiones, y con la aprobación apenas disimulada del autor, es tildado de «cerdo hiperbóreo». Por lo general de cuidados modales, con la emoción adopta una «fraseología en cierto modo oriental», una guturalidad que se antoja alejada de lo inglés y aún de lo europeo y parece propia de Asia. «Como descendiente de generaciones que habían estado sometidas a los instrumentos de un poder arbitrario, él tenía miedo a la policía por motivos raciales, nacionales e individuales. Era una debilidad hereditaria, completamente independiente de su juicio, de su razón, de su experiencia. Había nacido con ella. Pero ese sentimiento, parecido al horror irracional que alguna gente siente por los gatos, no se interponía en el camino de su inmenso desprecio por la policía inglesa» (véase el cap. 10). «La vigilancia de la policía — dice, o pone en boca de uno de sus subordinados—, y la severidad de los magistrados. La blandura del procedimiento judicial de este país, y la completa ausencia de medidas represivas, son un escándalo para Europa. Lo que se requiere ahora es un aumento de la intranquilidad, de la agitación que sin duda existe...» (véase el cap. 2). En Milán se celebra precisamente una conferencia internacional contra la revolución social. «Lo que nosotros queremos es administrar un tónico a la conferencia de Milán», afirma Vladimir «livianamente». «Sus deliberaciones sobre una acción internacional para suprimir el crimen político parecen no conducir a ninguna parte. Inglaterra defecciona. El apego sentimental de este país por las libertades individuales es absurdo. [...]. Hay que alienar a Inglaterra» (véase el cap. 2).

Esta sátira anti sarmática, con toda su ligereza, está henchida de orgullo por la libertad y la civilización inglesas. El odiado espíritu ruso, odiado al estilo británico, pero quizá en sus orígenes odiado al estilo polaco, se convierte en culpable de toda la tragedia humana de la novela; de la muerte del pobre Stevie, del asesinato del patético esbirro Verloc, del suicidio de su mujer. ¿Es Conrad más inglés en alguna de sus historias de a bordo que en esta historia criminal? Un afable comisario de policía

británico confiesa a Vladimir: «Lo que más me gustó en este asunto [...] es que ofrece un punto de partida tan excelente para un trabajo que siento que debe ser emprendido: el de limpiar este país de todos los espías políticos extranjeros, policías, y toda esa clase de... de... perros» (véase el cap. 10). «Perros», ésa es la expresión de Vladimir, una expresión oriental, centroasiática, que debe pronunciarse en el extranjero tono gutural del que los actuales agentes soviéticos están tan bien dotados como las personas del calibre de Vladimir. Comento esto para mostrar que nuestra novela no está anticuada por transcurrir en época del zar y que el antagonismo entre Oriente y Occidente que constituye su trasfondo político no ha perdido vitalidad por el cambio gubernamental en Oriente...

Y otro barrunto más: ¿no es posible que la decidida, tendenciosa incluso, occidentalidad de este extraordinario escritor, famosísimo ya en Inglaterra, Francia, Estados Unidos, sea la culpable, culpable en parte, de que «entre nosotros» los alemanes, que instintivamente eludimos opiniones tan decididas y unívocas, haya encontrado tan poco eco? Durante un tiempo dimos la impresión de habernos decidido, en lo político y cultural, por Oriente; y aquélla fue precisamente la época en la que la fama de Conrad se extendió por la Europa occidental. Para nosotros, la sombra de Dostoievski se ha abatido siempre sobre este narrador, una sombra que, digámoslo hoy con objetividad, sigue siendo capaz de eclipsar a tres y hasta a cuatro Conrads. Y aun así algo ha cambiado en nuestro país; el poder de aquel profeta epiléptico apocalíptico sobre el sentido alemán parece hasta cierto punto quebrado; estamos a punto de dejar atrás el Oriente cristiano-bizantino en busca del centro, de nosotros mismos y cuanto hay de humanismo y liberalismo occidental en nosotros. Por tanto, que una editorial de renombre recopile en lengua germana las principales obras del eslavo inglés es señal de una correcta interpretación de las halagüeñas perspectivas de éxito que tiene hoy el autor entre nosotros.

No, Conrad no es tan grande como Dostoievski, ni mucho menos. Pero ¿acaso nuestro amor sólo depende del tamaño? En ese caso no habría nada digno de amar en una época que ha producido modelos intelectuales más gráciles y esbeltos que la anterior, que el siglo XIX, etapa que hemos aprendido a juzgar grande y verdaderamente desafortunada. ¿Acaso no concedemos que la ostensible delicadeza del siglo XX aventaja a su predecesora por lo menos en sutileza? En Wagner, en Dostoievski, incluso en Bismarck, aunaba el siglo XIX el crecimiento desmesurado con el refinamiento más extremo, un último refinamiento de los medios que por supuesto lleva unido algo a un tiempo enfermizo y bárbaro. Sin embargo, quizá sea esa renuncia al elemento de enfermiza barbarie y casi podríamos decir «asiatidad» que caracteriza la delicadeza del *Zeitgeist* la que se nos antoja próxima, fraternal y ya no paternal y retrógrada; quizá nuestra falta de grandeza se deba al deseo de una humanidad más pura, más ilustrada, más sana, casi podríamos decir más griega que la que conoció la sombría monumentalidad del siglo XIX; y quizá la anglomanía del eslavo Conrad y su desprecio por la «guturalidad centroasiática» tengan algo que ver

con esta voluntad (o esta misión) de la época.

No queremos olvidar la revolución mundial, ni tampoco las ventajas intelectuales que traen consigo las buenas relaciones con Oriente, ventajas que todo occidental de mente despierta envidia en el centroeuropeo por su sola ubicación geográfica, y de las que indudablemente cualquiera se dotaría con la adhesión incondicional al Occidente burgués. Habría entonces que hablar de una merma en sentido concreto y relevante, incluso si uno se niega a reconocer que el anglicismo implica un retroceso con respecto a la europeidad continental. Más forma y mayor cerrazón; ¿es eso lo que sacó en claro el eslavo con su defección? La respuesta es otra. A lo que renunció fue a las ventajas del barbarismo, cuyo valor debió de sopesar. Lo que ganó fue medida, razón, escepticismo, sentido de libertad intelectual y un humor cuya hombría le protege de caer jamás en el sentimentalismo burgués. Este humor es duro y jovial y se nutre en cierto modo de la sospecha, incluida en algún punto de *El agente secreto*, de que «este mundo nuestro no es, después de todo, un asunto tan extremadamente serio» (véase el cap. 7). Poco quiere saber ya de la veneración por el sufrimiento del cristianismo oriental, y nos habla del gancho de hierro que asoma bajo la manga de un desdichado cochero con una sequedad que expresa cierta feroz serenidad vital antes que compasión alguna. Este humor resulta a menudo de una refrescante comicidad en pasajes anodinos, como en el viaje en carruaje (véase el cap. 8), cuyos chirridos y traqueteos permiten suponer que todo se derrumba al paso de sus ocupantes; o en la descripción del piano mecánico, cuyas teclas parecen accionadas por un «fantasma vulgar e impúdico» (véase el cap. 4) que se interrumpe como irritado por algo. Tampoco cambia de tono en la contemplación de un asesinado: «Ahora el señor Verloc no daba tanto la impresión de dormir como la de yacer con la cabeza inclinada y mirando con insistencia el lado izquierdo de su pecho» (véase el cap. 12). Carece de toda afectación. El «horror» se observa con mirada serena, firme, casi satisfecha, en cualquier caso jocunda, y está narrado con un ánimo que se antoja tanto inglés como posburgués y moderno. Y es que, en mi opinión, el logro más general e importante del espíritu artístico moderno consiste en fundir las categorías de lo trágico y lo cómico, es decir, las formas y géneros teatrales de tragedia y comedia, y en ver la vida como una tragicomedia. Basta con esto para hacer de lo grotesco su estilo más verdadero, de tal manera que incluso la grandeza no se muestra en nuestros días sino bajo la guisa de lo grotesco. Se nos permitirá decir que lo grotesco es el estilo más propiamente anti burgués; y por muy burgués que pueda resultar el espíritu anglosajón, debemos recordar que lo cómico y grotesco siempre han sido su mayor baza artística.

No, la adhesión de Conrad a Occidente no supuso un aburguesamiento artístico. Cuando pone en boca de Vladimir ese atisbo de crítica social «¿Supongo que está de acuerdo en que las clases medias son estúpidas?» y fuerza a Verloc a responder «Lo son» (véase el cap. 2), queda poco lugar para la duda de si él, el autor, comparte esta opinión. Es demasiado artista y librepensador como para ser doctrinario en su

socialismo, como para no serlo más que con la alegría, la libertad y la ingenuidad de la época. La teoría marxista le parece monomanía odiosa y solitaria del «apóstol en libertad condicional» (véase el cap. 2) Michaelis; sus revolucionarios no son los más simpáticos; en ocasiones dibuja una psicología extremadamente pesimista de los sediciosos, y su escepticismo frente a las utopías sociales queda de manifiesto cuando permite a uno de sus rebeldes exponer la suya, la cual parece «un inmenso y agradable hospital, con jardines y flores, donde los fuertes deberán dedicarse al cuidado de los débiles» (véase el cap. 13), mientras un desarrapado terrorista experto en explosivos sueña con todo lo contrario, un mundo como un matadero, en el que los «débiles» son conducidos a su completa exterminación. Pero toda esta burla no es precisamente burguesa, y aunque resulte de una bella ironía decir del buen señor Verloc que su causa es la protección del orden social, no su mejora «o su condena», dicha ironía deviene grandiosa sátira cuando se aplica al aparente aspecto principal de la narración, el atentado con dinamita que debe galvanizar la conferencia de Milán, y al mejor objetivo contra el que debe dirigirse. «Tenemos el arte, por supuesto. Una bomba en la National Gallery haría algo de ruido. Pero no sería suficientemente serio. El arte nunca ha sido su fetiche. Es como romper unas pocas ventanas traseras en la casa de un hombre; en circunstancias de que si uno quiere hacerlo reaccionar, debe tratar por lo menos de levantar el techo. Por supuesto que habría algo de griterío, pero ¿de quiénes? Artistas, críticos de arte y otros por el estilo, gente que no cuenta para nada. [...] Pero existe el conocimiento, la ciencia. Cualquier imbécil que recibe una renta cree en eso. No sabe por qué, pero cree que de algún modo es importante. Es el fetiche sacrosanto. [...] Alarmará todos los egoísmos de la clase a la cual necesito impresionar. Ellos creen que la ciencia, en alguna forma misteriosa, se encuentra en los orígenes de su prosperidad material. Eso creen. [...] El asesinato siempre está con nosotros. Es casi una institución. La demostración debe hacerse contra el conocimiento, la ciencia. [...] ¿Qué le parece hacer un intento con la astronomía? [...]. No puede haber nada mejor. [...] Todo el mundo civilizado ha escuchado hablar de Greenwich. Hasta los lustrabotas de los bajos de la estación de Charing Cross saben algo de eso. [...] Ocúpese del primer meridiano. Usted no conoce las clases medias tanto como yo. Su sensibilidad está extenuada. El primer meridiano. Nada mejor, diría yo, y nada más fácil» (véase el cap. 2).

Esta juiciosa consigna de Vladimir al pobre Verloc es la cumbre satírica del libro. Por supuesto, su autor no es un monstruo que desdeña la ciencia. Sin embargo, no siente particular afecto por una humanidad determinada por ella e insistente en la misma, y en una ocasión habla de «esa mirada de suficiencia insoportable, irremediablemente densa, que sólo la frecuentación de la ciencia puede otorgar a la mediocridad de los mortales comunes y corrientes» (véase el cap. 3). Desprecio del arte y de cuanto es intelecto, pero absoluta y entregada reverencia por la ciencia útil: Conrad considera esto burgués. Si su relación con el proletariado tampoco es exactamente reglamentaria ni ortodoxa, se debe al parecer a que en la travesía del

marxismo la ciencia ha devenido herencia y fetiche del proletariado, del mismo modo que nadie negará que el bolchevismo es una ideología estrictamente científicista.

El camarada Ossipon, por ejemplo, «apodado el Doctor, ex estudiante de medicina no graduado; más tarde conferencista ambulante para asociaciones obreras sobre aspectos socialistas de la higiene; autor de un popular estudio pseudomédico (en forma de panfleto barato rápidamente secuestrado por la policía) titulado “Los vicios corrosivos de las clases medias”» (véase el cap. 3); el camarada Ossipon, pues, es científico. «Típico de esta forma de degeneración» (véase el cap. 3), juzga desdeñoso los círculos que dibuja el pequeño Stevie, quien practica con tanto empeño que evoca un caos cósmico, el esfuerzo de un arte enajenado por representar lo inimaginable. Y por supuesto habla de los lóbulos de las orejas y de Lombroso. «Lombroso es un burro», le responde un intransigente aún mayor, y el autor lo describe irónicamente como «escándalo de esta blasfemia» (véase el cap. 3) «¿Habrase visto un idiota igual? El delincuente, para él, es el preso. ¿Muy simple, verdad? ¿Y qué hay de los que lo arrastraron ahí por la fuerza? [...]. ¿Y qué es el crimen? ¿Acaso lo sabe, este imbécil que se abrió camino en este mundo de tontos satisfechos mirando las orejas y los dientes de un montón de pobres diablos, de pobres desamparados? ¿Acaso los dientes y las orejas marcan al criminal? ¿Es así? ¿Y qué hay entonces de la ley que lo marca todavía mejor, el perfecto instrumento de mareaje inventado por los bien alimentados para protegerse de los hambrientos? Aplicaciones al rojo vivo en sus carnes miserables, ¿eh? [...] Así se fabrican criminales, para que sus Lombrosos escriban tonterías sobre el tema» (véase el cap. 3). Esta réplica blasfema cuenta en buena medida con la aquiescencia del autor. Su modo de ver y describir al pequeño Stevie, con todo, deja entrever que entiende como mezquindad burguesa el científicismo de Lombroso, no por motivos esencialmente sociales, sino por otros más profundos y religiosos.

Stevie, como él mismo manifiesta durante el trayecto en coche y la subsiguiente conversación con su hermana Winnie (si es que puede llamarse conversación, habida cuenta de su «singularidad»), el insignificante Stevie, que privado de todo cuanto hace agradable la vida es encantador, y a quien tanto quiere Winnie, que venga su muerte de modo horrendo y autodestructivo; Stevie, decía, es el personaje más hermoso de este libro, el que se contempla con más vivida emoción. La novela rusa asoma claramente en su persona; sin el *Idiota* de Dostoievski —aquel intento (sin duda infinitamente superior en la forma) de, partiendo de lo «patológico», representar lo más puro y sagrado del ser humano— apenas sería imaginable, pues también éste es un intento por santificar la deficiencia clínica. Distintivo de la moderna ambivalencia del autor es que no niega el aspecto científico-patológico de las cosas, no cierra los ojos como un romántico ante ellas. Quiero ver una concesión naturalista a la ciencia en el hecho de que la «singularidad» de Stevie venga de familia, y en que en el asesinato que comete su hermana y la súbita semejanza apreciable entonces entre ambos aparezca subrayada la idiocia. Todo ello no impide que rijan una

psicología de carácter religioso, que presenta el juicio «científico» del camarada Ossipon sobre Stevie como lo que es desde el punto de vista humano, es decir, mísera pseudoerudición. Y, mediante la sutil pero inconfundible insinuación de que es este juicio el que planta en la atormentada alma de Verloc la idea de utilizar a Stevie en un atentado político, se pone de nuevo a la «ciencia» en tela de juicio y se la incrimina desde la humanidad.

Nada de esto es burgués, ni es ortodoxia burguesa. Es prueba de una objetividad imparcial, causa única del poeta descastado, aun cuando solamente es su causa, y que en el caso de Conrad se manifiesta en todo y todos los que aparecen en esta obra liberadora. Con la misma objetividad con que opina sobre los sexos (habla de “la delicadeza inhibida que coexiste con la agresiva brutalidad de la naturaleza masculina”, y cree a las mujeres más insensibles e implacables en su avidez por los detalles) se muestra sobrio y crítico frente a las clases y los poderes, frente a las falsas y efímeras tensiones del mundo. La ironía que reserva para el modelo de vida “indolente” es socialista, pero consigue que al lector le repugne el personaje del desgañado agitador, presente por ejemplo entre los miembros de una tripulación (véase *El negro del «Narciso»*); y dice a los terroristas que no son en absoluto mejores que el poder que llama a las armas contra ellos. «Uno para el otro. El terrorista y el policía vienen del mismo saco. Revolución, legalidad (movimientos contrarios en un mismo juego [...])» (véase el cap. 4). No es ésta la indiferencia ociosa del espectador indiferente. Es la renuencia de un intelecto comprometido que se niega a perderse miserablemente en tales tensiones. «Ustedes los revolucionarios —dice por boca de otros— son esclavos de la convención social, la que a su vez los teme; [...] Lo son claramente, puesto que desean revolucionarla. Gobierna, por supuesto, el pensamiento de ustedes, y también la acción, y por esto ni su pensamiento ni su acción pueden ser concluyentes nunca» (véase el cap. 4).

La objetividad de Conrad puede confundirse con frialdad, pero es verdadera pasión, pues es amor a la libertad, expresión del mismo amor y pasión que arrastró al joven polaco hacia el mar y que sin duda, como sucedió en el caso de Iván Turguéniev, ha sido el más profundo motivo de su adhesión a Occidente. Creo que su poesía impedirá que su sentido de la libertad sea confundido con aburguesamiento liberal, y que la absoluta ausencia de cualquier sensiblería hará que toda acusación de esteticismo resulte sospechosa. El éxito artístico de Conrad entre nosotros lo determinará la medida de su talento. En lo intelectual se sentirán atraídos hacia él quienes, a diferencia de la entusiasta opinión de la mayoría, consideren que la lucha por la idea de la libertad en Europa no se ha agotado todavía.

THOMAS MANN

Nota del autor

Creo que el origen de *El agente secreto*, su tema, su tratamiento, su finalidad artística, así como todos los demás motivos que pueden inducir a un autor a tomar la pluma, pueden remontarse a un período de reacción mental y emocional.

La verdad es que comencé este libro en forma impulsiva y lo escribí hasta el final sin interrupción. Cuando llegó el momento en que estuvo encuadernado y entregado a las miradas del público, descubrí que se me reprochaba el simple hecho de haberlo escrito. Algunas de las amonestaciones eran severas; en otras había un tono de lamentación. Ahora no las tengo a la vista, pero recuerdo perfectamente la argumentación general, que era muy sencilla, y también recuerdo mi asombro ante la naturaleza de esta argumentación. ¡Todo esto suena ahora como historia muy antigua! Y sin embargo, el tiempo transcurrido no es tanto. Me veo obligado a concluir que en el año 1907 todavía conservaba mucha de mi prístina inocencia. Hoy día creo que hasta el más inexperto podría haber previsto que la sordidez del ambiente y la pobreza moral de la historia suscitarían más de alguna crítica.

Esa, desde luego, es una objeción seria. No fue universal. Resulta ingrato recordar, incluso, unos pocos reproches perdidos entre tanta estimación cordial e inteligente; confío en que los lectores de este Prefacio no lo atribuyan de inmediato a vanidad herida o a una tendencia natural a la ingratitud. Sugiero que un alma generosa podría considerar que mi actitud es producto de la modestia. No es por modestia, sin embargo, que elijo la reprobación para ilustrar mejor mi caso. No, no es exactamente por modestia. No estoy en absoluto seguro de ser modesto; pero los que ya conozcan algo mi obra me concederán el suficiente tacto, decencia, *savoir-faire*, lo que quieran ustedes, como para impedirme utilizar las palabras ajenas a fin de construir un canto en mi alabanza propia. ¡No! El verdadero motivo de mi selección obedece a un rasgo muy diferente. Siempre he sido propenso a justificar mis actos. No a defenderlos. A justificarlos. No a insistir en que tenía la razón sino simplemente a explicar que en el fondo de mis impulsos no había ninguna intención perversa, ningún desprecio oculto por los sentimientos naturales de los seres humanos.

Esa debilidad sólo es peligrosa en la medida en que lo expone a uno al riesgo de convertirse en un majadero; porque el mundo, en general, se interesa en las consecuencias de las acciones públicas, pero no en sus motivos. El hombre puede sonreír con toda la obsecuencia que uno quiera, pero no es un animal indagador. El hombre ama lo obvio. Rehuye las explicaciones. Y sin embargo continuaré con la mía. Es obvio que no necesitaba escribir ese libro. No tenía ninguna necesidad de

abordar ese tema; y utilizo la palabra tema tanto para referirme a la historia en sí misma como en el sentido más amplio de una manifestación especial de la vida humana. Reconozco esto plenamente. Pero nunca me entró en la cabeza la idea de describir la fealdad pura con el único objeto de impresionar a mis lectores, o simplemente de sorprenderlos con un cambio de frente. Espero que se me crea cuando hago esta afirmación, no sólo a causa de mis rasgos generales de carácter sino también por la razón, visible para cualquiera, de que todo el tratamiento de la historia, su inspiradora indignación y su compasión y desdén subyacentes, prueban mi desapego de la suciedad y la sordidez que son inherentes a las circunstancias puramente exteriores del escenario.

La iniciación de *El agente secreto* fue inmediatamente posterior a un período de dos años de intensa concentración en la tarea de escribir esa novela remota, *Nostramo*, con su lejana atmósfera latinoamericana, y el profundamente personal *Espejo del océano*. La primera, un intenso esfuerzo de creación en la que supongo que permanecerá como la más ambiciosa de mis obras; el segundo, una franca tentativa de quitar el velo por un momento a las intimidades más profundas del mar y a las influencias formativas de casi la mitad de mi vida. Fue un período, también, en el que mi sentido de la verdad de las cosas estuvo asistido por una muy intensa disposición emocional e imaginativa, disposición que, con toda su autenticidad y fidelidad a los hechos, hacía sin embargo que me sintiera (una vez realizada la tarea) como si me hubieran dejado atrás, a la deriva entre cáscaras de sensaciones vacías y perdido en un mundo de valores inferiores, diferentes.

No sé si realmente sentí que necesitaba un cambio, cambio en mi imaginación, en mi visión y en mi actitud mental. Pienso más bien que ya se había operado en mí, sin que yo me diera cuenta, un cambio en mi disposición de ánimo fundamental. No recuerdo que ocurriera nada definido. Con *El espejo del océano* terminado en plena conciencia de que había tratado honestamente conmigo mismo y con mis lectores en cada línea de ese libro, me entregué a un no desagradable descanso. Entonces, mientras aún permanecía inmóvil, por así decirlo, y cuando ciertamente no tenía la menor intención de apartarme de mi camino para buscar nada que fuese feo, el tema de *El agente secreto* —me refiero a la historia— se me presentó en forma de unas pocas palabras pronunciadas por un amigo^[1] en una conversación casual sobre anarquistas o más bien sobre actividades anarquistas, conversación que surgió ya no sé por qué motivo. Recuerdo, sin embargo, que hice un comentario sobre la futilidad criminal de todo el asunto, sobre la doctrina, la práctica, la mentalidad; y sobre el despreciable aspecto de la postura medio enloquecida, digna de un descarado timador que explota las conmovedoras miserias y las apasionadas credulidades de una humanidad tan trágicamente disponible siempre para la autodestrucción. Fue eso lo que hizo que sus pretensiones filosóficas fuesen tan imperdonables para mí. En seguida, al referirnos a sucesos particulares, recordamos la ya antigua historia del intento de volar el Observatorio de Greenwich;^[2] una estupidez manchada de sangre

y de una especie tan fatua, que era imposible rastrear su origen por medio de cualquier proceso razonable o incluso no razonable de pensamiento. Porque la perversa sinrazón sigue sus propios mecanismos lógicos. Pero no había ninguna manera de examinar aquella atrocidad con la mente, de modo que uno quedaba enfrentado al hecho de un hombre volado a pedazos en nombre de algo que no se parecía ni remotamente a una idea, anarquista o de otra especie. En lo que concierne a la pared exterior del Observatorio, no mostraba ni la más leve resquebrajadura.

Señalé todo esto a mi amigo, quien guardó silencio por un momento y en seguida observó, con ese tono accidental y omnisciente que es tan característico en él: «Oh, ese sujeto era medio idiota. Su hermana se suicidó poco después». Estas fueron absolutamente las únicas palabras que cambiamos al respecto; porque la extrema sorpresa frente a esta información inesperada me dejó mudo y él inmediatamente se puso a hablar de otra cosa. Nunca se me pasó por la mente, más tarde, la idea de preguntarle cómo había adquirido esta información. Estoy seguro de que si alguna vez en su vida había visto la espalda de un anarquista, ésa debe de haber sido la totalidad de su conexión con el mundo subterráneo. Era, sin embargo, una de esas personas a quienes les gusta hablar con toda clase de gente, y es posible que haya conseguido de segunda o tercera mano estos detalles reveladores, del encuentro con un barrendero, de un funcionario de policía retirado, de algún vago personaje de su club, o quizás, incluso, de haber visto a un ministro de estado en alguna recepción pública o privada.

No podía existir la más mínima duda con respecto a la cualidad reveladora. Era como caminar por un bosque y salir a una planicie, no había mucho que ver, pero uno tenía luz abundante. No, no había mucho que ver, y francamente, durante bastante tiempo, ni siquiera hice el intento de vislumbrar algo. Lo único que permanecía era la impresión reveladora. Seguía siendo satisfactoria, pero de un modo pasivo. Y entonces, como una semana más tarde, cayó en mis manos un libro que nunca, que yo sepa, llegó a destacarse, las memorias más bien sumarias de un subcomisario de policía, un hombre obviamente competente, con una fuerte vena religiosa en su carácter, que fue designado en su cargo en la época de los atentados dinamiteros de Londres, allá por los años ochenta. El libro era bastante interesante, por supuesto muy discreto, y a estas alturas he olvidado el grueso de su contenido. No contenía revelaciones, se deslizaba sobre la superficie en forma agradable, y eso era todo. Ni siquiera trataré de explicar por qué tuve que detenerme frente a un pequeño pasaje de no más de siete líneas, en las cuales el autor (creo que su nombre era Anderson) reproducía un breve diálogo sostenido en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes, después de alguna atrocidad anarquista inesperada, con el ministro de la Gobernación. Creo que entonces era sir William Harcourt. El ministro estaba muy irritado y el funcionario se deshacía en disculpas. Entre las tres frases que se intercambiaron, la que más me sorprendió fue la salida iracunda de sir W. Harcourt: «Todo eso está muy bien. Pero su idea del secreto en esos asuntos parece consistir en

mantener al ministro de la Gobernación en la oscuridad». Una frase muy propia del temperamento de sir W. Harcourt, pero que no significaba mucho en sí misma. Debe de haber existido, no obstante, una suerte de atmósfera que envolvía todo el incidente, porque me sentí estimulado en forma súbita. Y entonces ocurrió en mi mente lo que un estudiante de química podría comprender mejor a través de la analogía de una pequeñísima gota de un líquido apropiado, gota que se añade a la solución incolora guardada en un tubo de ensayo y precipita de inmediato el proceso de cristalización.

Al comienzo fue para mí un cambio mental, que perturba una imaginación apaciguada, y en el que extrañas formas, de contornos agudos pero percibidos de un modo imperfecto, aparecían y reclamaban atención como lo hacen los cristales con sus figuras inesperadas y caprichosas. Frente al fenómeno uno se dejaba llevar a la meditación, incluso sobre el pasado: sobre Sudamérica, un continente de sol crudo y revoluciones brutales, sobre el mar, la vasta extensión de aguas saladas, el espejo de los desagradados y sonrisas del cielo, el reflector de la luz del mundo. Después se presentaba la visión de una ciudad enorme, una ciudad monstruosa, más poblada que algunos continentes, y como indiferente, en su poderío levantado por el hombre, a los enojos y sonrisas del cielo; una cruel devoradora de la luz del mundo. Ahí había espacio suficiente para colocar cualquier historia, profundidad suficiente para cualquier pasión, suficiente variedad para cualquier escenario, oscuridad suficiente para enterrar cinco millones de vidas.

La ciudad se convirtió irresistiblemente en el trasfondo del período de inciertas y profundas meditaciones que se sucedieron. Para mí se abrieron interminables perspectivas en direcciones diversas. ¡Encontrar el verdadero camino tomaría años! ¡Parecía que tomaría años!... Poco a poco la convicción de la pasión maternal de la señora Verloc creció como una llama interpuesta entre mí mismo y aquel trasfondo, tiñéndolo de su fuego secreto y recibiendo de él, en cambio, algo de su propia y sombría coloración. La historia de Winnie Verloc, desde los días de su infancia hasta el final, se alzó por fin completa, todavía desproporcionada, con todos sus elementos, por así decirlo, detenidos en un primer plano, pero listos ya para ser tratados. Fue cosa de alrededor de tres días.

Aquella historia, reducida a proporciones manejables, con la totalidad de su desarrollo sugerido y orientado por la absurda crueldad de la explosión del Parque de Greenwich, es *este* libro. Tenía una tarea que no llamaré ardua, sino de la más absorbente dificultad. Pero había que hacerla. Era una necesidad. Los personajes agrupados en torno a la señora Verloc y relacionados directa o indirectamente con su trágica sospecha de que «la vida no soporta que se la mire muy de cerca», son precisamente el efecto de esa necesidad. Personalmente nunca he tenido la menor duda sobre la realidad de la historia de la señora Verloc; pero tenía que ser desenredada de su oscuridad en esa ciudad inmensa, había que hacerla verosímil, no tanto en lo que se refiere al espíritu de la señora Verloc sino a su ambiente, no tanto

en función de su psicología sino de su humanidad. En cuanto al ambiente, las indicaciones no faltaban. Tuve que luchar fuerte para mantener a distancia la memoria de mis paseos nocturnos y solitarios por las calles de Londres en mis días juveniles. De otro modo podían irrumpir e invadir cada página de la historia, a medida que éstas, una tras otra, nacían, engendradas por un ánimo tan serio como el más serio con que había escrito nunca una línea, serio por el sentimiento y por el pensamiento. En ese aspecto realmente pienso que *El agente secreto* es una obra de una autenticidad perfecta. Incluso el propósito puramente artístico, el de aplicar un método irónico a un tema de esta especie, fue formulado en forma deliberada y con la viva convicción de que sólo el tratamiento irónico podía permitirme decir todo lo que sentía que debía decir sea con desdén o con lástima. El hecho de que después de tomar esa decisión haya conseguido, me parece, llevarla a término hasta sus últimas consecuencias, constituye una de las pequeñas satisfacciones de mi vida literaria. En cuanto a los personajes a quienes la absoluta necesidad del caso —el caso de la señora Verloc— coloca delante del trasfondo londinense, también obtuve de ellos esas pequeñas satisfacciones que tanto cuentan frente al conjunto de dudas opresoras que asedian de un modo tan persistente cualquier intento de trabajo creativo. Por ejemplo, en lo que se refiere al señor Vladimir (que tanto se prestaba para la caricatura), tuve el placer de escuchar que un experimentado hombre de mundo había dicho «que Conrad debe de haber estado en contacto con esos círculos, o de lo contrario posee una excelente intuición de las cosas», porque el señor Vladimir «no sólo era posible en los detalles sino muy verdadero en lo esencial». Una visita llegada de América me informó después que los más diversos refugiados revolucionarios de Nueva York sostenían que el libro había sido escrito por alguien que sabía mucho acerca de ellos. Esto fue para mí un gran cumplido, puesto que, para atenerme a la más estricta verdad, lo que había visto de ellos era menos de lo que había visto el omnisciente amigo que me dio la primera idea de la novela. No dudo, sin embargo, de que hubo momentos durante la escritura del libro en que fui un revolucionario extremo, no diré más convencido que ellos, pero que alentaba un propósito más firme y concentrado que el de cualquiera de ellos en cualquier momento de toda su existencia. No digo esto para hacer alarde. Estaba simplemente en lo mío. En cada uno de mis libros he actuado así. He trabajado en él con entrega absoluta. Y esta afirmación tampoco es un alarde. No podría haberlo hecho de otra manera. Simular me habría aburrido demasiado.

El modelo para ciertos personajes del relato, legales o de la ilegalidad, provino de fuentes diversas que quizás, aquí o allá, algún lector pueda haber reconocido. No son muy recónditas. Pero aquí no me interesa legitimar a ninguna de esa gente, e incluso en lo que atañe a mi punto de vista general sobre las reacciones morales frente al criminal y al policía, me limitaré a decir que me parece una materia por lo menos discutible.

Los doce años transcurridos desde la publicación del libro no me han hecho

cambiar de actitud. No me arrepiento de haberlo escrito. Recientemente, ciertas circunstancias, que no tienen nada que ver con el tono general de este prefacio, me han impulsado a despojar este relato de ese ropaje literario de indignado desdén que tanto me costó, hace algunos años, hacerle vestir con decencia. Me he visto forzado, por así decirlo, a observar su osamenta desnuda. Confieso que forma un esqueleto horrible. Pero todavía insisto en que al contar la historia de Winnie Verloc hasta su final anarquista de total desolación, locura y desesperación, y al contarla como la he contado aquí, no he pretendido cometer un ultraje gratuito contra los sentimientos de la humanidad.^[3]

1920
J. C.

Uno

Al salir por la mañana, el señor Verloc dejó su tienda nominalmente a cargo de su cuñado. Esto podía hacerse, porque a toda hora la actividad era bastante escasa, y antes de la tarde prácticamente nula. El señor Verloc no se preocupaba demasiado de su negocio ostensible. Y su mujer estaba encargada de su cuñado, por añadidura.

La tienda era pequeña, y también lo era la casa. Era una de esas casas sucias de ladrillo que existían en grandes cantidades, antes de que la era de la reconstrucción clareara sobre Londres. La tienda tenía la forma de una caja cuadrada, con el frente guarnecido por pequeños paneles de vidrio. La puerta permanecía cerrada en el día; en la tarde estaba discreta pero sospechosamente entreabierta.

En el escaparate había fotografías de bailarinas más o menos desvestidas; indefinidos paquetes en envoltorios que parecían de medicinas; sobres de papel amarillo cerrados, muy delgados, y con la marca dos por seis en gruesas cifras negras; unos pocos números de antiguas publicaciones cómicas francesas, colgados de una cuerda como si los hubieran puesto a secar; un desteñido bol azul de porcelana china, un cofrecillo de madera negra, botellas de tinta para marcar, y sellos de goma; algunos libros cuyos títulos insinuaban la obscenidad; algunas copias aparentemente viejas de periódicos oscuros, mal impresos, con títulos como la *Antorcha*, el *Gong*; títulos vigorizantes. Y los dos mecheros de gas situados al interior de los cristales tenían la llama siempre baja, sea por consideraciones de ahorro o por consideración a la clientela.

Esta clientela estaba formada por hombres muy jóvenes, que aguardaban un tiempo cerca de la vitrina antes de deslizarse rápidamente al interior, o por hombres más entrados en años, pero que daban una impresión general de andar escasos de fondos. Entre los de esta última especie, algunos tenían los cuellos de los abrigos levantados hasta los mostachos, y restos de barro en la parte baja de la ropa, que tenía aspecto de estar muy ajada y de no ser demasiado valiosa. Y las piernas que se hallaban adentro tampoco, por regla general, parecían de mucho peso. Ellos se metían de costado, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, un hombro primero, como si temieran tocar la campanilla de la puerta.

Era difícil hacerle el quite a la campanilla, colgada de la puerta mediante una cinta curva de acero. Estaba cuarteada sin arreglo posible, pero había tardes en que matraqueaba detrás del cliente, con impúdica virulencia, a la menor provocación.

Matraqueaba, y ante esa señal, el señor Verloc salía rápidamente de la salita de atrás, a través de la polvorienta puerta de vidrio situada detrás del mostrador pintado.

Sus ojos eran pesados por naturaleza; tenía el aspecto de haberse revolcado todo el día, enteramente vestido, en una cama deshecha. Cualquier otro habría sentido que una apariencia así constituía una clara desventaja. El aspecto amable y atractivo del vendedor cuenta mucho en una transacción comercial del ramo minorista. Pero el señor Verloc conocía su negocio, y toda duda estética acerca de su apariencia lo tenía sin cuidado. Con una impudicia firme, de ojos tranquilos, que parecían esconder la fuerza de alguna abominable amenaza, procedía a vender por encima del mostrador algún objeto que obvia y escandalosamente no podía valer el dinero involucrado en la transacción: una pequeña caja de cartón que aparentemente no contenía nada, por ejemplo, o uno de aquellos sobres amarillos, delgados y cuidadosamente cerrados, o un volumen sucio con cubierta de papel y un título prometedor. De vez en cuando ocurría que una de las bailarinas amarillas, desteñidas, fuese vendida a un aficionado, como si hubiese estado viva y joven.

A veces era la señora Verloc la que acudía al llamado de la campanilla cuarteada. Winnie Verloc era una mujer joven de pecho abundante, corpiño ajustado y anchas caderas. Su cabellera estaba muy cuidada. De ojos tranquilos como su marido, mantenía un aire de impenetrable indiferencia detrás del baluarte del mostrador. El cliente de años relativamente tiernos, entonces, quedaba súbitamente desconcertado al tener que tratar con una mujer, y con rabia en su corazón formulaba el pedido de una botella de tinta para marcar, seis peniques de precio de venta al público (un chelín y seis peniques en la tienda de Verloc), botella que una vez afuera arrojaría disimuladamente a la cuneta del desagüe.

Los visitantes de la tarde —los hombres de cuellos subidos y sombreros de fieltro rebajados a la fuerza— dirigían una inclinación de cabeza a la señora Verloc, y después de murmurar un saludo, levantaban la tabla al final del mostrador a fin de pasar a la sala de recibo trasera, que daba acceso a un pasillo y a unas empinadas escaleras. La puerta de la tienda era la única forma de entrar a la casa donde el señor Verloc practicaba su negocio de vendedor de mercancías dudosas, ejercía su vocación de protector de la sociedad, y cultivaba sus virtudes domésticas. Estas últimas eran destacadas. Era un hombre cabalmente domesticado. Ni sus necesidades espirituales, ni sus necesidades mentales o físicas, podían arrastrarlo mucho a explorar otros mundos. En el hogar encontraba la comodidad del cuerpo y la paz de la conciencia, junto con las atenciones conyugales de la señora Verloc y con el deferente interés de la madre de la señora Verloc.

La madre de Winnie era una mujer gruesa y jadeante, de cara ancha, morena. Usaba una peluca negra bajo un gorro blanco. Sus piernas hinchadas la hacían permanecer inactiva. Se consideraba descendiente de franceses, cosa que puede haber sido cierta; y después de bastantes años de casada con un tabernero de la especie más vulgar, se hacía cargo de los años de viudez alquilando departamentos amueblados para caballeros cerca de la calle de Vauxhall Bridge, en una plaza que alguna vez había tenido algún esplendor y que todavía estaba incluida en el distrito de Belgravia.

El hecho topográfico tenía ciertas ventajas para la publicidad de sus habitaciones; pero los clientes de la estimable viuda no pertenecían precisamente a la clase más elegante. Su hija Winnie ayudaba a ocuparse de ellos, tal como eran. Esos rasgos de sangre francesa de que hacía alarde la viuda también eran visibles en la hija. Eran visibles en el arreglo extremadamente pulcro y artístico de su lustroso cabello negro. Winnie también tenía otros encantos: su juventud; sus formas pictóricas y curvilíneas; su tez clara; la provocación contenida en su reserva insondable, que nunca llegaba hasta el extremo de impedir la conversación, conducida con animación por parte del inquilino, y con amabilidad ecuánime por parte de ella. El señor Verloc debía necesariamente ser sensible a estas fascinaciones. El señor Verloc era un patrón intermitente. Iba y venía sin ninguna razón muy notoria. Generalmente llegaba a Londres desde el Continente (como la influenza), sólo que su llegada no era pregonada por la Prensa; y sus apariciones se insertaban en la vida diaria con gran severidad. Desayunaba en cama, y permanecía revolcándose entre las sábanas, con expresión de tranquilo placer, hasta el mediodía, y a veces incluso hasta más tarde. Pero una vez que salía, parecía experimentar grandes dificultades para encontrar el camino de regreso a su domicilio temporal en la plaza de Belgravia. Salía tarde, y regresaba a casa muy temprano, esto es, a las tres o cuatro de la madrugada; y al despertarse a las diez se dirigía a Winnie, que entraba con la bandeja del desayuno, con una cortesía extenuada, jocosas, y en el tono áspero, desfalleciente, de un hombre que ha estado hablando con vehemencia durante muchas horas seguidas. Sus ojos prominentes, de pesados párpados, giraban a los lados en forma amorosa, lánguida, las sábanas estaban levantadas hasta el mentón, y su oscuro y suave bigote cubría sus labios gruesos, capaces de muchas bromas melosas.

La madre de Winnie opinaba que el señor Verloc era un caballero muy agradable. Después de la experiencia de toda una vida en diversas «casas de negocios», la buena mujer se había retirado con un ideal de caballerosidad equivalente al que pueden exhibir los propietarios de bares privados. El señor Verloc se acercaba a ese ideal; lo alcanzaba, de hecho.

—Por supuesto, mamá, que llevaremos tus muebles —había dicho Winnie.

Había que terminar con la casa de huéspedes. Parece que no convenía mantenerla. Habría sido demasiado complicado para el señor Verloc. No habría sido conveniente para su otro negocio. Él no decía de qué negocio se trataba; pero después de su compromiso con Winnie, se daba el trabajo de levantarse antes del mediodía, y bajando las escaleras del sótano, se hacía grato a la madre de Winnie en la sala del desayuno, abajo, donde estaba ella con su humanidad inmóvil. Acariciaba al gato, atizaba el fuego, hacía que le sirvieran ahí el almuerzo. Abandonaba la comodidad algo sofocante de ese cuarto con evidente desgana, pero, de todos modos, permanecía fuera hasta bastante avanzada la noche. Nunca ofrecía llevar a Winnie a los teatros, como hubiera sido de esperar en un caballero tan agradable. Sus tardes estaban ocupadas. Una vez le dijo a Winnie que su trabajo en cierto modo era político. Le

advirtió que ella tendría que ser muy agradable con sus amigos políticos. Y ella, con su mirada recta, insondable, respondió que sí, que por supuesto.

Para la madre de Winnie fue imposible descubrir qué más le había contado él a su hija sobre sus ocupaciones. La pareja de casados se la llevó con todos sus muebles. Ella quedó sorprendida por el aspecto tan mezquino de la tienda. El traslado desde la plaza en Belgravia hasta la estrecha calle en Soho afectó a sus piernas en forma adversa. Sus piernas adquirieron un tamaño enorme. En compensación, se vio completamente liberada de cuidados materiales. El sólido buen carácter de su yerno le inspiraba un sentimiento de seguridad absoluta. El futuro de su hija estaba obviamente asegurado, e incluso no tenía ninguna necesidad de sentirse angustiada por su hijo Stevie. No había podido ocultarse a sí misma que el pobre Stevie constituía un estorbo terrible. Pero frente al afecto de Winnie por su delicado hermano, y frente a la cariñosa y generosa actitud del señor Verloc, sentía que el pobre niño no estaba mal protegido en este áspero mundo. Es probable que no le disgustara, en el fondo de su corazón, que los Verloc no tuvieran hijos. Como esa circunstancia parecía dejar perfectamente indiferente al señor Verloc, y como Winnie encontraba en su hermano un objeto de afecto casi maternal, esto quizá resultaba providencial para el pobre Stevie.

Porque disponer de ese niño era difícil. Era un ser delicado, y también, de una manera frágil, apuesto, si no se toma en cuenta su labio inferior vagamente caído. Gracias a nuestro excelente sistema de educación obligatoria había aprendido a leer y escribir, a pesar del aspecto desfavorable del labio inferior. Pero como niño de los mandados no tuvo demasiado éxito. Se olvidaba de sus mensajes; se desviaba con facilidad de la recta senda del deber atraído por gatos y perros vagos, a los que seguía a través de callejuelas estrechas hasta desabridas plazoletas; por las comedias de las calles, que contemplaba boquiabierto, en detrimento de los intereses de sus empleadores; o por los dramas de caballos caídos, cuyo dolor y cuya violencia lo inducían a veces a lanzar penetrantes chillidos en medio de la multitud, que detestaba ser perturbada por señales de socorro en su tranquilo goce del espectáculo nacional. Al ser acompañado por un policía muy serio, en actitud protectora, ocurría a menudo que el pobre Stevie hubiera olvidado su dirección, al menos por un tiempo. Una pregunta brusca lo hacía tartamudear hasta el extremo de sentirse sofocado. Si alguna cosa desconcertante le producía un sobresalto, torcía los ojos en forma horrible. Sin embargo, nunca sufría un ataque (lo cual era alentador); y en sus años infantiles, ante los naturales estallidos de impaciencia de su padre, siempre podía correr en busca de protección bajo las faldas cortas de su hermana Winnie. Por otra parte, era posible sospechar que ocultaba un fondo de atolondrada picardía. Cuando ya tenía catorce años de edad y un amigo de su difunto padre, un agente de una firma extranjera de leche en conserva, le había dado una oportunidad de trabajar en la oficina, fue descubierto una tarde de niebla, en ausencia de su jefe, lanzando fuegos artificiales en la escalera. Disparó en rápida sucesión una serie de fieros cohetes, rabiosas ruedas

giratorias, buscapiés que estallaban sonoramente, y el asunto pudo haber sido muy grave. Por todo el edificio se extendió un pánico terrible. Se vio a empleados de ojos desorbitados que huían despavoridos, con gestos de asfixia, por los pasajes llenos de humo, y sombreros de seda y hombres de negocios de edad madura que rodaban por separado escaleras abajo. Stevie no parecía obtener ninguna satisfacción con lo que había hecho. Sus motivos para este golpe de originalidad eran difíciles de descubrir. Algún tiempo después Winnie consiguió arrancarle una confesión velada y confusa. Parece que otros dos jóvenes oficinistas, con sus relatos de opresión y de injusticia, habían excitado sus sentimientos hasta llevarlo a ese frenesí de la compasión. Pero el amigo de su padre, desde luego, lo despidió sin más trámite, dado que era capaz de arruinar su negocio. Después de esa hazaña de carácter altruista, Stevie fue destinado a ayudar a lavar la loza en la cocina del sótano, y a lustrar las botas de los caballeros que frecuentaban la mansión de Belgravia. Era evidente que ese trabajo carecía de todo futuro. De vez en cuando los caballeros le daban un chelín de propina. El señor Verloc demostró ser el más generoso de los inquilinos. Pero todo eso, como ganancia o como perspectivas, no significaba gran cosa; de modo que cuando Winnie anunció su compromiso con el señor Verloc, su madre no pudo dejar de pensar, con un suspiro y una mirada al fregadero, en la suerte que esperaba ahora al pobre Stevie.

Resultó que el señor Verloc estaba dispuesto a llevarlo junto con la madre de su mujer y con el amoblado, que era la única fortuna visible de la familia. El señor Verloc lo acogió todo, tal como se encontraba, en su pecho amplio y generoso. Los muebles fueron distribuidos de la mejor manera posible por toda la casa, pero la madre de la señora Verloc fue relegada a dos habitaciones interiores del primer piso. El desdichado Stevie dormía en una de ellas. Por esta época, un brote de pelo delgado y esponjoso había venido a velar, como una niebla dorada, el contorno agudo de su pequeña mandíbula inferior. Él ayudaba a su hermana con ciego amor y docilidad en sus quehaceres domésticos. El señor Verloc pensaba que le hacía bien estar ocupado en alguna cosa. Ocupaba su tiempo libre en dibujar círculos con un compás y un lápiz en un pedazo de papel. Se dedicaba a ese pasatiempo con gran laboriosidad, con los codos abiertos y profundamente reclinado sobre la mesa de la cocina. A través de la puerta abierta de la sala del fondo de la tienda, Winnie, su hermana, le dirigía, de cuando en cuando una mirada de materno cuidado.

Dos

Así era la casa, la familia, y el negocio que el señor Verloc dejaba tras de sí, al emprender camino rumbo al oeste a las diez y treinta horas de la mañana. Era excepcionalmente temprano para él; toda su persona exhalaba el encanto de una frescura matutina; llevaba su abrigo de paño azul desabotonado; sus botas brillaban; sus mejillas, recién afeitadas, tenían una especie de lustre; e incluso los ojos de pesados párpados, refrescados por una noche de sueño apacible, lanzaban destellos relativamente vivaces. Estas miradas veían, a través de las verjas del parque, a hombres y mujeres que cabalgaban en la Fila, parejas que pasaban a un medio galope armonioso, otras que avanzaban sosegadamente, al paso, grupos perezosos de tres o de cuatro, jinetes solitarios de aspecto poco sociable, y solitarias mujeres seguidas a gran distancia por un mozo con una escarapela en el sombrero y un cinturón de cuero sobre su ajustada casaca. Pasaban los coches. En su mayoría eran berlinas de dos caballos, pero por aquí y por allá se veía una victoria con la piel de algún animal salvaje en su interior y una cabeza y un sombrero femenino que emergían por encima de la capota plegada. Y un sol típicamente londinense —contra el cual nada podía decirse, salvo que parecía inyectado en sangre— glorificaba todo esto con su mirada. Se hallaba suspendido sobre Hyde Park Corner a moderada altura, con un aire de vigilancia puntual y benigna. Bajo esa luz difusa, en la que ni muro, ni árbol, ni bestia, ni hombre arrojaban sombra, el pavimento mismo que hollaban los pies del señor Verloc adquiría un matiz de oro antiguo. El señor Verloc se encaminaba al oeste a través de una ciudad sin sombras en una atmósfera de polvoriento oro viejo. Había destellos rojizos, de color de cobre, en los techos de las casas, en las aristas de las paredes, en los paneles de los coches, hasta en las mantas de los caballos, y en las anchas espaldas del abrigo del señor Verloc, donde producían un efecto de ligera herrumbre. Pero el señor Verloc no tenía la más mínima conciencia de haberse puesto herrumbroso. A través de las verjas del parque, reconocía con una mirada de aprobación la evidente opulencia y el lujo de la ciudad. Toda esta gente necesitaba ser protegida. La protección es la necesidad primera de la opulencia y del lujo. Tenía que ser protegida; y tenían que ser protegidos sus caballos, sus coches, sus casas, sus sirvientes; la fuente de su riqueza en el corazón de la ciudad y en el corazón del país tenía que ser protegida; todo el orden social que favorecía su saludable ocio tenía que ser protegido contra la mezquina envidia del trabajo insalubre. Tenía que serlo —y si no hubiera sido por su aversión instintiva a todo ejercicio superfluo, el señor Verloc se habría frotado las manos con satisfacción. Su pereza no era higiénica, pero le venía

muy bien. En cierto modo estaba entregado a ella con una especie de fanatismo inerte, o más bien, quizá, con una inercia fanática. Nacido de padres industriosos para una vida de esfuerzo, había abrazado la indolencia movido por un impulso tan profundo como inexplicable y tan imperioso como el impulso que dirige las preferencias de un hombre hacia una mujer determinada entre miles. Era demasiado perezoso incluso para ser un simple demagogo, un orador obrero, un dirigente del trabajo. Era complicarse demasiado la vida. Él necesitaba una forma más perfecta de comodidad; o bien puede que fuese la víctima de una incredulidad filosófica en la efectividad de cualquier esfuerzo humano. Es una forma de indolencia que exige, que implica cierto grado de inteligencia. El señor Verloc no estaba desprovisto de inteligencia— y ante la noción de un orden social amenazado quizá se hubiera hecho un guiño a sí mismo si hacer esa señal de escepticismo no hubiera exigido un esfuerzo. Sus ojos grandes y prominentes no estaban bien adaptados para hacer guiños. Más bien pertenecían a la especie de los que se cierran solemnemente en el sueño, con majestuoso efecto.

Inexpresivo y corpulento a la manera de un cerdo cebado, sin sobarse las manos con satisfacción ni parpadear con escepticismo ante sus propios pensamientos, el señor Verloc proseguía su camino. Sus botas relucientes hollaban el pavimento con fuerza, y su aspecto general era el de un mecánico pudiente que hacía negocios por cuenta propia. Podía haber sido un fabricante de marcos, un cerrajero, o tener cualquier profesión parecida; un empleador de mano de obra en pequeña escala. Pero también había en torno suyo un aire imposible de describir, que ningún mecánico podría haber adquirido en la práctica de su oficio, por muy deshonesto que fuese su forma de ejercerlo: el aire común a los hombres que viven de los vicios, de las locuras, o de los más bajos temores de la raza humana; el aire de nihilismo moral común a los administradores de los infiernos del juego o de las casas de mala reputación; a los detectives privados y a los encargados de pesquisas; a los vendedores de licores y, diría yo, a los vendedores de cinturones eléctricos vigorizantes y a los inventores de medicinas patentadas. Pero de esto último, por no haber profundizado tanto en mis investigaciones, no estoy seguro. Por lo que sé, la expresión de estos últimos podría ser perfectamente diabólica. No me sorprendería nada. Lo que deseo afirmar es que la expresión del señor Verloc de ningún modo era diabólica.

Antes de alcanzar Knightsbridge, el señor Verloc torció a la izquierda, alejándose de la bulliciosa avenida principal, llena de estruendo debido al tráfico de omnibuses que se balanceaban y de carromatos que iban al trote, en medio del fluir suave y silencioso de los cabriolés. Bajo su sombrero, que usaba con una ligera inclinación hacia atrás, su pelo había sido cuidadosamente escobillado hasta alcanzar una deferente lisura; porque su negocio era con una embajada. Y el señor Verloc, firme como una roca —una roca de una especie blanda— caminaba ahora por una calle que con toda propiedad podría ser descrita como privada. Por su anchura, su vacío y su

extensión, tenía la majestad de la naturaleza inorgánica, de la materia que nunca muere. El único recordatorio de la mortalidad era la berlina de un doctor detenida en augusta soledad junto a la vereda. Las bruñidas aldabas de las puertas relucían hasta donde alcanzaba la vista, las limpias ventanas brillaban con un oscuro lustre opaco. Y todo estaba tranquilo. Pero un carretón lechero cruzó con un ruido estrepitoso la perspectiva distante; un mozo de carnicería, que conducía con la noble imprudencia de un auriga de los Juegos Olímpicos, irrumpió desde la esquina en su elevado asiento encima de un par de ruedas rojas. Un gato de aspecto culpable, salido de debajo de las piedras, corrió un momento al frente del señor Verloc y después se sumergió en otro sótano; y un grueso sargento de policía, de aspecto ajeno a toda emoción, como si él, también, formase parte de la naturaleza inorgánica, aparentemente surgido de un poste de alumbrado, no prestó la menor atención al señor Verloc. El señor Verloc torció a la izquierda y continuó su camino por una calle estrecha, junto a una pared amarilla que tenía, por alguna inescrutable razón, escrito N.º 1 Chesham Square en letras negras. Chesham Square se encontraba a una distancia de por lo menos sesenta yardas, pero el señor Verloc, cuyo cosmopolitismo era suficiente para no dejarse engañar por los misterios topográficos de Londres, se mantuvo firme, sin mostrar un signo de sorpresa o de indignación. Al fin, con pragmática persistencia, encontró la plaza, y se dirigió en diagonal al número 10. Éste pertenecía a una imponente puerta cochera situada en un muro alto, limpio, entre dos casas, una de las cuales, con suficiente racionalidad, llevaba el número 9, y la otra estaba numerada con el 37; pero una inscripción, colocada encima de las ventanas del piso bajo por quienquiera que fuese la muy eficiente autoridad encargada de la tarea de mantener la huella de las calles dispersas de Londres, proclamaba el hecho de que esta última casa pertenecía a la calle de Porthill, una calle bien conocida en el vecindario. ¿Por qué no se solicitan poderes al Parlamento (un breve decreto bastaría) para obligar a esos edificios a regresar al sitio que les corresponde? Éste es uno de los misterios de la administración municipal. Era un asunto que no inquietaba al señor Verloc, cuya misión en la vida consistía en la protección del mecanismo social, no en su perfeccionamiento y ni siquiera en su crítica.

Era tan temprano que el portero de la embajada, al salir rápidamente de su recinto, luchaba todavía con la manga izquierda de su librea. Su chaleco era rojo, y usaba pantalones hasta las rodillas, pero tenía una expresión confundida. El señor Verloc, consciente del pequeño trastorno que había provocado, se limitó a descartarlo mostrando un sobre sellado con las armas de la embajada, y siguió adelante. Presentó también el mismo talismán al criado que le abrió la puerta, y éste retrocedió para dejarlo entrar al vestíbulo.

Un fuego límpido ardía en una alta chimenea, y dándole la espalda, un hombre de edad madura, en traje oscuro y con una cadena alrededor del cuello, levantó la vista del periódico que tenía extendido con ambas manos frente a su cara tranquila y severa. No se movió; pero otro lacayo, de pantalones marrón y casaca bordeada por

una delgada cuerda amarilla, se acercó al señor Verloc, escuchó el murmullo de su nombre, y dando media vuelta en silencio, comenzó a caminar sin mirar ni una sola vez hacia atrás. Conducido en esta forma a lo largo de un corredor de la planta baja, a la izquierda de la gran escalera alfombrada, al señor Verloc se le indicó repentinamente que entrara a una habitación bastante pequeña amueblada con una pesada mesa de escribir y unas pocas sillas. El criado cerró la puerta, y el señor Verloc permaneció solo. No tomó asiento. Sujetando su sombrero y su bastón con una mano, recorría el lugar con la mirada y pasaba su otra mano rechoncha por su cabeza descubierta y acicalada.

Se abrió otra puerta ruidosamente, y el señor Verloc, al inmovilizar su mirada en esa dirección, sólo distinguió en un comienzo ropas negras. Una cabeza calva, y unas patillas caídas de color gris oscuro a cada lado de un par de manos arrugadas. La persona que había entrado sostenía un atado de papeles frente a sus ojos y se acercó a la mesa con pasos más bien remilgados, mientras daba vuelta los papeles. El consejero privado Wurmt, *chancelier d'Ambassade*, era más bien corto de vista. Este meritorio funcionario, después de colocar los papeles sobre la mesa, mostró una cara de tez descolorida y de melancólica fealdad, rodeada de abundantes pelos finos, largos y de color gris oscuro, enmarcada con pesadez por unas cejas gruesas y densas. Se puso unos quevedos de marco negro sobre la nariz roma e informe, y pareció sorprendido por el aspecto del señor Verloc. Bajo las cejas enormes, sus ojos débiles parpadeaban en forma patética detrás de los cristales.

No hizo ningún gesto de saludo; ni lo hizo el señor Verloc, que sin duda sabía mantenerse en su sitio; pero un cambio sutil en el perfil general de los hombros y de la espalda sugería una ligera inclinación, bajo la vasta superficie del abrigo, de la espina dorsal, del señor Verloc. Esto producía un efecto de discreta deferencia.

—Tengo aquí algunos de sus informes —dijo el burócrata, con una voz inesperadamente suave y cansada, haciendo una fuerte presión sobre los papeles con la punta de su dedo índice. Hizo una pausa; y el señor Verloc, que había reconocido muy bien su escritura, esperó en profundo silencio.

—No estamos muy satisfechos con la actitud de la policía de aquí —continuó el otro, con todo el aspecto externo de la fatiga mental.

Sin que se movieran en la realidad, los hombros del señor Verloc insinuaron un gesto de encogimiento. Y por primera vez desde que había salido de su casa esa mañana, sus labios se abrieron.

—Cada país tiene su policía —dijo, filosóficamente. Pero como el funcionario de la embajada continuaba con su firme parpadeo frente a él, se sintió obligado a añadir —: Permítame señalar que no dispongo de ningún medio de acción sobre la policía de aquí.

—Lo que se desea —dijo el hombre de escritorio—, es que ocurra algo concreto que estimule su vigilancia. Eso se encuentra dentro de sus posibilidades, ¿no es así?

El señor Verloc sólo respondió con un suspiro, que se le escapó en forma

involuntaria, ya que de inmediato trató de adoptar una expresión alegre. El funcionario parpadeó en forma dubitativa, como si estuviera afectado por la luz mortecina de la habitación. Repitió vagamente:

—La vigilancia de la policía, y la severidad de los magistrados. La blandura del procedimiento judicial de este país, y la completa ausencia de medidas represivas, son un escándalo para Europa. Lo que se requiere ahora es un aumento de la intranquilidad, de la agitación que sin duda existe...

—Sin duda, sin duda —interrumpió el señor Verloc en un bajo respetuoso, profundo, de carácter oratorio, tan diferente del tono en que había hablado un momento antes que su interlocutor quedó asombrado—. Existe hasta un extremo peligroso. Mis informes de los últimos doce meses lo dejan suficientemente en claro.

—He leído —comenzó el consejero de Estado Wurmt en su tono suave y desapasionado— sus informes de los últimos doce meses. No conseguí descubrir qué razón había tenido para escribirlos.

Durante un rato reinó un silencio triste. El señor Verloc parecía haberse tragado la lengua, y el otro miraba fijamente los papeles en la mesa. Al final les dio un leve empujón.

—La situación que usted describe constituye la condición previa de su empleo. Lo que se necesita ahora no es escribir, sino alumbrar un hecho significativo, distinto, casi diría que un hecho alarmante.

—No necesito decir que todos mis esfuerzos estarán dirigidos a ese fin —dijo el señor Verloc, con una entonación convencida de su voz ronca. Pero lo desconcertó la sensación de un parpadeo atento detrás del brillo ciego de esas gafas al otro lado de la mesa. Se inmovilizó en un gesto de absoluta lealtad. El oscuro pero laborioso y útil miembro de la embajada parecía impresionado por un pensamiento inédito.

—Usted es muy corpulento —dijo.

Esta observación, en realidad de naturaleza psicológica, y avanzada con la modesta vacilación de un funcionario más familiarizado con la tinta y el papel que con las exigencias de la vida activa, hirió al señor Verloc en la forma de un comentario personal grosero. Retrocedió un paso.

—¿Eh? ¿Qué cosa ha dicho ahora? —exclamó, con áspero resentimiento.

El *chancelier d'Ambassade*, a quien se había confiado el manejo de esta entrevista, pareció encontrar que era demasiado para él.

—Creo —dijo— que sería mejor que usted vea al señor Vladimir. Sí, pienso decididamente que usted debería ver al señor Vladimir. Tenga la bondad de esperar aquí —añadió, y salió con pasos melindrosos.

El señor Verloc se pasó de inmediato la mano por los cabellos. En su frente había brotado una ligera transpiración. Dejó escapar el aire de sus labios plegados como un individuo que sopla una cucharada de sopa caliente. Pero cuando apareció en la puerta el criado de marrón, el señor Verloc no se había movido ni una sola pulgada del lugar que había ocupado durante toda la entrevista. Había permanecido inmóvil,

como si se sintiera rodeado de trampas.

Caminó a lo largo de un pasadizo alumbrado por un mechero de gas solitario, después subió por una escalera de caracol, y avanzó por un corredor alegre y rodeado de vidrios del primer piso. El criado empujó la puerta y se mantuvo a un lado. Los pies del señor Verloc sintieron una gruesa alfombra. La habitación era espaciosa, con tres ventanas; y un joven de cara ancha, afeitada, sentado en un amplio sillón frente a un gran escritorio de caoba, dijo en francés al *chancelier d'Ambassade*, que en ese instante salía con los papeles en la mano:

—Usted tiene toda la razón, *mon cher*. Es gordo, el animal.

El señor Vladimir, primer secretario, tenía fama en los salones de ser un hombre agradable y divertido. Era algo así como un favorito en sociedad. Su ingenio consistía en descubrir conexiones chistosas entre ideas incongruentes; y cuando hablaba en esta vena se sentaba en la punta de su asiento, con la mano izquierda levantada, como si exhibiera sus divertidas demostraciones entre el pulgar y el índice, mientras su cara redonda y bien afeitada mantenía una expresión de festiva perplejidad.

Pero no había sombra de perplejidad o alegría en el modo como miraba al señor Verloc. Echado muy atrás en el profundo sillón, con los codos separados en ángulo recto, y arrojando una pierna encima de la gruesa rodilla, tenía, con su semblante suave y rosado, el aspecto de un bebé inexplicablemente desarrollado y que no aceptaría tonterías de nadie.

—¿Usted comprende francés, supongo? —dijo.

El señor Verloc declaró roncamente que sí. Toda su vasta humanidad se inclinaba hacia el frente. Estaba parado en la alfombra en el centro de la sala, sujetando con una mano su sombrero y su bastón; la otra colgaba inerte a un costado. Discretamente, desde el fondo de su garganta, murmuró algo acerca de haber hecho el servicio militar en la artillería francesa. De inmediato, con desdeñosa perversidad, el señor Vladimir cambió de lengua, y comenzó a hablar en inglés corriente sin la menor traza de acento extranjero.

—¡Ah, sí! Por supuesto. Veamos. ¿Qué condena le dieron por conseguir el diseño del bloque de cierre perfeccionado de su nuevo cañón de campaña?

—Cinco años de rigurosa reclusión en una fortaleza —contestó el señor Verloc, inesperadamente, pero sin la menor muestra de emoción.

—Salió bien librado —fue el comentario del señor Vladimir—. Y, de todos modos, se lo merecía por haberse dejado coger. ¿Qué lo hizo embarcarse en esas cosas, eh?

Se escuchó la voz ronca del señor Verloc hablando de la juventud, de una pasión fatal por una indigna...

—¡Aah! *Cherchez la femme* —se dignó interrumpir el señor Vladimir, pero se mantuvo inmovible, sin afabilidad; había, por el contrario, un dejo de severidad en su condescendencia—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí al servicio de la embajada? —preguntó.

—Desde la época del difunto barón Stott-Wartenheim —contestó el señor Verloc en tono discreto, adelantando los labios con tristeza, en señal de pesar por el diplomático difunto. El primer secretario observó este juego de fisonomía con fijeza.

—¡Ah! Desde entonces... ¡Bien! ¿Qué explicación puede darme? —preguntó, abruptamente.

El señor Verloc respondió con cierta sorpresa que no sabía que tuviera que dar explicaciones. Había sido citado por una carta. Y hundió su mano diligentemente en el bolsillo lateral de su abrigo, pero ante la atención burlona, cínica, del señor Vladimir, terminó por dejarla ahí.

—¡Bah! —dijo este último—. ¿Qué pretende con dejarse estar en esta forma? Usted ni siquiera tiene el físico de su profesión. Usted, un miembro del proletariado hambriento, ¡jamás! Usted, un socialista o anarquista desesperado, ¿qué es usted, exactamente?

—¡Anarquista! —declaró el señor Verloc en un tono apagado.

—¡Tonterías! —continuó el señor Vladimir, sin levantar la voz—. Usted sorprendió incluso al viejo Wurmt. Ni un idiota se dejaría engañar por usted. Todos ellos lo son, dicho sea de paso, pero usted me parece simplemente imposible. De manera que usted comenzó su relación con nosotros al robar los diseños del cañón francés. Y se dejó coger. Eso debe de haber sido muy desagradable para nuestro gobierno. Usted no parece muy listo.

El señor Verloc trató de disculparse roncamente.

—Tal como tuve la ocasión de decir antes, una pasión fatal por una indigna...

El señor Verloc levantó una mano ancha, blanca, rechoncha.

—Ah, sí. La desafortunada pasión... de su juventud. Ella se quedó con el dinero, y después lo entregó a la policía... ¿eh?

El afligido cambio en la expresión del señor Verloc, el momentáneo decaimiento de toda su persona, revelaron que ése, por desgracia, había sido el caso. La mano del señor Vladimir aferró el tobillo que reposaba encima de su rodilla. El calcetín era de seda azul oscura.

—Ya ve usted, eso no fue muy inteligente de su parte. Quizás es demasiado impresionable.

Con un murmullo velado, surgido del fondo de la garganta, el señor Verloc insinuó que ya no era joven.

—¡Oh! Ése es un defecto que no se quita con la edad —observó el señor Vladimir, con una familiaridad siniestra—. ¡Pero no! Usted es demasiado gordo para eso. Si usted fuera impresionable, no habría llegado a ponerse así. Le diré lo que pienso que es la causa: usted es un sujeto perezoso. ¿Durante cuánto tiempo ha estado pagado por esta embajada?

—Once años —fue la respuesta, después de un momento de vacilación malhumorada—. Se me encomendaron diversas misiones a Londres cuando Su Excelencia el barón Stott-Wartenheim todavía era embajador en París. Después, por

instrucciones de Su Excelencia, me establecí en Londres. Soy de nacionalidad inglesa.

—¡Ah, sí! ¿Verdad? ¿Eh?

—Súbdito británico de nacimiento —dijo el señor Verloc, impasible—. Pero mi padre era francés, de manera que...

—No me dé explicaciones —interrumpió el otro—. Diré que legalmente podría haber sido un mariscal de Francia y un miembro del Parlamento de Inglaterra, y en ese caso, sin duda, habría sido de alguna utilidad para nuestra embajada.

Este arresto de fantasía provocó en la cara del señor Verloc algo semejante a una débil sonrisa. El señor Vladimir conservó una gravedad imperturbable.

—Pero, como ya he dicho, usted es un sujeto perezoso; usted no aprovecha sus oportunidades. En tiempos del barón Stott-Wartenheim había una cantidad de gente de pocas luces a cargo de esta embajada. Ellos hacían que gente como usted se formara una concepción errada de lo que son los fondos de un servicio secreto. Me corresponde corregir esta equivocación diciéndole lo que el servicio secreto no es. No es una institución filantrópica. Lo he hecho venir aquí a propósito para decirle esto.

El señor Vladimir observó la forzada expresión de perplejidad en la cara de Verloc, y sonrió con sarcasmo.

—Veo que usted me entiende perfectamente. Me atrevería a decir que usted tiene suficiente inteligencia para su trabajo. Lo que necesitamos ahora es actividad, actividad.

Al repetir esta última palabra, el señor Vladimir puso un largo índice blanco en el borde del escritorio. Toda huella de ronquera desapareció de la voz de Verloc. Su gruesa nuca tomó un color encarnado encima del cuello de terciopelo del abrigo. Sus labios temblaron antes de abrirse de par en par.

—Si usted tuviera la bondad de mirar mi expediente —bramó en su potente, clara y oratoria voz de bajo—, vería que hace sólo tres meses mandé una advertencia con motivo de la visita a París del Gran Duque Romualdo, la que fue telegrafiada desde aquí a la policía francesa, y...

—¡Tut, tut! —interrumpió el señor Vladimir, con un gesto ceñudo—. La policía francesa no tenía ninguna necesidad de su advertencia. No aülle en esta forma. ¿Qué diablos pretende?

Con un destello de orgullosa humildad, el señor Verloc pidió excusas por haber perdido el control. Dijo que su voz, famosa desde hace años en manifestaciones al aire libre y en asambleas de trabajadores en locales espaciosos, había contribuido a formar su reputación de camarada bueno y honesto. Era, por consiguiente, parte de su utilidad. Había inspirado confianza en sus principios.

—Los dirigentes siempre me pidieron que hablara en los momentos críticos —declaró el señor Verloc, con evidente satisfacción. No había tumulto por encima del cual no pudiera hacerse oír, añadió; y de pronto hizo una demostración—. Permítame —dijo. Con la frente baja, sin levantar la vista, en forma rápida y laboriosa, cruzó la

habitación hasta una de las ventanas francesas. Como si cediera a un impulso incontrolable, la abrió un poco. El señor Vladimir, asombrado, saltó de las profundidades del sillón y miró por encima de su hombro; y abajo, al otro lado del patio de la embajada, bastante más allá de la puerta de rejas abierta, podían verse las anchas espaldas de un policía que miraba ociosamente el cochecillo espléndido de un bebé rico que era empujado con toda pompa a través de la plaza.

—¡Guardia! —dijo el señor Verloc, sin mayor esfuerzo que el de susurrar; y el señor Vladimir lanzó una carcajada al ver que el policía se daba vuelta cómo si hubiera sido pinchado por un instrumento punzante. El señor Verloc cerró la ventana silenciosamente, y regresó al medio de la habitación.

—Con una voz como ésa —dijo, asumiendo el tono de conversación ronco— inspiraba confianza en forma natural. Y sabía, además, lo que tenía que decir.

El señor Vladimir, arreglándose la corbata, lo observó por el espejo de encima de la repisa de la chimenea.

—Me atrevería a decir que domina bastante bien la jerga social revolucionaria —dijo, desdeñosamente—. Vox et... Nunca estudió latín, ¿no es así?

—No —gruñó el señor Verloc—. No esperaría usted que yo lo sepa. Pertenezco a la masa. ¿Quién sabe latín? Sólo unos pocos centenares de imbéciles que no son capaces de cuidar de sí mismos.

El señor Vladimir continuó estudiando en el espejo durante unos treinta segundos el perfil carnoso, el voluminoso bulto del hombre que estaba detrás suyo. Y al mismo tiempo tenía la ventaja de ver su propio rostro, bien afeitado y redondo, de aspecto saludable, y con los labios delgados y sensitivos formados exactamente para pronunciar aquellas delicadas ocurrencias que lo habían convertido en un personaje tan popular dentro de la sociedad más exclusiva. Entonces se volvió, y avanzó con tanta resolución hacia el centro de la pieza que las puntas de su corbatín curiosamente anticuado parecieron erizarse con inexpresables amenazas. El movimiento fue tan súbito e impetuoso que el señor Verloc, lanzando una mirada oblicua, se acobardó interiormente.

—¡Aah! Se permite usted ser atrevido —comenzó el señor Vladimir, con una entonación asombrosamente gutural que no sólo no era en absoluto inglesa, sino absolutamente no europea,^[4] y alarmante incluso para la experiencia de barriadas cosmopolitas que tenía el señor Verloc—. ¡Se permite! Muy bien, voy a hablarle en inglés puro y simple. La voz no basta. No nos sirve de nada su voz. No necesitamos una voz. Necesitamos hechos, hechos sorprendentes, maldita sea —agregó, con una especie de feroz discreción, junto a la cara del señor Verloc.

—No me trate de apabullar con sus maneras hiperbóreas —se defendió el señor Verloc, roncamente, mirando la alfombra. En este punto, sonriendo burlescamente por encima del lazo erizado de su corbatín, su interlocutor cambió la conversación al francés.

—Usted se las da de «agent provocateur». La ocupación propia de un «agent

provocateur» es la de provocar. Hasta donde puedo juzgar a la vista del expediente suyo que tenemos aquí, usted no ha hecho nada para ganarse su dinero en los últimos tres años.

—¡Nada! —exclamó Verloc, sin mover un músculo y sin levantar los ojos, pero con un matiz de sincero sentimiento en la voz—. He prevenido en muchas oportunidades lo que podría haber sido...

—Hay un proverbio en este país que dice que prevenir es mejor que curar — interrumpió el señor Vladimir, dejándose caer en el sillón—. En líneas generales es un proverbio estúpido. La prevención es inútil. Pero es característico. En este país las finalidades claras no gustan. No sea demasiado inglés. Y en este caso particular, no sea absurdo. El mal ya está aquí. No necesitamos prevención, necesitamos curación.

Hizo una pausa, regresó a su escritorio, y después de dar vuelta unos papeles que yacían ahí, habló en un tono cambiado, práctico, sin mirar al señor Verloc.

—¿Usted ha oído hablar, por supuesto, de la Conferencia Internacional reunida en Milán?^[5]

El señor Verloc insinuó ásperamente que tenía el hábito de leer la prensa diaria. Ante otra pregunta respondió que entendía, por supuesto, lo que leía. Ante lo cual el señor Vladimir, sonriendo débilmente frente a los documentos que todavía examinaba uno después del otro, murmuró:

—Siempre que no esté escrito en latín, supongo.

—Ni en chino —añadió con estolidez el señor Verloc.

—Hummm. Algunas de las efusiones de sus amigos revolucionarios están escritas en un *charabia* tan incomprensible como el chino... —El señor Vladimir dejó caer desdeñosamente una hoja impresa de color gris—. ¿Qué son estos folletos que llevan el encabezamiento F. P. y un martillo, una pluma y una antorcha cruzados? Esta F. P., ¿qué significa? El señor Verloc se acercó al imponente escritorio.

—El Futuro del Proletariado. Es una sociedad —explicó junto al sillón en actitud atenta— que no es anarquista en principio, sino abierta a todos los matices de la opinión revolucionaria.

—¿Pertenece usted a ella?

—Soy uno de los vicepresidentes. —El señor Verloc respiró pesadamente; y el primer secretario de la embajada levantó la cabeza para mirarlo.

—Entonces debería tener vergüenza —dijo, en forma incisiva—. ¿Su sociedad sólo es capaz de imprimir esta tontería profética con caracteres toscos en este papel inmundo, eh? ¿Por qué no hace algo usted? Mire. Ahora tengo este asunto entre manos, y le advierto con toda claridad que usted tendrá que ganarse su dinero. Ya pasaron los buenos tiempos del viejo Stott-Wartenheim. Si no hay trabajo, no hay paga.

El señor Verloc sintió una curiosa sensación de desfallecimiento en sus gruesas piernas. Retrocedió un paso, y se sonó las narices ruidosamente.

Estaba, en verdad, alarmado y sorprendido. Liberándose de la niebla de Londres,

el herrumbroso sol de Londres derramaba un resplandor tibio en la sala privada del primer secretario, y en el silencio, el señor Verloc escuchó el débil zumbido de una mosca contra los cristales de una ventana —su primera mosca del año— que anunciaba la proximidad de la primavera mejor que cualquier aparición de golondrinas. El ajetreo inútil de ese organismo enérgico y diminuto afectó de un modo desagradable a este hombre corpulento amenazado en su indolencia.

Durante la pausa, el señor Vladimir formuló en su mente una serie de observaciones despectivas sobre la cara y el aspecto del señor Verloc. El individuo era inusitadamente vulgar, pesado, y de una falta de inteligencia impúdica. Se parecía extraordinariamente a un maestro fontanero que hubiera llegado a presentar su cuenta. A través de sus excursiones ocasionales en el terreno del humorismo norteamericano, el primer secretario de la embajada se había formado una concepción especial de los mecánicos de esa clase como encarnación de la incompetencia y de la pereza fraudulenta.

De manera que aquí estaba el famoso y fiel agente secreto, tan secreto que nunca era designado de otra forma que con el símbolo A en la correspondencia oficial, semioficial y confidencial del difunto barón Stott-Wartenheim; el célebre agente A, cuyas advertencias tenían el poder de cambiar los programas y las fechas de viajes reales, imperiales y gran ducales ¡y que algunas veces determinaban su anulación completa! ¡Este individuo! Y el señor Vladimir se entregó mentalmente a un enorme y burlón regocijo, en parte a causa de su propia sorpresa, que consideró ingenua, pero sobre todo a expensas del universalmente lamentado barón Stott-Wartenheim. Su difunta Excelencia, que el augusto favor de su amo imperial había impuesto por encima de las reticencias de numerosos ministros de Relaciones Exteriores, había gozado en vida de una fama de credulidad pesimista, sabihonda. Su Excelencia tenía la revolución social metida entre ceja y ceja. Se imaginaba a sí mismo como un diplomático llamado por un designio especial a contemplar el fin de la diplomacia, y casi el fin del mundo en una horrible rebelión democrática. Sus lúgubres y proféticos despachos habían sido durante años la broma de las Cancillerías. Se decía que había exclamado en su lecho de muerte (visitado por su amo y amigo imperial): «¡Infeliz Europa! ¡Perecerás víctima de la locura moral de tus hijos!». Él estaba destinado a ser víctima del primer pícaro embustero que se presentara, pensó el señor Vladimir, sonriendo vagamente al señor Verloc.

—Usted debería venerar la memoria del barón Stott-Wartenheim —exclamó, de pronto.

La fisonomía inclinada del señor Verloc expresó un sombrío y tedioso disgusto.

—Permítame observarle —dijo— que vine aquí citado por una carta perentoria. Sólo he estado aquí dos veces en los últimos once años, y nunca, sin duda, a las once de la mañana. No es muy sensato llamarme en esta forma. Existe una posibilidad de ser visto. Y eso para mí no sería ninguna broma.

El señor Vladimir se encogió de hombros.

—Destruiría mi utilidad —continuó el otro acaloradamente.

—Eso es asunto suyo —murmuró el señor Vladimir, con suave brutalidad—. Cuando deje de ser útil, dejará de tener empleo. Sí. De inmediato. Se cortará por lo sano. Usted... —El señor Vladimir, frunciendo el entrecejo, hizo una pausa, incapaz de encontrar la expresión adecuada, y de inmediato se le iluminó el rostro, con una mueca de dientes hermosamente blancos—. Usted será despedido de una patada —fueron sus palabras, proferidas con ferocidad.

Una vez más, el señor Verloc tuvo que reaccionar con todas las fuerzas de su voluntad contra esa sensación de fatiga en las piernas que alguna vez había inspirado a un pobre diablo la feliz expresión: «Se me cayó el corazón a los zapatos». Consciente de esta sensación, el señor Verloc levantó la cabeza con valentía.

El señor Vladimir sostuvo la mirada intensamente inquisitiva con perfecta serenidad.

—Lo que nosotros queremos es administrar un tónico a la conferencia de Milán —dijo, livianamente—. Sus deliberaciones sobre una acción internacional para suprimir el crimen político parecen no conducir a ninguna parte. Inglaterra defecciona. El apego sentimental de este país por las libertades individuales es absurdo. Es intolerable pensar que todos sus amigos no tienen más que venir a...

—En esa forma los tengo a todos bajo mis ojos —interrumpió el señor Verloc, roncamente.

—Mucho más conveniente sería tenerlos a todos bajo llave. Hay que alinear a Inglaterra. La burguesía imbécil de este país se hace cómplice de aquella misma gente cuyo propósito es expulsarla de sus casas y hacerla morir de hambre en zanjones. Y todavía conservan el poder político, pero no tienen idea de utilizarlo para su propia seguridad. ¿Supongo que está de acuerdo en que las clases medias son estúpidas?

El señor Verloc concordó ásperamente.

—Lo son.

—Carecen de imaginación. Están cegadas por una vanidad idiota. Lo que necesitan ahora mismo es pasar un buen susto. Éste es el momento psicológico para poner a trabajar a sus amigos. Lo he hecho venir aquí para exponerle mi idea.

Y el señor Vladimir expuso su idea desde lo alto, con desdén y condescendencia, desplegando al mismo tiempo tal cúmulo de ignorancia con respecto a los objetivos reales, los pensamientos y los métodos del mundo revolucionario, que el silencioso señor Verloc quedó lleno de consternación interior. Confundía más allá de lo permitido las causas con los efectos; los propagandistas más distinguidos con los más impulsivos lanzadores de bombas; suponía organización ahí donde la naturaleza de las cosas no podía permitir que existiera; primero hablaba del partido social revolucionario como de un ejército perfectamente disciplinado, donde la palabra de los jefes era decisiva, y después como si se tratara de una vaga asociación de bandoleros desesperados acampados en un desfiladero de montaña. En un momento el señor Verloc había abierto la boca para protestar, pero una manera amplia, blanca,

bien proporcionada, se había levantado y lo había detenido. Pronto estuvo demasiado asombrado incluso para tratar de protestar. Escuchaba en un estado de temor rígido semejante a la inmovilidad de la atención profunda.

—Una serie de atrocidades —continuó el señor Vladimir, calmadamente—, ejecutadas aquí en este país; no sólo *planeadas* aquí —eso no bastaría— a ellos no les importaría. Sus amigos podrían incendiar la mitad del continente sin influir en la opinión pública de aquí en favor de una legislación represiva universal. Aquí no miran más allá de su patio trasero.

El señor Verloc se aclaró la garganta, pero su corazón desfallecía, y no dijo nada.

—Estas atrocidades no necesitan ser especialmente sanguinarias —prosiguió el señor Vladimir, como si estuviera pronunciando una conferencia científica—, pero deben ser suficientemente alarmantes, efectivas. Hagamos que se dirijan contra edificios, por ejemplo. ¿Cuál es el fetiche de moda que toda la burguesía reconoce, eh, señor Verloc?

El señor Verloc abrió las manos y sacudió ligeramente los hombros.

—Usted es demasiado perezoso para pensar —fue el comentario del señor Vladimir ante ese gesto—. Escuche con atención lo que digo. El fetiche de moda no es la realeza ni la religión. De modo que habría que dejar tranquilos el palacio y la iglesia. ¿Entiende lo que quiero decir, señor Verloc?

El desaliento y el desprecio del señor Verloc encontraron desahogo en un intento de frivolidad.

—Perfectamente. Pero ¿qué me dice de las embajadas? Una serie de ataques a varias embajadas —comenzó; pero no pudo sostener la mirada fría, atenta, del primer secretario.

—Usted puede ser chistoso, por lo que veo —observó éste, despreocupadamente—. Está muy bien. Eso puede dar vivacidad a su oratoria en los congresos socialistas. Pero esta sala no es el lugar indicado para ello. Sería infinitamente más seguro para usted que siguiera cuidadosamente lo que estoy diciendo. Como a usted se le pide que suministre hechos en lugar de patrañas, sería mejor que trate de sacar partido de lo que me estoy dando el trabajo de explicarle. El fetiche sacrosanto de hoy día es la ciencia. ¿Por qué no consigue que algunos de sus amigos se lancen contra ese personaje de cara de madera, eh? ¿No forma parte de esas instituciones que deben ser barridas antes de que el F. P. llegue al poder?

El señor Verloc no dijo nada. Temía que si abría los labios se le escapara un quejido.

—Esto es lo que usted debería intentar. Un atentado contra una cabeza coronada o contra un presidente es bastante sensacional en algún sentido, pero no tanto como solía serlo. Ha entrado a formar parte de la concepción general de la existencia de todos los jefes de estado. Es casi convencional, sobre todo desde que tantos presidentes han muerto asesinados. Ahora tomemos por caso un atentado contra, digamos, una iglesia. A primera vista es horrible, no cabe duda, y sin embargo no es

tan eficaz como podría creer una persona de mentalidad corriente. Por anarquista o revolucionario que fuese en su preparación, habría personas suficientemente insensatas para conferir a ese atentado el carácter de una manifestación religiosa. Y eso distraería del significado especialmente alarmante que deseamos darle al acto. Un atentado criminal contra un restaurante o un teatro se resentiría igualmente de la sugestión de una pasión no política; la exasperación de un hombre hambriento, un acto de venganza social. Todo esto está gastado; ya no es instructivo como lección objetiva de anarquismo revolucionario. Todos los periódicos tienen frases hechas para dar por explicadas estas manifestaciones. Estoy transmitiéndole la filosofía del lanzamiento de bombas desde mi punto de vista; desde el punto de vista al que usted pretende haber prestado servicio durante los últimos once años. Trataré de hablar en términos que estén a su alcance. La sensibilidad de la clase que usted ataca se adormece muy pronto. Les parece que la propiedad es algo indestructible. Usted no puede contar por mucho tiempo con sus emociones, sean de lástima o de miedo. Para que ahora tenga alguna influencia en la opinión pública, un atentado con bombas debe ir más allá de la intención de venganza o terrorismo. Debe ser puramente destructivo. Debe ser eso, y sólo eso, por encima de la más leve sospecha de cualquier otro objetivo. Ustedes los anarquistas deberían dejar en claro que están perfectamente decididos a barrer con el conjunto de la creación social. ¿Pero cómo meter en las cabezas de las clases medias, sin que haya error posible, esta noción asombrosamente absurda? Ése es el problema. La respuesta es dirigir los golpes a algo que se encuentre fuera de las pasiones ordinarias de la humanidad. Tenemos el arte, por supuesto. Una bomba en la National Gallery haría algo de ruido. Pero no sería suficientemente serio. El arte nunca ha sido su fetiche. Es como romper unas pocas ventanas traseras en la casa de un hombre; en circunstancias de que si uno quiere hacerlo reaccionar, debe tratar por lo menos de levantar el techo. Por supuesto que habría algo de griterío, pero ¿de quiénes? Artistas, críticos de arte y otros por el estilo, gente que no cuenta para nada. A nadie le importa lo que dicen. Pero existe el conocimiento, la ciencia. Cualquier imbécil que recibe una renta cree en eso. No sabe por qué, pero cree que de algún modo es importante. Es el fetiche sacrosanto. Todos los malditos profesores son extremistas de corazón. Que sepan que su gran ídolo también tiene que irse, para dejar paso al Futuro del Proletariado. Un aullido de todos estos idiotas intelectuales está destinado a favorecer el progreso de los trabajos de la Conferencia de Milán. Escribirán cartas a los periódicos. Al no haber intereses materiales abiertamente en juego, su indignación quedará fuera de toda sospecha, y alarmará todos los egoísmos de la clase a la cual es necesario impresionar. Ellos creen que la ciencia, en alguna forma misteriosa, se encuentra en los orígenes de su prosperidad material. Eso creen. Y la absurda ferocidad de esa demostración los afectará más profundamente que la mutilación de toda una calle —o un teatro— llenos de gente de su especie. Ante esto último siempre pueden decir: «¡Oh!, es simple odio de clases». ¿Pero qué puede uno decir frente a un acto de ferocidad

destruictiva tan absurdo como para ser incomprensible, inexplicable, casi impensable; de hecho, demente? Sólo la locura es verdaderamente aterradora, en la medida en que uno no puede aplacarla por medio de la amenaza, de la persuasión o del soborno. Por lo demás, soy un hombre civilizado. No soñaría jamás con dirigirlo a organizar una simple carnicería, aun cuando esperase de ella los mejores resultados. Pero no esperaría de una carnicería el resultado que deseo. El asesinato siempre está con nosotros. Es casi una institución. La demostración debe hacerse contra el conocimiento, la ciencia. Pero no cualquier ciencia sirve. El ataque debe tener toda la escandalosa insensatez de la blasfemia gratuita. Ya que las bombas son el medio de expresión de ustedes, sería realmente decidir si uno pudiera arrojar una bomba contra la matemática pura. Pero eso es imposible. He estado tratando de educarlo; he desarrollado para usted la más alta filosofía de su utilidad, y le he sugerido algunos argumentos aprovechables. La aplicación práctica de mi enseñanza le interesa *a usted* en grado sumo. Pero desde el momento en que he resuelto entrevistarme con usted, también he prestado alguna atención a los aspectos prácticos del asunto. ¿Qué le parece a usted hacer un intento con la astronomía?

Durante algún tiempo todavía, la inmovilidad del señor Verloc junto al sillón fue semejante a la postración de un enfermo en estado de coma, una especie de insensibilidad pasiva interrumpida por ligeras convulsiones, tal como puede observarse en el perro doméstico que tiene una pesadilla echado en la alfombra. Y fue con un gruñido intranquilo, perruno, que repitió la palabra:

—Astronomía.

Todavía no se había recuperado por completo del estado de aturdimiento producido por el esfuerzo de seguir la rápida, incisiva locución del señor Vladimir. Eso había sobrepasado su poder de asimilación. Lo había irritado. Esta ira estaba complicada por la incredulidad. Y de pronto se le ocurrió que todo esto no era más que una broma complicada. El señor Vladimir exhibía sus dientes blancos en una sonrisa, con hoyuelos en su cara rolliza, redonda, posada con una inclinación complaciente sobre el lazo erizado de su corbata. El favorito de las mujeres inteligentes de sociedad había adoptado la actitud de salón con que emitía sus delicadas agudezas. Bien reclinado hacia el frente, con su blanca mano levantada, parecía sostener delicadamente entre el pulgar y el índice la sutileza misma de su sugestión.

—No puede haber nada mejor. Un atentado así combina la mayor consideración posible con la humanidad con el más alarmante despliegue de imbecilidad feroz. Desafío al ingenio de los periodistas a que convenzan a su público de que algún proletario pueda tener un resentimiento personal contra la astronomía. Sería difícil meter el tema del hambre, ¿no le parece? Y tiene otras ventajas. Todo el mundo civilizado ha escuchado hablar de Greenwich. Hasta los lustrabotas de los bajos de la estación de Charing Cross saben algo de eso. ¿Ve usted?

Los rasgos del señor Vladimir, tan bien conocidos en la mejor sociedad por su

urbanidad humorística, resplandecían de cínica autosatisfacción, cosa que habría asombrado a las mujeres inteligentes a quienes su ingenio divertía en forma tan exquisita.

—Sí —continuó, con una sonrisa desdeñosa—, la voladura del primer meridiano está destinada a provocar un aullido de abominación.

—Un asunto difícil —masculló el señor Verloc, sintiendo que ésta era la única cosa segura que podía decir.

—¿Qué pasa? ¿No tiene toda la banda bajo su control? ¿La flor y nata? Yundt, ese viejo terrorista, está aquí. Lo veo pasear por Piccadilly con su cogotera verde casi todos los días. Y Michaelis, ese apóstol en libertad condicional, ¿no pretenderá decir que no sabe dónde está? Porque si usted no sabe, puedo decírselo —continuó el señor Vladimir en tono amenazante—. Si usted se imagina que es el único que forma parte de la lista de fondos secretos, está muy equivocado.

Esta insinuación perfectamente gratuita hizo que el señor Verloc arrastrara ligeramente los pies.

—¿Y toda la pandilla de Lausanne, eh? ¿No han estado entrando aquí en tropel desde el primer indicio de la Conferencia de Milán? Éste es un país absurdo.

—Costará dinero —dijo, por una especie de instinto, el señor Verloc.

—A otro perro con ese hueso —replicó el señor Vladimir, con un acento inglés asombrosamente auténtico—. Usted tendrá su paga todos los meses, y ni un centavo más hasta que no ocurra algo. Y si no ocurre algo muy pronto, ni siquiera eso tendrá. ¿Cuál es su ocupación visible? ¿En qué se supone que se gana usted la vida?

—Tengo una tienda —contestó el señor Verloc.

—¿Una tienda! ¿Qué clase de tienda?

—Útiles de escritorio, periódicos. Mi mujer...

—¿Su qué? —interrumpió el señor Vladimir en sus tonos guturales del Asia Central.

—Mi mujer. —El señor Verloc levantó un poco su voz ronca—. Estoy casado.

—¿Esto sí que está bueno! —exclamó el otro con no fingido asombro—. ¡Casado! ¡Y al mismo tiempo anarquista declarado! ¿Qué disparate es éste? Pero supongo que sólo es una manera de hablar. Los anarquistas no se casan. Eso es bien sabido. No pueden casarse. Eso sería apostasia.

—Mi mujer no lo es —masculló el señor Verloc, enfurruñado—. Además, no es un asunto de su incumbencia.

—Sí, claro que lo es —saltó el señor Vladimir—. Empiezo a convencerme de que usted no es en absoluto el hombre adecuado para el trabajo que se le ha encomendado. ¡Cómo! Si usted, con su matrimonio, debe de haberse desacreditado por completo en su propio mundo. ¿No pudo arreglárselas de otra manera? Ésta es su fijación virtuosa, ¿no es así? Lo que veo es que entre unas fijaciones y otras, usted está terminando con su utilidad.

El señor Verloc, inflando sus mejillas, dejó escapar el aire violentamente, y eso

fue todo. Él se había armado de paciencia. Pero no había que ponerlo a prueba durante mucho más tiempo. El primer secretario se puso repentinamente muy lacónico, terminante, distante.

—Usted puede irse ya —dijo—. Es necesario provocar un atentado dinamitero. Le doy un mes de plazo. Las sesiones de la Conferencia han sido suspendidas. Algo tiene que haber sucedido aquí antes de que se reanuden, o su conexión con nosotros termina.

Cambió de acento una vez más con una versatilidad desprovista de todo principio.

—Medite mi filosofía, señor... señor... Verloc —dijo, con una especie de condescendencia zumbona, agitando la mano en dirección a la puerta—. Ocúpese del primer meridiano. Usted no conoce las clases medias tanto como yo. Su sensibilidad está extenuada. El primer meridiano. Nada mejor, diría yo, y nada más fácil.

Se había puesto de pie, y crispando humorísticamente sus labios finos y sensitivos, observó en el espejo encima de la chimenea al señor Verloc que retrocedía pesadamente de la habitación, sombrero y bastón en mano. La puerta se cerró.

El lacayo en pantalones, apareciendo súbitamente en el corredor, condujo al señor Verloc a la salida por otro camino y a través de una portezuela en el rincón del patio. El portero parado junto a las rejas ignoró por completo su salida; y el señor Verloc trazó de nuevo la senda de su peregrinaje de esa mañana como en un sueño, un sueño airado. Este desapego del mundo material era tan completo, que a pesar de que la envoltura mortal del señor Verloc no había recorrido las calles con prisa indebida, aquella parte suya a la cual no podría negarse la inmortalidad sin injustificada grosería se encontró de inmediato frente a la puerta de la tienda, como transportada de occidente a oriente en las alas de un poderoso viento. Avanzó derecho hasta detrás del mostrador, y se sentó en una silla de madera que había ahí. No apareció nadie a perturbar su soledad. Stevie, enfundado en un delantal de bayeta verde, barría y limpiaba el polvo de arriba, concentrado y a conciencia, como si estuviese jugando a hacerlo; y la señora Verloc, advertida en la cocina por el sonido de la campanilla trizada, se había limitado a asomarse a la puerta vidriada de la sala, y descorriendo un poco la cortina, había atisbado la tienda en penumbra. Después de ver a su marido sentado ahí en la sombra, voluminoso, con el sombrero bien atrás de la cabeza, había regresado de inmediato a su cocina. Una hora más tarde le quitó a su hermano Stevie el delantal de bayeta verde, y le dio instrucciones para que se lavara las manos y la cara en el tono perentorio que había utilizado con este objeto durante alrededor de quince años, de hecho, desde que había cesado de ocuparse ella misma de la cara y las manos del niño. Ella ahora hurtó una mirada a su tarea para inspeccionar esa cara y esas manos, que Stevie, acercándose a la mesa de la cocina, le presentaba para su aprobación, con un aire de confianza que escondía un permanente residuo de ansiedad. Antiguamente, la cólera del padre constituía la más efectiva sanción de estos ritos, pero la placidez del señor Verloc en la vida doméstica habría hecho que cualquier mención de la cólera resultase increíble, incluso para la susceptibilidad

nerviosa del pobre Stevie. La teoría era que cualquier defecto de limpieza en las horas de comida habría apenado y escandalizado inexpresablemente al señor Verloc. Después de la muerte de su padre, a Winnie la consolaba mucho la sensación de que ya no necesitaba temblar por el pobre Stevie. No podía soportar ver sufrir al niño. Era algo que la enloquecía. Muchas veces, de muchacha, en defensa de su hermano, se había enfrentado con ojos llameantes al irascible tabernero. Nada, ahora, en el aspecto de la señora Verloc, podía llevarlo a uno a suponer que era capaz de demostraciones apasionadas.

Ella terminó de servir los platos. La mesa estaba puesta en la sala. Se acercó al pie de las escaleras y gritó: «¡Madre!». Después, abriendo la puerta vidriada que comunicaba con la tienda, dijo suavemente: «¡Adolfo!». El señor Verloc no había cambiado de posición; aparentemente no había movido un músculo durante hora y media. Se puso de pie pesadamente, y se acercó de abrigo y sombrero puesto a comer, sin pronunciar palabra. Ese silencio, en sí mismo, no era tan inhabitual en esa casa, escondida en las sombras de la sórdida calle rara vez alcanzada por el sol, detrás de la tienda oscura con sus mercancías de vergonzosos desechos. Sólo que ese día el ceño del señor Verloc era tan obviamente pensativo, que las dos mujeres quedaron impresionadas. Ellas también guardaban silencio, manteniendo una mirada vigilante sobre el pobre Stevie, ya que podía caer en uno de sus accesos de locuacidad. Daba la cara al señor Verloc al otro lado de la mesa, y se portaba muy bien y tranquilo, mirando sin expresión. El esfuerzo de impedir que se hiciera desagradable en cualquier sentido al jefe de la casa infundía no poca angustia a las vidas de estas dos mujeres. «Ese niño», como lo mencionaban por lo bajo entre ellas, había sido fuente de esa clase de angustia casi desde el día mismo de su nacimiento. La humillación del difunto tabernero al ver que tenía por hijo a un niño tan extremadamente peculiar se manifestaba en una propensión a los malos tratos; porque era una persona de fina sensibilidad, y sus sufrimientos como hombre y como padre eran perfectamente genuinos. Más tarde había que impedir que Stevie se hiciera molesto para los caballeros inquilinos solteros, que constituyen, ellos también, una especie curiosa, fácilmente irritable. Y también había la angustia de tener que hacer frente a su existencia misma. En el repostero de los bajos de la ruinosa casa de Belgravia, la vieja señora había vivido obsesionada por la visión de la enfermería de un asilo. «Si no hubieras encontrado a un marido tan bueno, querida mía —solía decir a su hija—, no sé qué habría sido de ese pobre niño».

El señor Verloc aceptaba a Stevie con la misma aceptación que puede conceder un hombre que no es particularmente aficionado a los animales al gato regalón de su mujer; y esta aceptación, benévola y rutinaria, era esencialmente de la misma calidad. En su fuero interno, ambas mujeres admitían que no era mucho más lo que se podía esperar razonablemente. Era suficiente para ganarle al señor Verloc la gratitud reverencial de la vieja señora. Como las tribulaciones de la vida sin amigos la habían vuelto escéptica, en los primeros días solía preguntar con ansiedad: «¿No crees,

querida, que el señor Verloc empieza a cansarse de ver a Stevie rondando por ahí?». Winnie replicaba habitualmente a esto con una ligera sacudida de cabeza. Una vez, sin embargo, contestó, con vivacidad más bien severa: «Tendrá que cansarse de mí, primero». Sobrevino un largo silencio. La madre, con los pies encaramados en un piso, daba la impresión de tratar de llegar al fondo de esa respuesta, cuya profundidad femenina la había sorprendido de golpe. Nunca había entendido verdaderamente la razón del matrimonio de Winnie con el señor Verloc. Era muy razonable de su parte, y evidentemente había resultado muy bien, pero naturalmente su niña habría podido aspirar a encontrar una persona de una edad más adecuada. Había habido un joven formal, hijo único de un carnicero de la calle contigua, que ayudaba a su padre en el negocio, con quien Winnie había estado saliendo con visible agrado. Es verdad que dependía de su padre; pero el negocio era bueno, y el porvenir suyo excelente. Hubo muchas tardes en que llevó a su niña al teatro. Y justo cuando empezaba a temer que le hablaran de compromiso (porque qué podía haber hecho ella con esa enorme casa sola, con Stevie a su cargo), el romance tuvo un fin abrupto, y se vio a Winnie con aire muy aburrido. Pero como el señor Verloc apareció providencialmente para ocupar el dormitorio delantero del primer piso, ya no se volvió a hablar más del joven carnicero. Fue algo claramente providencial.

Tres

—... Toda idealización empobrece la vida. Embellecerla es despojarla de su complejidad, destruirla. Deja eso a los moralistas, hijo mío. Son los hombres los que hacen la historia, pero ellos no la hacen en sus cabezas. Las ideas que nacen en su conciencia juegan un papel insignificante en la marcha de los acontecimientos. La historia está dominada y determinada por la herramienta y la producción, por la fuerza de las condiciones económicas. El capitalismo ha hecho el socialismo, y las leyes hechas por el capitalismo para la protección de la propiedad son responsables del anarquismo. Nadie puede decir qué forma podría asumir en el futuro la organización social. ¿Por qué complacerse, entonces, en fantasías proféticas? A lo más se limitan a interpretar la mente del profeta, y no pueden tener valor objetivo. Deja ese pasatiempo a los moralistas, hijo mío.

Michaelis, el apóstol en libertad condicional, hablaba en una voz pareja, una voz que jadeaba como amortiguada y oprimida por la capa de grasa de su pecho. Había salido de una prisión altamente higiénica redondo como un tonel, con un estómago enorme y mejillas estiradas de un cutis pálido, semitransparente, como si durante quince años los criados de una sociedad ultrajada se hubieran empeñado en rellenarlo de comidas engordadoras en una celda desprovista de luz y húmeda. Y desde entonces nunca había conseguido reducir ni una sola onza de peso.

Se decía que una anciana señora de gran fortuna lo había enviado durante tres temporadas seguidas a hacerse una cura en Marienbad —donde una vez estuvo a punto de compartir la curiosidad pública con una cabeza coronada—, pero en esa ocasión la policía le ordenó abandonar el lugar en doce horas. Su martirio continuó con la prohibición de todo acceso a las aguas curativas. Pero ahora estaba resignado.

Con el codo que no mostraba ninguna apariencia de articulación, semejante más bien a la curvatura de los miembros de un maniquí, lanzado por encima del respaldo de una silla, se inclinó ligeramente sobre sus muslos cortos y enormes para escupir en el fuego.

—¡Sí! Tuve tiempo para reflexionar un poco sobre algunas cosas —agregó sin énfasis—. La sociedad me ha dado abundancia de tiempo para meditar.

Al otro lado de la chimenea, en el sillón de crin donde la madre de la señora Verloc tenía por lo general el privilegio de sentarse, Karl Yundt sonrió tétricamente, con la leve mueca negra de una boca desdentada. El terrorista, como se llamaba a sí mismo, era viejo y calvo, con el mechón angosto, blanco como la nieve, de una perilla que colgaba fláccidamente de su mentón. En sus ojos extinguidos sobrevivía

una extraordinaria expresión de malevolencia solapada. Cuando se levantó dificultosamente, el gesto de adelantar una mano descarnada y vacilante, deformada por hinchazones gotosas, sugirió el esfuerzo de un asesino moribundo que reúne todas las fuerzas que le quedan para asestar una última puñalada. Se reclinaba en un grueso cayado, que tembló bajo su otra mano.

—Siempre he soñado —vociferó, fieramente— con una banda de hombres absolutos en su decisión de descartar todo escrúpulo en la elección de los medios, con suficiente fuerza para darse francamente a sí mismos el nombre de destructores, y libres del contagio de ese pesimismo resignado que pudre al mundo. Ninguna piedad para nada sobre la tierra, incluidos ellos mismos, y la muerte enrolada de una vez por todas al servicio de la humanidad, eso es lo que me habría gustado ver.

Su pequeña cabeza calva se estremeció, impartiendo al mechón de perilla blanca una vibración cómica. Su articulación habría sido casi totalmente ininteligible para un extraño. Su pasión gastada, cuya fiereza impotente la hacía parecerse a la excitación de un sensualista senil, estaba mal servida por una garganta reseca y por encías desdentadas que parecían apresar la punta de su lengua. Instalado en la esquina del sofá del otro extremo de la habitación, el señor Verloc emitió dos animosos gruñidos de asentimiento.

El viejo terrorista movió lentamente la cabeza de un lado a otro, encima de su cuello enjuto.

—Y nunca pude reunir ni tres hombres de esa clase. Ahí tiene su podrido pesimismo —le gruñó a Michaelis, que descruzó sus gruesas piernas semejantes a travesaños, y deslizó los pies abruptamente debajo de la silla en señal de exasperación.

¡Pesimista él! ¡Ridículo! La acusación era injuriosa, protestó. Estaba tan lejos del pesimismo, que ya veía venir el final de toda propiedad privada como un proceso lógico, inevitable, por el solo desarrollo de su perversidad interna. Los poseedores de la propiedad no sólo tenían que enfrentarse al proletariado que había tomado conciencia, sino que también tenían que luchar entre ellos mismos. Sí. La lucha, la guerra, era la condición de la propiedad privada. Era fatal. ¡Ah!, él no dependía de la excitación emocional para mantener sus creencias, nada de declamaciones, de ira, de banderas flameantes rojas como la sangre, o sensacionales soles de venganza subiendo encima del horizonte de una sociedad condenada. ¡Eso no iba con él! La fría razón, se vanagloriaba, era la base de su optimismo. Sí, optimismo...

Su laborioso resollar se detuvo, y en seguida, después de uno o dos jadeos, añadió:

—Si no fuera el optimista que soy, ¿no cree usted que en quince años habría podido encontrar algún medio de cortarme la garganta? Y en última instancia, ahí estaban las paredes de mi celda para reventarme la cabeza contra ellas.

Debido a la escasez de aliento, su voz estaba despojada de todo fuego, de toda animación; sus grandes y pálidas mejillas colgaban como bolsas rellenas, inmóviles,

sin un temblor; pero sus ojos azules, que se entrecerraban como para escudriñar, tenían la misma mirada de confiada astucia, un poco demente en su fijeza, que debían de haber tenido mientras el indomable optimista meditaba de noche sentado en su celda. Frente a él, Karl Yundt permanecía de pie, con un ala de su desteñida cogotera verdosa echada con desenvoltura encima del hombro. Sentado frente a la chimenea, el camarada Ossipon, ex estudiante de medicina, principal redactor de los folletos del F. P., estiraba sus robustas piernas, manteniendo las suelas de sus botas vueltas hacia el resplandor del fuego. Una mata de pelo rubio ondulado coronaba su cara roja, pecosa, de nariz aplastada y boca prominente fundida en el molde tosco del tipo negroide. Sus ojos almendrados miraban de soslayo lánguidamente sobre los altos pómulos. Usaba una camisa de franela gris, y los cabos sueltos de su corbata de seda negra colgaban a lo largo del pecho abotonado de su abrigo de sarga; con su cabeza apoyada en el respaldo de la silla, su garganta ampliamente expuesta, llevó a sus labios un cigarrillo metido en una larga boquilla de madera, lanzando bocanadas de humo hacia el techo.

Michaelis continuó con su idea —la idea de su reclusión solitaria—, el pensamiento que había sido concedido a su cautiverio y que crecía como una fe revelada en medio de visiones. Hablaba para sí mismo, indiferente a la simpatía o a la hostilidad de sus auditores, indiferente sin duda a su presencia, gracias al hábito que había adquirido de pensar en voz alta, esperanzadamente, en la soledad de las cuatro paredes blancas de su celda, en el silencio sepulcral de la gran mole ciega de ladrillos cerca de un río, fea y siniestra como una funeraria colosal para los ahogados de la sociedad.

No tenía ninguna habilidad para la discusión, no porque determinados argumentos pudieran sacudir su fe, sino porque el solo hecho de escuchar otra voz le producía un doloroso desconcierto, confundiendo sus pensamientos de inmediato, estos pensamientos que durante tantos años, en una soledad mental más estéril que un desierto sin agua, ninguna voz viviente había combatido, comentado o aprobado.

Ahora nadie lo interrumpía, y él hizo de nuevo la confesión de su fe, que lo dominaba entero, en forma irresistible y completa, como un acto de gracia: el secreto del destino descubierto en el aspecto material de la vida; la condición económica del mundo, responsable del pasado y plasmadora del futuro; la fuente de toda la historia, de todas las ideas, que guiaba el desarrollo mental de la humanidad y el impulso mismo de sus pasiones...

Una brusca risotada del camarada Ossipon cortó la perorata de golpe, en una súbita vacilación de la lengua y una perpleja intranquilidad de los ojos suavemente exaltados del apóstol. Los cerró con lentitud por un momento, como para ordenar sus pensamientos extraviados. Hubo un silencio; pero entre las dos lámparas de gas sobre la mesa y el ardor de las brasas, la pequeña sala del fondo de la tienda se había puesto espantosamente calurosa. El señor Verloc, abandonando el sofá con pesada mala gana, abrió la puerta que conducía a la cocina para que hubiera un poco de

ventilación, y así dejó al descubierto al inocente Stevie, juiciosa y tranquilamente sentado ante una mesa de pino, dibujando círculos, círculos, círculos; innumerables círculos, concéntricos, excéntricos; un coruscante torbellino de círculos que por su enmarañada multitud de repetidas curvas, por su uniformidad y por la confusión de las líneas que se cortaban, sugería una representación del caos cósmico, el simbolismo de un arte enloquecido que trataba de expresar lo inconcebible. El artista no se dignó volver la cabeza, y en la aplicación de toda su alma a la tarea, su espalda se estremeció y su delgado cuello, hundido en un hueco profundo en la base del cráneo, pareció a punto de dar un chasquido.

Después de un gruñido de molesta sorpresa, el señor Verloc regresó al sofá. Alexander Ossipon se puso de pie; su altura, enfundada en el raído traje de sarga azul, hizo contraste con el techo bajo; se sacudió la rigidez de una prolongada inmovilidad, y se dirigió a la cocina (dos escalones más abajo) para mirar por encima del hombro de Stevie. Al volver, pronunció como un oráculo:

—Muy bien. Muy característico, perfectamente típico.

—¿Qué está muy bien? —murmuró, inquisitivo, el señor Verloc, instalado de nuevo en el rincón del sofá. El otro explicó su idea con descuido, con un matiz condescendiente, señalando la cocina con la cabeza:

—Típicos de esta forma de degeneración... me refiero a estos dibujos.

—¿Usted llamaría degenerado a ese muchacho, verdad? —murmuró el señor Verloc.

El camarada Alexander Ossipon, apodado el Doctor, ex estudiante de medicina no graduado; más tarde conferencista ambulante para asociaciones obreras sobre aspectos socialistas de la higiene; autor de un popular estudio pseudomédico (en forma de panfleto barato rápidamente secuestrado por la policía) titulado «Los vicios corrosivos de las clases medias»; delegado especial del más o menos misterioso Comité Rojo, junto a Karl Yundt y Michaelis, para el trabajo de propaganda literaria dirigió al oscuro conocido de por lo menos dos embajadas esa mirada de suficiencia insoportable, irremediablemente densa, que sólo la frecuentación de la ciencia puede otorgar a la mediocridad de los mortales comunes y corrientes.

—Esa es la denominación científica que puede dársele. Muy buen tipo, por lo demás, de degenerado de esa especie. Basta con echar una mirada a los lóbulos de sus orejas. Si usted lee a Lombroso...^[6]

El señor Verloc, taciturno y repantigado en el sofá, continuó mirando la hilera de los botones de su chaleco; pero sus mejillas se vieron teñidas por un ligero rubor. En los últimos tiempos, incluso el menor derivado de la palabra ciencia (un término en sí mismo inofensivo y de significado indefinido) tenía el curioso poder de evocar una visión mental definidamente ofensiva del señor Vladimir, tal como era en carne y hueso, con una claridad casi sobrenatural. Y este fenómeno, que con justicia merecería ser clasificado entre las maravillas de la ciencia, provocaba en el señor Verloc un estado emocional de temor y exasperación que tendía a expresarse en

forma de violentos juramentos. Pero no dijo nada. A quien se escuchó fue a Karl Yundt, implacable hasta en su último suspiro.

—Lombroso es un burro.

El camarada Ossipon hizo frente al escándalo de esta blasfemia con una mirada vacía, terrible. Y el otro, cuyos ojos extinguidos, desprovistos de brillo, ennegrecían todavía más las profundas sombras de debajo de la frente amplia y huesuda, farfulló, cogiéndose cada dos palabras la punta de la lengua entre los labios, como si la estuviera chupando lleno de furia:

—¿Habrase visto un idiota igual? El delincuente, para él, es el preso. ¿Muy simple, verdad? ¿Y qué hay de los que lo encerraron ahí, de los que lo arrastraron ahí por la fuerza? Exactamente. Lo arrastraron ahí por la fuerza. ¿Y qué es el crimen? ¿Acaso lo sabe, este imbécil que se abrió camino en este mundo de tontos satisfechos mirando las orejas y los dientes de un montón de pobres diablos, de pobres desamparados? ¿Acaso los dientes y las orejas marcan al criminal? ¿Es así? ¿Y qué hay entonces de la ley que lo marca todavía mejor, el perfecto instrumento de mareaje inventado por los bien alimentados para protegerse de los hambrientos? Aplicaciones al rojo vivo en sus carnes miserables, ¿eh? ¿Acaso ustedes no huelen y escuchan desde aquí el grueso pellejo del pueblo que arde y chisporrotea? Así se fabrican criminales, para que sus Lombrosos escriban sus tonterías sobre el tema.

La empuñadura de su bastón y sus piernas se estremecieron a un tiempo apasionadamente, mientras que el tronco, envuelto en las alas de la cogotera, mantuvo su actitud histórica de desafío. Parecía olfatear el aire contaminado de la crueldad social, aguzar el oído para percibir sus sonidos atroces. Había en su postura una extraordinaria fuerza de sugestión. En sus buenos tiempos, el veterano punto menos que moribundo de las guerras dinamiteras había sido un gran actor, actor en tablados, en asambleas secretas, en entrevistas privadas. En lo que a él se refería, el famoso terrorista nunca había levantado ni siquiera el dedo meñique en contra del edificio social. No era ningún hombre de acción; ni siquiera era un orador de elocuencia torrencial, que arrastrara a las masas en el torbellino de bullicio y espuma de un gran entusiasmo. Con una intención más sutil, asumía el papel de un evocador insolente y venenoso de los impulsos siniestros que anidan en la ciega envidia y en la exasperada vanidad de la ignorancia, en el sufrimiento y abandono de la pobreza, en todas las confiadas y nobles ilusiones de la cólera justiciera, la piedad y la rebeldía. Todavía lo seguía la sombra de su don maligno, como el olor de una pócima mortal en una vieja redoma de veneno, ahora vacía, inservible, lista para ser arrojada a la basura de las cosas que ya habían cumplido con sus fines.

Michaelis, el apóstol en libertad condicional, sonrió vagamente con sus labios pegados; su pastosa cara de luna se inclinó bajo el peso de un asentimiento melancólico. Él mismo había sido un presidiario. Su propia carne había chisporroteado bajo la marca al rojo vivo, murmuró suavemente. Pero el camarada Ossipon, apodado el Doctor, ya se había sobrepuesto al escándalo.

—Ustedes no comprenden —comenzó, desdeñosamente, pero se detuvo de inmediato, intimidado por la negrura de los ojos cavernosos de la cara que se había vuelto lentamente hacia él con una mirada ciega, como si sólo la hubiera guiado el sonido. Con un ligero encogimiento de hombros, abandonó la discusión.

Stevie, acostumbrado a desplazarse sin ser objeto de atención, se había levantado de la mesa de la cocina, llevándose su dibujo a la cama. Había llegado a la puerta de la sala justo a tiempo para recibir de lleno el impacto de la elocuente fantasía de Karl Yundt. La hoja de papel cubierta de círculos se le deslizó de los dedos, y permaneció con los ojos clavados en el viejo terrorista, como si de pronto hubiera sido paralizado por su horror morboso y su miedo del dolor físico. Stevie sabía muy bien que el hierro al rojo aplicado a la piel de uno dolía mucho. Sus ojos asustados resplandecían de indignación: dolería terriblemente. La boca se le abrió sola.

Mirando el fuego sin pestañear, Michaelis había recuperado esa sensación de soledad necesaria para la continuidad de su pensamiento. De sus labios había comenzado a fluir su optimismo. Veía el capitalismo condenado desde la cuna, nacido con el veneno del principio de la competencia dentro de su cuerpo. Los grandes capitalistas que devoraban a los capitalistas pequeños, concentraban el poder y los medios de producción en grandes conjuntos, perfeccionaban los procesos industriales, y en la locura del autocrecimiento no hacían más que preparar, organizar, enriquecer, poner a punto la herencia legítima del proletariado sufriente. Michaelis pronunció la gran palabra «Paciencia», y su clara mirada azul, levantada hacia el techo bajo de la sala del señor Verloc, tuvo un carácter de confianza seráfica. En el umbral, tranquilo, Stevie parecía sumido en la estupidez.

El rostro del camarada Ossipon se retorció de exasperación.

—Entonces no tiene ningún sentido hacer nada; ni el menor sentido.

—No he querido decir eso —protestó, con gentileza, Michaelis. Su visión de la verdad había adquirido tal intensidad, que esta vez el sonido de una voz extraña no consiguió desvirtuarla. Continuó mirando las brasas rojas. La preparación para el futuro era necesaria, y él estaba dispuesto a admitir que quizás el gran cambio vendría acompañado del trastorno de una revolución. Pero argumentaba que la propaganda revolucionaria era un trabajo delicado que exigía un elevado nivel de conciencia. Era la educación de los dirigentes del mundo. Debía ser tan cuidadosa como la educación que se daba a los reyes. Él prefería que impusiera sus principios cautelosamente, incluso con timidez, dada nuestra ignorancia de los efectos que cualquier cambio económico podía tener sobre la felicidad, la moral, la inteligencia, la historia de la humanidad. Porque la historia se hace con instrumentos, no con ideas; y las condiciones económicas lo cambian todo —el arte, la filosofía, el amor, la virtud—; ¡la verdad misma!

Las brasas de la chimenea se desplomaron con un ligero crujido; y Michaelis, el eremita de las visiones en el desierto de una penitenciaría, se puso de pie con ímpetu. Redondo como un globo inflado, abrió sus brazos cortos, gruesos, como en un intento

patéticamente inútil de abrazar y estrechar contra su pecho al universo autoregenerado.

—El futuro es tan claro como el pasado —esclavitud, feudalismo, individualismo, colectivismo. Éste es el enunciado de una ley, no una profecía vacua.

El puchero desdeñoso de los gruesos labios del camarada Ossipon acentuó el tipo negroide de su cara.

—Tonterías —dijo, con toda calma—. No existe ninguna ley y ninguna certidumbre. Que la propaganda didáctica se vaya al diablo. Lo que sabe el pueblo no tiene importancia, por muy preciso que sea su conocimiento. Lo único que nos interesa es el estado emocional de las masas. Sin emoción no hay acción.

Hizo una pausa, y después añadió con modesta firmeza:

—Ahora le estoy hablando en forma científica —científica—. ¿Eh? ¿Qué dice usted, Verloc?

—Nada —murmuró desde el sofá el señor Verloc, que se había limitado, provocado por el detestable sonido, a musitar una maldición.

Se escuchó el tartajeo venenoso del viejo terrorista sin dientes.

—¿Saben cómo calificaría la naturaleza de las condiciones económicas actuales? Canibalística, la llamaría. ¡Eso es, exactamente! Ellos alimentan su codicia con la carne temblorosa y la sangre caliente del pueblo —no hacen otra cosa.

Stevie devoró la pavorosa declaración de un trago audible, y de inmediato, como si hubiera sido veneno puro, cayó sentado con laxitud en las gradas de la puerta de la cocina.

Michaelis no dio muestras de haber oído nada. Sus labios parecían definitivamente sellados; ni un solo temblor recorría sus pesadas mejillas. Con ojos inquietos buscó su sombrero duro, redondo, y se lo puso en su redonda cabeza. Su cuerpo redondo y obeso parecía flotar a bajo nivel entre las sillas, bajo el codo afilado de Karl Yundt. El viejo terrorista, alzando una mano incierta y en forma de garra, dio un golpe ostentoso a un sombrero de fieltro negro que ensombrecía las cavidades y las aristas de su cara gastada. Se puso en movimiento despaciosamente, golpeando el suelo con su bastón a cada paso. Sacarlo de la casa planteaba todo un problema, ya que de vez en cuando se detenía, como para pensar, y no hacía ademán de moverse de nuevo hasta que lo empujaba Michaelis. El gentil apóstol lo tomaba del brazo con fraternal solicitud; y detrás de ellos, con las manos en los bolsillos, el robusto Ossipon bostezaba vagamente. Una gorra azul con punta de cuero, bien colocada detrás de su mata de pelo rubio, le daba un aspecto de marinero noruego aburrido del mundo después de una tempestuosa borrachera. El señor Verloc acompañó a sus invitados hasta fuera del recinto, atendéndolos con la cabeza descubierta, con su pesado sobretodo abierto, colgante, y los ojos puestos en el suelo.

Cerró la puerta detrás de sus espaldas con reprimida violencia, dio una vuelta a la llave y corrió el cerrojo. No estaba satisfecho con sus amigos. A la luz de la filosofía del señor Vladimir sobre el lanzamiento de bombas, ellos parecían irremediabilmente

infantiles. Como el señor Verloc había tenido un papel de observador en la política revolucionaria, no podía tomar la iniciativa de la acción en forma súbita, sea en su propia casa o en reuniones más amplias. Tenía que ser cauteloso. Movido por la justa indignación de un hombre que ha pasado hace tiempo los cuarenta años, amenazado en aquello que más apreciaba —su reposo y su seguridad—, se preguntaba a sí mismo con desdén qué otra cosa podía esperarse de gente como ésa, este Karl Yundt, este Michaelis, este Ossipon.

Deteniéndose en su propósito de apagar el gas que ardía en el centro de la tienda, el señor Verloc descendió al abismo de las reflexiones morales. Con la penetración que da la afinidad de temperamentos, pronunció su veredicto. Un grupo de haraganes; este Karl Yundt, mantenido por una vieja mujer de ojos nublados, una mujer que había arrebatado hacía años a un amigo, y de quien después, en más de una ocasión, había tratado de desprenderse lanzándola al arroyo. Gran suerte para Yundt que ella hubiera persistido en hacerse presente cada cierto tiempo, o de lo contrario ya no habría nadie para ayudarlo a bajar del bus junto a las barandas de Green Park, donde aquel espectro se arrastraba todas las mañanas de sol en su paseo institucional. Cuando la indomable bruja gruñona muriera, el espectro fanfarrón también tendría que desvanecerse: sería el final del ardiente Karl Yundt. Y la moralidad del señor Verloc también se sentía ofendida por el optimismo de Michaelis, anexado por su adinerada vieja dama, que últimamente había tomado la costumbre de enviarlo a una casa que tenía en el campo. El ex prisionero podía vagar por los senderos llenos de sombra durante días y días, en una ociosidad deliciosa y humanitaria. En cuanto a Ossipon, no había duda de que a ese mendigo no le faltaría nada mientras hubiera en el mundo niñas tontas provistas de libretas de ahorro bancario. Y el señor Verloc, de temperamento idéntico al de sus asociados, elaboraba finas distinciones mentales sobre la base de diferencias insignificantes. Las elaboraba con cierta complacencia, porque en su fuero interno el instinto de respetabilidad convencional era fuerte, y sólo quedaba superado por su aversión a toda forma reconocida de trabajo —un defecto temperamental que compartía con un amplio porcentaje de reformadores revolucionarios de una situación social determinada—. Porque uno no se rebela, obviamente, contra las ventajas y oportunidades que ofrece aquella situación, sino contra el precio que debe pagarse por ellas en la moneda de una moralidad aceptada, de la autodisciplina, y del esfuerzo. La mayoría de los revolucionarios son enemigos de la disciplina y sobre todo de la fatiga. Existen naturalezas, además, para cuyo sentido de la justicia el precio exigido se alza con una enormidad monstruosa, odiosa, opresiva, inquietante, humillante, extorsionada, intolerable. Estos son los fanáticos. El sector que resta de rebeldes sociales se explica por la vanidad, la madre de todas las ilusiones nobles y viles, la compañera de poetas, reformadores, charlatanes, profetas e incendiarios.

Perdido durante un largo minuto en el abismo de la meditación, el señor Verloc no alcanzó a tocar fondo en estas consideraciones abstractas. Quizá no era capaz de

hacerlo. En cualquier caso no tenía tiempo. Fue dolorosamente frenado por el recuerdo súbito del señor Vladimir, otro de sus asociados, a quien, en virtud de sutiles afinidades morales, él era capaz de juzgar correctamente. Lo consideraba peligroso. En sus reflexiones se deslizó una sombra de envidia. Holgazanear estaba muy bien para estos individuos, que no conocían al señor Vladimir, y que tenían mujeres en que apoyarse; él, en cambio, tenía una mujer que mantener...

En este punto, debido a una simple asociación de ideas, el señor Verloc se vio enfrentado a la necesidad de irse a la cama en un momento u otro de ese anochecer. Y entonces, ¿por qué no irse ahora, de inmediato? Suspiró. La necesidad no era tan normalmente placentera como debía ser para un hombre de su edad y de su temperamento. Temía al demonio del insomnio, que sentía que ya le había impuesto su marca propia. Levantó el brazo, y apagó la llameante lámpara de gas encima de su cabeza.

Una brillante franja de luz se deslizó por debajo de la puerta del vestíbulo hacia la parte de la tienda situada detrás del mostrador. Permitió que el señor Verloc comprobara de una sola mirada el número de monedas de plata que había en la caja. Estas eran escasas; y por primera vez desde que abrió la tienda, hizo un balance comercial de su valor. Este balance fue desfavorable. No había escogido el comercio por razones profesionales. Lo que lo había guiado en su selección de esta línea peculiar de negocios era una inclinación instintiva por las transacciones turbias, donde se pesca el dinero con facilidad. Además, era algo que no lo hacía salir de su propia esfera; la esfera que está vigilada por la policía. Por el contrario, le otorgaba una posición públicamente reconocida en esa esfera, y como el señor Verloc tenía relaciones inconfesadas que lo hacían conocido de la policía y sin embargo indiferente a ella, esta situación tenía para él una clara ventaja. Pero en sí mismo era insuficiente como medio de ganarse el sustento.

Sacó la caja del cajón, y al volverse para salir de la tienda, se percató de que Stevie continuaba abajo.

«¿Qué diablos hace ahí?», se preguntó el señor Verloc. «¿Qué significan estas payasadas?». Observó a su cuñado con suspicacia, pero no le pidió información. La conversación del señor Verloc con Stevie se limitaba a un murmullo casual una que otra mañana, después del desayuno, «Mis botas», y eso, incluso, más que una orden directa o una petición, era más bien la comunicación general de una necesidad. El señor Verloc notó con alguna sorpresa que en realidad no sabía qué decirle a Stevie. Permaneció quieto en el medio de la sala, y miró hacia la cocina en silencio. Ni siquiera sabía qué ocurriría si efectivamente dijera algo. Y esto también resultó muy curioso para el señor Verloc en virtud del hecho, del que acababa de tomar conciencia en forma súbita, de que también tenía que mantener a este personaje. Hasta entonces nunca había prestado la menor atención a este aspecto de la existencia de Stevie.

Realmente no sabía cómo hablarle al muchacho. Lo observó gesticular y murmurar en la cocina. Stevie rondaba alrededor de la mesa como un animal excitado

en una jaula. Un «¿No sería mejor que te fueras a la cama ahora?», dicho en forma tentativa, no produjo el más mínimo efecto; y el señor Verloc, abandonando la pétrea contemplación de la conducta de su cuñado, cruzó la sala cansadamente, caja en mano. Como la causa de la lasitud general que sentía al subir las escaleras era puramente mental, lo alarmó su carácter inexplicable. Esperó que no tuviera el principio de alguna enfermedad. Se detuvo en el rellano oscuro para examinar sus sensaciones. Pero su nitidez estaba interferida por un ronquido leve y persistente que invadía la oscuridad. El ronquido provenía de la habitación de su suegra. Otra que hay que mantener, pensó; y con este pensamiento caminó a su dormitorio.

La señora Verloc se había quedado dormida con la lámpara (no había instalación de gas arriba) enteramente encendida en la mesa de noche. La luz que la pantalla arrojaba hacia abajo brillaba en la almohada blanca hundida por el peso de su cabeza, que reposaba con ojos cerrados y cabellos peinados para la noche en diversas trenzas. El sonido de su nombre en sus oídos la hizo despertar, y vio a su marido de pie junto a ella.

—¡Winnie! ¡Winnie!

Al comienzo no se movió. Permaneció muy tranquila y miró la caja en las manos del señor Verloc. Pero cuando comprendió que su hermano «estaba correteando por toda la casa en la planta baja», saltó hasta la orilla de la cama con un movimiento repentino. Sus pies desnudos, como asomados al final de un saco de calicó sin adornos, con mangas, estrechamente abotonado en el cuello y los puños, palparon la alfombra en busca de las zapatillas, en tanto que ella levantaba la cabeza y miraba la cara de su marido.

—No sé qué hacer con él —explicó el señor Verloc, de mal humor—. No se le puede dejar solo abajo con las luces.

Ella no dijo nada, se deslizó ágilmente a través de la habitación, y la puerta se cerró detrás de su forma blanca.

El señor Verloc depositó la caja en la mesa de noche, e inició la operación de desvestirse arrojando su abrigo a una silla distante. La chaqueta y el chaleco vinieron después. Caminó por la habitación en calcetines, y su figura corpulenta, con las manos nerviosamente ocupadas junto a la garganta, pasó y volvió a pasar frente a la larga franja de espejo de la puerta del ropero de su mujer. Entonces, después de despojarse los tirantes de los hombros, levantó violentamente la persiana veneciana, y reclinó la frente contra la fría ventana; una frágil película de cristal comprimida entre él y la enormidad de una acumulación gélida, negra, húmeda, fangosa e inhóspita de ladrillos, pizarras y piedras, cosas intrínsecamente hostiles y carentes de belleza para el hombre.

El señor Verloc sintió la hostilidad latente de todo lo que se hallaba afuera con una fuerza que se aproximaba a la verdadera angustia física. Ninguna ocupación traiciona a un hombre de un modo más completo que la de agente secreto de la policía. Es como si uno cabalgara por una planicie deshabitada y árida y de pronto el

caballo cayera muerto debajo de uno. Al señor Verloc se le ocurrió esta comparación porque en sus buenos tiempos se había sentado a horcajadas sobre muchos caballos del ejército, y ahora tenía la sensación de una caída incipiente. Las perspectivas eran tan negras como el pedazo de ventana contra el cual reclinaba la frente. Y el rostro del señor Vladimir, bien afeitado e ingenioso, apareció de pronto rodeado de un halo, en todo el fulgor de su cutis rosa, como una especie de sello rojizo impreso en la ineluctable oscuridad.

Esta visión luminosa y mutilada era físicamente tan atroz, que el señor Verloc retrocedió de un salto, dejando caer con gran estrépito la persiana veneciana. Descompuesto y sin habla debido al temor de otras visiones semejantes, vio a su mujer regresar a la habitación y meterse a la cama con toda calma, en una forma práctica que lo hizo sentirse irremediabilmente solo en el mundo. La señora Verloc manifestó su sorpresa al ver que todavía estaba en pie.

—No me siento muy bien —murmuró él, pasándose las manos por la frente húmeda.

—¿Mareo?

—Sí. No estoy nada de bien.

Con toda la placidez de una esposa experimentada, la señora Verloc expresó confiadamente su opinión acerca de la causa, y sugirió los remedios habituales; pero su marido, anclado en el centro de la habitación, sacudió tristemente su cabeza inclinada.

—Vas a pescar un resfriado si sigues ahí —observó ella.

El señor Verloc hizo un esfuerzo, terminó de desvestirse y se metió en la cama. Allá abajo, en la calle estrecha y tranquila, unos pasos medidos se aproximaron a la casa y después se desvanecieron en la distancia, seguros y sin prisa, como si el transeúnte hubiera comenzado a recorrer toda la eternidad, de farol de gas a farol de gas, en una noche sin término; y en la habitación se escuchó claramente el soñoliento tictac del reloj del rellano de la escalera.

La señora Verloc, apoyada en la espalda y mirando el cielo raso, hizo una observación.

—Las entradas fueron muy bajas, hoy.

El señor Verloc, en la misma posición, se aclaró la garganta como para formular una declaración importante, pero se limitó a inquirir:

—¿Apagaste el gas abajo?

—Sí. Lo apagué —respondió concienzudamente la señora Verloc—. Ese pobre niño está en un estado de gran excitación esta noche —murmuró, después de una pausa que se prolongó durante tres tictacs del reloj.

Poco le importaba al señor Verloc la excitación de Stevie, pero se sentía terriblemente desvelado, y temía enfrentarse a la oscuridad y al silencio que sobrevendrían después de apagarse la lámpara. Llevado por ese temor, señaló que Stevie había desobedecido su indicación de irse a la cama. La señora Verloc cayó en

la trampa y empezó a demostrarle a su marido, con toda prolijidad, que no se trataba de ninguna clase de «atrevimiento», sino de simple «excitación». No había en todo Londres ningún muchacho mejor dispuesto y más dócil que Stevie, afirmó ella; ninguno más afectuoso y listo para servir, e incluso útil, a condición de que la gente no le enredara su pobre cabeza. La señora Verloc, volviéndose en dirección a su esposo reclinado, se alzó apoyada en un codo y se inclinó sobre él, ansiosa de convencerlo de que Stevie era un miembro útil de la familia. Esa fiebre de compasión protectora, morbosamente exaltada en su infancia por la miseria de otro niño, tiñó sus pálidas mejillas de una leve sombra de rubor e hizo que los grandes ojos brillaran bajo los párpados oscuros. Entonces la señora Verloc pareció más joven; pareció tan joven como solía verse Winnie, con una animación que jamás la Winnie de la casa de Belgravia se había atrevido a exhibir frente a los señores huéspedes. Las inquietudes del señor Verloc le habían impedido encontrar el menor sentido en lo que decía su mujer. Era como si la voz de ella estuviese hablando al otro lado de una pared muy gruesa. Fue el aspecto de ella lo que lo hizo volver en sí.

Él estimaba a esta mujer, y el sentimiento de este aprecio, impulsado por un despliegue de algo que se parecía a la emoción, sólo sirvió para añadir otro tormento a su angustia. Cuando la voz cesó, él se movió intranquilo, y dijo:

—Estos últimos días no me he sentido bien.

Es posible que intentara iniciar con esto una confianza completa; pero la señora Verloc volvió a reclinar su cabeza en la almohada, y mirando hacia arriba, prosiguió:

—Ese niño escucha demasiado lo que se habla aquí. Si hubiera sabido que ellos venían esta noche, me habría preocupado de que se metiera en cama a la misma hora que yo. Había escuchado algo sobre comerse la carne de la gente y beber sangre, y eso lo tenía enloquecido. ¿Qué sentido tiene hablar en esa forma?

Había en su voz un tono de indignado desprecio. Y ahora el señor Verloc estaba plenamente receptivo.

—Pregúntale a Karl Yundt —gruñó, hoscamente.

La señora Verloc, con gran decisión, declaró que Karl Yundt era «un anciano repugnante». Manifestó abiertamente su afecto por Michaelis. No dijo absolutamente nada del robusto Ossipon, en cuya presencia, detrás de una actitud de pétrea reserva, siempre se sentía incómoda. Y hablando todavía de ese hermano, que durante tantos años había sido un objeto de cuidado y de temores:

—No está en condiciones de escuchar lo que se dice aquí. Cree que todo es cierto. No es capaz de discriminar. Todo esto exalta sus pasiones.

El señor Verloc no hizo comentarios.

—Cuando bajé me clavó la vista, como si no me reconociera. Su corazón golpeaba como un martillo. Ser excitable es algo que no puede evitar. Desperté a mi madre, y le pedí que le haga compañía hasta que se quede dormido. No es culpa suya. Cuando se le deja solo no causa el menor problema.

El señor Verloc no hizo comentarios.

—Ojalá que no hubiera ido nunca a la escuela —comenzó de nuevo la señora Verloc, bruscamente—. Siempre saca esos periódicos de la ventana para leerlos. La cara se le pone roja por el esfuerzo de atención. No conseguimos despachar una docena de ejemplares en un mes. Sólo ocupan espacio en la ventana del frente. Y el señor Ossipon trae cada semana un montón de estos panfletos del F. P. para vender a medio penique cada uno. Yo no daría medio penique por todo el lote. Es una lectura tonta, una pésima lectura. Imposible de vender. Stevie se apoderó de uno el otro día, y había una historia de un oficial alemán que despedazaba la oreja de un recluta, sin que nadie le aplicara ningún castigo por eso. ¡Qué animal! Esa tarde no pude controlar a Stevie. La historia era suficiente, también, para que a uno le hirviera la sangre. Pero ¿qué se saca con poner esas cosas en letra de imprenta? Aquí, a Dios gracias, no somos esclavos alemanes. No es asunto nuestro, ¿no es así?

El señor Verloc no respondió.

—Tuve que quitarle al niño el cuchillo de cocina —continuó la señora Verloc, ahora un poco somnolienta—. Andaba gritando y dando patadas y lloriqueando. No puede soportar la idea de la menor crueldad. Habría acuchillado a ese oficial como a un cerdo si en ese momento lo hubiera visto. ¡Es verdad! Hay gente, por lo demás, que no merece mucha compasión. —La voz de la señora Verloc se detuvo, y durante la larga pausa, la expresión de sus ojos inmóviles se tornó cada vez más velada y contemplativa—. ¿Te sientes cómodo, querido? —preguntó con una voz débil, distante—. ¿Apago la luz, ahora?

La deprimente convicción de que no podría conciliar el sueño mantuvo al señor Verloc mudo, irremediabilmente inerte en su miedo de la oscuridad. Hizo un gran esfuerzo.

—Sí. Apágala —dijo, por fin, en un tono hueco.

Cuatro

La mayoría de las treinta o más mesitas cubiertas de manteles rojos con un dibujo blanco estaban alineadas en ángulo recto junto al revestimiento de color marrón oscuro de la sala subterránea. Del techo bajo, ligeramente arqueado, colgaban arañas de bronce provistas de muchos globos, y unas pinturas al fresco chatas, desabridas, se proyectaban a lo largo de los muros sin ventanas, representando escenas de cacería o de jolgorio al aire libre en trajes medievales. Pajes con chalecos verdes blandían cuchillos de caza y alzaban altas jarras de cerveza espumeante.

—A no ser que esté muy equivocado, es usted la persona que debería conocer este maldito asunto por dentro —dijo el robusto Ossipon, inclinándose hacia adelante, con los codos extendidos sobre la mesa y los pies completamente incrustados debajo de la silla. Sus ojos miraban con feroz ansiedad.

Un piano alto de media cola situado cerca de la puerta, enmarcado por dos palmeras en sus respectivos tiestos, acometió de pronto, por sí solo y con agresivo virtuosismo, una melodía de vals. El estrépito que producía era ensordecedor. Cuando cesó, tan abruptamente como había comenzado, el hombrecillo sucio, de gafas, sentado frente a Ossipon detrás de una pesada jarra de vidrio repleta de cerveza, emitió calmadamente lo que tenía toda la apariencia de una proposición general.

—En principio, lo que uno de nosotros conozca o no conozca acerca de un hecho determinado no puede ser objeto de investigación para los demás.

—Ciertamente que no —convino el camarada Ossipon en un tono pausado—. En principio.

Continuó mirando fijamente, con su gran cara roja reclinada en las manos, mientras el hombrecillo desaseado y de gafas tomaba calmadamente un trago de cerveza y volvía a dejar en la mesa la jarra de vidrio. Sus orejas anchas y planas se apartaban notoriamente del cráneo, que parecía tan frágil como para que Ossipon pudiera aplastarlo entre el pulgar y el índice; la cúpula de la frente parecía descansar en el marco de los anteojos; en las mejillas aplastadas, de cutis grasiento y malsano, sólo se veía la mancha de unas miserables y delgadas patillas oscuras. La suprema arrogancia que exhibía el personaje hacía que la inferioridad lamentable de todo su físico resultara todavía más ridícula. Su discurso era lacónico, y tenía una manera especialmente impresionante de guardar silencio.

Ossipon habló de nuevo por entre sus manos en un murmullo.

—¿Ha estado mucho en la calle, hoy día?

—No. Me quedé en cama toda la mañana —contestó el otro—. ¿Por qué?

—¡Oh! ¡Nada! —dijo Ossipon, mirando con intensidad y estremeciéndose interiormente por el deseo de descubrir algo, pero obviamente intimidado por el aire de abrumadora despreocupación del hombrecillo. Cuando conversaba con este camarada —cosa que sucedía raras veces—, el corpulento Ossipon sufría de una sensación moral e incluso física de insignificancia. Sin embargo, aventuró otra pregunta—. ¿Usted se vino a pie hasta aquí?

—No; ómnibus —respondió el hombrecillo, con prontitud. Vivía lejos, en Islington, en una casa pequeña al fondo de una calle ruinoso, cubierta de paja y de papeles manchados, donde una pandilla heterogénea de niños, fuera de horas de colegio, corría y se disputaba con un clamor estridente, sin alegría, de tono pendenciero. Alquilaba una sola habitación interior, con muebles, notable porque poseía un aparador extremadamente ancho, a dos solteronas mayores, modistas en escala modesta para una clientela formada principalmente por muchachas de servicio. Cerraba el aparador con un candado enorme, pero era, aparte de eso, un arrendatario modelo, que no causaba molestias, y que casi no requería ningún cuidado. Su única rareza era la de insistir en estar presente cuando se barría su habitación, y que al salir cerrara la puerta y se llevara la llave consigo.

Ossipon tuvo la visión de estos anteojos redondos y de marco negro que avanzaban a lo largo de las calles en la parte alta de un ómnibus y cuyo brillo, lleno de tranquila seguridad, se posaba sobre los muros de las casas, aquí y allá, o se inclinaba sobre las cabezas de la inconsciente multitud que fluía por los pavimentos. La sombra de una sonrisa malsana alteró la línea de los gruesos labios de Ossipon ante la idea de los muros que asentían, de la gente que corría en busca de refugio ante la aparición de esos cristales. ¡Si sólo hubieran sabido! ¡Qué pánico! Murmuró en forma interrogativa:

—¿Ha estado mucho rato sentado aquí?

—Una hora o más —respondió el otro, con negligencia, y bebió un sorbo de la cerveza negra. Era tal la firmeza, la segura precisión de todos sus movimientos, la forma como cogía la jarra, el acto de beber, la forma como devolvía el pesado recipiente a su sitio y se cruzaba de brazos, que el gigantón musculoso de Ossipon, inclinado hacia el frente con ojos fijos y protuberantes labios, parecía el retrato de la angustiada indecisión.

—Una hora —dijo—. Puede entonces que no haya escuchado las noticias que yo acabo de escuchar ahora, en la calle. ¿Las ha escuchado?

El hombrecillo dio una mínima sacudida de negación con la cabeza. Pero como no indicó la menor curiosidad, Ossipon se atrevió a añadir que acababa de escucharlo afuera. Un niño que vendía periódicos había aullado la noticia justo debajo de sus narices, y como no estaba preparado para nada por ese estilo, estaba muy alterado y sorprendido. Había entrado a ese lugar con la boca reseca. «Nunca pensé encontrarlo

aquí», añadió, musitando con firmeza, con los codos plantados encima de la mesa.

—Vengo aquí a veces —dijo el otro, conservando la provocativa frialdad de sus maneras.

—Es extraordinario que usted, precisamente, no haya escuchado nada —continuó el corpulento Ossipon. Sus párpados cayeron con nerviosismo sobre los ojos brillantes—. Precisamente usted —repitió, con intención indagatoria. Esta evidente reserva demostraba una timidez increíble e inexplicable del sujeto grande frente al tranquilo hombrecillo, que de nuevo alzó la jarra de vidrio, bebió y la depositó con movimientos bruscos y seguros. Y eso fue todo.

Después de esperar algo, palabra o signo, que no llegó, Ossipon se esforzó por asumir una especie de indiferencia.

Apagando la voz todavía más, dijo:

—¿Le entrega usted su mercadería al primero que se la pide?

—Mi regla absoluta es la de nunca negársela a nadie, siempre que pueda conservar una dosis conmigo —contestó con decisión el hombrecillo.

—¿Eso es un principio? —comentó Ossipon.

—Es un principio.

—¿Y usted cree que es sensato?

Las amplias gafas redondas, que daban un aspecto de confiada fijeza al rostro pálido, se enfrentaban a Ossipon como esferas insomnes, abiertas, que disparaban un fuego frío.

—Sin duda. Siempre. Bajo cualquier circunstancia. ¿Qué me lo podría impedir? ¿Por qué no? ¿Qué razón tengo para pensármelo dos veces?

Ossipon quedó boquiabierto en forma, por así decirlo, disimulada.

—¿Pretende insinuar que se los entregaría a un agente de seguridad en caso de que llegara alguno a pedirle sus productos?

El otro sonrió débilmente.

—Deje que vengan a intentarlo, y usted verá —dijo—. Ellos me conocen, pero yo también conozco a cada uno de ellos. No se acercarán a mí; ellos no.

Sus labios delgados y lívidos se juntaron con un chasquido. Ossipon comenzó a discutir.

—Pero ellos podrían mandarle a alguien, tenderle una celada. ¿Se da cuenta? Sacarle la mercadería en esa forma, y después arrestarlo con la prueba en sus manos.

—¿Prueba de qué? Comercio de explosivos sin licencia, quizá. —Esto estaba dicho en son de desdeñosa burla, pese a que la expresión del rostro delgado, enfermizo, permaneció inalterable, y a que la voz careció de énfasis—. No creo que haya uno solo de ellos que esté impaciente por practicar este arresto. No creo que pudieran conseguir a uno para solicitar la orden. Uno de los mejores, quiero decir. No lo conseguirían.

—¿Por qué? —preguntó Ossipon.

—Porque saben muy bien que me preocupo de no separarme jamás del último

puñado de mi mercadería. Siempre lo tengo junto a mí. —Palpó suavemente la pechera de su abrigo—. En un grueso frasco de vidrio —añadió.

—Eso me han dicho —dijo Ossipon, con un matiz de asombro en su voz—. Pero no sabía si...

—Ellos saben —interrumpió el hombrecillo, tajante, reclinándose contra el recto respaldo de la silla, que se levantaba por encima de su frágil cabeza—. Nunca seré arrestado. La empresa no vale la pena para ninguno de esos policías. Tratar con un hombre como yo requiere un heroísmo simple, desnudo, sin gloria.

Sus labios se juntaron de nuevo con un chasquido lleno de confianza. Ossipon reprimió un movimiento de impaciencia.

—O imprudencia, o simple ignorancia —replicó—. Sólo necesitan encontrar a alguien que no sepa que usted lleva en los bolsillos material suficiente para volarse y para volar en pedazos todo lo que se encuentre a sesenta yardas a la redonda.

—Nunca sostuve que no pudiera ser eliminado —prosiguió el otro—. Pero eso no sería un arresto. Aún más, no es tan fácil como parece.

—¡Bah! —contradijo Ossipon—. No esté tan seguro de eso. ¿Qué impediría que media docena de ellos salten sobre usted desde atrás en la calle? Con los brazos pegados a los costados usted no podría hacer nada, ¿no es así?

—Sí que podría. Salgo muy poco a la calle después de la oscuridad —dijo el hombrecillo, impasible—, y nunca demasiado tarde. Siempre camino con mi mano derecha cerrada sobre la pelota de goma que tengo en el bolsillo de mi pantalón. Al hacer presión sobre esta pelota hago funcionar un detonador dentro del frasco que llevo en mi bolsillo. Es el principio del obturador neumático instantáneo para la lente de una cámara. El tubo provoca...

Con un gesto rápido, revelador, enseñó a Ossipon un tubo de goma, semejante a un delgado gusano oscuro, que salía de la sisa de su chaleco y se hundía en el bolsillo delantero interior de su chaqueta. Sus ropas, de una mezcla marrón indescriptible, estaban deshilachadas y cubiertas de manchas, polvorientas en los pliegues, con los ojales raídos.

—El detonador es en parte mecánico, en parte químico —explicó, lleno de indiferente condescendencia.

—¿Es instantáneo, por supuesto? —murmuró Ossipon, con un leve estremecimiento.

—De ningún modo —confesó el otro, con un desagrado que pareció torcer su boca dolorosamente—. Tienen que transcurrir veinte segundos completos entre el momento en que aprieto la pelota y el momento de la explosión.

—¡Phu! —Silbó Ossipon, completamente pasmado—. ¡Veinte segundos! ¡Qué horror! ¿Y usted es capaz de hacerle frente a eso? Yo me volvería loco...

—No tendría importancia que le ocurriera eso. Desde luego, es el punto débil de este sistema especial, que sólo está destinado a mi uso propio. Lo peor es que la forma de la explosión es siempre el punto débil en nuestro caso. Estoy tratando de

inventar un detonador que se ajuste a todas las condiciones de la acción, e incluso a cambios imprevistos de las condiciones. Un mecanismo variable, y sin embargo, perfectamente preciso. Un detonador verdaderamente inteligente.

—Veinte segundos —murmuró de nuevo Ossipon—. ¡Uf! Y entonces...

Con un ligero vuelco de la cabeza, el resplandor de las gafas pareció mensurar el salón cervecero en el subterráneo del conocido Restaurant Silenus.

—Nadie en esta sala tendría esperanzas de salvarse —fue el veredicto surgido de esta medición—. Ni siquiera esta pareja que ahora sube las escaleras.

El piano situado al pie de las escaleras retumbó a través de una mazurca con descarado ímpetu, como si un fantasma vulgar e impúdico estuviera haciendo alardes. Las teclas se hundían y se levantaban misteriosamente. Después todo quedó en calma. Ossipon imaginó por un momento que el lugar bien iluminado se transformaba en un terrible agujero negro, en un agujero que vomitaba horrendas humaredas taponadas de desperdicios espectrales de ladrillos rotos y cadáveres mutilados. Su percepción de ruina y de muerte fue tan nítida, que volvió a estremecerse. El otro observó, con un aire de tranquila suficiencia:

—En última instancia, la seguridad propia sólo reside en el carácter. Existe muy poca gente en el mundo con un carácter tan bien afianzado como el mío.

—¿Cómo pudo alcanzar eso? —gruñó Ossipon.

—Fuerza de personalidad —dijo el otro, sin levantar su voz; y por salir de la boca de un organismo tan evidentemente miserable, la afirmación hizo que el robusto Ossipon se mordiera el labio inferior—. Fuerza de personalidad —repitió, con ostentosa calma—. Tengo los medios de hacerme mortífero, pero eso, comprende usted, por sí mismo, no es absolutamente nada en materia de protección. Lo que es efectivo es la creencia de esa gente en mi decisión de utilizar esos medios. Ésa es su impresión. Es absoluta y definitiva. Por eso soy mortífero.

—También hay gente de carácter dentro de esa banda —murmuró Ossipon ominosamente.

—Es posible. Pero es, sin duda, una cuestión de matices, ya que yo, por ejemplo, no estoy impresionado por ellos. En consecuencia, ellos son inferiores. No pueden ser de otra manera. Su carácter ha sido construido sobre las bases de la moral convencional. Descansa en el orden social. El mío permanece libre de todo artificio. Ellos están atados por toda clase de convenciones. Ellos dependen de la vida, la cual, en este aspecto, es un hecho histórico rodeado de toda suerte de restricciones y consideraciones, un hecho complejo, organizado, abierto al ataque en todos los flancos; en tanto que yo dependo de la muerte, que no conoce restricciones y no puede ser atacada. Mi superioridad es evidente.

—Ésta es una forma trascendental de explicar la cosa —dijo Ossipon, observando el frío resplandor de los cristales redondos—. He escuchado a Karl Yundt no hace mucho tiempo decir algo muy parecido.

—Karl Yundt —musitó el otro, desdeñosamente—, el delegado del Comité Rojo

Internacional, ha sido toda su vida una sombra presuntuosa. Hay tres de ustedes que son delegados, ¿no es así? No definiré a los otros dos, ya que usted es uno de ellos. Pero lo que ustedes dicen no significa nada. Ustedes son los meritorios delegados para la propaganda revolucionaria, pero el problema es que no sólo son tan incapaces de pensar con independencia como cualquier tendero o periodista de ellos, sino que también están completamente desprovistos de carácter.

Ossipon no pudo reprimir un gesto de indignación.

—¿Pero qué espera usted de nosotros? —exclamó con una voz apagada—. ¿Qué fines persigue usted?

—Un perfecto detonador —fue la perentoria respuesta—. ¿Por qué pone esa cara? Ve usted, ni siquiera puede soportar la mención de algo concluyente.

—No estoy poniendo caras —gruñó el disgustado Ossipon, con aspereza.

—Ustedes los revolucionarios —continuó el otro, con pausada confianza— son esclavos de la convención social, la que a su vez los teme; tan esclavos de ella como la policía encargada de la defensa de dicha convención. Lo son claramente, puesto que desean revolucionarla. Gobierna, por supuesto, el pensamiento de ustedes, y también la acción, y por esto ni su pensamiento ni su acción pueden ser concluyentes nunca. —Hizo una pausa, tranquilo, con su aire de cerrado, interminable silencio, y después siguió casi de inmediato—: Ustedes no son en absoluto mejores que las fuerzas organizadas en contra suya, que la policía, por ejemplo. El otro día me encontré por casualidad con el inspector jefe Heat en la esquina de Tottenham Court Road. Él me miró con gran intensidad. Pero yo no lo miré. ¿Por qué motivo iba a dirigirle más de una mirada? Él estaba pensando en muchas cosas, en sus superiores jerárquicos, en su fama, en los tribunales legales, en su sueldo, en los periódicos, en un centenar de cosas. Pero yo sólo pensaba en mi detonador perfecto. Él no significaba nada para mí. Él era tan insignificante como, no me viene a la mente nada tan insignificante como para compararlo con él, quizá con la excepción de Karl Yundt. Uno para el otro. El terrorista y el policía vienen del mismo saco. Revolución, legalidad (movimientos contrarios en un mismo juego; formas de ocio en el fondo idénticas). Él juega a su pequeño juego; y lo mismo hacen ustedes los propagandistas. Pero yo no juego; trabajo catorce horas diarias, y a veces paso hambre. De vez en cuando mis experimentos cuestan dinero, y entonces tengo que pasar un día o dos sin comer. Usted observa mi cerveza. Sí. Ya he tomado dos vasos, y ahora beberé otro. Ésta es una pequeña fiesta, y la celebro en privado. ¿Por qué no? Tengo el coraje de trabajar solo, muy solo, absolutamente solo. He trabajado solo durante años.

La cara de Ossipon se había vuelto de un rojo sombrío.

—En el perfecto detonador, ¿eh? —se burló, muy despacio.

—Sí —respondió el otro—. Es una buena definición. Usted no podría encontrar ninguna fórmula tan precisa para definir toda su actividad de comités y delegaciones. El verdadero propagandista soy yo.

—No discutiremos ese punto —dijo Ossipon, con aire de ponerse por encima de

las consideraciones personales—. Temo, sin embargo, tener que estropearle su fiesta. Un hombre fue volado a pedazos esta mañana en el parque de Greenwich.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Han estado aullando la noticia en la calle desde las dos.

Compré el periódico, y en ese momento entré aquí. Entonces lo vi sentado en esta mesa. Ahora lo tengo en mi bolsillo.

Sacó el periódico. Era una hoja de buen tamaño, rosada, como encendida por el calor de sus propias convicciones, que eran optimistas. Recorrió las páginas rápidamente.

—¡Ah! Aquí está. Bomba en el parque de Greenwich. Todavía no hay muchos datos. Las once y media. Mañana de niebla. Los efectos de la explosión se sintieron hasta Romney Road y Park Place. Enorme agujero en la tierra, debajo de un árbol, lleno de raíces aplastadas y ramas rotas. En todas partes alrededor, pedazos de un cuerpo humano enteramente destrozado. Eso es todo. El resto es puro relleno periodístico. No hay duda, dicen, que fue un atentado criminal para volar el Observatorio. Hummm. Eso es difícil de creer.

Todavía miró el periódico durante un tiempo, en silencio, y después lo pasó al otro, que después de observar abstraído las letras de imprenta lo dejó sin hacer comentarios.

Fue Ossipon quien habló primero, todavía resentido.

—Tome nota: los fragmentos de un solo hombre. Ergo: se voló a sí mismo. Eso le estropea el día, ¿no es verdad? ¿Esperaba usted una acción de esta especie? Yo no tenía la menor idea —ni la más mínima noción de que aquí se pensara en planear algo como esto—, aquí en este país. En las circunstancias actuales, es un perfecto crimen.

El hombrecillo levantó sus delgadas cejas negras con desapasionado desdén.

—¡Un crimen! ¿Qué es eso? ¿Qué es el crimen? ¿Qué sentido puede tener esa afirmación?

—¿Cómo debo expresarme? Uno debe utilizar los términos corrientes —dijo Ossipon, con impaciencia—. El sentido de esta afirmación es que este asunto puede afectar nuestra posición en forma muy negativa en este país. ¿No constituye eso un crimen para usted? Estoy convencido de que usted ha estado entregando últimamente algo de sus productos.

Ossipon miró con dureza. El otro, sin acobardarse, bajó y levantó la cabeza lentamente.

—¡Lo ha hecho! —estalló el editor de los panfletos del F. P. en un intenso susurro—. ¡No! ¿Y los entrega usted en esta forma, sin preguntar nada, al primer loco que se presenta?

—¡Exactamente! El orden social condenado a desaparecer no ha sido construido sobre papel y tinta, y no me imagino que una combinación de papel y tinta pueda ponerle término nunca, piense usted lo que piense. Sí, entregaría el material a dos manos a cada hombre, mujer o loco que quisiera pedírmelo. Sé lo que está pensando

usted. Pero yo no recibo mis consignas del Comité Rojo. Yo los vería a todos ustedes ahuyentados de aquí, o arrestados —o decapitados, si es por eso— sin que se me moviera un pelo. Lo que nos sucede como individuos no tiene la más mínima importancia.

Hablaba descuidadamente, sin calor, casi sin sentimiento, y Ossipon, muy afectado en su fuero interno, trató de imitar este desapego.

—Si la policía de aquí fuera competente, lo acribillaría de balas de revólver, o trataría de ejercitar su puntería en usted por la espalda a plena luz del día.

Parecía que el hombrecillo ya había considerado esta posibilidad a su manera confiada, desapasionada.

—Sí —asintió con extraordinaria prontitud—. Pero para eso tendrían que enfrentarse a sus propias instituciones. ¿Ve usted? Eso exige un coraje poco habitual. Un coraje de otra clase.

Ossipon pestañeó.

—Me imagino que eso es exactamente lo que le sucedería si instalara su laboratorio en Estados Unidos. Allá no se andan con ceremonias con sus instituciones.

—No es probable que yo vaya y haga la experiencia. Por otra parte, su observación es exacta —reconoció el otro—. Allá tienen más carácter, y su carácter es esencialmente anárquico. Terreno fértil para nosotros, Estados Unidos; muy buen terreno. La gran República tiene en su interior la raíz de la materia destructiva. El temperamento colectivo carece de ley. Excelente. Ellos pueden matarnos a tiros, pero...

—Usted es demasiado trascendental para mí —gruñó Ossipon, con aspecto abatido.

—Lógico —protestó el otro—. Hay muchas clases de lógica. Esta pertenece a la clase más lúcida. América está muy bien. Es este país el peligroso, con su concepción idealista de la legalidad. El espíritu social de este pueblo está envuelto en prejuicios escrupulosos, y eso es fatal para nuestro trabajo. ¡Usted habla de Inglaterra como de nuestro único refugio! Tanto peor. ¡Capua! ¿Para qué queremos refugios? Aquí ustedes hablan de publicaciones, conspiran, y no hacen nada. Yo diría que es muy conveniente para los Karl Yundts.

Se encogió de hombros ligeramente, y después añadió con la misma despreocupada seguridad:

—Nuestro objetivo debería ser romper la superstición y el culto de la legalidad. Nada me agradaría más que ver al Inspector Heat y a los suyos disparándonos a plena luz del día con la aprobación del público. Entonces tendríamos la mitad de nuestra batalla ganada; la desintegración de la vieja moral se habría instalado en su santuario mismo. Eso es lo que ustedes deben perseguir. Pero ustedes los revolucionarios nunca entenderán eso. Ustedes programan el futuro, ustedes sueñan con sistemas económicos que derivan de lo que existe; mientras que lo que hace falta es un barrido

a fondo y partir de cero hacia una nueva concepción de la vida. Basta con no obstruirle el paso para que ese futuro se abra camino por sí solo. Por eso, si tuviera suficiente cantidad, dejaría mi mercadería amontonada en las esquinas; y como no tengo, hago lo que puedo tratando de perfeccionar un detonador realmente seguro.

Ossipon, que mentalmente había estado nadando en aguas profundas, se aferró de la última palabra como de una tabla de salvación.

—Sí. Sus detonadores. No me sorprendería mucho si fuera uno de sus detonadores el que barrió al hombre del parque.

Una sombra de disgusto oscureció el rostro pálido, decidido, que se encontraba al frente de Ossipon.

—Mi mayor dificultad consiste precisamente en hacer experiencias prácticas con los diversos tipos. Es necesario probarlos, después de todo. Además...

Ossipon interrumpió.

—¿Quién podría ser ese sujeto? Le aseguro que nosotros en Londres no sabíamos una palabra... ¿Podría usted describir la persona a quien entregó la mercadería?

El otro dirigió sus gafas hacia Ossipon como un par de reflectores.

—Describirlo —repitió, lentamente—. No creo que ahora pueda haber la menor objeción. Se lo describiré con una sola palabra... Verloc.

Ossipon, a quien la curiosidad había levantado unas pocas pulgadas de su asiento, se dejó caer, como si hubiera sido golpeado en el rostro.

—¡Verloc! Imposible.

El hombrecillo, absolutamente seguro de sí, hizo un leve gesto de afirmación.

—Sí. Él es la persona. Usted no puede decir que en este caso entregué mi mercadería al primer loco que se presentó. Él era, según entiendo, un miembro destacado del grupo.

—Sí —dijo Ossipon—. Destacado. No, no exactamente. Él era el centro de información general, y habitualmente recibía a los camaradas que llegaban aquí. Más útil que importante. Hombre sin ideas. Hace años hablaba en las asambleas, en Francia, creo. No muy bien, sin embargo. Era hombre de confianza de personas como Latorre, Moser y todo ese grupo. El único talento real que demostraba era su habilidad para eludir de algún modo la atención de la policía. Aquí, por ejemplo, daba la impresión de no ser vigilado muy estrechamente. Estaba casado formalmente, sabe usted. Supongo que instaló esa tienda con el dinero de ella. Parecía sacarle beneficios, también.

Ossipon cesó abruptamente, murmuró para sí mismo: «¿Y qué será de esa mujer ahora?», y se puso pensativo.

El otro esperaba con ostentosa indiferencia. Su procedencia era oscura, y se le conocía en general por su apodo de Profesor.

Sus títulos para esta designación consistían en haber sido alguna vez ayudante del laboratorio de química en algún instituto técnico. Se había malquistado con las

autoridades por algún asunto de trato incorrecto. Después obtuvo un puesto en el laboratorio de una fábrica de tinturas. También ahí había sido tratado con indignante injusticia. Sus luchas, sus privaciones, su duro trabajo para elevarse en la escala social, lo habían llenado de una convicción tan exaltada de sus propios méritos, que era extremadamente difícil que el mundo lo tratara con justicia, sobre todo porque la pauta de esa noción dependía tanto de la paciencia del individuo. El Profesor tenía genio, pero carecía de la gran virtud social de la resignación.

—Intellectualmente, una nulidad —pronunció Ossipon en voz alta, abandonando de pronto la contemplación interior de la acongojada viuda y de su negocio—. Una personalidad muy ordinaria. Usted hace mal en no mantener más contacto con los camaradas, Profesor —agregó en un tono de reprobación—. ¿Le dijo algo a usted, le dio alguna idea acerca de sus intenciones? Hacía un mes que no lo veía. Parece imposible que nos haya dejado.

—Me dijo que se trataría de una demostración contra un edificio —dijo el Profesor—. Yo tenía que conocer ese antecedente para preparar el proyectil. Le dije que apenas tenía una cantidad suficiente para obtener un resultado completamente destructivo, pero él me urgió con gran insistencia para que hiciera lo mejor posible. Como deseaba algo que pudiera transportarse en la mano abiertamente, propuse utilizar una lata vieja de un galón de barniz de copal que tenía por ahí. A él le gustó la idea. Me dio algún trabajo, porque primero tuve que cortarle el fondo y después volver a soldarlo. Cuando estuvo preparada, contenía un jarro de vidrio grueso y boca ancha, bien tapado, envuelto en algo de arcilla húmeda y con dieciséis onzas de pólvora verde X2 adentro. El detonador estaba conectado con la tapa atornillada de la lata. Era ingenioso, una combinación de tiempo e impacto. Yo le expliqué el sistema. Era un delgado tubo de hojalata que envolvía...

Ossipon se había distraído.

—¿Qué cree usted que ha ocurrido? —interrumpió.

—No sabría decir. Atornilló la tapa con fuerza, cosa que provocaba el contacto, y después olvidó el tiempo. Estaba puesto para veinte minutos. Por otra parte, estando hecho el contacto de tiempo, un golpe brusco causaría la explosión de inmediato. O calculó el tiempo demasiado justo, o simplemente dejó que el artefacto cayera. El contacto se hizo correctamente, eso, en todo caso, está claro para mí. El sistema funcionó a la perfección. Y sin embargo uno pensaría que un tonto común y corriente que anduviera de prisa más bien se olvidaría de hacer el contacto. Yo sobre todo estaba preocupado de ese fallo. Pero el número de los tontos es más variado de lo que uno puede prever. Usted no puede pedir que un detonador sea totalmente a prueba de tontos.

Llamó al camarero. Ossipon estaba rígido, con la mirada abstraída de la fatiga mental. Después que el hombre se había retirado con el dinero, se levantó, con un aire de profundo disgusto.

—Es extremadamente desagradable para mí —musitó—. Karl ha estado en cama

con bronquitis durante una semana. Hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que nunca vuelva a levantarse. Michaelis se da la gran vida en el campo en alguna parte. Un editor de moda le ha ofrecido quinientas libras por un libro. Será un rotundo fracaso. En la cárcel ha perdido el hábito del pensamiento coherente, sabe usted.

De pie, abotonándose ahora su abrigo, el Profesor miró a su alrededor con perfecta indiferencia.

—¿Qué piensa hacer usted? —preguntó Ossipon, cansadamente. Temía los cargos del Comité Central Rojo, un cuerpo sin domicilio permanente, y de cuyos miembros no estaba informado con exactitud. Si este asunto daba por resultado la suspensión del modesto subsidio acordado a la publicación de los panfletos del F. P., entonces tendría motivos para lamentar, sin duda, la inexplicable locura de Verloc.

—Una cosa es la solidaridad con las más extremas formas de acción, otra es una estúpida torpeza —dijo, con una especie de brutalidad malhumorada—. No sé qué le dio a Verloc. Hay algún misterio ahí. De todos modos, él ya no está. Usted puede tomarlo como quiera, pero en las circunstancias actuales, la única actitud sensata del grupo militante revolucionario es rechazar toda conexión con este maldito capricho de ustedes. Lo que me preocupa es cómo conseguir que esta negativa sea convincente.

El hombrecillo de pie, abotonado y listo para partir, no era más alto que Ossipon sentado. Enfocó sus anteojos en la cara de este último a quemarropa.

—Usted puede pedirle a la policía un certificado de buena conducta. Ellos saben dónde durmió cada uno de ustedes anoche. Quizá si ustedes se lo pidieran, ellos aceptarían publicar alguna declaración oficial.

—Sin duda que están bien conscientes de que nosotros no tuvimos nada que ver con esto —murmuró Ossipon con amargura—. Lo que dirán es otra cosa. —Permaneció pensativo, sin tomar en cuenta la figura raída, pequeña, de aspecto sabihondo, que se hallaba a su lado. Tengo que encontrar de inmediato a Michaelis, y hacer que hable con el corazón en alguna de nuestras reuniones. El público tiene una especie de consideración sentimental por ese hombre. Su nombre es conocido. Y yo estoy en contacto con algunos reporteros de los grandes diarios. Lo que dirá será pura bazofia, pero tiene una forma de hablar que consigue que todo eso pase muy bien.

—Como melaza —interrumpió el Profesor, en voz más bien baja, manteniendo una expresión impasible.

El perplejo Ossipon continuó en su comunión a medias audible consigo mismo, a la manera de un hombre que reflexiona en perfecta soledad.

—¡Estúpida bestia! Dejar este asunto imbécil en mis manos. Y ni siquiera sé si...

Permaneció con los labios apretados. La idea de dirigirse a la tienda en busca de noticias no le atraía. Sospechaba que la tienda de Verloc ya podía haberse transformado en una trampa policial. Estarán obligados a efectuar algunos arrestos, pensó, con algo que se parecía a la indignación virtuosa, porque el tono discreto de su vida revolucionaria estaba amenazado sin que mediara ninguna falta suya. Y sin

embargo, si no iba hasta allá, corría el riesgo de permanecer en la ignorancia de algo que quizá sería esencial que él conociera. Reflexionó entonces que si el hombre del parque había sido tan destrozado como decían los diarios de la tarde, no podría haber sido identificado. Y si era así, la policía no podía tener ninguna razón particular para vigilar la tienda de Verloc más de cerca que cualquier otro lugar frecuentado por anarquistas notorios, ninguna razón adicional, de hecho, que para vigilar las puertas del Silenus. Habría mucha vigilancia, en todas partes, dondequiera que fuese. Con todo...

—¿Me pregunto qué debería hacer ahora? —murmuró, tomando consejo consigo mismo.

Una voz áspera dijo junto a su hombro, con tranquilo desprecio:

—No pierda de vista ni un instante, por ningún motivo, a esa mujer.

Después de pronunciar estas palabras, el Profesor se alejó de la mesa. Ossipon, a quien ese destello de clarividencia había cogido desprevenido, esbozó un movimiento, y permaneció inmóvil, con una mirada indefensa, como clavado estrechamente a su silla. El piano solitario, sin contar siquiera con la ayuda de un taburete de música, golpeó valientemente unas pocas notas, y después de iniciar una selección de aires nacionales, se puso a interpretar al fin la melodía de «Campanas Azules de Escocia». Las notas penosamente aisladas se apagaron a su espalda mientras subía lentamente las escaleras, cruzaba el vestíbulo y se sumergía en la calle.

Frente a la gran puerta de entrada, una fila miserable de vendedores de diarios, al margen de la calzada, ofrecía su mercancía desde el arroyo. Era un día lóbrego, de luz cruda, de comienzos de primavera; y el cielo grisáceo, el barro de las calles, los harapos de los hombres sucios hacían excelente armonía con la erupción de las húmedas, mugrientas hojas de papel manchado con tinta de imprenta. Los carteles, inmundos, guarnecían como una tapicería la curva de la calle. El comercio de periódicos vespertinos era muy animado, y sin embargo, por comparación con la marcha constante y fluida del tráfico de peatones, producía un efecto de indiferencia, de distribución despreocupada. Ossipon miró de prisa a un lado y otro antes de confundirse con la multitud, pero el Profesor ya se había perdido de vista.

Cinco

El Profesor había doblado por una calle a la izquierda, y caminaba solo, con su cabeza rígidamente erecta, en una multitud en la que casi cada individuo sobrepasaba su reducida estatura. Para él era inútil pretender que no estuviera decepcionado. Pero esto no pasaba de ser un sentimiento; el estoicismo de su pensamiento no podía verse perturbado por éste ni por ningún otro fracaso. La próxima vez, o la vez después de la próxima, se daría un golpe importante —algo realmente sorprendente— un golpe capaz de abrir la primera grieta en la fachada imponente del gran edificio de las concepciones legales que perpetuaban la atroz injusticia de la sociedad. De origen humilde, y con un aspecto tan mezquino que en realidad constituía un obstáculo para el desarrollo de sus considerables dotes naturales, su imaginación había sido exaltada desde la infancia por los relatos de personajes que se levantaban desde las profundidades de la pobreza hasta posiciones de poder y de dinero. La pureza extrema, casi ascética, de su pensamiento, combinada con una asombrosa ignorancia de las condiciones del mundo, habían colocado frente a sus ojos un objetivo de poder y prestigio que debía ser alcanzado sin el instrumento de las artes, el favor, el tacto, la fortuna; por el exclusivo peso del mérito. Desde ese punto de vista, se consideraba acreedor a un éxito indiscutido. Su padre, un entusiasta frágil y oscuro, de frente hundida, había sido un predicador ambulante y elocuente de alguna desconocida pero rígida secta cristiana —un hombre que tenía una confianza suprema en los privilegios de su rectitud—. En el hijo, individualista por temperamento, una vez que la ciencia de los colegios hubo reemplazado por completo la fe de los conciliábulos, esta actitud moral se transformó en un puritanismo frenético de la ambición. Lo alimentó como algo sagrado de la vida secular. Verlo contrariado le abrió los ojos sobre la verdadera naturaleza del mundo, cuya moral era artificiosa, corrompida y blasfema. Son impulsos personales disfrazados de creencias los que preparan el camino hasta de las revoluciones más justificadas. La indignación del Profesor encontró en sí misma una causa final que lo absolvía del pecado de buscar la destrucción como agente de su ambición. Destruir la fe pública en la legalidad fue la fórmula imperfecta de su fanatismo pedante; pero la convicción subconsciente de que el marco de un orden social establecido sólo puede ser eficazmente alterado mediante alguna forma individual o colectiva de violencia, era precisa y correcta. Él era un agente moral; eso estaba claro en su mente. Al ejercer su mandato con implacable desprecio, él obtenía para sí las apariencias del poder y del prestigio personal. Para su vengativa amargura, esto era innegable. Calmaba su inquietud; y quizás, a su manera, los más ardorosos

revolucionarios no hacen otra cosa que buscar la paz en común con el resto de la humanidad, la paz de la vanidad complacida, de los apetitos satisfechos, o quizá de la conciencia aplacada.

Perdido en la multitud, miserable y diminuto, meditaba confiadamente en su poder, sin sacar la mano del bolsillo izquierdo de su pantalón y empuñando ligeramente la pelota de goma, la suprema garantía de su libertad siniestra; pero después de un rato se sintió desagradablemente afectado por el espectáculo de la calle atestada de vehículos y de la acera repleta de hombres y mujeres. Se encontraba en una calle larga y recta ocupada por una simple fracción de una multitud inmensa; pero alrededor suyo, en todas partes, en forma incesante, incluso hasta los límites del horizonte oculto por los enormes hacinamientos de ladrillos, sentía la masa de la humanidad, poderosa en sus dimensiones. Ellos pululaban como langostas innumerables, industriosos como hormigas, inconscientes como una fuerza natural, avanzando ciegos y en orden y absortos, impermeables al sentimiento, a la lógica, quizá, también, al terror.

Ésa era la forma de duda que él más temía. ¡Impermeables al miedo! A menudo, durante sus salidas, en los momentos en que también le ocurría salir de sí mismo, lo asaltaba esa terrible y sana desconfianza de la humanidad. ¿Y si no hubiera nada capaz de conmoverlos? Son momentos que todos los hombres cuya ambición busca un control directo sobre la humanidad conocen, artistas, políticos, pensadores, reformadores o santos. Era éste un estado emocional despreciable, contra el cual los caracteres superiores se fortalecen en la soledad; y el Profesor pensó, con severa exaltación, en el refugio de su cuarto, con su aparador aherrojado, perdido en una selva de casas pobres: la ermita del perfecto anarquista. Para llegar antes al lugar donde podía tomar su ómnibus, salió bruscamente de la calle populosa a un callejón estrecho y oscuro pavimentado de baldosas. Las casas bajas de ladrillo, a un lado, tenían en sus ventanas polvorientas el aspecto moribundo, invisible, de la decadencia irremediable: cascarones vacíos que esperaban la demolición. La vida aún no se había ido por completo del otro lado. Frente al único farol de gas se abría la caverna de un vendedor de muebles de segunda mano, y ahí, en la profunda penumbra de una especie de avenida estrecha formada por un extraño bosque de roperos, con una maraña subterránea de patas de mesas, un alto espejo de cuerpo entero brillaba como un estanque de agua en la espesura.^[7] En el exterior había un diván infeliz, sin domicilio, acompañado de dos sillas que no le hacían juego. El único ser humano que hacía uso del callejón aparte del Profesor, que venía erecto y firme desde la dirección opuesta, detuvo de pronto su paso balanceado.

—¡Hola! —dijo, y permaneció un poco a un lado, atento.

El Profesor ya se había detenido, con una rápida media vuelta que le acercó los hombros al otro muro. Su mano derecha cayó ligeramente sobre el respaldo del degradado diván, la izquierda permaneció intencionadamente sumergida en el bolsillo del pantalón, y la redondez de las gafas de pesado marco imprimió un aire de búho a

su rostro taciturno, imperturbable.

Era como un encuentro en un corredor lateral de una casa llena de vida. El hombre vigoroso estaba enfundado en un abrigo oscuro, y llevaba un paraguas. Su sombrero, echado hacia atrás, mostraba una frente despejada, que se veía muy blanca en la penumbra. En los parches oscuros de las órbitas, los globos de los ojos brillaban en forma penetrante. Las puntas de sus largos mostachos caídos, del color del trigo maduro, enmarcaban el bloque cuadrado de su afeitada barbilla.

—No ando en busca suya —dijo, lacónico.

El Profesor no se movió una pulgada.

Los ruidos confusos de la ciudad enorme se redujeron a un murmullo inarticulado y bajo. El inspector jefe Heat del Departamento Especial del Crimen cambió de tono.

—¿No tiene prisa por regresar a casa? —preguntó, con simplicidad burlona.

El pequeño agente moral de la destrucción, con su aspecto enfermizo, se regocijaba en silencio de la posesión de prestigio personal, que le permitía mantener a raya a este hombre armado del mandato defensivo de una sociedad amenazada. Más afortunado que Calígula, que deseaba que el Senado Romano tuviese una sola cabeza para la mejor satisfacción de su cruel capricho, contemplaba en ese hombre solo al conjunto de las fuerzas que había desafiado: la fuerza de la ley, de la propiedad, de la opresión y la injusticia. Contemplaba a todos sus enemigos y los enfrentaba sin miedo en un acto de suprema satisfacción de su vanidad. Frente a él permanecían perplejos, como si se hallaran ante un portento terrible. Se deleitaba en su interior porque este encuentro casual afirmaba su superioridad sobre todo el resto de los seres humanos.

No era en realidad más que un encuentro casual. Desde que su departamento recibió el primer telegrama de Greenwich un poco antes de las once de la mañana, el inspector jefe Heat había tenido una jornada desagradablemente ocupada. Primero que todo, ya era bastante desagradable el hecho de que el atentado se hubiera emprendido menos de una semana después de que él había asegurado a un alto funcionario que no había ningún estallido de actividad anarquista en perspectiva. Si alguna vez se había sentido seguro al sostener algo, había sido en esa oportunidad. Había hecho esa declaración con infinita satisfacción para sí mismo, porque estaba claro que el alto funcionario deseaba ardientemente escuchar precisamente eso. Él había afirmado que no se podía planear nada de esa especie sin que el departamento lo supiera dentro de las veinticuatro horas; y él había hablado así a conciencia de ser el gran experto de su departamento. Había ido tan lejos como para pronunciar palabras que una verdadera sabiduría habría callado. Pero el inspector jefe Heat no era demasiado sabio, al menos, no lo era de verdad. Una sabiduría verdadera, que en este mundo de contradicciones nunca tiene certeza de nada, le habría impedido alcanzar su actual posición. Habría alarmado a sus superiores, y dado al traste con sus posibilidades de ascenso. Sus ascensos habían sido extremadamente rápidos.

—No hay ninguno de ellos, señor, que no pudiéramos detener a cualquier hora del

día o de la noche. Sabemos lo que hace cada uno de ellos hora a hora —había declarado. Y el alto funcionario se había dignado sonreír. Era una afirmación tan obviamente adecuada para un funcionario de la reputación del inspector jefe Heat, que resultaba perfectamente deliciosa. El alto funcionario creyó en la declaración, que rimaba con su idea de la conveniencia de las cosas. Tenía una sabiduría de carácter oficial, ya que de otro modo podría haber reflexionado sobre una cuestión que no derivaba de la teoría sino de la experiencia y según la cual, en esa densa textura de las relaciones entre el conspirador y el policía, se producen inesperadas soluciones de continuidad, súbitos agujeros en espacio y tiempo. Un anarquista dado puede ser vigilado pulgada a pulgada y minuto a minuto, pero siempre llega un momento en que de algún modo se pierde su pista durante unas pocas horas, y durante ellas ocurre algo más o menos lamentable (por lo general una explosión). Pero el alto funcionario, llevado por su sentido de la conveniencia de las cosas, había sonreído, y el recuerdo de esa sonrisa resultaba muy enojoso ahora para el inspector jefe Heat, principal experto en procedimientos anarquistas.

Ésta no era la única circunstancia cuyo recuerdo deprimía la serenidad habitual del eminente especialista. Había otra que sólo se remontaba a esa misma mañana. Lo irritaba claramente la idea de que había sido incapaz de disimular su asombro cuando había sido llamado con urgencia al despacho privado del subcomisario de Policía. Su instinto de hombre de éxito le había enseñado hacía tiempo que una reputación, como norma general, se basa tanto en las maneras como en los resultados. Y sentía que sus maneras, al verse enfrentado al telegrama, no habían sido brillantes. Había abierto los ojos y había exclamado: «¡Imposible!», exponiéndose así a la inapelable réplica de la yema de un dedo colocada con fuerza encima del telegrama que el subcomisario de Policía, después de leer en voz alta, había arrojado sobre el escritorio. Ser aplastado, por así decirlo, por la yema de un dedo índice, era una experiencia desagradable. ¡Muy perjudicial, además! Por añadidura, el inspector jefe Heat estaba consciente de no haber mejorado las cosas al permitirse expresar una convicción.

—Puedo asegurarle algo de inmediato: ninguno de nuestra banda tuvo nada que ver con esto.

Tenía fuerza en su integridad de buen detective, pero ahora vio que su reputación habría salido mejor parada si hubiera empleado una reserva impenetrablemente atenta frente a este incidente. Por otra parte, tuvo que reconocer que era difícil mantener la reputación si vulgares intrusos empezaban a meter mano en el asunto. Los intrusos son la ruina de la policía como lo son de otras profesiones. La acritud del tono de las observaciones del subcomisario de Policía había sido suficiente para sacarlo a uno de quicio.

Y desde el desayuno el inspector jefe Heat no había conseguido comer nada.

Había comenzado de inmediato sus investigaciones en el terreno y había tenido que contentarse con tragar una buena cantidad de niebla malsana y cruda en el parque. Después había caminado hacia el hospital; y cuando por fin había concluido

la investigación en Greenwich, él había perdido su deseo de comida. Sin la costumbre que tienen los doctores de examinar de cerca los restos despedazados de seres humanos, había sentido una conmoción ante el espectáculo desplegado ante sus ojos cuando una sábana impermeable había sido levantada en una mesa en cierto departamento del hospital.

Otra sábana impermeable estaba desplegada sobre esa mesa a la manera de un mantel, con las esquinas levantadas sobre una especie de montículo: un atado de harapos, chamuscados y manchados de sangre, que ocultaban a medias lo que podría haber sido una acumulación de materiales crudos para una fiesta de caníbales. Se necesitaba una notable firmeza mental para no retroceder frente a ese espectáculo. El inspector jefe Heat, un eficiente funcionario de su departamento, mantuvo su terreno, pero durante un minuto completo no avanzó. Un policía local en uniforme dirigió una mirada de soslayo, y dijo con estólida sencillez:

—Está todo ahí. Cada uno de sus pedazos. Fue toda una tarea.

Había sido el primer hombre en el sitio de los sucesos después de la explosión. Mencionó los hechos de nuevo. Había visto una especie de pesado relámpago en la neblina. En ese instante él conversaba en la puerta del Pabellón de King William Street con el cuidador. La sacudida lo hizo estremecerse entero. Corrió entre los árboles hacia el Observatorio. «Lo más rápido que me dieron las piernas», repitió dos veces. El inspector jefe Heat, inclinándose sobre la mesa de una manera cautelosa y horrorizada, lo dejó correr. El portero del hospital y otro hombre doblaron hacia abajo las esquinas del mantel, y se pusieron a un lado. Los ojos del inspector jefe buscaron el detalle horrible en ese montón de cosas mezcladas, que parecían haber sido recogidas en mataderos y tiendas de harapos.

—Usted usó una espátula —dijo, observando salpicaduras de gravilla, diminutos pedazos marrones de corteza, partículas finas como agujas de madera astillada.

—Lo tuve que hacer en un lugar —dijo el estólido policía—. Mandé a un cuidador a buscar una pala. Cuando me escuchó raspar el suelo con ella, reclinó la frente contra un árbol y se puso más enfermo que un perro.

El inspector jefe, inclinándose cuidadosamente sobre la mesa, luchó contra la desagradable sensación en su garganta. La abrumadora violencia destructiva que había convertido ese cuerpo en un montón de fragmentos indefinidos afectó sus sentimientos con una sensación de implacable crueldad, a pesar de que su razón le indicaba que el efecto debía haber sido tan rápido como una descarga eléctrica. El hombre, quienquiera que fuese, había muerto al instante; y sin embargo, parecía imposible creer que un cuerpo humano pudiera llegar a ese estado de desintegración sin pasar a través de los dolores de una inconcebible agonía. Sin ser ningún psicólogo, y mucho menos un metafísico, el inspector jefe Heat se levantaba por la fuerza de la simpatía, que es una forma de temor, por encima de la concepción vulgar del tiempo. ¡Instantáneo! Recordaba todo lo que había leído en publicaciones populares sobre sueños largos y terribles soñados en el instante de despertar; de toda

la vida pasada vivida con terrible intensidad por un hombre que se ahogaba en el momento en que su cabeza sentenciada emergía, chorreante, por última vez. Los misterios inexplicables de la existencia consciente acosaban al inspector jefe Heat, hasta que desarrolló la terrible noción de que entre dos pestañeos sucesivos de un ojo podían contenerse edades de dolor atroz y de tortura mental. Y entretanto, el inspector jefe continuaba mirando la mesa con un rostro calmado y con la atención ligeramente inquieta del casero indigente que se inclina sobre los que podrían llamarse subproductos de la tienda de un carnicero, con miras a una cena barata de domingo. Sus facultades bien entrenadas de excelente investigador, que no desdeña ninguna oportunidad de información, seguían todo el tiempo la locuacidad satisfecha e inconexa del policía.

—Un individuo de pelo rubio —observó este último en un tono plácido, e hizo una pausa—. La vieja mujer que le habló al sargento había visto a un individuo de pelo rubio que salía de la estación de Maze Hill. —Hizo una pausa—. Y era un individuo de pelo rubio. Ella notó a dos hombres que salían de la estación después de que el tren de ida había partido —continuó, despacio—. No podía decir si iban juntos o no. No se fijó en el grande, pero el otro era un sujeto rubio, frágil, que llevaba un tarro de barniz en una mano. —El policía cesó.

—¿Conoce a la mujer? —murmuró el inspector jefe, con sus ojos fijos en la mesa, y con la vaga idea en la mente de una encuesta que ahora debería efectuarse sobre una persona que probablemente permanecería desconocida para siempre.

—Sí. Ella es el ama de casa de un tabernero retirado, y suele acudir a la capilla de Park Place —manifestó el policía con firmeza, e hizo una pausa, con otra mirada oblicua a la mesa. Y de pronto—: Bien, aquí está todo lo que pude ver de él. Rubio. Frágil, bastante frágil. Mire este pie aquí. Primero recogí las piernas, una después de la otra. Estaba tan dispersado que uno no sabía por dónde comenzar.

El policía hizo una pausa; el leve aleteo de una sonrisa inocente, autoelogiosa, invadió su cara redonda con una expresión infantil.

—Tropezó —anunció, sin manifestar dudas—. Yo mismo tropecé una vez, y caí de cabeza, también, mientras corría. Ese lugar está lleno de esas raíces salidas. Tropezó contra la raíz de un árbol y cayó, y me imagino que esa cosa que llevaba debe de haberse disparado justo debajo de su pecho.

El eco de las palabras «Persona desconocida», repetido en su fuero interno, molestaba considerablemente al inspector jefe. Le habría gustado seguir la pista de este asunto hasta su origen misterioso para su personal información. Era profesionalmente curioso. Le habría gustado reivindicar frente al público la eficiencia de su departamento estableciendo la identidad de ese hombre. Era un servidor leal. Eso, sin embargo, parecía imposible. El primer término de la ecuación era ilegible; carecía de toda sugerencia con la excepción de la crueldad atroz.

El inspector jefe Heat se sobrepuso a su repugnancia física y estiró su mano sin convicción, sólo para apaciguar su conciencia, recogiendo el menos manchado de los

harapos. Era una delgada tira de terciopelo de la que colgaba una pieza triangular más ancha de paño azul oscuro. La llevó a sus ojos; y el policía habló.

—Cuello de terciopelo. Divertido que la vieja notara el cuello de terciopelo. Abrigo azul oscuro con un cuello de terciopelo, nos dijo. Él era el sujeto que vio ella, no hay cómo equivocarse. Y aquí está todo completo, con su cuello de terciopelo y todo. No creo que se me haya escapado un solo pedazo del tamaño de una estampilla.

En este punto, las entrenadas facultades del inspector jefe dejaron de escuchar la voz del policía. Se acercó a una de las ventanas para tener mejor luz. Su cara, apartada de la habitación, expresaba un sorprendido, intenso interés, mientras examinaba de más cerca la pieza triangular de paño. La desprendió de un tirón súbito, y sólo después de empujarla en su bolsillo se volvió a la sala, y arrojó de nuevo el cuello de terciopelo a la mesa.

—Vuelvan a cubrir —ordenó a los ayudantes, lacónico, sin dar otra mirada, y, saludado por el policía, se alejó de prisa con su despojo.

Lin tren oportuno lo condujo ciudad arriba, sólo y sumido en profunda meditación, en un compartimiento de tercera clase. Esa pieza de paño chamuscado era increíblemente valiosa, y él no podía evitar el asombro ante la manera accidental como había llegado a poseerla. Era como si el destino hubiera depositado esa pista en sus manos. Y según los hábitos del hombre medio, cuya ambición es la de controlar los sucesos, comenzó a desconfiar de un éxito tan accidental y gratuito —sólo porque parecía que se le había impuesto a la fuerza—. El valor práctico del éxito depende en no poca medida de la forma como uno lo mira. Pero el destino no mira nada. No tiene discreción. Él ya no consideraba eminentemente deseable establecer públicamente y a toda costa la identidad del hombre que se había volado a sí mismo esa mañana de un modo tan horriblemente completo. Pero no estaba seguro de la actitud que adoptaría su departamento. Para aquellos que emplea, un departamento es una personalidad compleja, con ideas e incluso con caprichos propios. Depende de la leal dedicación de sus servidores, y la consagrada lealtad de los servidores de confianza se asocia con una cierta dosis de afectuoso desdén, lo cual, como quien dice, contribuye a suavizar las cosas. Por una benévola disposición de la Naturaleza, nadie es un héroe para su sirviente, ya que de lo contrario los héroes tendrían que escobillar su propia ropa. Del mismo modo, ningún departamento parece perfectamente sensato para la intimidad de sus trabajadores. Por ser un organismo desapasionado, nunca puede tener una información perfecta. No sería bueno para su eficiencia que supiera mucho. El inspector jefe Heat salió del tren en un estado pensativo donde no había ni sombra de deslealtad, pero que no estaba enteramente exento de esa celosa desconfianza que crece a menudo en el terreno de la devoción perfecta, sea a las mujeres o a las instituciones.

Era en esta disposición mental, físicamente muy vacío, pero asqueado aún por lo que había visto, que se encontró con el Profesor. Bajo estas condiciones, que favorecen la irascibilidad incluso en un hombre normal y sensato, este encuentro

resultaba especialmente poco grato para el inspector jefe Heat. No había estado pensando en el Profesor; no había estado pensando en ningún anarquista individualmente. La complejidad de ese caso le había presentado, de algún modo, la idea general del absurdo de las cosas humanas, lo cual en abstracto ya es bastante perturbador para un temperamento no filosófico, y en instancias concretas se hace exasperante más allá de lo tolerable. En los comienzos de su carrera, el inspector jefe Heat se había ocupado de las formas más enérgicas del robo. Había ganado su fama en esa esfera, y naturalmente había guardado hacia ella, después de su ascenso a otro departamento, un sentimiento que no se diferenciaba mucho del afecto. El robo no era un puro absurdo. Era una forma de industria humana, sin duda perversa, pero de todos modos una industria que se ejercitaba en un mundo industrioso; era trabajo que se emprendía por la misma razón que el trabajo de las alfarerías, las minas de carbón, los campos, las tiendas de afilar herramientas. Era trabajo, y su diferencia práctica con las demás formas de trabajo consistía en la naturaleza de su riesgo, que no se hallaba en la anquilosis o en el envenenamiento por el plomo, o en el grisú, o en la arenisca, sino en lo que puede ser brevemente definido en su propia y especial fraseología como «siete años de prisión firme». El inspector jefe Heat no era, por supuesto, insensible a la gravedad de las diferencias morales. Pero tampoco lo eran los ladrones que había perseguido. Ellos se sometían con cierta resignación a las severas sanciones de una moralidad que era familiar para el inspector jefe Heat. Eran conciudadanos suyos desviados a causa de una educación imperfecta, creía el inspector jefe Heat; pero una vez sentada esa diferencia, él podía comprender la mente de un ladrón, ya que, de hecho, la mente y los instintos de un ladrón son de la misma especie que la mente y los instintos de un oficial de policía. Ambos reconocen las mismas convenciones, y tienen un conocimiento práctico de los métodos del otro y de la rutina de sus respectivas ocupaciones. Se comprenden uno al otro, lo cual es ventajoso para ambos, y establece una especie de amenidad en sus relaciones. Productos de la misma máquina, el uno clasificado como útil y el otro como nocivo, cuentan con la existencia de esa máquina de diferentes modos, pero con una seriedad que esencialmente es la misma. La mente del inspector jefe Heat era inaccesible a las ideas de rebelión. Pero sus ladrones no eran rebeldes. Su vigor corporal, su manera fría, inflexible, su valentía, y su sentido de la justicia, le habían ganado mucho respeto y algo de adulación en la esfera de sus primeros éxitos. Se había sentido reverenciado y admirado. Y el inspector jefe Heat, detenido a seis pasos del anarquista apodado el Profesor, tuvo un pensamiento de nostalgia del mundo de los ladrones, sano, sin ideales morbosos, que trabajaba por rutina, respetuoso de las autoridades constituidas, libre de todo matiz de odio y desesperación.

Después de rendir este homenaje a lo que es normal en la constitución de la sociedad (porque para su instinto la idea del robo parecía tan normal como la idea de la propiedad), el inspector jefe Heat se sintió muy molesto consigo mismo por haberse detenido, por haber hablado, por haber seguido ese camino en consideración

a que hacía un desvío más corto entre la estación y el cuartel general. Y habló de nuevo en su voz fuerte, autoritaria, la cual, con ser moderada, tenía un carácter amenazante.

—A usted no se lo busca, le digo —repitió.

El anarquista no se movió un centímetro. Una risa interna de burla descubrió no sólo sus dientes, sino también sus encías, lo estremeció entero, sin el más leve sonido. El inspector jefe Heat se vio obligado a añadir, en contra de su mejor criterio:

—No todavía. Cuando lo busque sabré dónde encontrarlo.

Ésas eran palabras perfectamente adecuadas, conformes con la tradición y en correspondencia con su carácter de oficial de policía que se dirigía a uno de los de su especial camada. Pero la recepción que obtuvieron se apartaba de la tradición y de las buenas maneras. Fue indignante. El débil y mal desarrollado personaje al frente suyo habló por fin:

—No tengo duda de que los periódicos darían entonces un parte de defunción suyo. Usted sabe mejor que nadie lo que eso le serviría. Creo que usted se puede imaginar fácilmente las cosas que se pondrían en letra de imprenta. Pero usted podría verse expuesto al desagrado de ser enterrado junto conmigo, aun cuando supongo que sus amigos harían un esfuerzo para separarnos lo mejor posible.

Con todo su sano desprecio del espíritu que dictaba tales discursos, la naturaleza atrozmente alusiva de las palabras produjo su efecto en el inspector jefe Heat. Él tenía demasiada penetración, y demasiada información concreta, igualmente, como para descartarlas de una plumada. La penumbra de este callejón estrecho tomó un tinte siniestro de la endeble y oscura figurilla, con su espalda contra la pared, y que hablaba con una voz petulante y débil. Para la vigorosa y tenaz vitalidad del inspector jefe, la desgracia física de ese ser, tan obviamente inadecuado para vivir, era ominosa; porque le parecía que si él hubiera tenido la desgracia de ser ese objeto miserable, no le hubiera importado morir pronto. Él estaba unido a la vida con tanta fuerza que una oleada fresca de náusea estalló en su frente en ligera transpiración. El murmullo de la vida ciudadana, el apagado rumor de ruedas en las dos calles invisibles de la derecha y de la izquierda, llegaban a sus oídos a través de la curva de la sórdida vereda con una preciosa familiaridad y con una atractiva dulzura. Él era humano. Pero el inspector jefe Heat también tenía virilidad, y no podía dejar pasar esas palabras.

—Todo esto está muy bien para asustar a los niños —dijo—. Ya lo atraparé.

Fue muy bien dicho, sin desprecio, con una calma casi austera.

—Sin duda —fue la respuesta—, pero no hay mejor momento que el de ahora, créame. Para un hombre de verdaderas convicciones, ésta es una magnífica oportunidad para el autosacrificio. Puede que no encuentre otra tan favorable, tan humana. No hay ni un gato cerca de nosotros, y estas viejas casas condenadas formarían un buen montón de ladrillos ahí donde usted está parado. Nunca podrá atraparme con un costo tan bajo en vidas y propiedades, cosas que a usted se le paga para que proteja.

—Usted no sabe a quién le está hablando —dijo el inspector jefe Heat, con firmeza—. Si ahora tuviera que ponerle las manos encima, no tendría más escrúpulos que usted.

—¡Ah! ¡Una partida!

—Puede estar seguro de que al final ganará nuestro lado. Todavía puede ser necesario hacer creer a la gente que a algunos de ustedes hay que cazarlos a tiros, como a perros rabiosos. Ése será el juego, entonces. Pero no tengo la más remota idea de cuál es el suyo. No creo que ustedes mismos lo sepan. Con él nunca conseguirán nada.

—Entretanto, es usted el que le saca algún provecho hasta ahora. Y lo saca con facilidad, por lo demás. No hablaré de su salario, ¿pero no se ha hecho usted un nombre simplemente con ignorar lo que buscamos nosotros?

—¿Qué buscan ustedes, entonces? —preguntó el inspector jefe Heat, con desdeñosa rapidez, como un hombre que tiene prisa y que percibe que está perdiendo su tiempo.

El perfecto anarquista respondió con una sonrisa que no llegó a separar sus labios delgados, incoloros; y el celebrado inspector jefe tuvo una sensación de superioridad que lo indujo a levantar un dedo admonitorio.

—Abandónelo, sea lo que sea —dijo, en un tono de advertencia, pero sin la gentileza del que accede a dar un buen consejo a un ladrón famoso de cajas fuertes—. Abandónelo. Usted descubrirá que somos demasiados para usted.

La sonrisa fija en los labios del Profesor vaciló, como si el espíritu burlón del interior hubiera perdido su seguridad. El inspector jefe Heat continuó:

—No me cree, ¿eh? Muy bien, no tiene más que echar una mirada alrededor suyo. Lo somos. Y en todo caso, ustedes no lo están haciendo bien. Lo están haciendo como principiantes. Qué diablos, si los ladrones no conocieran mejor su trabajo, se morirían de hambre.

La insinuación de que había una multitud invencible detrás de la espalda de ese hombre despertó una sombría indignación en el pecho del Profesor. Ya no sonrió con su sonrisa enigmática y burlona. El poder resistente de los números, la estolidez inatacable de una gran multitud, era el miedo obsesivo de su soledad siniestra. Sus labios temblaron un rato antes de que consiguiera decir con una voz estrangulada:

—Hago mi trabajo mejor de lo que usted hace el suyo.

—Basta por ahora —interrumpió el inspector jefe Heat, de prisa; y esta vez el Profesor exteriorizó su risa. Emprendió su camino mientras todavía reía; pero su risa no duró mucho. Fue un hombrecillo miserable, de aspecto triste, el que emergió del estrecho pasaje al bullicio de la gran vía. Caminó con el paso inerte de una marcha que continuaba, que todavía continuaba, indiferente al sol o a la lluvia, en una siniestra indiferencia por los aspectos del cielo y de la tierra. El inspector jefe Heat, por su lado, después de observarlo durante un rato, salió con la obstinada energía de un hombre que sin duda no toma en cuenta las inclemencias del clima, pero

consciente de tener una misión autorizada en esta tierra y el apoyo moral de los de su especie. Todos los habitantes de la inmensa ciudad, la población de todo el país, e incluso los numerosos millones que luchaban sobre el planeta, estaban con él, hasta llegar a los mismísimos ladrones y a los mendigos. Sí, los ladrones mismos sin duda estaban de su lado en su trabajo actual. La conciencia de un apoyo universal en su actividad le dio ánimos para abocarse al problema particular.

El problema que se le presentaba de inmediato al inspector jefe era el de manejar al subcomisario de su departamento, su superior inmediato. Éste es el eterno problema de los funcionarios-leales y de confianza; el anarquismo le daba su connotación particular, pero nada más. A decir verdad, el inspector jefe Heat había reflexionado poco sobre el anarquismo. No le otorgaba una importancia indebida, y nunca pudo llegar a tomarlo en serio. Más bien tenía el carácter de la conducta desordenada; desordenada sin la excusa humana de la embriaguez, la cual en todo caso implica buenos sentimientos y una amable propensión a lo festivo. Los anarquistas, como los criminales, no son distintivamente una clase, no son una clase en absoluto. Y recordando al Profesor, el inspector jefe Heat, sin disminuir su paso acompasado, murmuró entre dientes:

—Lunático.

Cazar ladrones era un asunto enteramente diferente. Tenía esa seriedad inherente a cualquier forma de deporte abierto, donde el mejor gana de acuerdo con reglas perfectamente comprensibles. Pero no había reglas para tratar con anarquistas. Y eso era desagradable para el inspector jefe. Todo era disparate, pero ese disparate excitaba la conciencia pública, afectaba a personas bien situadas, y producía efecto en las relaciones internacionales. Un desprecio duro, despiadado, marcó rígidamente la cara del inspector jefe mientras caminaba. Su mente pasó revista a todos los anarquistas de su lote. No había uno solo que tuviera la mitad del coraje de este o este otro ladrón que había conocido. Ni la mitad, ni una décima parte.

En el cuartel general, el inspector jefe fue conducido de inmediato al despacho privado del subcomisario de Policía. Lo encontró inclinado, pluma en mano, sobre una gran mesa sembrada de papeles, como si estuviera en adoración de un enorme tintero doble de bronce y de cristal. Había tubos acústicos parecidos a serpientes atados por las cabezas al respaldo del sillón de madera del subcomisario, y sus fauces abiertas parecían prontas a morderle los codos. Y en esta actitud se limitó a levantar sus ojos, cuyos párpados, extremadamente arrugados, eran más oscuros que su cara. Los informes habían entrado: se habían examinado los movimientos de cada anarquista.

Dicho esto, bajó los ojos, firmó rápidamente dos hojas separadas de papel, y sólo entonces depositó su pluma, y se reclinó bien en el respaldo, dirigiendo una mirada inquisitiva a su famoso subordinado. El inspector jefe la sostuvo con firmeza, deferente, pero inescrutable.

—Creo que usted estaba en lo cierto —dijo el subcomisario—, cuando me

manifestó desde un comienzo que los anarquistas de Londres no tenían nada que ver con esto. Aprecio mucho la excelente vigilancia que su gente ha ejercido sobre ellos. Para el público, por otra parte, esto sólo equivale a una confesión de ignorancia.

El subcomisario se expresaba con calma, casi con cautela. Parecía que su pensamiento se mantenía equilibrado en una palabra antes de pasar a la otra, como si las palabras hubieran sido piedras de paso para que su intelecto encontrara su camino a través de las aguas del error.

—Salvo que usted haya traído algo útil de Greenwich —añadió.

El inspector jefe comenzó de inmediato, de una manera clara y práctica, el relato de su investigación. Moviendo un poco la silla, y cruzando las delgadas piernas, su jefe se apoyó de costado en el codo, mientras una mano le hacía sombra en los ojos. Su manera de escuchar tenía una especie de gracia angular y pesarosa. A los lados de su cabeza de cabellos negros como el ébano había destellos como de plata muy bruñida, cuando la inclinó al final lentamente.

El inspector jefe Heat esperó con el aspecto de alguien que da vueltas en su cabeza a lo que acaba de decir, pero, de hecho, reflexionando sobre la conveniencia de decir algo más. El subcomisario interrumpió sus dudas.

—¿Usted cree que había dos hombres? —preguntó, sin descubrir sus ojos.

El inspector jefe lo creía más que probable. En opinión suya, los dos hombres se habían separado a cien yardas de los muros del Observatorio. Explicó también cómo el otro hombre podía haber salido rápidamente del parque sin ser observado. La neblina, aunque no demasiado densa, lo favorecía. Parecía haber acompañado al otro hasta el lugar del suceso, y entonces haberlo dejado ahí para que hiciera el trabajo solo. Si se tomaba el tiempo en que la anciana había visto a esos dos salir de la estación de Maze Hill, y el tiempo en que se escuchó la explosión, el inspector jefe pensaba que el otro hombre podía haber estado en la estación de Greenwich Park, listo para tomar el próximo tren hacia arriba, en el momento en que su camarada se estaba destruyendo en forma tan completa.

—Muy completa, ¿no? —murmuró el subcomisario desde la sombra que proyectaba su mano.

En pocas y vigorosas palabras, el inspector jefe describió el aspecto de los restos.

—El jurado de la investigación tendrá un verdadero manjar —agregó, torvamente.

El subcomisario se descubrió los ojos.

—No tendremos nada que decirles —observó, lánguidamente.

Levantó la vista, y observó un momento la actitud notoriamente evasiva de su inspector jefe. Su carácter no era de una especie fácilmente accesible a las ilusiones. Sabía que un departamento está a la merced de sus funcionarios subalternos, que tienen sus concepciones propias sobre la lealtad. Había comenzado su carrera en una colonia tropical. Le había gustado su trabajo ahí. Era un trabajo policial. Había tenido mucho éxito al seguir las huellas y destruir ciertas nefarias sociedades secretas de los

nativos. Después tomó su larga licencia, y contrajo matrimonio de un modo más bien impulsivo. Desde el punto de vista mundano era un buen partido, pero su mujer, tomando al pie de la letra lo que le habían contado, se formó una opinión desfavorable del clima colonial. Ella tenía, por otra parte, relaciones sociales influyentes. Era un excelente partido. Pero a él no le gustaba el trabajo que tenía que realizar ahora. Se sentía dependiente de demasiados subordinados y demasiados jefes. La presencia cercana de ese extraño fenómeno emocional llamado opinión pública pesaba en su espíritu, y con su naturaleza irracional lo alarmaba. Se exageraba a sí mismo, sin duda por ignorancia, su poder para el bien y para el mal, sobre todo para el mal; y los ásperos vientos del este propios de la primavera inglesa (que se avenían con el temperamento de su mujer) aumentaban su desconfianza general frente a los motivos de los hombres y a la eficiencia de su organización. La futilidad del trabajo de oficina lo consternaba especialmente en esos días de prueba para su hígado demasiado sensible.

Se puso de pie, estirándose en toda su altura, y con una pesadez que resultaba notable en un hombre tan esbelto, caminó a través de la habitación hacia la ventana. Los cristales chorreaban de lluvia, y la pequeña calle que contemplaba estaba empapada y vacía, como si de pronto hubiera sido barrida por un gran torrente. Era un día muy penoso, ahogado en un comienzo en cruda niebla, e inundado ahora de fría lluvia. Las llamas vacilantes, borrosas, de los faroles de gas, parecían estarse disolviendo en una atmósfera acuosa. Y las ambiciosas pretensiones de una humanidad oprimida por las pequeñeces miserables del clima parecían una vanidad colosal y desesperada, merecedora de burla, asombro y compasión.

—¡Horrible, horrible! —pensó para sí el subcomisario, con su cara junto a los cristales—. Ya llevamos diez días con este tiempo; no, una quincena, una quincena. —Durante un rato dejó completamente de pensar. Esa calma absoluta de su cerebro duró cerca de tres segundos. Después dijo, en forma rutinaria—: ¿Puso usted en marcha la investigación para seguir la pista de ese hombre arriba y abajo de la línea?

No tenía duda de que se había hecho todo lo necesario. El inspector jefe Heat conocía a fondo, ciertamente, el oficio de cazar hombres. Y éstos eran, además, los pasos de rutina que serían adoptados de inmediato por cualquier principiante. Unas pocas averiguaciones entre los recaudadores de billetes y los guardianes de las dos pequeñas estaciones de ferrocarril proporcionarían detalles adicionales sobre el aspecto de los dos hombres; la inspección de los billetes recogidos mostraría de inmediato de dónde habían venido esa mañana. Era elemental, y no podía haber sido descuidado. Naturalmente, el inspector jefe respondió que todo eso se había hecho apenas la vieja mujer había salido con su declaración. Y mencionó el nombre de una estación.

—Es ahí de donde vinieron, señor —prosiguió—. El guardián que recogió los billetes en Maze Hill recuerda cuando pasaban la barrera a dos sujetos que respondían a esa descripción. Le parecieron dos trabajadores honrados de nivel más bien alto,

pintores de carteles o decoradores. El hombre grande salió de uno de los compartimientos traseros de tercera clase, con un tarro brillante de hojalata en la mano. En el andén se lo dio para que lo llevara al joven rubio que lo seguía. Todo esto concuerda exactamente con lo que la vieja le contó al sargento de policía en Greenwich.

El subcomisario, con la cara todavía vuelta hacia la ventana, manifestó sus dudas respecto a que estos dos hombres hubieran tenido nada que ver con el atentado. Toda esta teoría descansaba en las afirmaciones de una vieja criada que casi había sido derribada por un hombre que iba con prisa. No era, sin duda, un testimonio muy sólido, salvo que se hubiera basado en una inspiración repentina, cosa difícil de sostener.

—Ahora bien, francamente, ¿podía ella haber estado realmente inspirada? —interrogó, con grave ironía, manteniéndose de espaldas a la sala, como absorto en la contemplación de las formas colosales de la ciudad medio perdidas en la noche. Ni siquiera miró cuando escuchó la palabra «Providencial» murmurada por el principal subordinado de su departamento, alguien cuyo nombre, impreso a veces en los periódicos, era conocido por el gran público como el de uno de sus celosos y esforzados protectores. El inspector jefe Heat levantó un poco la voz.

—Había tiras y partículas de hojalata brillante muy visibles para mí —dijo—. Eso es una comprobación bastante buena.

—Y estos hombres vinieron de esa pequeña estación de campo —meditó en voz alta el subcomisario, pensativo. Se le dijo que ése era el nombre que había en dos de tres billetes que habían sido entregados a la salida de ese tren en Maze Hill. La tercera persona que bajó era un buhonero de Gravesend bien conocido por los guardianes. El inspector jefe impartió esa información en tono concluyente y con algo de mal humor, como lo hacen los servidores leales conscientes de su fidelidad y con un sentido del valor de sus leales esfuerzos. Y todavía no se alejó el subcomisario de la oscuridad exterior, vasta como un mar.

—Dos anarquistas extranjeros venidos de ese lugar —dijo, en apariencia a los cristales—. Es más bien difícil de explicar.

—Sí, señor. Pero sería todavía más inexplicable si ese Michaelis no estuviera instalado en una cabaña en los alrededores.

Ante el sonido de ese nombre, que caía en forma inesperada en este enojoso asunto, el subcomisario descartó bruscamente el vago recuerdo de su partida diaria de *whist* en su club. Era el hábito más reconfortante de su vida, en un despliegue de su habilidad casi siempre exitoso sin la ayuda de ningún subordinado. Entraba a su club para jugar de cinco a siete, antes de ir a casa a cenar, y en esas dos horas se olvidaba de todo lo que era desagradable en su vida, como si el juego fuese una droga beneficiosa para aliviar los tormentos de la insatisfacción moral. Sus compañeros eran el editor sombríamente humorista de una revista célebre; un abogado silencioso y maduro de ojillos llenos de malicia; y un viejo coronel altamente marcial, de ideas

simples y manos nerviosas de color marrón. Ellos sólo eran sus conocidos de club. Nunca se encontraba con ellos fuera de la mesa de juego. Pero todos parecían llegar a la partida con un espíritu de cosufrientes, como si fuera sin duda una droga contra los males secretos de la existencia; y cada día, mientras declinaba el sol sobre los innumerables tejados de la ciudad, una suave, agradable impaciencia, semejante al impulso de una amistad segura y profunda, aligeraba sus labores profesionales. Y esta placentera sensación lo abandonó ahora con algo semejante a un golpe físico, y fue reemplazada por un interés especial en su labor de protección social, una forma incorrecta de interés, que podía ser definida mejor como una desconfianza súbita y alerta del arma que tenía entre sus manos.

Seis

La señora protectora de Michaelis, el apóstol en libertad condicional de las esperanzas humanitarias, era una de las relaciones más influyentes y distinguidas de la esposa del subcomisario, a quien la señora llamaba Annie, y trataba todavía como a una muchacha no demasiado sensata y enteramente desprovista de experiencia. Pero la señora había consentido en aceptarlo a él en un pie amistoso, lo cual no era de ningún modo el caso con todas las relaciones influyentes de su esposa. Se había casado joven y espléndidamente en alguna época remota del pasado; durante un tiempo había tenido una visión cercana de grandes asuntos e incluso de algunos grandes hombres. La señora misma era una gran dama. Avanzada ahora en la cuenta de sus años, tenía esa especie de temperamento excepcional que desafía el tiempo con desdeñosa indiferencia, como si fuese una convención más bien vulgar a la que se somete la masa inferior de los seres humanos. Muchas otras convenciones, más fáciles, ¡ay!, de dejar de lado, no consiguieron obtener su aceptación, también por motivos temperamentales, sea porque la aburrían, o porque se interponían en el camino de sus simpatías y de sus desprecios. La admiración era un sentimiento desconocido para ella (era uno de los reproches secretos de su muy noble marido en contra de la señora), primero, por estar casi siempre más o menos teñida de mediocridad, y en seguida, porque era de algún modo un reconocimiento de inferioridad. Y ambas cosas eran francamente inconcebibles para su naturaleza. A ella le resultaba fácil ser ferozmente franca en sus opiniones, ya que sólo emitía sus juicios desde el punto de vista de su posición social. En sus actos era igualmente desinhibida; y como su tacto procedía de su humanidad auténtica, conservaba notablemente su vigor físico, y su superioridad era serena y cordial, había sido infinitamente admirada por tres generaciones, y la última que tenía probabilidades de ver había declarado que era una mujer extraordinaria. Entretanto, inteligente, con una especie de altiva simplicidad, y profundamente curiosa, aunque no lo fuese, como muchas mujeres, del simple chismorreo mundano, se divertía a su edad atrayendo al alcance de su vista, a través del poder de su grande y casi histórico prestigio social, todo lo que se levantaba por encima del nivel medio de la humanidad, en forma legal o ilegal, por la posición, el talento, la audacia, la desgracia o la suerte. Altezas Reales, artistas, hombres de ciencia, jóvenes estadistas, y charlatanes de todas las edades y condiciones, personajes insubstanciales y ligeros que señalan mejor, al flotar como corchos, la dirección de las corrientes superficiales, habían sido recibidos en esa casa, escuchados, examinados, comprendidos, estimados en su valor, para la edificación de

la señora. Según sus propias palabras, a ella le gustaba observar hacia dónde iba el mundo. Y como tenía una mente práctica, su juicio sobre los hombres y las cosas, aun cuando se basara en prejuicios especiales, se equivocaba rara vez del todo, y no era casi nunca testarudo. Su salón era probablemente el único lugar en el vasto mundo donde un subcomisario de Policía podía encontrarse con un reo en libertad condicional sin que mediaran motivos profesionales u oficiales. El subcomisario no recordaba muy bien quién había llevado ahí una tarde a Michaelis. Creía que debía de ser un miembro del Parlamento de parentela ilustre y simpatías no convencionales, que daban tema permanente para los chistes de las publicaciones cómicas. Las notabilidades e incluso los simples personajes notorios de un día se llevaban unos a otros, libremente, a ese templo de la no innoble curiosidad de una vieja mujer. No se podía adivinar nunca a quién encontraría uno al ser recibido en forma semiprivada junto al biombo de seda azul desteñida y molduras doradas, que en el gran salón formaba una esquina acogedora para un diván y unos pocos sillones, entre el murmullo de las voces y la gente sentada o de pie a la luz de seis altas ventanas.

Michaelis había sido objeto de un brusco cambio del sentimiento popular, el mismo sentimiento que años atrás había aplaudido la ferocidad de una sentencia a presidio perpetuo que se le había impuesto por complicidad en un intento más o menos disparatado de rescatar a algunos presos de un carro de policía. El plan de los conspiradores había consistido en matar a tiros a los caballos y dominar a la escolta. Desgraciadamente, uno de los policías también resultó muerto. Dejó una mujer y tres niños pequeños, y la muerte de ese hombre despertó a lo largo y a lo ancho de ese reino por cuya defensa, prosperidad y gloria, cada día mueren hombres en actos de servicio, un estallido de indignación furiosa, de piedad rabiosa e implacable por la víctima. Tres cabecillas fueron ahorcados. Michaelis, joven y delgado, de profesión cerrajero, y gran frecuentador de escuelas nocturnas, ni siquiera supo que habían matado a alguien, ya que su participación, con algunos otros, era la de forzar la puerta trasera del carruaje especial. Cuando fue arrestado tenía un manojito de llaves gonzúas en un bolsillo, un pesado cincel en otro, y una corta palanca en la mano: ni más ni menos que un ladrón. Pero ningún ladrón habría recibido una sentencia tan pesada. La muerte del policía lo había hecho sentirse deprimido, pero el fracaso del plan le había producido el mismo efecto. No había disimulado ninguno de estos sentimientos a sus conciudadanos instalados en el jurado, y esa especie de contrición pareció escandalosamente imperfecta a la sala repleta del tribunal. Al dictar sentencia, el juez hizo emotivos comentarios sobre la depravación y la insensibilidad del joven prisionero.

Eso provocó la injustificada fama de su condena; no fue más justificada la fama de su liberación, creada para él por gente que deseaba explotar los aspectos sentimentales de su encarcelamiento, sea con propósitos personales o sin ningún propósito inteligible. Él, en la inocencia de su corazón y en la simplicidad de su mente, los dejó actuar. Nada de lo que le ocurría como individuo tenía la menor

importancia. Él era como esos hombres santos cuya personalidad está perdida en la contemplación de su fe. Sus ideas no eran de la misma naturaleza que las convicciones. Eran inaccesibles al razonamiento. En todas sus contradicciones y oscuridades formaban un credo invencible y humanitario, que él más bien confesaba en lugar de predicar, con una obstinada gentileza, una sonrisa de pacífica seguridad en sus labios, y con los cándidos ojos azules inclinados, ya que la visión de otros rostros alteraba su inspiración, desarrollada en la soledad. En esa actitud característica, patético en su obesidad grotesca e incurable, que tenía que arrastrar como los grilletes de un galeote hasta el final de sus días, el subcomisario de Policía contempló al apóstol en libertad condicional llenando un sillón privilegiado detrás del biombo. Estaba sentado ahí junto al respaldo del diván de la vieja dama, y hablaba con voz suave y tranquila, sin mayor conciencia de sí que un niño muy pequeño, y con algo del encanto de un niño, del atractivo encanto de la plena confianza. Confiado en el futuro, cuyos caminos secretos le habían sido revelados dentro de las cuatro paredes de una conocida penitenciaría, no tenía ninguna razón para mirar con recelo a nadie. Si no podía dar a la gran dama curiosa una idea muy definida de la marcha del mundo, había conseguido impresionarla sin esfuerzo por su fe desprovista de amargura, por la impecable pureza de su optimismo.

Cierta simplicidad de pensamiento es común a las almas serenas en ambos extremos de la escala social. La gran dama era simple a su propio modo. Las opiniones y creencias de él no tenían nada que pudiera escandalizarla o sorprenderla, ya que ella las juzgaba desde el punto de vista de su elevada posición. Sin duda, sus simpatías eran fácilmente accesibles para un hombre de esa especie. Ella misma no era un capitalista explotador; estaba, por así decirlo, por encima del juego de las condiciones económicas. Y tenía una gran capacidad de piedad por las formas más obvias de las miserias humanas corrientes, precisamente porque era tan ajena a ellas, que tenía que trasladar su concepción a términos de sufrimiento mental antes de que pudiese captar la noción de su crueldad. El subcomisario recordaba muy bien la conversación entre estos dos. Él había escuchado en silencio. Era algo tan interesante en un sentido, e incluso tan conmovedor en su futilidad condenada de antemano, como los intentos de comunicación moral entre los habitantes de planetas remotos. Pero esta grotesca encarnación de la pasión humanitaria resultaba atractiva, de algún modo, para la imaginación de uno. Al final Michaelis se puso de pie, y tomando la mano extendida de la gran dama, la estrechó, la retuvo un momento en su gran palma rechoncha, con desinhibida cordialidad, y volvió hacia el rincón semiprivado del salón su espalda, vasta y cuadrada, y como distendida bajo la corta chaqueta de *tweed*.

Mirando a su alrededor con serena benevolencia, caminó entre los nudos que formaban las demás visitas, con balanceo de pato, hasta llegar a la puerta distante. A su paso se interrumpía el murmullo de las conversaciones. Sonrió con inocencia ante una muchacha alta, brillante, cuyos ojos se encontraron con los suyos por accidente, y

salió sin tener conciencia de las miradas que lo seguían a través de la sala. La primera aparición de Michaelis en sociedad fue un éxito, un éxito de estimación no opacado por el menor murmullo de sorna. Las conversaciones interrumpidas fueron reanudadas en su mismo tono, grave o ligero. Sólo un hombre de cuarenta años, de buena posición, esbelto, de aspecto enérgico, que hablaba cerca de una ventana con dos señoras, observó en voz alta, con una inesperada profundidad de sentimiento:

—Dieciocho veces catorce libras, diría yo, y no más de cinco pies de altura. ¡Pobre hombre! Es terrible, terrible.

La dueña de casa, mirando distraídamente al subcomisario, que se había quedado solo con ella en el lado privado del biombo, parecía reordenar sus impresiones mentales detrás de la pensativa inmovilidad de su rostro envejecido con elegancia. Se aproximaron hombres de mostachos grises y rostros redondos, saludables, vagamente sonrientes, formando círculos en torno al biombo; dos mujeres maduras con aire de matronas llenas de benévola determinación; un individuo bien afeitado con mejillas hundidas, y que jugueteaba con un monóculo montado en oro y sujeto por una ancha cinta negra con un dandismo muy de viejo mundo. Por un momento reinó un silencio deferente, pero lleno de reservas, y después la gran dama exclamó, no con resentimiento, sino con una especie de indignada protesta:

—¡Y se supone oficialmente que eso es un revolucionario! ¡Qué tontería! —Miró con dureza al subcomisario, que murmuró en tono de disculpa:

—Quizá no sea uno de los peligrosos.

—No peligroso, ya lo creo que no. Él sólo es un creyente. Es el temperamento de un santo —declaró la gran dama en tono firme—. Y lo tuvieron veinte años encarcelado. Uno se estremece ante la estupidez de todo esto. Y ahora que lo han dejado salir, todos los que tenían algo que ver con él se han ido a alguna parte o están muertos. Sus padres están muertos; la niña con que iba a casarse murió mientras él estaba en prisión; él ha perdido la habilidad necesaria para su profesión manual. Todo esto me lo contó él mismo con la más dulce paciencia; pero sin embargo, dijo, había tenido tiempo suficiente para pensar las cosas por sí mismo. ¡Bonita compensación! Si ésa es la madera de la que están hechos los revolucionarios, algunos de nosotros deberían acercarse de rodillas a ellos —continuó con voz levemente burlona, mientras que las triviales sonrisas de sociedad se endurecían en los rostros mundanos vueltos hacia ella con deferencia convencional—. Es obvio que el pobre hombre ya no está en condiciones de mantenerse a sí mismo. Alguien tendrá que ocuparse de cuidarlo un poco.

Se escuchó la voz militarizada del hombre de aspecto enérgico que aconsejaba seriamente desde cierta distancia:

—Debería recomendársele que siga alguna clase de tratamiento. —Él estaba en la flor de su edad, e incluso la textura de su larga levita tenía una firmeza elástica, como si se tratara de un tejido vivo—. El hombre virtualmente es un lisiado —añadió, con sentimiento inequívoco.

Otras voces, como si se alegraran de que se hubiera roto el hielo, musitaron una rápida compasión. «Completamente sorprendente». «Monstruoso». «Muy triste de ver». El hombre descarnado, con el monóculo suspendido de una ancha cinta, pronunció afectadamente la palabra «Grotesco», cuya justeza fue apreciada por los que estaban cerca suyo. Ellos intercambiaron sonrisas.

El subcomisario no había expresado ninguna opinión, ni entonces ni más tarde, ya que su posición le hacía imposible ventilar ningún punto de vista independiente acerca de un reo en libertad condicional. Sin embargo, a decir verdad, compartía el punto de vista de la amiga y protectora de su mujer de que Michaelis era un sentimental humanitario, un poco chiflado, pero del todo incapaz de herir una mosca intencionadamente. De modo que cuando ese nombre irrumpió súbitamente en este desagradable asunto de la bomba, comprendió todo el peligro que ello involucraba para el apóstol en libertad condicional, y su mente enfocó de inmediato la bien arraigada obsesión sentimental de la vieja señora. Su arbitraria bondad no soportaría con paciencia que se interpusiera ningún obstáculo a la libertad de Michaelis. Era una fijación convencida, profunda, serena. Ella no sólo había sentido que era inofensivo, sino que lo había dicho, y esto último, debido a una confusión de su mente absolutista, se transformaba en una especie de demostración incontrovertible. Era como si la monstruosidad del personaje, con sus cándidos ojos de niño y su gorda sonrisa angélica, la hubiera fascinado. Casi había llegado a creer en su teoría del futuro, ya que no resultaba en total contradicción con sus prejuicios. A ella le desagradaba el nuevo elemento plutocrático del conjunto social, y el industrialismo, como método de desarrollo humano, le parecía singularmente repulsivo por su carácter mecánico y desprovisto de sentimientos. Las esperanzas humanitarias del suave Michaelis no tendían a la destrucción completa, sino tan sólo a la completa ruina económica del sistema. Y ella no veía realmente qué daño moral podía seguirse de ello. Ello barrería con toda la multitud de los «parvenus», que a ella le disgustaban y en quienes no confiaba, no porque hubieran llegado a parte alguna (ella negaba eso), sino debido a su profundo desconocimiento del mundo, causa primera de la crudeza de sus percepciones y de la aridez de sus corazones. Con la aniquilación de todo capital, ellos también desaparecerían; la ruina universal (a condición de que fuese universal, como había sido revelado a Michaelis) dejaría los valores sociales intactos. La desaparición de todo vestigio de moneda no podía afectar a la gente de buena posición.

Ella no podía concebir cómo podía afectar a su posición personal, por ejemplo. Ella expuso estos descubrimientos al subcomisario con toda la serena seguridad de una vieja mujer que había escapado de la plaga de la indiferencia. Él había adoptado la norma de no decir palabra frente a cualquier afirmación de esta especie, cuidando evitar, por inclinación y por astucia, que su silencio resultara ofensivo. Tenía afecto por la anciana discipula de Michaelis, un sentimiento complejo que derivaba un poco de su prestigio, de su personalidad, pero más que todo del instinto de la gratitud

halagada. Él sentía que realmente caía bien en casa de ella. Ella era la bondad personificada. Y ella, además, era muy sensata en la práctica, de acuerdo con el estilo de las mujeres experimentadas. Ella hacía que su vida matrimonial fuese mucho más fácil de lo que hubiera sido si ella no hubiera reconocido plena y generosamente sus derechos como marido de Annie. Ejercía una excelente influencia sobre su esposa, una mujer devorada por toda clase de pequeñas mezquindades, pequeñas envidias, pequeños celos. Por desgracia, tanto su bondad como su sabiduría eran de naturaleza poco racional, distintivamente femenina, y difíciles de tratar. En todo el historial de sus largos años se conservaba como una perfecta mujer, y no se había transformado en lo que se transforman algunas, una especie de irritante, mañoso anciano en enaguas. Y él pensaba en la señora como en una verdadera mujer; la encarnación especialmente escogida de lo femenino, donde se recluta la escolta tierna, inocente, impetuosa de todos aquellos hombres que hablan bajo la influencia de una emoción, verdadera o fraudulenta; la de predicadores, visionarios, profetas, o reformadores.

Con aprecio por la distinguida y buena amiga de su mujer, y suya, por consiguiente, el subcomisario se sintió alarmado ante el posible destino del reo Michaelis. Si se le arrestaba bajo la sospecha de haber participado en alguna forma, por remota que fuese, en este atentado, sería muy difícil que el hombre se librara de ser enviado a cumplir por lo menos el resto de su sentencia. Y eso lo mataría; nunca saldría vivo de ahí. El subcomisario hizo una reflexión extremadamente impropia de su posición oficial, sin que realmente pudiera atribuirse a sus cualidades humanas.

«Si toman preso de nuevo a ese sujeto —pensó— ella no me lo perdonará nunca».

La franqueza de un pensamiento secreto tan claro no podía dejar de ir acompañada de algo de autocrítica irónica. Ningún hombre que se ocupe de un trabajo que no le gusta puede conservar muchas ilusiones salvadoras acerca de sí mismo. El desagrado, la ausencia de atractivo, se proyectan del trabajo a la personalidad. Sólo cuando nuestras ocupaciones obligatorias, por un accidente afortunado, parecen obedecer a la particular inclinación de nuestro temperamento, podemos saborear la comodidad del autoengaño completo. Al subcomisario no le gustaba su trabajo en el país. El trabajo policial que había realizado en un lugar distante del planeta tenía el carácter salvador de una especie de contienda armada irregular, o por lo menos, el riesgo y la excitación de un deporte de aire libre. Su verdadero talento, que era sobre todo de orden administrativo, se combinaba con una propensión a la aventura. Encadenado a un escritorio en la espesura de cuatro millones de hombres, se consideraba a sí mismo víctima de un destino irónico, el mismo, sin duda, que había determinado su matrimonio con una mujer excepcionalmente sensitiva en materia de clima colonial, aparte de otras limitaciones que atestiguaban la delicadeza de su constitución, y de sus gustos. Aunque juzgaba su propia alarma en forma sardónica, no desechaba de su mente el mal pensamiento. Su instinto de autoconservación era fuerte. Por el contrario, repitió la idea mentalmente, con énfasis profano y una precisión más completa: «¡Maldita sea! Si ese condenado

de Heat se sale con la suya, el individuo morirá en la cárcel asfixiado en su gordura, y ella no me lo perdonará jamás».

Su figura negra, delgada, con la banda blanca del cuello bajo los destellos plateados del pelo corto, en la parte posterior de la cabeza, permaneció inmóvil. El silencio había durado tan largo rato que el inspector jefe Heat se atrevió a carraspear. Este ruido produjo su efecto. El inteligente y acucioso funcionario fue interrogado por su superior, cuya espalda permaneció inmoviblemente vuelta hacia él:

—¿Relaciona usted a Michaelis con este asunto?

El inspector jefe Heat fue muy claro, pero cauteloso.

—Bien, señor —dijo—, tenemos bastantes elementos para trabajar en esa dirección. Un hombre como ése no tiene por qué estar libre, de todos modos.

—Usted necesitará alguna prueba concluyente. —La observación llegó en un murmullo.

El inspector jefe Heat levantó las cejas hacia la espalda negra, delgada, que continuaba obstinadamente expuesta a su inteligencia y a su diligencia.

—No habrá dificultad —dijo, con virtuosa complacencia— en reunir suficientes pruebas en contra de él. Puede confiar en mí para eso, señor —añadió, sin necesidad ninguna, desde el fondo de su corazón; porque le parecía excelente tener a este hombre a mano para arrojarlo al público, por si el público estimaba adecuado indignarse especialmente en este caso. Todavía era imposible decir si rugiría o no de indignación. Eso, por supuesto, dependía en último término de la prensa diaria. Pero en todo caso, el inspector jefe Heat, proveedor de prisiones por oficio, y hombre de instintos legales, creía lógicamente que la cárcel era el destino más adecuado para todos los enemigos declarados de la ley. La fuerza de esa convicción le hizo cometer una falta de tacto. Se permitió una risita presumida, y repitió:

—Cuenta conmigo para eso, señor.

Esto era intolerable para la calma forzada bajo la cual, durante más de dieciocho meses, el subcomisario había disimulado su irritación con el sistema y con los subordinados de su oficina. Él era un tarugo cuadrado introducido a la fuerza en un agujero redondo. Había sentido como una humillación diaria aquella suave y bien establecida redondez, dentro de la cual un hombre de aristas menos agudas se habría instalado, después de uno o dos encogimientos de hombros, con voluptuosa aquiescencia. Lo que más le molestaba era precisamente la necesidad de aceptar tantas cosas a ojos cerrados. Ante la risita del inspector jefe Heat giró ágilmente en sus talones, como si una descarga eléctrica lo hubiera arrojado lejos de la ventana. Sorprendió en la cara del Inspector no sólo una previsible complacencia que acechaba debajo de los bigotes, sino también los vestigios de una vigilancia experimental en los ojos redondos, los cuales, sin duda, habían estado clavados en su espalda, y ahora se encontraban con su mirada y cambiaban en un segundo el carácter deliberado de su observación por un aspecto de simple sorpresa.

El subcomisario de Policía tenía en realidad algunas condiciones para desempeñar

su cargo. Sus sospechas se despertaron de pronto. Justo es decir que sus sospechas de los métodos policiales no eran difíciles de despertar (a no ser que la policía fuese un cuerpo semi militar organizado por él mismo). Si alguna vez habían dormitado por simple hastío, sólo había sido levemente; y su aprecio de la diligencia y habilidad del inspector jefe Heat, de por sí moderado, excluía toda noción de confianza moral. «Anda detrás de algo», exclamó, mentalmente, y de inmediato se puso furioso. Cruzó hacia su escritorio con largas zancadas, y se sentó con violencia. «Heme aquí clavado en una montaña de papeles», reflexionó, con inexplicable resentimiento. «Se supone que tengo todos los hilos en mi mano, y sin embargo sólo puedo controlar lo que se me entrega, y nada más. Y ellos pueden atar donde les dé la gana los otros extremos de los hilos».

Levantó la cabeza, y volvió hacia su subordinado un rostro flaco y largo, con los rasgos acentuados de un don Quijote enérgico.

—Y usted, ahora, ¿qué se trae debajo de la manga?

El otro miró. Miró sin pestañear, en una perfecta inmovilidad de sus ojos redondos, tal como estaba acostumbrado a mirar a los diversos miembros de la clase criminal cuando hacían, después de ser debidamente aleccionados, sus declaraciones llenas de ofendida inocencia, o de falsa simplicidad, o de malhumorada resignación. Pero detrás de esa fijeza profesional y pétrea también había alguna sorpresa, ya que el inspector jefe Heat, la mano derecha del departamento, no tenía costumbre de que se le hablara en ese tono, combinando tan adecuadamente el desdén con la impaciencia. Comenzó en un tono dilatorio, como un hombre tomado de sorpresa por una experiencia nueva e inesperada.

—¿Qué tengo yo en contra de ese sujeto Michaelis, quiere decir, señor?

El subcomisario observó la cabeza de obús; las puntas de ese bigote de pirata nórdico, que caían más abajo de la línea de la pesada mandíbula; toda la fisonomía redonda y pálida, cuyo carácter voluntarioso estaba estropeado por un exceso de carne; las arrugas astutas que irradiaban desde el exterior de las órbitas de los ojos, y en esa deliberada contemplación del funcionario valioso y de confianza llegó a una convicción tan repentina que lo conmovió como una inspiración.

—Tengo razones para pensar —dijo con tono mesurado— que cuando entró a esta sala no tenía puesta su atención en Michaelis; no en forma preferente, al menos.

—¿Usted tiene razones para pensar, señor? —murmuró el inspector jefe Heat, con todas las apariencias del asombro, el cual hasta cierto punto era bastante genuino.

Había descubierto un lado delicado e intrincado en este asunto, un lado que imponía cierto grado de insinceridad a su descubridor; esa especie de insinceridad que bajo los nombres de habilidad, prudencia, discreción, se hace presente en un punto u otro de la mayoría de las cuestiones humanas. En ese momento se sentía como podría sentirse un equilibrista si súbitamente, en medio de la función, el empresario del Music Hall saliera de su reclusión típicamente empresarial y comenzara a sacudir la cuerda. La indignación, la sensación de inseguridad moral

engendrada por tan traicionero proceder, unida al temor inmediato de romperse la crisma, lo harían, según la frase coloquial, migas. Y también intervendría un sentimiento de escandalizada preocupación por su arte, ya que todo hombre debe identificarse con algo más tangible que su propia personalidad, colocando su orgullo en alguna parte, sea en su posición social, o en la calidad del trabajo que está obligado a hacer, o simplemente en la superioridad del ocio que puede tener la suerte de disfrutar.

—Sí —dijo el subcomisario—, las tengo. No pretendo decir que usted no haya pensado en absoluto en Michaelis. Pero usted le confiere al hecho que ha mencionado una importancia que no me parece del todo inocente, inspector Heat. Si ésa es realmente una buena pista, ¿por qué no la siguió de inmediato, en forma personal o enviando a uno de sus hombres a ese pueblo?

—¿Cree usted, señor, que en ese aspecto no he cumplido con mi deber? —preguntó el inspector jefe, en un tono que trató de hacer meramente reflexivo. Inesperadamente obligado a concentrarse en la tarea de conservar el equilibrio, se había aferrado a ese punto, exponiéndose así a una réplica; porque el subcomisario, ligeramente ceñudo, señaló que esta observación era extremadamente inoportuna.

—Pero ya que usted la hizo —continuó, fríamente—, le diré que no es eso lo que yo pretendía indicar.

Hizo una pausa, con una mirada directa de sus ojos hundidos que era un claro equivalente de la terminación tácita «y usted lo sabe». Como su posición no le permitía salir personalmente en busca de los secretos encerrados en corazones culpables, el jefe del llamado Departamento de Crímenes Especiales tenía propensión a ejercer en sus propios subalternos sus notables dotes para la detección de verdades incriminadoras. Era difícil calificar ese peculiar instinto como una debilidad. Era natural. Él era un detective nato. Ese instinto había orientado inconscientemente su elección de una carrera, y si alguna vez le falló en la vida, fue quizás en la única y excepcional circunstancia de su matrimonio, lo cual también era natural. Como no podía ejercerse en el mundo exterior, se alimentaba de los materiales humanos que llegaban hasta su reclusión oficial. Nosotros no podemos dejar nunca de ser nosotros mismos.

Con el codo en el escritorio, las delgadas piernas cruzadas y sosteniendo su mejilla en la palma de su escuálida mano, el subcomisario a cargo de la sección de Crímenes Especiales empezaba a hacerse cargo del asunto con interés creciente. Si su inspector jefe no era un enemigo absolutamente digno de su penetrante inteligencia, era en todo caso el más digno de todos los que se hallaban a su alcance. La desconfianza frente a las reputaciones establecidas correspondía perfectamente a la habilidad del subcomisario como pesquisador. Su memoria evocó a un viejo jefe nativo gordo y opulento,^[8] era tradicional que los sucesivos gobernadores coloniales de la lejana colonia confiaran en este personaje como amigo seguro y partidario del orden y de la legalidad establecidos por el hombre blanco; en circunstancias de que al

ser examinado su caso con escepticismo, se descubrió que sólo era el buen amigo de sí mismo, y de nadie más. No precisamente un traidor, pero, en todo caso, un hombre lleno de muy peligrosas reservas en su fidelidad, causadas por la atención que prestaba a su propia ventaja, comodidad y seguridad. Un individuo que en su ingenua duplicidad no dejaba de tener cierta inocencia, pero no por ello menos peligroso. Algo costó llegar a esta conclusión. Era, también, un hombre corpulento, y fue el aspecto del inspector jefe Heat (salvada la diferencia del color, por supuesto) lo que trajo al otro a la memoria de su jefe. No eran los ojos, ni eran exactamente los labios. Era extraño. Y sin embargo, ¿no relata Alfred Wallace, en su famoso libro sobre el Archipiélago Malayo, como descubrió, entre los isleños de Aru, en un viejo nativo desnudo de piel oscura, un curioso parecido con un amigo querido de su país?

Por primera vez desde que había asumido su cargo, el subcomisario tuvo la sensación de que haría algo de trabajo real para justificar su sueldo. Y era una sensación agradable. «Le daré vueltas de adentro hacia afuera como un guante viejo», pensaba el subcomisario, con los ojos pensativos puestos en el inspector jefe Heat.

—No, no era ésa mi idea —comenzó de nuevo—. No hay duda de que usted conoce bien su trabajo; no hay ninguna duda, y es precisamente por eso que yo... — Se detuvo bruscamente, y cambió de tono—: ¿Qué elemento de carácter definitivo podría invocar usted en contra de Michaelis? Aparte del hecho, quiero decir, de que los dos sospechosos —usted está seguro de que había dos— venían de una estación de ferrocarril que está a tres millas del pueblo donde vive Michaelis ahora.

—Con esa clase de gente, señor, esto ya es bastante para que nosotros sigamos una pista —dijo el inspector jefe, con recuperada compostura. El movimiento de cabeza levemente aprobatorio del subcomisario hizo mucho por apaciguar el resentido asombro del célebre funcionario. Porque el inspector jefe Heat era un hombre bondadoso, un excelente marido, un abnegado padre de familia; y la confianza pública y administrativa de que gozaba, al actuar favorablemente sobre un carácter amable, lo inclinaba a sentirse bien dispuesto hacia los sucesivos subcomisarios que había visto pasar por aquella misma sala. En su época había habido tres. El primero, una persona de hábitos militares, abrupta, de cara roja, con cejas canosas y un temperamento explosivo, podía ser manejado con guante blanco. Dejó el cargo al llegar al límite de edad. El segundo, un perfecto caballero, que conocía impecablemente su propio lugar y el de todos los demás, fue condecorado por los servicios (en realidad) del inspector Heat al renunciar para hacerse cargo de un nombramiento más alto fuera de Inglaterra. Trabajar con él había sido un orgullo y un placer. El tercero, personaje algo enigmático en un comienzo, continuaba teniendo algo de enigmático para el departamento al cabo de dieciocho meses. En líneas generales, el inspector jefe Heat creía que era sobre todo inofensivo, de aspecto extraño, pero inofensivo. Ahora tenía la palabra, y el inspector jefe escuchaba con deferencia externa (lo cual, por tratarse de algo obligado, no significa nada) y por dentro con benévola tolerancia.

—¿Michaelis informó antes de irse de Londres al campo?

—Sí, señor. Así lo hizo.

—¿Y qué estará haciendo allá? —continuó el subcomisario, que estaba perfectamente informado sobre este punto. Incrustado con penosa estrechez en un viejo sillón de madera, frente a una mesa de roble carcomida por los gusanos, en la habitación alta de una cabaña de cuatro habitaciones con un techo de tejas musgosas, Michaelis escribía noche y día, con mano temblorosa e inclinada, esa «Autobiografía de un Prisionero» que iba a ser el libro de las Revelaciones en la historia de la humanidad. Las condiciones de espacio reducido, retiro y soledad en una pequeña cabaña de cuatro habitaciones, eran favorables para su inspiración. Era como estar en la cárcel, salvo que uno nunca se veía perturbado por el odioso propósito de hacer ejercicios, como ocurría de acuerdo con las tiránicas normas de su vieja residencia en la penitenciaría. Él no podía decir si el sol brillaba todavía o no en la superficie de la tierra. De su frente goteaba la transpiración del esfuerzo literario. Un delicioso entusiasmo lo impulsaba a seguir. Era la liberación de su vida interior, el abandono de su alma al vasto mundo. Y el ardor de su ingenua vanidad (que primero había sido despertado por la oferta de quinientas libras de un editor) parecía algo predestinado y sacrosanto.

—Por supuesto, sería muy deseable contar con una información exacta —insistió el subcomisario, sin inocencia.

El inspector jefe Heat, consciente de una renovada irritación ante este despliegue de escrúpulos, dijo que la policía local había sido notificada desde un comienzo de la llegada de Michaelis, y que en pocas horas podía obtenerse un informe completo. Un telegrama al superintendente...

Así habló, más bien despacio, mientras su mente parecía pesar ya las consecuencias. El signo exterior de esto era una leve arruga de la frente. Pero fue interrumpido por una pregunta.

—¿Envió ya ese telegrama?

—No, señor —contestó, como sorprendido.

El subcomisario descruzó súbitamente las piernas. La brusquedad de ese movimiento contrastó con el tono despreocupado con que lanzó una sugestión.

—¿Diría usted que Michaelis tuvo algo que ver con la preparación de esa bomba, por ejemplo?

El inspector jefe asumió una actitud reflexiva.

—Yo no diría eso. No es necesario afirmar nada en esta etapa. Él mantiene contactos con hombres clasificados como peligrosos. Lo nombraron delegado del Comité Rojo menos de un año después de salir en libertad condicional. Una especie de reconocimiento, me imagino.

Y el inspector jefe se rio con algo de mal humor, con algo de sorna. Con un hombre de esa clase, los escrúpulos eran un sentimiento inadecuado e incluso ilegal. La celebridad que algunos periodistas emocionales y en busca de sensacionalismo

habían conferido a Michaelis hacía dos años, a su salida de la cárcel, todavía provocaba irritación en el pecho del inspector jefe. Era perfectamente legal detener a ese hombre ante la más leve sospecha. Era legal, y a la vista de los hechos, sensato. Sus dos jefes anteriores habrían visto de inmediato la conveniencia de proceder así; mientras que éste, sin pronunciarse en un sentido u otro, seguía sentado ahí, como perdido en una ensoñación. En seguida, aparte de ser legal y sensato, el arresto de Michaelis resolvía una pequeña dificultad personal que molestaba algo al inspector jefe Heat. Esta dificultad concernía en algo a su reputación, a su comodidad, incluso al eficiente desempeño de sus deberes. Porque si Michaelis sabía algo, sin duda, sobre este atentado, el inspector jefe estaba seguro de que no sabía demasiado. Era mejor así. Sabía mucho menos —el inspector jefe estaba seguro— que ciertos individuos que tenía en la mente, pero cuyo arresto no le parecía práctico, además de ser un asunto más complicado, debido a las reglas del juego. Las reglas del juego no protegían en la misma forma a Michaelis, que era un ex presidiario. Sería estúpido no aprovecharse de las facilidades legales, y los periodistas que lo habían ensalzado con efusión emocional estarían prontos a denigrarlo con emocional indignación.

Esta perspectiva, contemplada con confianza, estaba envuelta además en el atractivo de un triunfo personal para el inspector jefe Heat. Y también tenía su peso en las honduras de su corazón intachable de ciudadano medio y padre de familia, en forma inconsciente pero no desprovista de fuerza, el desagrado de verse obligado por los acontecimientos a meterse con la desesperada ferocidad del Profesor. El encuentro casual en el callejón había reforzado este desagrado. El encuentro no le había dejado al inspector jefe Heat esa satisfactoria sensación de superioridad que los miembros de la policía obtienen del aspecto extraoficial pero íntimo de su relación con las clases criminales, una sensación que produce el efecto de halagar la vanidad del poder y de complacer, con la dignidad que se merece, las vulgares ansias de dominio sobre nuestros semejantes.

El inspector jefe Heat no reconocía como semejante suyo al perfecto anarquista. Era un ser imposible —un perro rabioso que había que dejar solo. No era que el inspector jefe le tuviera miedo; por el contrario, se proponía cazarlo algún día. Pero no todavía: se proponía cogerlo a su debido tiempo, adecuada y eficazmente, conforme con las reglas del juego. Ahora no era el momento oportuno para intentar ese hecho, no era el momento oportuno por muchas razones, personales y de servicio público. Como el inspector Heat estaba convencido de esto último, le parecía correcto y justo desviar este asunto de su inconveniente y oscura senda, que conducía quizá dónde, y orientarlo a un camino lateral tranquilo (y legal) llamado Michaelis. Y él repitió, como si reconsiderara la sugestión en forma concienzuda:

—La bomba. No, yo no diría eso exactamente. Puede que nunca descubramos eso. Pero está claro que él tiene alguna conexión con esto, y esto es cosa que podríamos averiguar sin demasiadas dificultades.

Su rostro tenía ese aspecto de indiferencia grave, altanera, que los ladrones más

hábiles habían conocido bien y temido mucho en una época. El inspector jefe Heat, a pesar de pertenecer a la especie humana, no era un animal sonriente. Pero su estado interior era de satisfacción ante la actitud pasivamente receptiva del subcomisario, que murmuró suavemente:

—¿Y usted cree realmente que la investigación debería orientarse por ese camino?

—Lo creo, señor.

—¿Está convencido?

—Sí, lo estoy, señor. Ésa es la línea correcta que debemos tomar.

El subcomisario retiró el apoyo de su mano a su cabeza reclinada con una brusquedad que, si se tiene en cuenta su actitud lánguida, parecía amenazar con el colapso a toda su persona. Pero, por el contrario, se irguió en su asiento, extremadamente alerta, detrás del gran escritorio sobre el cual había caído su mano con el ruido de un golpe agudo.

—Lo que deseo saber es qué motivo mantuvo esto fuera de su cabeza hasta este momento.

—Fuera de mi cabeza —repitió muy despacio el inspector jefe.

—Sí. Hasta que fue llamado a esta sala, sabe usted.

El inspector jefe sintió como si el aire entre su ropa y su piel se hubiera puesto desagradablemente caliente. Era la sensación de una experiencia increíble y sin precedentes.

—Por supuesto —dijo, exagerando hasta los límites de lo posible la forma deliberada de su elocución—, si hay alguna razón, que ignoro totalmente, para no hacerle nada al presidiario Michaelis, quizás hice bien al no lanzar a la policía local en su busca.

Esto tardó tanto rato en decirse, que la incólume atención del subcomisario pareció una extraordinaria hazaña de resistencia. Su réplica llegó sin tardanza.

—Ninguna razón que yo conozca. Vamos, inspector jefe, estas astucias conmigo son muy incorrectas de su parte, muy incorrectas. Y tampoco es justo, usted sabe. Usted no debería dejar que yo infiera las cosas solo. Realmente, estoy sorprendido.

Hizo una pausa, y después agregó con suavidad:

—No necesito decirle que esta conversación es completamente extraoficial.

Estas palabras estuvieron muy lejos de apaciguar al inspector jefe. Dentro de él la indignación del equilibrista traicionado era fuerte. En su orgullo de funcionario de confianza, lo inquietaba la seguridad de que no sacudían la cuerda con el propósito de que se rompiera la crisma, sino como exhibición de temeridad. ¡Como si alguien tuviera miedo! Los subcomisarios llegan y se van, pero un inspector jefe valioso no es un fenómeno burocrático pasajero. Él no tenía miedo de romperse la crisma. Que estropearan su actuación era más que suficiente para justificar el fulgor de una indignación honesta. Y como nunca el pensamiento ha respetado a las personas, el pensamiento del inspector jefe Heat tomó una forma amenazante y profética. «Tú,

hijo mío», se dijo para sí, manteniendo sus ojos redondos y habitualmente erráticos fijos en la cara del subcomisario, «tú, hijo mío, no sabes ponerte en tu sitio, y apostaría que tu sitio no te soportará durante demasiado tiempo».

Algo como la sombra de una sonrisa amable, que pareció una provocativa respuesta a ese pensamiento, asomó a los labios del subcomisario. Procedió con soltura y espíritu práctico a dar otro tirón a la cuerda floja.

—Veamos ahora lo que usted descubrió en el terreno, inspector jefe —dijo.

«Pronto se despiden un tonto y su trabajo», proseguía la corriente de pensamiento profético en la cabeza del inspector jefe Heat. Pero fue seguida de inmediato por la reflexión de que un funcionario más alto, aun cuando salía «disparado» fuera de su cargo (ésta era la imagen precisa), todavía tenía tiempo, mientras volaba a través de la puerta, de propinar una molesta patada en las canillas de un subalterno. Sin suavizar mucho el aspecto de basilisco de su mirada, dijo, impasible:

—Estamos llegando a esa parte de mi investigación, señor.

—Correcto. Pues bien, dígame qué cosa ha obtenido de ella.

El inspector jefe, que se había decidido a saltar de la cuerda, bajó a tierra con sombría franqueza.

—He conseguido una dirección —dijo, sacando sin prisa de su bolsillo una tira chamuscada de paño azul oscuro—. Esto pertenece al abrigo que usaba el individuo que se voló a pedazos. Por supuesto, puede que el abrigo no haya sido suyo, e incluso que haya sido robado. Pero eso no parece probable si usted mira esto.

El inspector jefe, acercándose a la mesa, alisó cuidadosamente la tira de paño azul. La había sacado del montón repulsivo en la morgue, porque a veces se encuentra el nombre de un sastre debajo del cuello. No siempre sirve de mucho, pero de todos modos... Sólo esperaba a medias encontrar algo útil, pero ciertamente no esperaba encontrar —debajo del cuello no, pero cuidadosamente cosido en el lado interior de la solapa— una pieza cuadrada de percal con una dirección escrita con tinta de marcar.

El inspector jefe retiró la mano alisadora.

—Me la llevé sin que nadie se diera cuenta —dijo—. Me pareció mejor. Uno siempre puede presentarla si es necesario.

El subcomisario, levantándose un poco en la silla, cogió el paño para ponerlo a su lado, en la mesa. Lo miró en silencio. Sólo el número 32 y el nombre de Brett Street estaban escritos con tinta de marcar en una pieza de percal ligeramente más grande que un papel corriente de cigarrillo. Él sentía una auténtica sorpresa.

—No puedo entender por qué tenía que andar por ahí etiquetado en esta forma —dijo, mirando al inspector jefe Heat—. Es algo completamente extraordinario.

—Una vez conocí en la sala de fumar de un hotel a un viejo caballero que tenía que andar con su nombre y dirección cosidos en todos sus abrigos para el caso de un accidente o de una enfermedad súbita —dijo el inspector jefe—. Declaraba tener ochenta y cuatro años de edad, pero no los representaba. También me dijo que tenía

miedo de perder de pronto su memoria, como esa gente sobre la cual había leído en los periódicos.

Una pregunta del subcomisario, que quería saber a qué correspondía el número 32 de Brett Street, interrumpió abruptamente esa reminiscencia. El inspector jefe, llevado a tierra mediante malas artes, había decidido caminar por el sendero de la franqueza sin reservas. Si creía firmemente que saber demasiado no era bueno para el departamento, su sentido de lealtad sólo podía llevarle hasta el límite de retener juiciosamente información por el bien del servicio. Si el subcomisario quería manejar mal este asunto, nada, por supuesto, se lo podía impedir. Pero ahora, por su parte, no vio razón alguna para hacer un despliegue de rapidez. De modo que su respuesta fue concisa:

—Es una tienda, señor.

El subcomisario, con los ojos inclinados sobre el pedazo de tela azul, quedó en espera de más información. Como ella no vino, procedió a obtenerla por medio de una serie de preguntas planteadas con suave paciencia. Así adquirió una idea sobre la naturaleza del negocio del señor Verloc, sobre su aspecto personal, y por último escuchó su nombre. El subcomisario levantó los ojos en una pausa, y descubrió alguna animación en la cara del inspector jefe. Se miraron uno a otro en silencio.

—Por supuesto —dijo el último—, el departamento no tiene ficha de ese hombre.

—¿Tenía alguno de mis antecesores conocimiento de lo que usted me ha dicho ahora? —preguntó el subcomisario, poniendo los codos en la mesa y levantando las manos juntas frente a su cara, como en el acto de ofrecer una plegaria, sólo que sus ojos no tenían una expresión piadosa.

—No señor; desde luego que no. ¿Con qué objeto? Ese tipo de hombre nunca puede presentarse en público para ningún fin útil. Para mí bastaba con saber quién era, y con servirme de él en una forma que pudiera ser utilizada públicamente.

—¿Y cree usted que esa clase de conocimiento privado se compadece con la posición oficial que usted ocupa?

—Perfectamente, señor. Creo que es muy adecuado. Me tomaré la libertad de decirle, señor, que eso es lo que caracteriza mi manera de actuar —y se me considera una persona que conoce su trabajo. Es un asunto privado de mi exclusiva incumbencia. Un amigo personal de la policía francesa me pasó el dato de que el sujeto era un espía de embajada. Amistad privada, información privada, uso privado de dicha información; es así como veo la cosa.

El subcomisario, después de observar para sí mismo que el estado mental del inspector jefe parecía afectar el perfil de su mandíbula inferior, como si el agudo sentido de su alta calificación profesional estuviera ubicado en aquella parte de su anatomía, descartó el asunto por el momento con un tranquilo «ya veo». Después, apoyando su mejilla en sus manos juntas:

—Pues bien, hablando en privado, si usted quiere, ¿cuánto tiempo lleva de contacto privado con este espía de embajada?

La respuesta privada del inspector jefe a esta interrogación, tan privada que nunca llegó a articularse en palabras audibles, fue:

—Desde mucho antes que se soñara con ponerlo a usted en este cargo.

La frase por así llamarla pública fue mucho más precisa.

—Lo vi por primera vez en mi vida hace un poco más de siete años, cuándo dos Altezas Imperiales y un Canciller Imperial estuvieron aquí de visita. Se me puso a cargo de todos los problemas de vigilancia de ellos. El barón Stott-Wartenheim era embajador entonces. Era un caballero viejo muy nervioso. Una tarde, tres días antes del banquete del Guildhall, me mandó decir que deseaba verme un momento. Yo estaba en la planta baja, y los carruajes estaban frente a la puerta para llevar a la ópera a las Altezas Imperiales y al Canciller. Subí de inmediato. Encontré al barón que caminaba de un extremo a otro de su dormitorio en un estado de lamentable angustia, restregándose las manos. Me aseguró que tenía la mayor confianza en nuestra policía y en mi capacidad, pero ahí tenía a un hombre que acababa de llegar de París y cuya información era segura. Quería que yo escuchara lo que decía ese hombre. Me condujo de inmediato a una sala contigua, donde vi a un individuo grande con un pesado abrigo sentado solo en una silla, sosteniendo su sombrero y su bastón en una mano. El barón le dijo en francés: «Hable, amigo mío». La luz de esa habitación no era demasiado buena. Habré hablado con él unos cinco minutos. Por cierto que me dio algunas noticias muy sorprendentes. El barón, entonces, me llevó nerviosamente a un lado y me hizo grandes elogios suyos, y cuando me volví de nuevo descubrí que el sujeto se había desvanecido como una aparición. Supongo que se había levantado y se había deslizado por algunas escaleras de atrás. No había tiempo de correr en busca suya, puesto que tenía que correr detrás del embajador bajando la gran escalera, y ver que el grupo partiera sano y salvo a la ópera. Sin embargo, actué de acuerdo con esa información esa misma noche. Fuese o no enteramente correcta, tenía una apariencia bastante seria. Es posible que nos haya salvado de graves dificultades en el día de la visita Imperial a la City. Algún tiempo más tarde, alrededor de un mes después de mi ascenso a inspector jefe, llamó mi atención un hombre grande y fornido, que tuve la sensación de haber visto antes en alguna parte, y que salía de prisa de una joyería en el Strand. Seguí detrás suyo, ya que iba en mi camino a Charing Cross, y ahí, al divisar a uno de nuestros detectives al otro lado de la calle, le pedí que se acercara, y le señalé al individuo, con instrucciones de seguir sus movimientos durante un par de días, y después informarme. Mi hombre apareció en la misma tarde siguiente para decirme que el sujeto se había casado con la hija de su dueña de casa, en una oficina del registro civil, ese día preciso a las 11.30 a. m., y que había partido con ella por una semana a Margate. Nuestro hombre había visto el equipaje cuando lo subían al coche. Había algunas viejas etiquetas de París en una de las maletas. Por algún motivo no podía quitarme de la cabeza a ese sujeto, y la vez siguiente que tuve que ir a París de servicio le hablé de él a ese amigo mío en la policía parisina. Mi amigo dijo: «Por lo

que usted me dice, creo que usted se refiere a un frecuentador y emisario bastante conocido del Comité Rojo Revolucionario. Él dice que es inglés de nacimiento. Nosotros sospechamos que él ya lleva bastantes años como agente secreto de una de las embajadas extranjeras en Londres». Esto despertó completamente mi memoria. Él era el individuo que se había esfumado y que yo había visto sentado en una silla en la sala de baño del barón Stott-Wartenheim. Le dije a mi amigo que estaba en lo cierto. Yo tenía la certeza de que el individuo era un agente secreto. Mi amigo se tomó después el trabajo de averiguarme todos los antecedentes de ese hombre. Pensé que era mejor que supiera todo lo que podía saberse; pero supongo que usted no quiere escuchar ahora su historia, señor...

El subcomisario sacudió su cabeza reclinada.

—La historia de las relaciones tuyas con ese útil personaje es lo único que ahora interesa —dijo, cerrando lentamente sus ojos cansados, hundidos, y abriéndolos después rápidamente con una mirada que se había refrescado mucho.

—No hay nada oficial acerca de ellas —dijo el inspector jefe, acremente—. Fui a su tienda una tarde, le dije quién era, y le recordé nuestro primer encuentro. Él ni siquiera movió una ceja. Dijo que ahora estaba casado e instalado, y que su único deseo era que no se le molestara en su pequeño negocio. Me permití prometerle que la policía, en la medida en que no se metiera en nada obviamente escandaloso, lo dejaría tranquilo. Eso tenía para él algún valor, puesto que habría bastado una palabra nuestra al personal de Aduanas para que abrieran en Dover esos paquetes que recibía de París y Bruselas, a lo cual habría seguido una confiscación segura, y quizás, al final de todo, también un proceso.

—Ese comercio es muy precario —murmuró el subcomisario—. ¿Por qué se metió en eso?

El inspector jefe alzó desapasionadamente unas cejas desdeñosas.

—Es muy probable que tenga una conexión —amigos en el continente— entre la gente que se ocupa de estas mercaderías. Es la clase de gente con la que seguramente se junta. Él, por lo demás, es un perfecto haragán, como todos ellos.

—¿Qué obtiene usted de él a cambio de su protección?

El inspector jefe no estaba inclinado a explayarse sobre el valor de los servicios del señor Verloc.

—Él no sería de mucha utilidad para nadie fuera de mí mismo. Uno necesita muchos conocimientos previos para poder servirse de un hombre así. Yo entiendo la clase de indicios que él puede dar. Y cuando necesito un indicio, él por lo general puede proporcionármelo.

El inspector jefe se sumió de pronto en una discreta actitud reflexiva; y el subcomisario reprimió una sonrisa ante la idea pasajera de que la reputación del inspector jefe Heat podía haber sido hecha en gran parte por el agente secreto Verloc.

—En una forma más general de ser útil, todos nuestros hombres de la sección de Crímenes Especiales de servicio en Charing Cross y en Victoria tienen órdenes de

informarse cuidadosamente sobre cualquier persona que vean con él. Él se encuentra con frecuencia con los recién llegados, y después se mantiene en contacto con ellos. Parece que hubiera sido destinado para desempeñar un trabajo de esa especie. Cuando quiero una dirección a toda prisa, siempre puedo conseguirla con él. Naturalmente, sé cómo manejar nuestras relaciones. No he ido a hablar con él ni tres veces en los últimos dos años. Le hago llegar unas líneas, sin firma, y él me contesta en la misma forma a mi dirección privada.

De cuando en cuando el subcomisario hacía un gesto imperceptible de asentimiento. El inspector jefe agregó que no creía que el señor Verloc perteneciera al círculo íntimo de los miembros destacados del Consejo Revolucionario Internacional, pero no había duda de que en general se tenía confianza en él.

—Cada vez que he tenido razones para pensar que se preparaba algo —concluyó—, he encontrado siempre que me podía proporcionar alguna información útil.

El subcomisario hizo una observación significativa.

—Esta vez le falló.

—Ni tuve noticias de nada por ningún otro conducto —replicó el inspector jefe Heat—. Como no le pregunté nada, no pudo decirme nada. No es un hombre nuestro. No es como si estuviera a sueldo de nosotros.

—No —murmuró el subcomisario—. Es un espía pagado por un gobierno extranjero. No podríamos nunca mostrarle nuestras cartas.

—Tengo que hacer mi trabajo a mi manera —declaró el inspector jefe—. Cuando se trata de eso, sería capaz de entenderme con el diablo mismo, y asumir las consecuencias. Hay cosas que no todo el mundo está en condiciones de saber.

—Parecería que su concepto del secreto consiste en mantener en la ignorancia al jefe de su departamento. ¿No es eso llevar la reserva demasiado lejos? ¿Ese hombre vive arriba de su tienda?

—¿Quién? ¿Verloc? Oh, sí. Vive arriba de su tienda. Entiendo que la madre de la mujer vive con ellos.

—¿La casa está vigilada?

—Naturalmente que no. No serviría de nada. Se vigila a alguna de la gente que acude allí. Mi opinión es que él no conoce nada de este asunto.

—¿Cómo explica usted esto? —El subcomisario indicó el pedazo de tela que yacía en la mesa frente a él.

—No me lo explico en absoluto, señor. Es simplemente inexplicable. Al menos, lo que yo conozco no me permite explicarlo. —El inspector jefe reconoció estas cosas con la franqueza de un hombre cuya fama está como cimentada en una roca—. En todo caso, no en el momento actual. Creo que Michaelis resultará ser el hombre que más ha tenido que ver con todo esto.

—¿Usted cree?

—Sí, señor; porque puedo responder por todos los otros.

—¿Y qué me dice de ese otro hombre que se supone que escapó del parque?

—Me imagino que ya está bastante lejos —opinó el inspector jefe.

El subcomisario lo miró con intensidad, y de pronto se puso de pie, como si se hubiera decidido a emprender una acción determinada. De hecho, en ese preciso momento había sucumbido a una tentación fascinante. El inspector jefe escuchó que debía retirarse con instrucciones de presentarse ante su superior a primera hora de la mañana siguiente a fin de efectuar nuevas consultas sobre el caso. Escuchó con rostro impenetrable, y salió de la sala con pasos medidos. Los planes del subcomisario, cualesquiera que fuesen, nada tenían que ver con ese trabajo de escritorio, que era la ruina de su existencia a causa de su naturaleza confinada y de su aparente falta de realidad. No podían tener nada que ver, ya que, de lo contrario, el aire general de vivacidad que dominó al subcomisario habría sido inexplicable. Tan pronto como lo dejaron solo, buscó su sombrero en forma impulsiva, y se lo puso en la cabeza. Después de hacer eso, se volvió a sentar para reconsiderar todo el asunto. Pero como su decisión ya estaba tomada, esto no duró mucho rato. Y antes de que el inspector jefe Heat se hubiera alejado mucho camino a su casa, él también abandonó el edificio.

Siete

El subcomisario caminó a lo largo de una calle corta y angosta como una trinchera húmeda, llena de lodo, y cruzando después una avenida muy amplia entró a un edificio público, donde pidió hablar con el joven secretario privado (ad honorem) de un gran personaje.

Este joven de rostro suave y bien parecido, cuyos cabellos peinados en forma simétrica le daban el aspecto de un colegial grande y pulcro, recibió la petición del subcomisario con una mirada dubitativa, y habló con aliento entrecortado.

—¿Si él querrá verlo? Realmente no lo sé. Hace una hora caminó desde la Cámara para hablar con el subsecretario permanente, y ahora está listo para caminar de regreso. Podía haberlo mandado llamar; pero lo hace para hacer un poco de ejercicio, me imagino. Es el único ejercicio que tendrá tiempo de hacer mientras dure esta sesión. No me quejo; estos pequeños paseos más bien me gustan. Él se apoya en mi brazo, y no abre la boca. Pero me parece que está muy cansado, y, digamos, de un humor no demasiado apacible.

—Está en conexión con ese asunto de Greenwich.

—¡Oh! ¡Vamos! Está muy irritado con ustedes. Pero iré a preguntarle, si usted insiste.

—Hágalo. Sea buen chico —dijo el subcomisario.

El secretario ad honorem admiró esta audacia. Se compuso una cara inocente, abrió la puerta, y entró con la seguridad de un muchacho agradable y privilegiado. Y de inmediato reapareció, haciendo un gesto al subcomisario, que después de pasar por la misma puerta que se le dejaba abierta, se encontró con el gran personaje en una sala espaciosa.

Voluminoso por el grosor y por la estatura, con una larga cara blanca, ampliada en su base por una gran papada y que en el margen de unas delgadas patillas grisáceas tomaba forma de huevo, el gran personaje parecía un hombre en aumento. Esta sensación se acentuaba, con efectos lamentables desde el punto de vista de la moda, debido a las arrugas en la mitad de la chaqueta negra abotonada, como si los cierres de su vestimenta estuvieran sometidos al límite de su resistencia. Desde la cabeza, erigida sobre un grueso cuello, los ojos, con abultados párpados inferiores, miraban con una languidez altiva desde ambos lados de una nariz agresiva, ganchuda, noblemente protuberante en la vasta y pálida circunferencia del rostro. Un sombrero de seda lustroso y un par de guantes gastados, disponibles al extremo de una larga mesa, parecían, también, aumentados, enormes.

Se hallaba de pie sobre la alfombra con botas enormes, aireadas, y no pronunció palabra alguna de saludo.

—Me gustaría saber si éste es el comienzo de otra campaña de dinamitaje —preguntó de inmediato con una voz aterciopelada, profunda—. No entre en detalles. No tengo tiempo para eso.

Frente a esta Presencia grande y rústica, la figura del subcomisario tenía la delgadez frágil de una caña que se dirige a un roble. Y la genealogía ininterrumpida de ese hombre sin duda sobrepasaba en número de siglos la edad del más viejo de los robles del país.

—No. En la medida en que uno puede tener la certeza de algo, puedo asegurarle que no lo es.

—Sí. Pero su concepto de la seguridad, en esta materia —dijo el gran personaje, con un gesto desdeñoso de la mano en dirección a la ventana que daba sobre la amplia avenida—, parece consistir principalmente en hacer que el secretario de Estado quede como un idiota. Hace menos de un mes, en esta misma sala, se me ha asegurado que nada de esto era siquiera posible.

El subcomisario miró calmadamente en dirección a la ventana.

—Usted me permitirá observar, sir Ethelred, que hasta ahora no he tenido oportunidad de darle seguridades de ninguna especie.

La desdeñosa languidez de los ojos estaba enfocada ahora en el subcomisario.

—Verdad —confesó la voz profunda, suave—. Hice llamar a Heat. Usted todavía es más bien novicio en su nuevo destino. ¿Y cómo le está yendo por allá?

—Creo que aprendo algo cada día.

—Por supuesto, por supuesto. Espero que salga adelante.

—Gracias, sir Ethelred. Conocí algo hoy día, e incluso hace alrededor de una hora. En este asunto hay mucho que no corresponde a un atentado anarquista habitual, incluso cuando se lo examina con toda la profundidad posible. Es por eso que estoy aquí.

El hombre superior puso sus brazos en jarra, con los dorsos de sus grandes manos apoyados en sus caderas.

—Muy bien. Adelante. Pero sin detalles, por favor. Libéreme de los detalles.

—Nadie lo importunará con detalles, sir Ethelred —comenzó el subcomisario, con una seguridad serena e imperturbable. Mientras hablaba, los minuterios en la esfera del reloj situado a la espalda del gran hombre —un aparato pesado y brillante de volutas macizas del mismo mármol negro de la mesa, y con un tic tac fantasmal, evanescente—, se habían movido a través del espacio de siete minutos. Hablaba con deliberada fidelidad a un estilo incidental, dentro del cual cada hecho pequeño —esto es, cada detalle— calzaba con deliciosa facilidad. No hubo un murmullo, ni siquiera un movimiento, que insinuara una interrupción. El gran Personaje podía haber sido la estatua de uno de sus propios antepasados principescos despojada de los arreos de guerra de un cruzado, y puesta en una levita mal cortada.^[9] El subcomisario sintió

como si estuviera en libertad de hablar una hora. Pero conservó la cabeza, y al final del espacio de tiempo mencionado más arriba irrumpió con una conclusión súbita, la cual, al reproducir la declaración inicial, sorprendió agradablemente a sir Ethelred por su aparente fluidez y fuerza.

—La clase de cosas que encontramos debajo de la superficie de este asunto, que en otro caso no serían graves, resulta inhabitual —en esta forma precisa, por lo menos— y exige un tratamiento especial.

El tono de sir Ethelred se hizo más profundo, lleno de convicción.

—Ya lo creo... ¡puesto que involucra al embajador de una potencia extranjera!

—¡Oh! ¡El embajador! —protestó el otro, erguido y frágil, permitiéndose tan sólo una media sonrisa—. Sería estúpido que yo insinuara nada por el estilo. Y es absolutamente innecesario, porque si mis conjeturas son correctas, el hecho de que sea embajador o portero no es más que un detalle.

Sir Ethelred abrió una boca extensa, como una caverna, hacia cuyo interior parecía ansiosa de asomarse la nariz ganchuda; de ahí salió un sonido apagado y ondulante, parecido al de un órgano distante colocado en el registro de la indignación desdeñosa.

—¡No! Esta gente es demasiado imposible. ¿Qué pretenden con importar hasta aquí los métodos de la Crimea tártara? Un turco tendría más decencia.

—Usted olvida, sir Ethelred, que si hablamos con propiedad, todavía no sabemos nada concreto.

—¡No! ¿Pero cómo lo definiría usted? ¿En dos palabras?

—Audacia descarada que equivale a una forma de infantilismo.

—No podemos tolerar la inocencia de unos niñitos desagradables —dijo el personaje voluminoso e inflado, como si se inflara un poco más. La mirada altanera, inclinada, golpeó la alfombra de un modo aplastante a los pies del subcomisario—. Tendrán que recibir un buen golpe en los nudillos por este asunto. Debemos estar en condiciones de... ¿Cuál es su opinión general, en pocas palabras? No necesita entrar en detalles.

—No, sir Ethelred. En principio, yo diría que la existencia de agentes secretos no debería ser tolerada, ya que tienden a aumentar los peligros reales derivados del mal contra el cual se los utiliza. Es un lugar común conocido que el espía fabrica su información. Pero en la esfera de la acción política y revolucionaria, basada en parte en la violencia, el espía profesional tiene todas las facilidades para fabricar los hechos propiamente tales, y propagará el doble mal de la emulación en una dirección, y del pánico, la legislación apresurada, el odio irreflexivo, en la otra. No obstante, éste es un mundo imperfecto...

La Presencia de voz profunda sobre la alfombra, inmóvil, con grandes codos salidos, dijo de prisa:

—Sea claro, por favor.

—Sí, Sir Ethelred... Un mundo imperfecto.^[10] Por eso, tan pronto como

vislumbré el carácter de este asunto, pensé que debería ser manejado con especial reserva, y me permití venir hasta acá.

—Está muy bien, —aprobó el gran Personaje, mirando hacia abajo con complacencia por encima de su papada—. Me alegro de que haya alguien allá en su negocio que piense que se puede confiar de vez en cuando en el Secretario de Estado.

El subcomisario sonrió, divertido.

—En realidad pensaba que en esta etapa sería mejor reemplazar a Heat por...

—¡Qué! ¿Heat? Un animal... ¿eh? —exclamó el gran personaje con clara animosidad.

—De ninguna manera. Le ruego, Sir Ethelred, no atribuir a mis observaciones esa interpretación injusta.

—Y entonces, ¿qué? ¿Uno que se pasa de listo?

—Tampoco... al menos, como regla general. He recibido de él toda la base para mis conjeturas. Lo único que he descubierto por mí mismo es que ha estado haciendo uso de ese hombre en forma privada. ¿Quién podría reprochárselo? Es un policía de la vieja escuela. Me dijo virtualmente que tiene necesidad de herramientas para trabajar con ellas. Pensé que esta herramienta debería ser entregada a la división de Crímenes Especiales en su totalidad, en lugar de permanecer como la propiedad privada del inspector jefe Heat. Extendí mi concepción de nuestros deberes de servicio a la supresión del agente secreto. Pero el inspector jefe Heat es un antiguo funcionario del departamento. Él me acusaría de pervertir su moral y de atacar su eficiencia. Lo definiría amargamente como protección acordada a la clase criminal de los revolucionarios. Para él no significaría más que eso.

—Sí. ¿Pero qué quiere decir usted?

—Quiero decir, primero, que es un consuelo muy pobre poder declarar que cualquier acto dado de violencia —en perjuicio de la propiedad o que destruya la vida — no es en absoluto obra del anarquismo, sino de algo enteramente diferente, alguna especie de bandidaje autorizado. Esto, me imagino, es mucho más frecuente de lo que suponemos. En seguida, es obvio que la existencia de esta gente a sueldo de gobiernos extranjeros destruye en alguna medida la eficacia de nuestra vigilancia. Un espía de esa clase puede permitirse ser más descuidado que el más descuidado de los conspiradores. Su ocupación está libre de toda traba. No tiene la dosis de fe que se necesita para la negación completa, ni ese mínimo de respeto de la ley que implica su desobediencia. En tercer lugar, la existencia de estos espías entre los grupos revolucionarios, cuya protección se nos reprocha, termina con toda certidumbre. Usted recibió hace un tiempo una declaración tranquilizadora del inspector jefe Heat. No era en absoluto infundada... y sin embargo ocurre este episodio. Lo llamo episodio, porque este asunto, me arriesgo a decirlo, es episódico; no forma parte de ningún plan general, por disparatado que sea. Las mismas peculiaridades que sorprenden y dejan perplejo al inspector jefe Heat definen su carácter frente a mis ojos. No estoy entrando en detalles, sir Ethelred.

El Personaje en la alfombra había estado escuchando con profunda atención.

—Eso es. Sea lo más conciso posible.

Por medio de un gesto atento, deferente, el subcomisario indicó que estaba ansioso de ser conciso.

—Hay una estupidez y una debilidad especial en el manejo de este asunto, y eso me da grandes esperanzas de conocerlo a fondo y de encontrar ahí algo más que un arresto individual de fanatismo. Porque es una cosa preparada, sin duda. El autor efectivo parece haber sido llevado de la mano hasta el lugar, y después abandonado apresuradamente a sus propias fuerzas. Lo que se deduce es que fue traído desde el exterior con el propósito de cometer este atentado. Al mismo tiempo, uno llega inevitablemente a la conclusión de que no sabía suficiente inglés como para preguntar por el camino, salvo que uno acepte la fantástica teoría de que era sordomudo. Ahora me pregunto... Pero esto es inútil. Él se destruyó a sí mismo por accidente, sin lugar a dudas. Un accidente nada extraordinario. Pero permanece un pequeño dato extraordinario: la dirección en su ropa descubierta por puro accidente, también. Es un detalle increíble, tan increíble, que la explicación que dé cuenta de él está destinada a tocar el fondo de este caso. En lugar de dar instrucciones a Heat para que continúe con esta investigación, tengo el propósito de buscar esta explicación personalmente —por mí mismo, quiero decir— donde sea que ella se encuentre. Esto es, en cierta tienda de Brett Street, y de los labios de cierto agente secreto que en una época fue el espía confidencial y de confianza del difunto barón Stott-Wartenheim, embajador de una Gran Potencia ante la Corte de St. James.

El subcomisario hizo una pausa, y después agregó:

—Esos individuos son una perfecta peste.

A fin de levantar su mirada inclinada hasta el rostro del que hablaba, el Personaje de la alfombra, gradualmente, había echado todavía más atrás la cabeza, cosa que le daba un aspecto de extraordinaria altivez.

—¿Por qué no dejárselo a Heat?

—Porque es un viejo funcionario del departamento. Ellos tienen su moral propia. Mi línea de investigación le parecería una terrible perversión del deber. Para él, el verdadero deber consiste en atribuir culpabilidad a todos los anarquistas destacados que sea posible, sobre la base de algún ligero indicio que haya recogido durante la investigación en el terreno; en tanto que yo, diría él, estoy inclinado a reivindicar su inocencia. Trato de ser lo más claro que puedo al presentarle este oscuro asunto sin detalles.

—¿Él haría eso, cree usted? —murmuró la orgullosa cabeza de Sir Ethelred desde su inaccesible elevación.

—Así me lo temo... con una indignación y un disgusto del cual ni usted ni yo podemos tener la menor idea. Él es un servidor excelente. No debemos poner su lealtad a prueba. Eso siempre es un error. Además, quiero tener las manos libres — más libres de lo que quizá sería aconsejable que las tenga el inspector jefe Heat—. Yo

no tengo el más mínimo deseo de preservar al tal Verloc. Me imagino que él quedará espantado al saber que podemos plantearle con tanta rapidez su conexión con este asunto. Atemorizarlo no será muy difícil. Pero nuestro verdadero objetivo se encuentra en algún sitio detrás de él. Necesito su autorización para darle todas las seguridades personales que yo considere adecuadas.

—Por cierto —dijo el Personaje de la alfombra—. Descubra todo lo que pueda; descúbralo a su manera.

—Tengo que poner manos a la obra sin pérdida de tiempo, esta misma tarde —dijo el subcomisario.

Sir Ethelred escondió una mano debajo de las colas de su levita, y echando la cabeza hacia atrás, lo miró con atención.

—Tendremos una sesión larga esta noche —dijo—. Venga a la Cámara con sus descubrimientos si no nos hemos ido a casa. Le advertiré a Toodles que lo espere. Él lo llevará a mi despacho.

La numerosa parentela y el vasto círculo de conocidos del juvenil secretario privado acariciaban la esperanza de un austero y elevado destino para él. Entretanto, el mundo social que él adornaba en sus horas de ocio había escogido mimarlo con el sobrenombre señalado más arriba. Y sir Ethelred, al escucharlo de labios de su esposa e hijas todos los días (sobre todo a la hora del desayuno), le había conferido la dignidad de adoptarlo sin sonreír.

El subcomisario se sintió sorprendido y complacido en extremo.

—Sin duda traeré mis descubrimientos a la Cámara en espera de que usted tenga tiempo...

—No tendré tiempo —interrumpió el gran Personaje—. Pero lo veré. No tengo tiempo ahora... ¿Irá usted mismo?

—Sí, sir Ethelred. Me parece el mejor camino.

El Personaje había echado su cabeza tan atrás, que para mantener al subcomisario bajo su observación, casi tenía que cerrar los ojos.

—Hum. ¡Ah! ¿Y cómo se propone... tomará usted algún disfraz?

—¡Apenas un disfraz! Me cambiaré de ropa, desde luego.

—Por supuesto —repitió el gran hombre, con una especie de altanería distraída. Dobló lentamente su gran cabeza, y por encima de los hombros dio una mirada oblicua, arrogante, al pesado reloj de mármol con su débil, furtivo tic tac. Los punteros dorados habían tenido la oportunidad de deslizarse a lo largo de no menos de veinticinco minutos detrás de su espalda.

El subcomisario, que no podía verlos, se había puesto algo nervioso en el intervalo. Pero el gran hombre le ofrecía un rostro sereno y sin desánimo.

—Muy bien —dijo, e hizo una pausa, como en deliberado menosprecio del reloj oficial—. ¿Pero qué lo puso primero en esa pista?

—Siempre he sido de opinión —comenzó el subcomisario.

—Ah ¡Sí! La opinión. Eso se entiende. ¿Pero el motivo inmediato?

—¿Qué puedo decir, sir Ethelred? El antagonismo de un hombre nuevo a los viejos métodos. Un deseo de saber algo de primera mano. Cierta impaciencia. Es mi antiguo trabajo, pero con equipo diferente. Me ha estado causando un poco de irritación en uno o dos puntos sensibles.

—Espero que salga adelante —dijo el gran hombre, amable, extendiendo su mano, suave al tacto, pero ancha y poderosa como la mano de un campesino benemérito. El subcomisario la estrechó, y emprendió la retirada.

En la sala exterior, Toodles, que había estado esperando inclinado sobre el borde de la mesa, avanzó a su encuentro, reprimiendo su vivacidad natural.

—¿Y? ¿Satisfactorio? —preguntó, con afectada importancia.

—Perfectamente. Usted se ha hecho acreedor a mi eterna gratitud —contestó el subcomisario, cuyo largo rostro parecía de madera en contraste con la peculiar gravedad del otro, que daba la impresión de estar siempre listo para estallar en ondulaciones y risillas.

—Eso está muy bien. Pero usted no puede imaginarse, en serio, lo irritado que está por los ataques a su Ley sobre Nacionalización de Pesquerías. Dicen que es el comienzo de la revolución social. Por supuesto, es una medida revolucionaria. Pero estos sujetos carecen de toda decencia. Los ataques personales...

—Leo los periódicos —observó el subcomisario.

—¿Odioso? ¿Eh? Y usted no tiene idea del volumen de trabajo que tiene que despachar cada día. Lo hace todo él mismo. Parece incapaz de confiar en nadie con estas Pesquerías.

—Y sin embargo, ha destinado media hora completa a la consideración de mi muy pequeña mojarra —exclamó el subcomisario.

—¿Pequeña? ¿Verdad? Me alegro de escucharlo. Pero si es así, es una lástima que usted no se mantuviera alejado. Esta batalla lo agota terriblemente. El hombre está quedando exhausto. Lo noto por la forma como se apoya en mi brazo cuando caminamos. Y me pregunto, ¿no corre peligro al andar por la calle? Mullins trajo a sus hombres hasta aquí esta tarde. Hay un policía de punto debajo de cada poste, y de cada dos personas que encontramos entre aquí y Palace Yard, una es evidentemente un detective. Eso pronto le dará en los nervios. ¿No es probable, me pregunto, que alguno de estos granujas extranjeros le arroje algo? Sería una calamidad nacional. El país lo necesita.

—Sin hablar de su pérdida. Él se apoya en su brazo —insinuó el subcomisario, sobriamente—. Los dos caerían.

—¿Sería una forma fácil de que un hombre joven entre en la historia? No son muchos los ministros británicos que han caído asesinados, de manera que el incidente no dejaría de tener importancia. Pero seriamente, ahora...

—Temo que si usted quiere entrar en la historia tenga necesidad de hacer algo para conseguirlo. Seriamente, el único peligro que corren ustedes dos proviene del exceso de trabajo.

El simpático Toodles saludó esta salida con una risita.

—Las Pesquerías no me matarán. Estoy acostumbrado a las horas tardías — declaró, con ingenioso desplante. Pero, sintiendo un inmediato escrúpulo, asumió un aire de estadista pensativo, como el de la persona que se saca un guante.

—Su poderoso intelecto soporta cualquier cantidad de trabajo. A lo que temo es a sus nervios. La pandilla reaccionaria, con ese bruto abusador de Cheeseman^[11] a la cabeza, lo insulta cada noche.

—¡Si él insiste en comenzar una revolución! —murmuró el subcomisario.

—El momento ha llegado, y él es el único que tiene la necesaria grandeza — protestó el revolucionario Toodles, tratando de husmear debajo de la mirada serena, especulativa, del subcomisario. En algún lugar de un corredor una campanilla distante sonó con urgencia, y el joven, con celosa vigilancia, aguzó el oído—. Ahora está listo para partir —exclamó en un susurro, cogió su sombrero, y desapareció de la sala.

El subcomisario salió por otra puerta de una manera menos elástica. Volvió a cruzar la amplia avenida, caminó a lo largo de una calle estrecha, y regresó de prisa a su propio edificio. Mantuvo estos acelerados pasos hasta llegar a la puerta de su sala privada. Antes de haberla cerrado del todo sus ojos buscaron el escritorio. Por un momento se mantuvo quieto, después avanzó, buscó por el suelo con la mirada, se sentó en su silla, tocó un timbre, y esperó.

—¿Se fue ya el inspector jefe Heat?

—Sí, señor. Se fue hace media hora.

Él asintió.

—Muchas gracias.

Y permaneciendo inmóvil, con el sombrero echado hacia atrás, pensó que era muy propio de la maldita desfachatez de Heat el llevarse tranquilamente el único elemento material de prueba. Pero pensó esto sin animosidad. Los empleados viejos y apreciados suelen tomarse libertades. El pedazo de abrigo con la dirección cosida no era ciertamente un objeto para dejar tirado por ahí. Descartando de su mente esta manifestación de la desconfianza del inspector jefe Heat, escribió y despachó una nota a su mujer en la que le encargaba disculparlo ante la gran dama protectora de Michaelis, con quien estaban comprometidos para cenar esa noche.

La chaqueta corta y el sombrero bajo y redondo que se caló en una especie de alcoba protegida por cortinas y provista de un lavatorio, un perchero de madera y un estante, hicieron resaltar maravillosamente la longitud de su rostro cetrino, grave. Regresó a la luz de la habitación, con el aspecto de un don Quijote frío, reflexivo, que tenía los ojos hundidos de un entusiasta oscuro y una actitud muy determinada. Abandonó rápidamente el escenario de su labor cotidiana como una sombra discreta. Su descenso a la calle fue como el descenso a un acuario pantanoso que hubieran dejado sin agua. Lo envolvió una humedad lóbrega, sombría. Los muros de las casas exudaban humedad, el barro de la calzada brillaba con un efecto fosforescente, y cuando emergió al Strand desde una calle estrecha vecina de la estación de Charing

Cross, fue asimilado por el genio del lugar. Podría haber sido uno más de los extraños peces extranjeros que pueden ser vistos ahí algunas tardes, revoloteando alrededor de los rincones oscuros.

Llegó a un paradero en el límite mismo del pavimento, y esperó. Sus ojos ejercitados habían distinguido en el confuso movimiento de luces y sombras que bullían en la calle la marcha arrastrada de un coche. No hizo signo alguno; pero cuando la pisadera baja que se deslizaba a la altura de la vereda llegó hasta sus pies, se subió con destreza frente a la gran rueda en movimiento, y habló a través de la portezuela casi antes de que el hombre, que miraba hacia el frente con indolencia desde el pescante, se diera cuenta de que había sido abordado por un pasajero.

No fue un viaje largo. Terminó a una señal, abruptamente, en ningún lugar preciso, entre dos postes y antes de una gran tienda de tapicería; una larga hilera de negocios que ya se habían arropado en mantas de hierro acanalado para pasar la noche. Tendiendo una moneda a través de la portezuela, el pasajero se deslizó fuera y se alejó, dejando en la mente del conductor un efecto de fantasmagoría excéntrica, peligrosa. Pero el tamaño de la moneda era satisfactorio a su tacto, y como carecía de una educación literaria, permaneció ajeno al temor de encontrarla en su bolsillo convertida en una hoja seca. La naturaleza de su oficio lo elevaba por encima del mundo de los pasajeros, de modo que contemplaba su actuar con un interés limitado. El gesto de dar un tirón a su caballo para girar en redondo expresó su filosofía.

Entretanto, el subcomisario ya hacía su pedido a un camarero en un pequeño restaurante italiano a la vuelta de la esquina; una de esas trampas para los hambrientos, larga y estrecha, aderezada con una perspectiva de espejos y de mantelería blanca; desprovista de aire, pero con una atmósfera personal; una atmósfera de cocina fraudulenta, que se burlaba de una humanidad abyecta en la más urgente de sus miserables necesidades. En esta atmósfera inmoral, el subcomisario, reflexionando acerca de su misión, pareció perder algo más de su identidad. Tenía una sensación de soledad, de libertad maligna. Era más bien agradable. Cuando, después de pagar su ligera comida, se puso de pie y esperó el cambio, se vio en la hoja de espejo, y quedó sorprendido por su aspecto extraño. Contempló su propia imagen con una mirada melancólica e inquisitiva, y después, obedeciendo a una inspiración súbita, se subió el cuello de su chaqueta. Le pareció que este arreglo era aconsejable, y lo completó dando un tirón hacia arriba a las puntas de sus mostachos negros. Quedó satisfecho ante la sutil modificación de su aspecto personal causada por estos pequeños cambios. «Esto será muy útil», pensó. «Me mojaré, me salpicaré un poco...».

Reparó en la presencia del camarero junto a él y en un pequeño montón de monedas de plata ubicado frente a él en la esquina de la mesa. El camarero tenía un ojo puesto en el montón, mientras seguía con el otro ojo la larga espalda de una mujer alta, no demasiado joven, que se dirigió a una mesa distante con un aire de ser perfectamente invisible y del todo inabordable. Daba la impresión de que era un

cliente habitual.

Al salir, el subcomisario observó para sí mismo que los clientes del lugar habían perdido, en la frecuentación de la cocina fraudulenta, todas sus características nacionales y privadas. Y esto era extraño, puesto que el restaurante italiano es una institución tan peculiarmente británica. Pero esta gente estaba tan desnacionalizada como los guisos colocados frente a ella con todo el aparato de una respetabilidad no consagrada. Tampoco su personalidad estaba consagrada en ningún sentido, profesional, social, o racial. Parecían creadas para el restaurante italiano, salvo que quizás el restaurante italiano estuviese creado para ellas. Pero esta última hipótesis era inconcebible, ya que uno no podía ubicarlas en ningún lugar fuera de estos establecimientos especiales. Uno nunca se encontraba en ninguna parte con estas personas enigmáticas. Era imposible formarse una idea de qué ocupaciones seguían de día y de dónde se iban a dormir por la noche. Y él mismo se había transformado en un desplazado. Habría sido imposible que nadie adivinara su ocupación. En cuanto a irse a dormir, incluso en su propia mente había una duda. No con respecto a su domicilio, ciertamente, pero sí, desde luego, con respecto al momento en que estaría en condiciones de volver a él. Cuando escuchó las puertas de vidrio que se balanceaban detrás de su espalda con una especie de golpe sordo, imperfecto, se sintió poseído por una agradable sensación de independencia. Penetró de inmediato en una inmensidad de fango sucio y de mampostería húmeda alternada con luces, y envuelta, oprimida, atravesada, estrangulada y sofocada por la negrura de una noche mojada de Londres, que está compuesta de hollín y de gotas de agua.

Brett Street no estaba muy lejos. Se desgajaba, estrecha, del costado de un espacio triangular abierto y rodeado de casas misteriosas y oscura, templos del comercio minorista que por la noche se habían vaciado de comerciantes. Sólo el puesto de un frutero en una esquina colocaba una llamarada violenta de luz y de color. Más allá todo era oscuro, y las pocas personas que pasaban por ese lado se desvanecían de una zancada más allá de los resplandecientes altos de naranjas y limones. Las pisadas no dejaban eco. Nunca se las escucharía de nuevo. La cabeza aventurera del Departamento de Crímenes Especiales observaba desde la distancia estas desapariciones con un ojo interesado. Se sentía liviano de corazón, como si se hubiera emboscado solo en una jungla a miles de millas de escritorios departamentales y de tinteros oficiales. Esta alegría y esta dispersión de pensamiento frente a una tarea de alguna importancia parece demostrar que este mundo nuestro no es, después de todo, un asunto tan extremadamente serio. Porque el subcomisario no era una persona constitucionalmente inclinada a la ligereza.

El policía de servicio proyectó su sombra y su figura en movimiento contra la luminosa gloria de naranjas y limones, y entró a Brett Street sin prisa. Como si fuera un miembro del mundo del crimen, el subcomisario se escondió, en espera de su regreso. Pero este policía pareció perderse de su institución para siempre. No volvió nunca: debe de haber salido al otro extremo de Brett Street.

El subcomisario llegó a esta conclusión y entró a su vez a la calle, donde encontró un gran carro detenido frente a las ventanas débilmente iluminadas de una casa de comidas para carretoneros. El hombre, adentro, reponía sus fuerzas, y los caballos, con sus cabezotas inclinadas hasta el suelo, se alimentaban sin pausa de los morrales. Más allá, en el lado opuesto de la calle, otro fragmento sospechoso de luz opaca salía de la vitrina de la tienda del señor Verloc, llena de papeles colgantes, atestada de montones inciertos de cajas de cartón y de formas de libros. El subcomisario se quedó observándola desde la acera del frente. No había error posible. Junto a la ventana delantera, obstruida por las sombras de objetos indefinidos, la puerta, entreabierta, dejaba escapar al pavimento una franja estrecha, nítida, de luz de gas del interior.

El carro y los caballos, sumidos en una sola masa detrás del subcomisario, parecían algo vivo: un monstruo negro y de espaldas cuadradas que bloqueaba la mitad de la calle, con súbitas patadas recubiertas de hierro, fieros tintineos metálicos, y pesados resoplidos. El resplandor de mal agüero, ásperamente festivo, de una taberna grande y próspera, enfrentaba el otro extremo de Brett Street a través de una calle ancha. Esta barrera de luces resplandecientes, opuesta a las sombras congregadas alrededor del humilde albergue de la felicidad doméstica del señor Verloc, parecía concentrar en sí misma la oscuridad de la calle y hacerla más tenebrosa, cavilosa, y siniestra.

Ocho

Después de insuflar, por medio de persistentes intrusiones, una especie de calor al frío interés de numerosos hoteleros (conocidos que fueron en una época de su difunto y desgraciado marido), la madre de la señora Verloc había conseguido por fin ser admitida en ciertos asilos fundados por un hotelero rico para las viudas indigentes de la profesión.

La vieja mujer había perseguido este objetivo, incubado en la astucia de su corazón intranquilo, con reserva y determinación. Era la época en que su hija Winnie no pudo dejar de observar al señor Verloc que «mamá ha estado gastando casi todos los días, esta última semana, medias coronas y cinco chelines en tarifas de coche». Pero la observación no fue hecha con mala voluntad. Winnie respetaba las debilidades de su madre. Sólo estaba un poco sorprendida por esta súbita manía de la locomoción. El señor Verloc, que a su modo no dejaba de ser magnífico, descartó la observación con un gruñido impaciente porque interfería con sus meditaciones. Éstas eran frecuentes, profundas y prolongadas; recaían sobre una materia más importante que cinco chelines. Claramente más importante, e incomparablemente más difícil de considerar en todos sus aspectos con serenidad filosófica.

Después de conseguir su objetivo con astuta reserva, la heroica anciana había descargado su corazón a la señora Verloc. Tenía el alma triunfante y el corazón trémulo. En su interior temblaba, porque temía y admiraba el carácter calmado, contenido, de su hija Winnie, en quien los disgustos adquirían una dimensión temible a través de una diversidad de silencios espantosos. Pero no permitía que sus aprensiones internas la despojaran de la ventaja de una placidez venerable que confería a su aspecto exterior su triple barba, la flotante amplitud de su antigua forma, y la impotente condición de sus piernas.

Fue tan inesperado el impacto de la información que la señora Verloc, en contra de su práctica habitual cuando se le dirigía la palabra, interrumpió la ocupación doméstica en la que estaba empeñada. Era la de pasar el plumero a los muebles en la salita situada detrás de la tienda. Movi6 la cabeza en dirección a su madre.

—¿Por qué se te ocurrió hacer eso? —exclamó, con escandalizado asombro.

El golpe debe de haber sido fuerte para hacerla abandonar esa aceptación distante y pasiva de los hechos que constituía su fuerza y su salvaguardia en la vida.

—¿No te habían hecho estar cómoda aquí?

Había caído en estas preguntas, pero salvó de inmediato la consistencia de su conducta al renovar la limpieza, mientras la anciana permanecía asustada y muda

debajo de una sucia gorra blanca y de una oscura peluca sin brillo.

Winnie terminó con la silla, e hizo correr el plumero a lo largo de la caoba del respaldo del sofá de crin donde solía descansar el señor Verloc de sombrero y abrigo. Ella estaba entregada a su trabajo, pero ahora se permitió formular otra pregunta.

—¿Cómo diablos te las arreglaste, mamá?

Como no afectaba la interioridad de las cosas, que la señora Verloc ignoraba por principio, esta curiosidad era excusable. Sólo se refería a los métodos. La anciana la celebró ansiosamente, puesto que ponía en primera línea algo de lo que se podía hablar con mucha sinceridad.

Complació a su hija con una respuesta repleta de nombres y enriquecida por comentarios marginales acerca de los estragos del tiempo, tal como se manifiestan en la alteración de las fisonomías humanas. Los nombres eran sobre todo nombres de hoteleros licenciados —«amigos de tu pobre papá, querida». Se explayó con especial aprecio acerca de la bondad y condescendencia de un cervecero importante, Baronet y miembro del Parlamento, Presidente de una Junta de Gobernadores de la Beneficencia. Se expresaba con esta calidez porque se le había permitido entrevistarse con su secretario privado: un caballero muy educado, enteramente vestido de negro, con una voz suave, triste, pero tan, tan delgado y tranquilo. «Era como una sombra, querida».

Winnie, prolongando sus operaciones de limpieza hasta que la historia estuviese contada, salió de la sala hacia la cocina (bajar dos gradas) con su modo habitual, sin el más leve comentario.

Derramando unas pocas lágrimas en señal de regocijo ante la mansedumbre de su hija frente a este asunto terrible, la madre de la señora Verloc dio rienda suelta a su astucia en lo que se refería a su amueblado, puesto que era de propiedad suya; y a veces deseaba que no lo hubiera sido. El heroísmo está muy bien, pero hay circunstancias en que disponer de unas pocas mesas y sillas, catres de bronce, y todo eso, puede estar preñado de consecuencias remotas y desastrosas. Ella necesitaba de algunos objetos, en vista sobre todo de que la Fundación que la había acogido, después de mucha insistencia, en su seno generoso, no daba más que tablas desnudas y ladrillos con un empapelado ordinario a los beneficiarios de su solicitud. La delicadeza que la hizo orientar su elección a las piezas menos valiosas y más gastadas pasó inadvertida, porque la filosofía de Winnie consistía en no tomar en cuenta el interior de los hechos; ella partía de la base de que su madre escogía lo que más le hacía falta. En lo que respecta al señor Verloc, su intensa meditación, como una especie de muralla china, lo aislaba por completo de los fenómenos de este mundo de vanos esfuerzos y apariencias ilusorias.

Después de hacer su selección, disponer del resto se convirtió en una cuestión que causaba particular perplejidad. Desde luego, lo dejaba en Brett Street. Pero ella tenía dos hijos. Winnie no tenía problemas debido a su sensata unión con ese excelente marido, el señor Verloc. Stevie era indigente, y algo raro. Su posición debía ser

considerada en forma previa a las exigencias de la justicia legal e incluso a la tentación de la parcialidad. La posesión de los muebles no sería de ningún modo una estipulación testamentaria. Tenía que tenerlos, el pobre niño. Pero dárselos sería como poner en juego su posición de completa dependencia. Era una especie de derecho que ella temía debilitar. Aún más, era probable que la susceptibilidad del señor Verloc no tolerara estar comprometido con su cuñado por las sillas en las que se sentaba. A través de una larga experiencia de caballeros huéspedes, la madre de la señora Verloc había adquirido una noción lúgubre pero resignada del aspecto fantástico de la naturaleza humana. ¿Y qué ocurriría si al señor Verloc se le ocurriera de pronto decirle a Stevie que se llevara sus benditos embelecocos a otra parte? Por otra parte, una división, por cuidadosa que fuese, podía constituir algún motivo de ofensa para Winnie. No. Stevie debía permanecer indigente y dependiente. Y en el momento de abandonar Brett Street ella había dicho a su hija: «No hay ninguna necesidad de esperar hasta mi muerte, ¿no es así? Todo lo que dejo aquí es tuyo desde ahora, querida».

Winnie, con el sombrero puesto, silenciosa detrás de la espalda de su madre, continuó arreglando el cuello del manto de la vieja mujer. Cogió su cartera, un paraguas, con rostro impasible. Había llegado el momento de gastar la suma de tres chelines y seis peniques en lo que bien podía ser el último viaje en coche de la vida de la madre de la señora Verloc. Ellas salieron de la puerta de la tienda.

El vehículo que las aguardaba habría servido para ilustrar el proverbio de que «la verdad puede ser más cruel que la caricatura», si dicho proverbio existiese. Arrastrándose detrás de un caballo enfermo, un coche metropolitano de alquiler avanzó sobre ruedas descentradas y con un cochero inválido en el pescante. Esta última particularidad causó alguna molestia. Al divisar un gancho de hierro que sobresalía de la manga izquierda del abrigo del hombre, la madre de la señora Verloc perdió de pronto el coraje heroico de estos días. Verdaderamente no pudo confiarse. «¿Qué piensas, Winnie?». Se quedó atrás. Las apasionadas protestas del cochero de cara ancha parecieron estrujadas de una garganta bloqueada. Inclinandose por encima de su pescante, susurró con misteriosa indignación. ¿Y ahora qué pasaba? ¿Era posible tratar a un hombre en esa forma? Su fisonomía enorme y desaseada resplandecía, roja, en la extensión pantanosa de la calle. Era posible que le hubieran concedido una licencia, preguntaba desesperadamente, si...

El policía de turno lo tranquilizó con una mirada amistosa; después, dirigiéndose sin excesiva consideración a las dos mujeres, dijo:

—Ha conducido un coche durante veinte años. Nunca supe que haya tenido un accidente.

—¡Accidente! —gritó el conductor con un silbido desdeñoso.

El testimonio del policía zanjó la cuestión. La modesta asamblea de siete personas, casi todas menores de edad, se dispersó. Winnie siguió a su madre hasta adentro del coche. Stevie se encaramó al pescante. Su boca abierta y ojos angustiados

reflejaban el estado de su mente con respecto a los intercambios que tenían lugar. En las calles estrechas, el progreso de la jornada se hacía sensible a los que estaban adentro por el deslizarse lento y tembloroso de las fachadas cercanas de las casas, con un gran estrépito y tintinear de cristales, como si estuvieran a punto de desplomarse detrás del coche; y el caballo enfermo, con el arnés colgado sobre el agudo espinazo y golpeando muy suelto sobre los corvejones, parecía danzar delicadamente sobre sus patas, con infinita paciencia. Más adelante, en el espacio más amplio de Whitehall, toda evidencia visual de movimiento se hizo imperceptible. El estrépito y el tintineo de cristales continuó en forma indefinida frente al largo edificio del Tesoro, y el tiempo mismo pareció detenerse.

Al final Winnie observó:

—Éste no es un caballo muy bueno.

Sus ojos brillaron fijos en la penumbra del coche, inmóviles. En el pescante, Stevie cerró primero la boca, a fin de espetar concienzudamente:

—No lo haga.

El conductor, manteniendo en alto las riendas enrolladas alrededor del garfio, no prestó atención. Quizá no había escuchado. El pecho de Stevie se levantó.

—No azote.

El hombre volvió lentamente su cara hinchada y húmeda, de muchos colores salpicados de pelillos blancos. Sus ojillos rojos resplandecían de humedad. Sus grandes labios tenían un tinte violeta. Permanecieron cerrados. Con el dorso sucio de la mano del látigo se restregó los pelos que brotaban en su barbilla enorme.

—No debe hacerlo —tartamudeó Stevie, con violencia—, que duele.

—No debo azotar —inquirió el otro en un susurro pensativo, y de inmediato dio un azote. No hizo esto porque su alma fuese cruel y su corazón malvado, sino porque tenía que ganarse su tarifa. Y durante un tiempo los muros de St. Stephen, con sus torres y sus pináculos, contemplaron inmóviles y en silencio un coche que tintineaba. Y que además, pese a todo, avanzaba. Pero en el puente hubo una conmoción. Stevie procedió de pronto a bajar del pescante. Hubo gritos en el pavimento, gente que corrió hacia adelante, el conductor tiró de las riendas, susurrando maldiciones llenas de indignación y asombro. Winnie bajó la ventanilla, y asomó la cabeza, blanca como un fantasma. En las profundidades del coche, su madre exclamaba, en tonos de angustia—: ¿Está herido ese niño? ¿Está herido ese niño?

Stevie no estaba herido. Ni siquiera se había caído, pero la excitación, como de costumbre, le había quitado toda capacidad de discurso coherente. Sólo atinaba a tartamudear junto a la ventanilla:

—Demasiado duro. Demasiado duro.

Winnie le puso la mano en el hombro.

—¡Stevie! Súbete al pescante inmediatamente, y no trates de bajarte de nuevo.

—No. No. Caminar. Tengo que caminar.

Al tratar de explicar el carácter de esa necesidad, tartamudeó hasta llegar a la

absoluta incoherencia. No había ninguna imposibilidad física que se opusiera a su capricho. Stevie habría podido mantenerse fácilmente al tranco del caballo enfermo, danzarín, sin perder el aliento. Pero su hermana le negó su consentimiento en forma decidida.

—¡Qué idea! ¡Cuándo se había visto eso! ¡Correr detrás de un coche!

Su madre, aterrorizada e impotente en las profundidades del vehículo, la conminaba:

—Oh, no lo dejes, Winnie. Se perderá. No lo dejes.

—Sin duda que no. ¡Cómo se te ocurre! El señor Verloc lo sentirá mucho cuando sepa de este disparate, Stevie... te lo aseguro. No estará nada contento.

Como la idea de la aflicción y del disgusto del señor Verloc siempre ejercía un poderoso influjo en la naturaleza fundamentalmente dócil de Stevie, éste abandonó toda resistencia, y se subió de nuevo al pescante, con cara de desesperación.

El cochero, con truculencia, volvió hacia él su rostro inflamado y enorme.

—No trate de repetir este jueguito de nuevo, joven.

Después de manifestarse en esta forma con un severo susurro, agotado por la tensión nerviosa, continuó su camino, rumiando con solemnidad. El incidente permanecía algo oscuro para su mente. Pero su intelecto, pese a haber perdido su vivacidad primigenia, adormecido por años de exposición sedentaria al clima, no carecía de independencia o de sensatez. Descartó gravemente la hipótesis de que Stevie fuese un mocoso borrachín.

En el interior del coche el aura de silencio, en la que las dos mujeres habían soportado hombro con hombro los remezones, el estrépito y el tintineo de la jornada, había sido rota por el estallido de Stevie. Winnie levantó su voz.

—Has hecho lo que querías, mamá. Tú serás la única responsable si después no estás feliz. Y no creo que lo estés. Eso no creo. ¿No tenías suficientes comodidades en la casa? ¿Qué dirá la gente de nosotros ahora que tú te entregas en esta forma a la beneficencia?

—Querida mía —gritó concienzudamente la vieja mujer por encima del ruido—, tú has sido para mí la mejor de las hijas. En cuanto al señor Verloc... él...

Como las palabras le faltaron al tratarse de las excelencias del señor Verloc, giró sus viejos ojos lacrimosos hacia el techo del coche. Después desvió la cabeza con el pretexto de mirar por la ventana, como para apreciar el avance que hacían. Era insignificante, y tenía lugar junto al filo de la acera. La noche, la sucia noche temprana, la siniestra, bulliciosa, desesperada y pendenciera noche del sur de Londres, la había alcanzado en su último trayecto en coche. A la luz de gas de las tiendas de techo bajo, sus grandes mejillas brillaban con un resplandor naranja debajo de un bonete negro y lila.

El cutis de la madre de la señora Verloc se había puesto amarillo por el efecto de la edad y de una predisposición natural a la bilis, favorecida por las pruebas de una existencia dificultosa y preocupada, primero como esposa y después como viuda. Era

un cutis que bajo la influencia del rubor adquiriría un tinte anaranjado. Y esta mujer, sin duda modesta, pero endurecida en las llamas de la adversidad, y de una edad, por añadidura, en que el rubor no es previsible, ciertamente se había ruborizado frente a su hija. En el recinto privado de un coche de cuatro ruedas, en camino a una cabaña de caridad (una en una serie) que por sus dimensiones exiguas y por la simplicidad de sus instalaciones, podía haber sido benévolamente concebida como lugar de preparación para las condiciones todavía más estrechas de la tumba, estaba obligada a esconder de su propia hija un sonrojo de remordimiento y de vergüenza.

¿Qué pensará la gente? Ella sabía muy bien lo que pensaba, esa gente a la que se refería Winnie: los viejos amigos de su marido, y otros también, cuya atención ella había solicitado con éxito tan halagador. Ella no había sabido antes hasta qué punto podía ser un buen mendigo. Pero suponía muy bien qué clase de deducciones se sacaban de su solicitud. En virtud de esa delicadeza inhibida, que coexiste con la agresiva brutalidad en la naturaleza masculina, las investigaciones acerca de su situación real no habían sido llevadas demasiado lejos. Ella las había mantenido a raya mediante una visible comprensión de los labios y cierto despliegue de una emoción que se proponía estar llena de elocuente silencio. Y los hombres, de acuerdo con los hábitos de su especie, quedaban súbitamente desprovistos de curiosidad. Más de una vez se felicitó a sí misma por no tener nada que ver con mujeres, puesto que ellas, por naturaleza más duras y ávidas de detalles, habrían estado ansiosas de recibir una información exacta acerca de la conducta egoísta de su hija y de su yerno que la había empujado a esas tristes emergencias. Fue sólo en presencia del secretario del gran cervecero, miembro del Parlamento y presidente de la beneficencia, quien, al actuar en representación de su jefe, se sentía obligado a ser escrupulosamente inquisitivo sobre las reales circunstancias de la solicitante, que ella estalló en francas y ruidosas lágrimas, tal como podría llorar una mujer acosada. El cortés y magro caballero, después de contemplarla con un aire de «haber caído de las nubes», retrocedió de su posición escudado en observaciones consoladoras. Ella no debía angustiarse. No había ninguna norma de la beneficencia que estipulara «viudas sin hijos». De hecho, eso estaba muy lejos de descalificarla. Pero la discreción del Comité debía ser una discreción informada. Uno podía comprender perfectamente que ella no deseara ser una carga, etc., etc. Ante lo cual, para profunda decepción del caballero, la madre de la señora Verloc lloró algo más con redoblada vehemencia.

Las lágrimas de esa mujer corpulenta provista de una peluca negra, llena de polvo, y de un antiguo vestido de seda adornado de lazos sucios de algodón blanco, eran lágrimas de genuino desamparo. Ella había llorado porque era heroica y sin escrúpulos y estaba llena de amor por sus dos hijos. Con frecuencia se sacrificaba a las niñas por el bienestar de los varones. En este caso ella sacrificaba a Winnie. Mediante la supresión de la verdad la calumniaba. Por supuesto, Winnie era independiente, y no necesitaba inquietarse por la opinión de gente que nunca vería y que nunca la vería a ella; en tanto que el pobre Stevie no tenía nada en el mundo que pudiera llamar

propio, con excepción del heroísmo y de la falta de escrúpulos de su madre.

Con el tiempo se gastó (ya que nada dura) la sensación inicial de seguridad derivada del matrimonio de Winnie, y la madre de la señora Verloc, en el retiro del dormitorio de atrás, evocó las lecciones de la experiencia que el mundo enseña a la mujer viuda. Pero las evocó sin amargura innecesaria; sus reservas de resignación casi se elevaban a la categoría de la dignidad. Ella reflexionó estoicamente que todo decae y se desgasta en este mundo; que a las personas bien dispuestas había que facilitarles el camino de la generosidad; que su hija Winnie era una hermana muy abnegada, y una esposa de toda confianza, sin duda. En lo que se refiere a la abnegación fraternal de Winnie, su estoicismo flaqueaba. Ella exceptuaba aquel sentimiento de la norma general del desgaste que afecta a todas las cosas humanas y a algunas divinas. No podía evitarlo; otra cosa la habría atemorizado mucho. Pero al examinar las condiciones del estado marital de su hija, ella rechazaba decididamente cualquier ilusión halagadora. Ella adoptaba el punto de vista frío y razonable de que mientras menos exigencias se impusieran a la bondad del señor Verloc, más probabilidades había de que sus efectos tuvieran una larga duración. Por supuesto que ese hombre excelente amaba a su mujer, pero no cabía duda de que preferiría mantener el mínimo de las relaciones de ella que fuese compatible con aquel sentimiento. Sería mejor si todo se concentraba en el pobre Stevie. Y la heroica anciana resolvió alejarse de sus hijos como un acto de abnegación y una medida de profunda política.

La «virtud» de esta política consistía en lo siguiente (la madre de la señora Verloc era sutil a su manera): que la posición moral de Stevie resultaría reforzada.^[12] El pobre niño —un niño bueno y útil, aunque un poco raro— carecía de una situación suficientemente sólida. Había sido recogido junto con su madre, de un modo semejante a como se había recogido el amueblado de la casa de Belgravia, como si perteneciera a ella en forma exclusiva. «¿Qué ocurrirá —se preguntaba ella (porque la madre de la señora Verloc era imaginativa en cierta medida)—, cuando yo me muera?». Y cuando se hacía esa pregunta se la hacía con temor. Y también era terrible pensar que entonces no tendría manera de saber qué ocurría con el pobre niño. Pero al entregarlo a su hermana, al irse en esta forma, ella le daba la ventaja de una posición directamente dependiente. Ésta era la consecuencia más sutil del heroísmo y de la falta de escrúpulos de la madre de la señora Verloc. Su acto de abandono era en realidad un arreglo para instalar permanentemente a su hijo en la vida. Si otra gente hacía sacrificios materiales para conseguir ese objetivo, ella actuaba en esa forma. Era la única forma. Además, ella estaría en condiciones de ver qué resultados daba. Para bien o para mal, evitaría la horrible incertidumbre en el lecho de muerte. Pero era duro, duro, cruelmente duro.

El coche golpeteaba, repiqueteaba, daba toda clase de remezones bruscos; de hecho, esto último era completamente extraordinario. Debido a su desproporcionada magnitud y violencia, borraba toda sensación de movimiento hacia adelante; y

producía el efecto de ser sacudido en un aparato inmóvil semejante a un instrumento medieval para el castigo del crimen, o de algún invento muy rebuscado para la curación de un hígado perezoso. Era extremadamente inquietante; y la voz de la madre de la señora Verloc, al elevarse por encima del bullicio, resonó como un lamento agudo.

—Sé, querida, que vendrás a visitarme lo más a menudo que puedas. ¿No es verdad?

—Por supuesto —respondió Winnie, lacónica, con la vista clavada al frente.

Y el coche se estremeció frente a una tienda sucia y rodeada de humo, en medio de un resplandor de gas y del olor a pescado frito.

La vieja mujer volvió a emitir un lamento.

—Y tengo que ver a ese pobre niño todos los domingos, querida. No le molestará pasar el día con su anciana madre...

Winnie gritó con estolidez:

—¡Imagínate tú! Ya lo creo que no. Ese pobre niño te echará de menos en una forma terrible. Ojalá que hubieras pensado un poco en eso, mamá.

¡No pensar en eso! La heroica mujer tragó un objeto juguetón e inconveniente, parecido a una bola de billar, que había tratado de saltar fuera de su garganta. Winnie estuvo un rato muda, haciendo pucheros hacia el frente del coche, y después hizo chasquear la voz, en un tono que no era habitual en ella:

—Me imagino el trabajo que me dará al comienzo, con lo intranquilo que estará...

—Haz lo que quieras, pero no lo dejes molestar a tu marido, querida.

Discutieron de este modo, en términos familiares, los aspectos de una situación nueva. Y el coche daba remezones. La madre de la señora Verloc manifestó algunas preocupaciones. ¿Se podía confiar en que Stevie hiciera solo todo ese recorrido? Winnie sostuvo que ahora estaba mucho menos «ido». Estuvieron de acuerdo en eso. Era algo que no se podía negar. Mucho menos, casi nada. Se hablaban a gritos en medio de la sonajera con relativa animación. Pero de pronto la ansiedad maternal volvió a salir a flote. Había que tomar dos buses, y hacer una pequeña caminata entremedio. ¡Era demasiado difícil! La vieja mujer se vio abrumada por el dolor y la consternación.

Winnie miró al frente.

—No te alteres en esta forma, mamá. Tienes que verlo, por supuesto.

—No, querida. Trataré de no hacerlo.

Hizo ademán de secarse los ojos llorosos.

—No tendrás tiempo para acompañarlo, y si él se distrajera y perdiera su camino y alguien le hablara con demasiada brusquedad, su nombre y su dirección se le podrían salir de la memoria, y andaría perdido durante días y días...

El corazón se le apretaba ante la visión del pobre Stevie en la enfermería de un hospicio, aunque sólo fuese durante la búsqueda. La mirada de Winnie se había

puesto dura, intencionada, inventiva.

—No puedo llevártelo cada semana —gritó—. Pero no te preocupes, madre. Me preocuparé de que no se pierda por mucho tiempo.

Sintieron un golpe especial; delante de las ventanillas bulliciosas del coche se presentó una visión de pilares de ladrillo; el súbito cese de los atroces remezones y del vociferante repiqueteo dejó a las dos mujeres sin habla. ¿Qué había ocurrido? Permanecieron inmóviles y asustadas en la profunda quietud, hasta que se abrió la puerta, y se escuchó un susurro áspero y forzado:

—¡Aquí estamos!

Una hilera de casitas con aleros, cada una provista de una borrosa ventana amarilla, en la planta baja, rodeaba una oscura extensión abierta de césped plantado de arbustos y separado por medio de una cerca de la masa de luces y sombras de la espaciosa calle, que resonaba con el monótono rumor del tráfico. Frente a la puerta de una de estas casas diminutas —una que no tenía luz en la pequeña ventana del piso bajo— el coche se había detenido. La madre de la señora Verloc bajó primero, de espaldas, con una llave en la mano. Winnie se demoró en la vereda de lajas para pagarle al cochero. Stevie, después de ayudar a llevar al interior una cantidad de pequeños paquetes, salió y se paró bajo la luz de una lámpara de gas que pertenecía a la institución. El cochero miró las monedas de plata, que parecían mínimas en su palma grande y sucia y que simbolizaban, de este modo, los resultados insignificantes que constituyen la recompensa del ambicioso valor y del tesón de una humanidad cuyo paso por esta tierra de desdichas es breve.

Se le había pagado decentemente —cuatro monedas de un chelín— y las contemplaba con perfecta calma, como si hubieran sido los elementos sorprendentes de un problema melancólico. El lento traspaso de ese tesoro a un bolsillo interior exigió laboriosos tanteos en la profundidad de ropas gastadas. Su forma era encorvada y carente de flexibilidad. Stevie, delgado, con los hombros un poco levantados, y las manos muy hundidas en los bolsillos de su grueso abrigo, permanecía en el borde de la vereda, haciendo pucheros.

El cochero hizo una pausa en sus premeditados movimientos, como si hubiera sufrido el impacto de un recuerdo confuso.

—¡Oh! Ahí estás tú, jovencito —susurró—. Lo reconocerías de nuevo, ¿no es así?

Stevie estaba mirando el caballo, cuyos cuartos traseros parecían indebidamente levantados por efectos de la liberación. La pequeña cola tiesa parecía haber sido incrustada para hacer un chiste cruel; y en el otro extremo, el cuello delgado, plano, como una plancha cubierta de vieja crin de caballo, se inclinaba bajo el peso de una enorme cabeza huesuda. Las orejas colgaban en ángulos diferentes, con negligencia; y la figura macabra de ese habitante mudo de la tierra, desde sus costillas y su espinazo, se levantaba recta, como un vapor que penetrara en la tranquila humedad de la atmósfera.

El cochero golpeó levemente el pecho de Stevie con el garfio de hierro que

sobresalía de una manga desharrapada y sucia.

—Mira, jovencito. ¿Te gustaría estar sentado detrás de este caballo hasta las dos de la mañana quizás?

Stevie dirigió una mirada vacía a los intensos ojillos de párpados rojizos en los bordes.

—No es cojo —prosiguió el otro, susurrando con energía—. No tiene heridas en la piel. Helo aquí. Te gustaría...

Su voz tensa, extinguida, confería a sus palabras un tono de secreto vehemente. La mirada vacía de Stevie se transformaba lentamente en miedo.

—¡Fíjate bien! Hasta las tres y cuarto de la mañana. Hambriento y con frío. A la caza de tarifas. Borrachos.

Sus joviales mejillas purpúreas estaban erizadas de pelillos blancos; y como el Sileno de Virgilio, que con la cara manchada por el jugo morado lanzaba sus discursos acerca de los dioses del Olimpo a los pastores inocentes de Sicilia, le habló a Stevie de cuestiones domésticas y de los asuntos de hombres cuyos sufrimientos son grandes y cuya inmortalidad no es de ningún modo segura.

—Soy un cochero nocturno, eso soy —murmuró, con una especie de exasperación jactanciosa—. Tengo que llevar todo lo que se me presente por cuadra. Tengo a mi mujer y cuatro chiquillos en casa.

Era una declaración de paternidad cuya naturaleza monstruosa pareció dejar al mundo en un estado de mudez. Reinó un silencio durante el cual los flancos del viejo caballo, el corcel de miseria apocalíptica, humearon hacia arriba a la luz de la caritativa lámpara de gas.

El cochero gruñó, y después agregó en su misterioso murmullo:

—Éste no es un mundo fácil.

La cara de Stevie se había estado retorciendo y al fin sus emociones estallaron en su forma habitualmente concisa.

—¡Malo! ¡Malo!

Su mirada permaneció fija en las costillas del caballo, consciente y sombría, como si tuviera miedo de mirar a su alrededor la maldad del mundo. Y su delgadez, sus labios rosados y su tez pálida, clara, le daban el aspecto de un niño delicado, a pesar de los incipientes brotes de vello rubio en sus mejillas. Hizo un puchero de niño asustado. El conductor, bajo y ancho, lo miró con sus ojillos intensos, que parecían consumirse en un líquido transparente y corrosivo.

—Duro para los caballos, pero mucho más duro, por los mil demonios, para pobres tipos como yo —susurró de un modo apenas audible.

—¡Pobre! ¡Pobre! —tartamudeó Stevie, hundiendo más las manos en los bolsillos con simpatía convulsiva. No podía decir nada; porque la ternura frente a cualquier dolor y frente a toda miseria, el deseo de hacer felices al caballo y al cochero, habían llegado al extremo de una ansiedad extraña por llevárselos a dormir con él. Y él sabía que eso era imposible. Porque Stevie no estaba loco. Era, por así decirlo, una

ansiedad simbólica; y a la vez era muy nítida, porque brotaba de la experiencia, la madre de la sabiduría. Así, cuando se acurrucaba de niño en un rincón oscuro, asustado, desgraciado, adolorido, mísero con la negra, negra miseria del alma, solía aparecer la hermana Winnie, y llevarlo a la cama con ella, como a un paraíso de paz consoladora. Pese a tener tendencia a olvidar los simples hechos, tales como su nombre y dirección, por ejemplo, Stevie tenía una memoria fiel de las sensaciones. Ser llevado a un lecho compasivo era el supremo remedio, con la única desventaja de ser difícil de aplicar en gran escala. Y mirando al cochero, Stevie percibió esto con claridad, porque era razonable.

El cochero continuó con sus prolijos preparativos como si no hubiera existido Stevie. Hizo ademán de elevarse hasta el pescante, pero en el último momento, por algún motivo oscuro, quizá sólo por hastío con la práctica del coche, desistió. Se aproximó, en cambio, al compañero inmóvil de sus labores, e inclinándose para alcanzar la rienda, levantó la voluminosa y fatigada cabeza hasta la altura de sus hombros con un movimiento de su brazo derecho, como una prueba de fuerza.

—Ven —susurró, secretamente.

Se llevó, cojeando, el coche. Había un aire de austeridad en esta partida. Los guijarros aplastados del camino crujían bajo el lento rodar de las ruedas, y los delgados miembros del caballo se alejaban, con ascética determinación, de la zona de luz a la oscuridad del espacio abierto, confusamente rodeado por los techos puntiagudos y por el brillo tenue de las ventanas de los pequeños asilos. La queja de los guijarros se desplazó con lentitud a lo largo de todo el camino. El lento cortejo reapareció entre las luces de la entrada del asilo, iluminado por un momento: el hombre corto, grueso, que cojeaba afanosamente, manteniendo en alto en su puño la cabeza del caballo mientras el desgarrado animal caminaba con dignidad tiesa y distante y la caja con ruedas, baja y oscura, rodaba detrás en forma cómica, con aspecto de contonearse. Torcieron a la izquierda. Había una taberna al final de la calle, a unas cincuenta yardas de la entrada.

Abandonado junto al farol de la beneficencia, con las manos hundidas en sus bolsillos, Stevie miraba con vacío malhumor. Sus manos débiles, incapaces, se agarrotaban con fuerza en el fondo de sus bolsillos en un par de puños furiosos. Frente a cualquier cosa que afectara en forma directa o indirecta a su miedo morboso del dolor, Stevie terminaba por volverse agresivo. Su pecho frágil se hinchaba hasta estallar con una indignación magnánima, y hacía que sus ojos cándidos se tornaran bizcos. Lleno de suprema sabiduría para conocer su propia impotencia, Stevie no era suficientemente sabio para reprimir sus pasiones. La ternura de su caridad universal tenía dos fases unidas y conectadas en forma tan indisoluble como el anverso y el reverso de una medalla. A la angustia de una compasión desmesurada sucedía el dolor de una rabia inocente pero despiadada. Como la manifestación externa de esos dos estados tenía los mismos signos de pueril agitación del cuerpo, su hermana Winnie calmaba su excitación sin adivinar nunca su doble carácter. La señora Verloc

no dilapidaba porción alguna de esta vida transitoria en la búsqueda de información fundamental. Ésta es una forma de economía que tiene todas las apariencias y alguna de las ventajas de la prudencia. Es obvio que no saber demasiado puede ser bueno para uno. Y ese punto de vista concuerda muy bien con los temperamentos indolentes.

En esa tarde en que se podía decir que la madre de la señora Verloc, al haberse despedido en forma definitiva de sus hijos, también se había despedido de esta vida, Winnie Verloc no investigó la psicología de su hermano. El pobre niño estaba excitado, por supuesto. Después de asegurarle a la vieja mujer en el umbral, una vez más, que ella sabría evitar el riesgo de que Stevie se perdiera por mucho rato en sus peregrinajes de amor filial, tomó el brazo de su hermano para retirarse. Stevie ni siquiera emitió un murmullo, pero con el particular instinto de devoción fraternal que había desarrollado en su temprana infancia, ella sintió que el niño estaba sin duda extremadamente excitado. Aferrándose con fuerza a su brazo, bajo la apariencia de reclinarse en él, ella pensó en algunas palabras adecuadas para la ocasión.

—Pues bien, Stevie, tienes que ocuparte de mí al atravesar las esquinas, y subir primero al ómnibus, como un buen hermano.

Este llamado a la protección masculina fue recibido por Stevie con su docilidad habitual. Fue halagador para él. Él levantó su cabeza y sacó pecho.

—No te pongas nerviosa, Winnie. ¡No debes ponerte nerviosa! No hay problemas con el bus —contestó con un tartamudeo brusco, apresurado, que tenía algo de la timidez de un niño y de la determinación de un hombre. Avanzó sin miedo del brazo de la mujer, pero su labio inferior colgaba. Sin embargo, en el pavimento de la ancha y pobre avenida, cuya pobreza en todos los aspectos quedaba absurdamente en evidencia debido a una loca profusión de lámparas de gas, el parecido de ambos era tan evidente que podía sorprender a los accidentales transeúntes.

Frente a las puertas de la taberna de la esquina, donde la profusión de luces alcanzaba una intensidad perversa, un coche de cuatro ruedas detenido junto a la acera, sin nadie en el pescante, parecía lanzado al arroyo debido a un deterioro irremediable. La señora Verloc reconoció el vehículo. Su aspecto era tan profundamente lamentable, con una miseria grotesca y una tan acabada sordidez en los detalles macabros, como si fuese el mismísimo Coche de la Muerte, que la señora Verloc, con esa pronta compasión de una mujer por un caballo (cuando ella no está sentada detrás), exclamó vagamente:

—¡Pobre bestia!

Stevie se detuvo en forma brusca y dio un tirón a su hermana.

—¡Pobre! ¡Pobre! —exclamó, lleno de comprensión—. Y pobre cochero, también. Él me lo dijo.

Se vio dominado por la contemplación de la cabalgadura solitaria y lisiada. Permaneció ahí obstinadamente, a pesar de los empujones, tratando de expresar el nuevo punto de vista que había despertado sus simpatías y que concernía a la estrecha

relación entre la miseria humana y la equina. Pero era muy difícil.

—¡Pobre bestia, pobre gente! —Era lo único que él atinaba a repetir. Carecía del vigor suficiente, y concluyó con un resoplido furibundo—: ¡Vergüenza!

Stevie no era un maestro del lenguaje, y a esa razón precisa se debía, quizá, que sus pensamientos carecieran de claridad y precisión. Pero sentía de un modo más completo y con alguna profundidad. Esa pequeña palabra contenía toda su indignación y su horror ante el hecho de que una forma de miseria tuviera que alimentarse de las angustias de la otra; el pobre cochero golpeando al pobre caballo en nombre, por así decirlo, de los pobres niños que tenía en casa. Y Stevie sabía lo que era recibir azotes. Lo sabía por experiencia. Era un mundo malo. ¡Malo! ¡Malo!

La señora Verloc, su única hermana, guardiana, y protectora, no podía aspirar a esas profundidades de conocimiento. Además, ella no había estado sometida a la magia de la elocuencia del cochero. Ella estaba en la sombra con respecto al significado esencial de la palabra «Vergüenza». Y dijo plácidamente:

—Vamos, Stevie. Tú no puedes hacer nada contra eso.

El dócil Stevie siguió su camino; pero lo siguió, ahora, sin orgullo, con paso vacilante, y mascullando medias palabras, e incluso palabras que habrían sido completas si no hubieran estado compuestas de mitades que no pertenecían unas a otras. Era como si hubiera estado tratando de ajustar a sus sentimientos todas las palabras que podía recordar, a fin de obtener alguna especie de idea que correspondiera. Y, dicho sea de paso, terminó por obtenerla. Se quedó atrás para manifestarla de inmediato.

—Mundo malo para la gente pobre.

Apenas había expresado ese pensamiento, comprendió que ya le resultaba conocido en todas sus consecuencias. Esta circunstancia fortaleció inmensamente su convicción, pero aumentó su indignación también. Alguien, sintió, debía ser castigado por ello —castigado con gran severidad. Como no era un escéptico, sino una criatura moral, en cierto modo estaba a la merced de sus pasiones virtuosas.^[13]

—¡Bestial! —agregó, con toda concisión.

Era claro para la señora Verloc que él estaba extremadamente excitado.

—Nadie puede remediar eso —dijo—. Por favor, ven. ¿Es ésa la forma en que me estás cuidando?

Stevie reanudó su marcha con docilidad. Él se enorgullecía de ser un buen hermano. Su moral, que era muy completa, le exigía eso. Sentía, sin embargo, tristeza por la información que le proporcionaba su hermana Winnie, que era buena. ¡Nadie podía remediar eso! Caminaba abatido, pero ahora le mejoró el ánimo. Como el resto de la humanidad, perpleja frente al misterio del universo, tenía sus momentos de consoladora confianza en los poderes organizados de la tierra.

—La policía —sugirió, confiadamente.

—Los policías no son para eso —observó la señora Verloc, brevemente, apurando el paso.

La cara de Stevie se alargó considerablemente. Estaba pensando. Mientras más intenso era su pensamiento, más relajada era la caída de su mandíbula inferior. Y cuando abandonó su empresa intelectual, lo hizo con un aspecto de vacío irremediable.

—¿No son para eso? —murmuró, resignado pero sorprendido—. ¿No son para eso?

Se había formado una concepción ideal de la policía metropolitana como una especie de institución benévola para la supresión del mal. La noción de benevolencia, sobre todo, estaba muy estrechamente asociada con su sentido del poder del hombre de azul. Había querido tiernamente a todos los agentes de policía, con una candorosa sinceridad. Y estaba apenado. También estaba irritado por una sospecha de duplicidad entre los miembros del cuerpo. Porque Stevie era franco y abierto como el día mismo. ¿Por qué motivo, entonces, fingían ser lo que no eran? A diferencia de su hermana, que ponía su confianza en valores externos, él deseaba ir al fondo de las cosas. Continuó su encuesta por medio de un enojado desafío.

—¿Para qué están, entonces, Winnie? ¿Para qué están? Dime.

A Winnie le disgustaba la controversia. Pero como temía un acceso de negra depresión si a Stevie le hacía demasiada falta su madre en un comienzo, no evitó por completo la discusión. Libre de toda ironía, contestó en una forma, sin embargo, que no dejaba del todo de ser natural en la esposa del señor Verloc, delegado del Comité Central Rojo, amigo personal de ciertos anarquistas, y partidario de la revolución social.

—¿No sabes para qué sirve la policía, Stevie? Ellos están ahí para impedir que los que no tienen nada le quiten algo a los que tienen.

Ella evitó usar el verbo «robar», porque siempre hacía sentirse incómodo a su hermano. Porque Stevie era delicadamente honesto. Se le habían inculcado algunos principios sencillos con tanta ansiedad (debido a su «rareza»), que el simple nombre de ciertas transgresiones lo llenaba de horror. Siempre se había dejado impresionar fácilmente por los discursos. Ahora estaba impresionado y asombrado, y su inteligencia estaba muy alerta.

—¿Qué? —preguntó de inmediato, ansiosamente—. ¿Ni siquiera si tienen hambre? ¿No deben?

Los dos se habían detenido en su camino.

—Ni siquiera si alguna vez tuvieran hambre —dijo la señora Verloc, con la ecuanimidad de una persona indiferente al problema de la distribución de la riqueza, y explorando la perspectiva de la calle en busca de un ómnibus del color adecuado—. Sin duda que no. ¿Pero para qué hablar de todo eso? Tú nunca has tenido hambre.

Dirigió una rápida mirada al muchacho, casi un hombre joven, al lado suyo. Lo vio amable, atractivo, afectuoso, y sólo un poco, un poquito raro. Y ella no podía verlo de otro modo, porque él estaba conectado con lo que había de la sal de la pasión en su vida insípida —la pasión de la indignación, del valor, de la piedad, e incluso del

autosacrificio. Ella no agregó: «Y es probable que nunca tengas mientras yo viva». Pero lo habría podido agregar perfectamente, ya que había tomado medidas efectivas para alcanzar ese fin. El señor Verloc era un muy buen marido. Tenía la honesta impresión de que a nadie podía dejar de gustarle el muchacho. De pronto gritó:

—Rápido, Stevie. Detén el bus verde.

Y Stevie, trémulo e importante con su hermana Winnie cogida de su brazo, lanzó el otro muy alto por encima de su cabeza frente al bus que se aproximaba, con pleno éxito.

Una hora más tarde, el señor Verloc levantó los ojos de un periódico que leía, o que por lo menos miraba, detrás del mostrador, y en el bullicio decreciente de la campanilla de la puerta observó a Winnie, su esposa, entrar y cruzar la tienda en su camino al piso alto, seguida por Stevie, su cuñado. La vista de su mujer era agradable para el señor Verloc. Así era su idiosincrasia. La figura de su cuñado permaneció imperceptible para él a causa de esa cavilación morosa que últimamente se había interpuesto como un velo entre el señor Verloc y las apariencias del mundo de los sentidos. Siguió a su mujer con una mirada fija, sin decir palabra, como si ella hubiera sido un fantasma. En el hogar su voz era ronca y plácida, pero ahora no se la escuchó en absoluto. No se la escuchó en la cena, a la que su mujer lo llamó con su modo habitualmente lacónico: «Adolfo». Se sentó a consumirla sin convicción, usando su sombrero muy echado para atrás en la cabeza. No era la afición a la vida de puerta afuera, sino la frecuentación de cafés extranjeros, la responsable de ese hábito, que confería un carácter de poca ceremoniosa transitoriedad a la sólida fidelidad del señor Verloc a su hogar. Dos veces, al escuchar la llamada de la campanilla trizada, el señor Verloc se levantó en silencio, desapareció en el interior de la tienda, y regresó sin decir palabra. La señora Verloc adquirió, durante estas ausencias, una conciencia aguda del sitio vacío a su mano derecha, echó mucho de menos a su madre, y puso una mirada pétrea; en tanto que Stevie, por la misma razón, movía los pies todo el tiempo, como si el suelo debajo de la mesa estuviera desagradablemente caliente. Cuando el señor Verloc regresó a sentarse en su sitio, como la personificación del silencio, el carácter de la mirada de la señora Verloc sufrió un cambio sutil, y Stevie dejó de jugar con sus pies, a causa de su grande y temerosa consideración por el marido de su hermana. Le dirigió miradas de compasión respetuosa. El señor Verloc estaba apenado. Su hermana Winnie le había hecho saber (en el ómnibus) que encontrarían al señor Verloc en casa en un estado de pesadumbre, y que no debía ser molestado. La cólera de su padre, la irritabilidad de los caballeros pensionistas, y la tendencia del señor Verloc a la inmoderada tristeza, habían sido las principales pruebas para el autocontrol de Stevie. De todos estos sentimientos, provocados todos con facilidad, pero no siempre fáciles de comprender, el último tenía la mayor eficiencia moral, porque el señor Verloc era *bueno*. Su madre y su hermana habían establecido esa verdad ética sobre fundamentos inconmovibles. La habían establecido, erigido, consagrado a espaldas del señor Verloc, por razones que no

tenían nada que ver con la moralidad abstracta. Y el señor Verloc no tenía conciencia de ello. No hacemos más que rendirle justicia al afirmar que no tenía la menor idea de que, a los ojos de Stevie parecía bueno. Así era, sin embargo. Era el único hombre calificado en esa forma entre los que conocía Stevie, ya que los caballeros pensionistas habían sido demasiado pasajeros y demasiado remotos como para tener algún rasgo muy distintivo, con excepción quizá de sus botas; y en lo que se refiere a las medidas disciplinarias de su padre, la desolación de su madre y hermana les impedía levantar una teoría de la bondad frente a la víctima. Habría sido demasiado cruel. E incluso era posible que Stevie no les hubiera creído. En lo que afectaba al señor Verloc, ningún obstáculo podía interponerse frente a la creencia de Stevie. El señor Verloc era obvia y sin embargo misteriosamente bueno. Y la pena de un hombre *bueno* es augusta.

Stevie lanzó miradas de compasión reverencial a su cuñado. El señor Verloc estaba apenado. El hermano de Winnie sentía que nunca había comulgado tan de cerca con el misterio de la bondad de ese hombre. Era una pena comprensible. Y el propio Stevie estaba apenado. Estaba muy apenado. La misma clase de pena. Y como su atención quedó fijada en este estado desagradable, Stevie movió sus pies. Sus sentimientos se manifestaban habitualmente por la agitación de sus miembros.

—Deja los pies tranquilos, querido —dijo la señora Verloc, con autoridad y ternura; después, dirigiéndose a su marido con una voz indiferente, obra maestra de tacto instintivo—: ¿Vas a salir esta noche? —preguntó.

La simple sugerencia pareció repugnar al señor Verloc. Sacudió la cabeza, pensativo, y después permaneció inmóvil, con los ojos bajos, contemplando durante un largo minuto el pedazo de queso que tenía en el plato. Al final de ese período de tiempo se levantó, y salió —salió de la casa en medio del alboroto de la campanilla de la tienda—. Si actuó con esta inconsistencia, no fue por ningún deseo de hacerse desagradable, sino por una intranquilidad invencible. Salir no era ningún don de este mundo. No había ningún lugar en Londres donde pudiera encontrar lo que quería. Pero salió. Arrastró un cortejo de pensamientos lúgubres a lo largo de calles oscuras, a través de calles iluminadas, dentro y fuera de un par de bares de reputación dudosa, como en un tímido intento de hacer una noche de fiesta, y por último regresó de nuevo a su casa amenazada, donde se sentó detrás del mostrador, fatigado, y ellos rápidamente formaron una multitud alrededor suyo, como una jauría de negros lebreles hambrientos. Después de cerrar la casa con llave y de apagar el gas, subió con ellos; una escolta terrible para un hombre que se iba a su cama. Su mujer lo había precedido por poco tiempo, y con su forma ampulosa vagamente definida bajo el cubrecama, su cabeza en la almohada, y una mano bajo la mejilla, ofrecía a su vista distraída el espectáculo de una temprana somnolencia, demostrativa de la posesión de un alma equilibrada. Sus grandes ojos miraban muy abiertos, inertes y oscuros frente a la blancura de nieve de las sábanas. Ella no se movió.

Ella tenía un alma equilibrada. Sentía profundamente que las cosas no soportaban

que se las observara muy de cerca. De ese instinto hacía ella su fuerza y su sabiduría. Pero el silencio taciturno del señor Verloc había pesado con mucha fuerza sobre ella durante un buen número de días. En realidad, le estaba afectando los nervios. Reclinada e inmóvil, dijo con placidez:

—Vas a pescar un resfriado si sigues caminando así, en calcetines.

Estas palabras, adecuadas a la solicitud de la esposa y a la prudencia de la mujer, tomaron al señor Verloc por sorpresa.

Había dejado sus botas en la planta baja, pero se había olvidado de ponerse las zapatillas, y había estado dando vueltas por la habitación con silenciosos pasos como un oso en una jaula. Ante el sonido de la voz de su mujer, se detuvo y la miró con una mirada sonámbula, inexpresiva, por tan largo rato que la señora Verloc movió sus muslos ligeramente bajo la ropa de cama. Pero no movió su cabeza negra hundida en la almohada blanca, con una mano debajo de su mejilla y los ojos grandes, oscuros, que no pestañeaban.

Bajo la mirada inexpresiva de su marido, y recordando el dormitorio vacío de su madre al otro lado del rellano de la escalera, sintió un dolor agudo de soledad. Antes nunca había estado separada de su madre. Ellas habían vivido una junto a la otra. Así lo sentía ella, y ahora se dijo que su madre había partido —partido definitivamente. La señora Verloc no tenía ilusiones. Stevie se quedaba, sin embargo. Y ella dijo:

—Mamá hizo lo que le dio la gana de hacer. Eso no tiene, que yo sepa, ningún sentido. Estoy segura de que no pudo pensar que estabas cansado de ella. Es perfectamente malvado, abandonarnos en esta forma.

El señor Verloc no era una persona muy leída; su registro de frases alusivas era limitado, pero las circunstancias estaban particularmente cargadas de un sentido que lo hacía pensar en las ratas que abandonan un barco predestinado. Estuvo muy cerca de decir eso. Se había vuelto desconfiado y amargo. ¿Podía ser que la vieja mujer tuviese tan excelente olfato? Pero la irracionalidad de esa sospecha era evidente, y el señor Verloc refrenó su lengua. No del todo, sin embargo. Murmuró, pesadamente:

—Quizá sea mejor así.

Comenzó a desvestirse. La señora Verloc se mantuvo muy tranquila, perfectamente tranquila, con los ojos fijos en una contemplación quieta, soñadora. Y su corazón, durante una fracción de segundo, también pareció detenerse. Esa noche ella «no era ella misma», como suele decirse, y comprendió con cierta fuerza que una frase sencilla puede contener diversos significados, en su mayoría desagradables. ¿Cómo era que quizá fuese mejor así? ¿Y por qué? Pero ella no se permitió a sí misma incurrir en el ocio de la especulación vacía. Más bien sintió que se confirmaba su creencia de que las cosas no admiten una observación muy atenta. Como a su modo era sutil y práctica, llevó a Stevie al primer plano sin pérdida de tiempo, porque en ella la singularidad del propósito tenía el carácter inequívoco y la fuerza del instinto.

—No sé qué haré para levantarle el ánimo a ese niño en los primeros días. Estará

inquieto desde la mañana hasta la noche antes de que se acostumbre a la ausencia de su madre. Y es tan buen niño. No sé qué me haría sin él.

El señor Verloc continuó despojándose de su ropa con la distraída concentración interior del hombre que se desviste en la soledad de un desierto vasto y sin esperanzas. Porque así de inhospitalaria se presentaba esta hermosa tierra, nuestra herencia común, a los ojos del espíritu del señor Verloc. Todo estaba tan quieto, adentro y afuera, que el solitario tic tac del reloj del rellano penetró en el dormitorio, como en busca de compañía.

Después de meterse a la cama en su lado, el señor Verloc permaneció postrado y mudo detrás de la espalda de la señora Verloc. Sus gruesos brazos permanecieron abandonados en la parte exterior del cubrecama, como armas inutilizadas, como herramientas desechadas. En ese momento le faltaba un pelo para confesárselo todo a su mujer. El momento parecía propicio. Mirando por las esquinas de los ojos, vio sus hombros voluminosos envueltos en la ropa blanca, la parte posterior de su cabeza, con el pelo arreglado para la noche en tres trenzas atadas con cintas negras en los extremos. Y él se abstuvo. El señor Verloc amaba a su esposa como se debe amar a una esposa —esto es, maritalmente, con la consideración que uno tiene por su posesión principal—. Esta cabeza arreglada para la noche, estos hombros voluminosos, tenían un aspecto de santidad familiar: la santidad de la paz doméstica. Ella no se movía, maciza e informe como una estatua tumbada a la intemperie; él recordó sus ojos abiertos de par en par y contemplando la habitación vacía. Ella era misteriosa, con el misterio de los seres vivientes. El famoso agente secreto A de los despachos alarmistas del difunto barón Stott-Wartenheim no era hombre de penetrar en tales misterios. Se intimidaba con facilidad. Y también era indolente, con esa indolencia que a menudo es el secreto del buen carácter. Se abstuvo de tocar ese misterio por amor, timidez, e indolencia. Siempre habría tiempo suficiente. Durante varios minutos soportó sus sufrimientos en forma silenciosa en el silencio somnoliento del dormitorio. Y después lo perturbó con una declaración resuelta.

—Viajo al continente mañana.

Su mujer ya podía haberse quedado dormida. Él no podía saberlo. En realidad, la señora Verloc le había escuchado. Sus ojos permanecieron muy abiertos, y ella continuó muy quieta, confirmada en su convicción instintiva de que las cosas no toleran que se las examine demasiado de cerca. Y sin embargo, no había nada de anormal en el hecho de que el señor Verloc hiciera ese viaje. Renovaba sus existencias en París y Bruselas. A veces iba a hacer sus adquisiciones en persona. Alrededor de la tienda de Brett Street había empezado a formarse un pequeño grupo selecto de aficionados, un grupo de relaciones secretas extremadamente adecuadas para cualquier negocio que emprendiera el señor Verloc, quien, debido a una concordancia mística del temperamento y de la necesidad, había sido destinado a ser un agente secreto toda su vida.

Esperó un momento, y añadió en seguida:

—Estaré fuera una semana o quizá quince días. Consigue que la señora Neale venga por el día.

La señora Neale era la sirvienta de Brett Street. Víctima de su matrimonio con un carpintero disipado, estaba oprimida por las necesidades de muchos hijos pequeños. De brazos rojos, y cubierta hasta las axilas por un tosco delantal de tela de saco, exudaba la angustia de los pobres en un hálito de aguas jabonosas y de ron, en el ruido del fregado y en el estrépito de los baldes.

La señora Verloc, llena de profunda intención, habló con el tono de la más ligera indiferencia.

—No hay ninguna necesidad de tener a la mujer aquí todo el día. Me las arreglaré muy bien con Stevie.

Dejó que el solitario reloj del rellano avanzara quince tic tacs hacia el abismo de la eternidad, y preguntó:

—¿Quieres que apague la luz?

El señor Verloc le replicó a su mujer roncamente:

—Apágala.

Nueve

Cuando el señor Verloc regresó del continente al cabo de diez días, traía una mente que sin duda no había sido refrescada por las maravillas de un viaje al extranjero y un rostro que no había sido iluminado por las alegrías de volver al hogar. Penetró en el estrépito de la campanilla de la tienda con un aire de agotamiento disgustado y sombrío. Con la maleta en la mano y la cabeza baja, avanzó derecho detrás del mostrador, y se dejó caer en una silla, como si hubiera recorrido a pie todo el camino desde Dover. Era temprano en la mañana. Stevie, que sacudía el polvo de diversos objetos desplegados en las vitrinas, se volvió para mirarlo con temor reverencial.

—¡Toma! —dijo el señor Verloc, dando un ligero puntapié a la maleta de viaje que estaba en el suelo; y Stevie se lanzó sobre ella, la cogió y se la llevó con devoción triunfal. Actuó con tanta prontitud que el señor Verloc quedó claramente sorprendido.

Ya la señora Neale, ante el ruido de la campanilla, había mirado a través de la puerta, mientras limpiaba de rodillas la chimenea de la sala, se había levantado y había partido, en delantal, manchada por el interminable trabajo, a decirle a la señora Verloc en la cocina que «ahí estaba el señor de vuelta».

Winnie no se acercó más allá de la puerta interior de la tienda.

—Querrás desayuno —dijo desde la distancia.

El señor Verloc movió las manos ligeramente, como si estuviera desbordado por una sugerencia imposible. Pero una vez arrastrado a la sala, no rechazó la comida que le habían puesto delante. Comió como si se encontrara en un lugar público, con el sombrero dejándole toda la frente al descubierto, mientras las colas de su pesado abrigo le colgaban en forma de triángulo a cada lado de la silla. Y a través de la extensión de la mesa cubierta con un mantel marrón, Winnie, su esposa, le hablaba con su charla conyugal sedante, tan diestramente adaptada, sin duda, a las circunstancias de este regreso, como la charla de Penélope al retorno del errante Odiseo. Sin embargo, la señora Verloc no había hecho labores de tejido durante la ausencia de su esposo. Pero había hecho limpiar a fondo la habitación de arriba, había vendido algo de mercadería, había visto varias veces al señor Michaelis. Él le había contado la última vez que se iba a vivir a una cabaña en el campo, algún lugar situado en la línea de Londres, Chatam y Dover. Karl Yundt había venido, también, una vez, conducido del brazo por esa «anciana y perversa ama de llaves suya». Era «un viejo repelente». Dei camarada Ossipon, que ella había recibido con sequedad, atrincherada detrás del mostrador con cara de palo y una mirada distante, no dijo nada, pero su

referencia mental al robusto anarquista estuvo señalada por una breve pausa, con el más leve de los rubores posibles. Y llevando a colación tan pronto como pudo el tema de su hermano Stevie en el transcurso de los sucesos domésticos, dijo que el muchacho había estado bastante triste.

—Todo se debe a que mamá nos abandonara en esta forma.

El señor Verloc no dijo «¡Maldita sea!», ni siquiera dijo «¡Que Stevie se vaya al infierno!». Y la señora Verloc, que no fue admitida al secreto de sus pensamientos, no pudo apreciar la generosidad de esta reserva.

—No es que no trabaje tan bien como siempre —continuó ella—. Se ha estado haciendo muy útil. Uno diría que nunca está satisfecho de lo que hace por nosotros.

El señor Verloc dirigió una mirada somnolienta y casual a Stevie, que estaba sentado a su derecha, delicado, pálido, con la boca rosada abierta. No fue una mirada crítica. Era una mirada sin intención. Y si el señor Verloc pensó por un momento que el hermano de su mujer tenía un aspecto sorprendentemente inútil, sólo fue un pensamiento vago y aburrido, desprovisto de esa fuerza y de esa tenacidad que a veces permite que un pensamiento mueva el mundo. Echándose hacia atrás, el señor Verloc se descubrió la cabeza. Antes de que su brazo extendido pudiera dejar el sombrero, Stevie saltó sobre él y lo llevó con reverencia a la cocina. Y otra vez quedó sorprendido el señor Verloc.

—Podrías hacer lo que quisieras con ese niño, Adolfo —dijo la señora Verloc, con su mejor aspecto de calma inflexible—. Se metería en el fuego por ti. Él...

Hizo una pausa, atenta, con el oído vuelto hacia la puerta de la cocina.

Ahí restregaba el suelo la señora Neale. Al ver aparecer a Stevie lanzó un quejido lamentable, porque había observado que era fácil inducirlo a entregar en beneficio de sus hijos menores el chelín que su hermana Winnie le obsequiaba de cuando en cuando. Se hallaba en cuatro pies entre los charcos, mojada y mugrienta, como una especie de animal anfibio y doméstico que viviese entre tacos de ceniza y agua sucia, y pronunció el exordio habitual: «Todo está muy bien para ti, que te mantienen sin hacer nada, como un caballero». Y añadió el lamento interminable de los pobres, patéticamente mendaz, miserablemente confirmado por el horrible aliento de ron barato y de aguas jabonosas. Restregaba con fuerza, hablando todo el tiempo con volubilidad y con voz gangosa. Y era sincera. Y a cada lado de su nariz afilada y roja sus ojos legañosos, velados, nadaban en lágrimas, porque realmente sentía la necesidad de alguna clase de estímulo esa mañana.

La señora Verloc observó desde la sala, con conocimiento de causa:

—Allá anda de nuevo la señora Neale con sus historias sobre sus niños. No pueden ser todos tan chicos como ella dice. Algunos ya deben de estar en edad de hacer algo por sí mismos. Lo único que consigue es poner de mal humor a Stevie.

Estas palabras fueron confirmadas por el golpe como de un puño contra la mesa de la cocina. En la evolución normal de su simpatía, Stevie se había enfadado al descubrir que no tenía ni un chelín en su bolsillo. En su incapacidad de aliviar de

inmediato las privaciones de los «peques» de la señora Neale, sentía que había que hacer sufrir a alguien por eso. La señora Verloc se levantó, y fue a la cocina para «acabar con esas tonterías». Y lo hizo con firmeza, pero suavemente. Sabía muy bien que tan pronto como la señora Neale recibía su moneda, se iba a la esquina a beber licores fuertes en una taberna miserable y herrumbrosa: la estación inconfesable en la *vía dolorosa* de su vida. El comentario de la señora Verloc acerca de esta práctica tuvo una inesperada profundidad, dado que venía de una persona poco inclinada a mirar bajo la superficie de las cosas. «Por supuesto, ¿a ella qué le queda? Si yo fuera la señora Neale, no creo que pudiera actuar de otro modo».

En la tarde del mismo día, mientras el señor Verloc, despertando bruscamente después de quedarse dormido varias veces junto al fuego, anunciaba su intención de salir a dar un paseo, Winnie dijo desde la tienda:

—Me gustaría que sacaras a pasear a ese niño, Adolfo.

El señor Verloc se sorprendió por tercera vez en ese día. Miró a su mujer de un modo estúpido. Ella continuó con firmeza. El niño, cada vez que no hacía nada, se ponía triste en la casa. Eso la ponía intranquila; confesó que la ponía nerviosa. Y eso, al provenir de la serena Winnie, sonaba exagerado. Pero, en verdad, Stevie se enfurruñaba en la forma de los animales domésticos que se sienten infelices. Subía hasta el rellano oscuro y se sentaba en el suelo a los pies del gran reloj, con las rodillas levantadas y la cabeza entre las manos. Era turbador encontrarse con su rostro pálido, con sus grandes ojos brillando en la penumbra; y pensar en él encaramado ahí era incómodo.

El señor Verloc se acostumbró a la sorprendente novedad de la idea. Quería a su mujer como debe quererla un hombre —esto es, generosamente—. Pero ante su mente surgió una objeción de peso, y él la formuló.

—Es posible que me pierda de vista, y que se pierda en la calle —dijo.

La señora Verloc sacudió la cabeza con seguridad.

—No le ocurrirá. Tú no lo conoces. Ese niño siente adoración por ti. Pero si se te perdiera...

La señora Verloc hizo una pausa momentánea, sólo momentánea.

—Tú sigue adelante, y da tu paseo. No te preocupes. Él no tendrá problemas. Seguro que volverá sano y salvo dentro de poco.

Este optimismo proporcionó al señor Verloc su cuarta sorpresa del día.

—¿Crees tú? —gruñó, dubitativo. Pero quizá su cuñado no fuera tan idiota como parecía. Su mujer tenía que saber. Desvió sus pesados ojos y dijo roncamente—: Bien, déjalo que venga, entonces. —Y volvió a caer en las garras de la negra inquietud, que quizá prefiere sentarse detrás de un jinete, pero que también pisa los talones de gente no tan acomodada como para mantener caballos, como el señor Verloc, por ejemplo.

Winnie, en la puerta de la tienda, no percibió a este seguidor fatal de los pasos del señor Verloc. Contempló las dos figuras en la calle mezquina, una alta y corpulenta,

la otra frágil y baja, con un cuello delgado, y los hombros en punta ligeramente levantados bajo las amplias orejas semitransparentes. El género de sus abrigos era el mismo, sus sombreros eran negros y de forma redonda. Inspirada por la similitud del vestuario, la señora Verloc dio rienda suelta a su fantasía.

«Podrían ser padre e hijo», se dijo a sí misma. También pensó que el señor Verloc era lo más cercano a un padre que había tenido nunca Stevie en su vida. También tenía conciencia de que eso era obra suya. Y se felicitó a sí misma con calmado orgullo por cierta determinación que había tomado algunos años atrás. Le había costado algún esfuerzo, e incluso unas pocas lágrimas.

Se felicitó aún más al observar a lo largo de los días que el señor Verloc parecía aficionarse cariñosamente a la compañía de Stevie. Ahora, cuando estaba listo para salir de paseo, el señor Verloc llamaba en voz alta al niño, con el espíritu, sin duda, de quien llama al perro de la casa, aunque, por supuesto, de un modo diferente. En la casa se podía sorprender al señor Verloc observando con curiosidad a Stevie durante un buen rato. Hasta su actitud había cambiado. Aunque continuaba taciturno, estaba menos apático. La señora Verloc pensaba que a ratos parecía un poco saltón. Eso podía considerarse como un progreso. En cuanto a Stevie, ya no hacía pucheros al pie del reloj, sino que murmuraba solo en los rincones, en tono amenazante. Cuando se le preguntaba: «¿Qué estás diciendo, Stevie?», se limitaba a abrir la boca, y miraba a su hermana de reojo. De vez en cuando apretaba los puños sin causa aparente, y de pronto, mientras estaba solo, se le podía descubrir increpando al muro, con la hoja de papel y el lápiz que le daban para dibujar círculos, tendida, blanca e inútil, en la mesa de la cocina. Esto era un cambio, pero no era ningún progreso. La señora Verloc, que incluía todas estas extravagancias bajo el concepto general de excitación, comenzó a temer que Stevie estuviera escuchando más de lo que le convenía de las conversaciones de su esposo con sus amigos. Durante sus «paseos», como es natural, el señor Verloc se encontraba y conversaba con diversas personas. No podía ser de otra manera. Sus paseos formaban parte integral de sus actividades exteriores, las que nunca habían sido observadas con demasiada profundidad por su esposa. La señora Verloc sentía que la posición era delicada, pero la enfrentaba con la misma calma impenetrable que impresionaba e incluso asombraba a los clientes de la tienda y hacía que los demás visitantes mantuvieran su distancia algo maravillados. ¡No! Ella temía que hubiera cosas que a Stevie no le conviniera escuchar, le dijo a su marido. Sólo servían para excitar al pobre niño, porque no podía ponerles remedio. Nadie podía.

Esto ocurría en la tienda. El señor Verloc no hizo comentario alguno. No formuló ninguna réplica, y sin embargo la réplica era obvia. Pero se abstuvo de señalar a su mujer que la idea de que Stevie fuera el compañero de sus paseos era suya, y de nadie más. En ese momento, para un observador imparcial, el señor Verloc, en su magnanimidad, habría parecido más que humano. Tomó una pequeña caja de cartón de una repisa, se asomó a su interior para cerciorarse de que su contenido era el que correspondía, y la colocó en el mostrador delicadamente. No rompió el silencio hasta

ese instante, para declarar que Stevie, con toda seguridad, obtendría gran provecho si fuera enviado por un tiempo fuera de la ciudad; sólo que suponía que su mujer no podía arreglárselas sin él.

—¡Que no puedo arreglármelas sin él! —repitió la señora Verloc, lentamente—. ¡No podría arreglármelas sin él si fuera por su bien! ¡Qué idea! Desde luego que me las puedo arreglar sin él. Pero no veo que exista un lugar donde pueda mandárselo.

El señor Verloc sacó algo de papel marrón y un ovillo de cordel; y murmuró entretanto que Michaelis estaba viviendo en una cabaña campestre. A Michaelis no le importaría darle una habitación a Stevie para que durmiera. Ahí no había visitas ni conversación. Michaelis estaba escribiendo un libro.

La señora Verloc manifestó su afecto por Michaelis; mencionó su aborrecimiento de Karl Yundt, «viejo desagradable»; y de Ossipon no dijo nada. En cuanto a Stevie, sólo podía estar muy complacido. El señor Michaelis era siempre tan agradable y cariñoso con él. Parecía que le gustaba el niño. Había que decir que el niño era un buen muchacho.

—Tú también, últimamente, pareces haberle tomado bastante cariño —añadió, después de una pausa, con su seguridad inflexible.

El señor Verloc, haciendo un paquete para el correo con la caja de cartón, rompió de un tirón desacertado el cordel, y murmuró para sí mismo diversos juramentos confidenciales. Después, elevando el tono a su murmullo ronco habitual, anunció su voluntad de llevar él mismo al campo a Stevie, y dejarlo sano y salvo con Michaelis.

Llevó a cabo este proyecto al día siguiente. Stevie no opuso objeción alguna. Parecía más bien ansioso, de un modo lleno de perplejidad. Volvía con frecuencia su mirada cándida, de un modo inquisitivo, a la pesada fisonomía del señor Verloc, sobre todo cuando su hermana no lo observaba. Su expresión era de orgullo, aprensiva y concentrada, como la de un niño pequeño a quien se le confía por primera vez una caja de fósforos y se le da permiso para encender uno. Pero la señora Verloc, satisfecha de la docilidad de su hermano, le recomendó que no se ensuciara demasiado la ropa en el campo. Ante esto, Stevie dirigió a su hermana, guardiana, y protectora, una mirada, la que carecía, por primera vez en su vida, de la cualidad de perfecta confianza infantil. Tenía una arrogancia sombría. La señora Verloc sonrió.

—¡Dios mío! No tienes por qué ofenderte. Ya sabes que te ensucias mucho cada vez que puedes, Stevie.

El señor Verloc ya se había alejado calle abajo.

Así, a consecuencia de las heroicas andanzas de su madre, y de la ausencia de su hermano de esta comuna, la señora Verloc se encontró sola más a menudo que de costumbre, no sólo en la tienda, sino en la casa. Porque el señor Verloc tenía que dar sus paseos. Estuvo sola más tiempo que de costumbre el día del intento de atentado con bomba en el parque de Greenwich, porque el señor Verloc salió muy temprano esa mañana y no regresó hasta cerca del anochecer. A ella no le importaba estar sola. No tenía ningún deseo de salir. Hacía muy mal tiempo, y la tienda estaba más

agradable que las calles. Sentada detrás del mostrador con algo de costura, no levantó los ojos de su trabajo cuando el señor Verloc entró en medio del agresivo estrépito de la campanilla. Ya había reconocido sus pasos en el pavimento.

No levantó los ojos, pero cuando el señor Verloc, silencioso, y con el sombrero echado encima de la frente, se dirigió derecho a la puerta de la sala, ella dijo, con serenidad:

—¡Qué día más horrible! ¿Acaso fuiste a ver a Stevie?

—¡No! No fui —dijo el señor Verloc, con suavidad, y golpeó detrás suyo la puerta vidriada de la sala con inesperada energía.

La señora Verloc permaneció quieta durante un tiempo, con su trabajo abandonado en su falda, antes de guardarlo debajo del mostrador y de incorporarse para encender la luz de gas. Hecho esto, se dirigió a la sala en su camino a la cocina. Ahora el señor Verloc querría su taza de té. Confiada en la fuerza de sus encantos, Winnie no esperaba de su marido, en el transcurso diario de su vida conyugal, una forma de amenidad ceremoniosa en el diálogo ni una cortesía de modales; formas, a lo suyo, anticuadas y vanas, que probablemente nunca habían sido observadas con exactitud, descartadas hoy incluso en las más altas esferas, y extrañas siempre a los niveles de su clase. Ella no esperaba de él gestos de cortesía. Pero él era un buen marido, y ella tenía un leal respeto por sus derechos.

La señora Verloc habría atravesado la sala y habría continuado a sus labores domésticas en la cocina con la perfecta serenidad de una mujer segura de la fuerza de sus encantos. Pero una sonajera leve, muy leve, y rápida, comenzó a crecer en su oído. Extraña e incomprensible, despertó la atención de la señora Verloc. Después, cuando su naturaleza se hizo nítida para el oído, se detuvo bruscamente, asombrada y preocupada. Encendiendo un fósforo de la caja que tenía en la mano, se volvió y prendió, por encima de la mesa de la sala, una de las dos lámparas de gas, que por estar defectuosa, silbó primero, como asombrada, y después prosiguió con el agradable runruneo de un gato.

En contra de su práctica habitual, el señor Verloc había arrojado lejos su abrigo. El abrigo yacía en el sofá. El sombrero, que también debía de haber arrojado lejos, permanecía dado vuelta debajo de la esquina del sofá. Había arrastrado una silla hasta colocarla delante de la chimenea, y con los pies colocados dentro del guardafuego, con la cabeza entre las manos, estaba muy reclinado sobre el resplandor de las llamas. Sus dientes castañeteaban con una violencia incontenible, haciendo que toda su enorme espalda temblara al mismo ritmo. La señora Verloc quedó estupefacta.

—Te has mojado —dijo.

—No mucho —consiguió responder el señor Verloc, con un estremecimiento profundo. Suprimió el castañeteo de sus dientes mediante un gran esfuerzo.

—Te llevaré a tenderte con mis propias manos —dijo ella, con auténtica inquietud.

—No me parece —observó el señor Verloc, resoplando roncamente.

Ciertamente había conseguido pescar un terrible resfriado, de alguna manera, entre las siete de la mañana y las cinco de la tarde. La señora Verloc observó su espalda curvada.

—¿Dónde has estado hoy? —preguntó.

—En ninguna parte —contestó el señor Verloc, en un tono nasal bajo y sofocado. Su actitud sugería un resentido malhumor o un serio dolor de cabeza. La insuficiencia y la falta de sinceridad de su respuesta resultaron dolorosamente evidentes en el silencio muerto de la habitación. Dio una gangosa disculpa, y agregó—: Fui al banco.

La señora Verloc se puso atenta.

—¡Fuiste! —dijo, fríamente—. ¿Para qué?

El señor Verloc masculló, con su nariz encima de la chimenea, y con notoria falta de voluntad:

—¡Para sacar el dinero!

—¿Qué dices? ¿Todo el dinero?

—Sí. Todo.

La señora Verloc desplegó con cuidado el mantel de mala calidad, sacó dos cuchillos y dos tenedores del cajón de la mesa, y de pronto se detuvo en sus metódicos quehaceres.

—¿Para qué hiciste eso?

—Podemos necesitarlo pronto —resopló vagamente el señor Verloc, que estaba llegando al fin de sus indiscreciones calculadas.

—No sé qué quieres decir —observó su esposa en un tono perfectamente neutro, pero inmóvil como una roca entre la mesa y el aparador.

—Sabes que puedes confiar en mí —observó el señor Verloc a la chimenea, con áspero sentimiento.

La señora Verloc se volvió lentamente hacia el aparador, diciendo en forma deliberada:

—Oh, sí. Puedo confiar en ti.

Y continuó con sus metódicos quehaceres. Colocó dos platos, trajo el pan, la mantequilla, yendo discretamente de allá para acá entre la mesa y el aparador, en la paz y el silencio de su casa. En el momento de ir a sacar la confitura, reflexionó con sentido práctico: «Se sentirá con hambre, después de haber estado fuera todo el día», y regresó una vez más al aparador para coger la carne fría. Lo puso bajo el mechero de gas runruneante, y con una mirada de soslayo a su marido inmóvil reclinado sobre el fuego, se dirigió, bajando dos escalones, a la cocina. Fue sólo al regresar, con cuchillo de trinchar carne y tenedor en la mano, que habló de nuevo.

—Si no hubiera confiado en ti no me habría casado contigo.

Inclinado bajo el mantel de la repisa, el señor Verloc, que se sujetaba la cabeza entre las manos, parecía haberse dormido. Winnie preparó el té, y llamó en un susurro:

—Adolfo.

El señor Verloc se puso de pie de inmediato, y se tambaleó un poco antes de sentarse a la mesa. Su mujer, examinando el filo agudo del cuchillo de trinchar, lo puso en la fuente, y señaló a su atención la carne fría. Él permaneció indiferente a la sugestión, con la barbilla apoyada en el pecho.

—Deberías alimentarte para tu resfriado —dijo, en forma dogmática, la señora Verloc.

Él levantó la vista, y movió la cabeza. Tenía los ojos inyectados en sangre y la cara roja. Sus dedos habían desordenado caprichosamente sus cabellos. Tenía un aspecto completamente desaliñado, reflejo de la incomodidad, la irritación, y la sombría tristeza que derivan de graves excesos de conducta. Pero el señor Verloc no era hombre de conducta disipada. En sus actitudes era respetable. Su aspecto podía ser la consecuencia de un resfriado febril. Bebió tres tazas de té, pero se abstuvo completamente de comer. Se negó con sombría aversión pese a la insistencia de la señora Verloc, que dijo por fin:

—¿No tienes los pies mojados? Sería mejor que te pongas tus zapatillas. No vas a volver a salir esta tarde.

El señor Verloc indicó por medio de gruñidos y signos temperamentales que sus pies no estaban mojados, y que en todo caso no le importaba un rábano. La proposición acerca de las zapatillas fue desechada como si no la hubiera escuchado. Pero el problema de salir en la tarde tuvo un desarrollo imprevisto. Los pensamientos del señor Verloc no estaban abocados al tema de salir en la tarde. Su mente abarcaba un proyecto más vasto. A través de frases incompletas y afectadas resultó evidente que el señor Verloc había estado considerando la posibilidad de emigrar. No era muy claro si pensaba en Francia o en California.

El carácter absolutamente inesperado, la improbabilidad, lo inconcebible de este asunto, despojaron a esta vaga declaración de todo su efecto. La señora Verloc, con tanta placidez como si su marido la hubiera estado amenazando con el fin del mundo, dijo:

—¡Qué idea!

El señor Verloc se declaró enfermo y cansado de todo, y además... Ella lo interrumpió.

—Tienes un resfriado muy fuerte.

Era completamente obvio que el señor Verloc no se encontraba en su estado habitual, ni mental ni físico. Durante un momento, una sombría indecisión lo mantuvo silencioso. En seguida murmuró algunas generalidades premonitorias acerca del tema de la necesidad.

—Voy a tener que hacerlo —repitió Winnie, sentándose con toda calma, de brazos cruzados, frente a su esposo—. Me gustaría saber quién te puede obligar a ello. No eres un esclavo. Nadie necesita ser un esclavo en este país, y tú no tienes por qué convertirte en esclavo. —Hizo una pausa, y continuó con invencible y firme candor—: El negocio no está tan mal. Tienes una casa confortable.

Miró alrededor de la sala, desde el aparador del rincón hasta el hermoso fuego de la chimenea. Agradablemente oculta detrás de la tienda de mercaderías dudosas, con la ventana sumida en una misteriosa penumbra y la puerta sospechosamente entreabierta en la calle oscura y estrecha, la casa, en todos los aspectos esenciales de orden y de comodidad doméstica, era una casa respetable. Su devoto afecto echaba de menos en ella a su hermano Stevie, que ahora gozaba de unas húmedas vacaciones, al cuidado del señor Michaelis, en los campos de Kent. Lo echaba de menos en forma aguda, con toda la fuerza de su pasión protectora. Éste también era el hogar del muchacho: el techo, el aparador, la bien provista chimenea. La señora Verloc se puso de pie mientras pensaba esto, y caminando hacia el otro extremo de la mesa, dijo en plenitud de su corazón:

—Y tú no estás cansado de mí.

El señor Verloc no emitió sonido alguno. Winnie se reclinó en sus hombros desde atrás, y apretó sus labios contra su frente. Se quedó así. Desde el mundo exterior no les llegaba ni un susurro. El sonido de pisadas en el pavimento moría en la discreta penumbra de la tienda. Sólo el mechero de gas, encima de la mesa, continuaba con su runruneo uniforme, en medio del silencio meditativo de la habitación.

Durante el contacto de ese beso inesperado y prolongado, el señor Verloc, cogiendo con ambas manos las esquinas de su silla, mantuvo una inmovilidad hierática. Cuando la presión se retiró, abandonó el contacto de la silla, se levantó y se fue a parar delante de la chimenea. Ya no volvía la espalda a la sala. Con los rasgos hinchados y un aire de persona drogada, seguía los movimientos de su mujer con los ojos.

La señora Verloc se desplazaba con serenidad, despejando la mesa. Su voz tranquila comentaba en un tono razonable y doméstico la idea que acababa de formularse. No admitía el menor examen. Ella la condenaba desde todo punto de vista. Pero su única preocupación real era el bienestar de Stevie. Él, en ese aspecto, se le aparecía como demasiado «raro» para ser llevado al extranjero en forma brusca. Y eso era todo. Pero hablando en torno a ese punto vital, ella se acercó en su expresión a la vehemencia absoluta. Entretanto, con movimientos bruscos, se pasó un delantal para el lavado de la vajilla. Y como excitada por el sonido de su voz no contrariada, llegó al extremo de decir en un tono casi hiriente:

—Si te vas al extranjero, tendrás que irte sin mí.

—Sabes que no lo haría —dijo el señor Verloc, roncamente, y la voz sin eco de su vida privada tembló con una emoción enigmática.

La señora Verloc ya se arrepentía de sus palabras. Habían sonado más duras de lo que ella pretendía. También tenían la falta de sabiduría de las cosas innecesarias. De ello, no había tenido la menor intención de decir eso. Era la especie de frase que sugiere el demonio de la inspiración perversa. Pero ella sabía una manera de hacer como si no hubiera sido pronunciada.

Giró su cabeza sobre sus hombros y dio a ese hombre plantado pesadamente

delante de la chimenea una mirada, mitad traviesa, mitad cruel, de sus grandes ojos; una mirada de la cual la Winnie de los días de la casa de Belgravia habría sido incapaz, debido a su respetabilidad y a su ignorancia. La mantuvo clavada en él durante un segundo completo, con su rostro grave inmóvil como una máscara, mientras que le decía en forma juguetona:

—No podrías. Me echarías mucho de menos.

El señor Verloc dio un paso adelante.

—Exactamente —dijo, en un tono más alto, abriendo los brazos y dando un paso hacia ella. Había en su expresión algo descontrolado y dudoso, de modo que no era seguro si pretendía estrangular o abrazar a su esposa. Pero la atención de la señora Verloc se vio apartada de esa manifestación por el sonido de la campanilla de la puerta.

—La tienda, Adolfo. Tú vas.

Él se detuvo, sus brazos bajaron lentamente.

—Tú vas —repitió la señora Verloc—. Yo tengo puesto mi delantal.

El señor Verloc obedeció en forma rígida, con ojos pétreos, y como un autómatas cuyo rostro hubiera sido pintado de rojo. Y este parecido con una figura mecánica iba tan lejos, que tenía el aire absurdo de un autómatas consciente de la maquinaria que lleva en su interior.

Cerró la puerta de la sala, y la señora Verloc, moviéndose con agilidad, llevó la bandeja a la cocina. Lavó las copas y algunas otras cosas antes de interrumpir su trabajo para escuchar. No le llegó ni el menor sonido. El cliente estuvo largo rato en la tienda. Era un cliente, porque si no lo hubiera sido, el señor Verloc lo habría llevado al interior. Desatando de un tirón los cordones de su delantal, ella lo arrojó a la silla, y regresó a la sala con lentos pasos.

En ese preciso momento, el señor Verloc entró desde la tienda.

Había salido rojo. Ahora llegó con una extraña blancura de papel. Su cara, perdiendo su estupor drogado, febril, había adquirido en ese breve espacio de tiempo una expresión asombrada y agobiada. Caminó derecho al sofá, y permaneció mirando su abrigo ahí tendido, como si tuviera miedo de tocarlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Verloc con una voz apagada. A través de la puerta entreabierta podía ver que el cliente todavía no se había ido.

—Veo que tendré que salir esta tarde —dijo el señor Verloc. No hizo ningún intento de coger su vestimenta exterior.

Winnie fue a la tienda sin decir palabra, y cerrando la puerta a su paso, caminó hasta colocarse detrás del mostrador. No miró abiertamente al cliente antes de instalarse cómodamente en la silla. Pero entonces ya había advertido que era delgado y alto, y que usaba los mostachos torcidos hacia arriba. De hecho, en ese preciso instante retorció las puntas agudas. Su larga cara huesuda emergía de un cuello levantado. Estaba un poco salpicado, un poco mojado. Un hombre de tez oscura, con el perfil de la mejilla bien definido bajo las sienes ligeramente hundidas. Un

completo desconocido. Tampoco un cliente.

La señora Verloc lo miró con placidez.

—¿Usted ha llegado del continente? —dijo después de un rato.

El desconocido largo y delgado, sin mirar exactamente a la señora Verloc, sólo respondió por medio de una débil y extraña sonrisa.

La mirada firme, desprovista de curiosidad, de la señora Verloc, permaneció sobre él.

—Usted comprende el inglés, ¿no es así?

—Oh, sí. Comprendo el inglés.

No había nada extranjero en su acento, salvo que al pronunciar lentamente daba la impresión de tomarse mucho trabajo. Y la señora Verloc, en su variada experiencia, había llegado a la conclusión de que algunos extranjeros pueden hablar mejor inglés que los nativos. Dijo, mirando fijamente la puerta de la sala:

—¿Acaso no ha pensado en establecerse definitivamente en Inglaterra?

El desconocido le dirigió de nuevo una sonrisa silenciosa. Tenía una boca afable y ojos indagatorios. Y pareció que sacudía la cabeza un poco tristemente.

—Mi marido verá que todo le salga bien. Entretanto, en los primeros días, lo mejor que usted podría hacer es hospedarse donde el señor Guigliani. Se llama Hotel Continental. Es privado. Tranquilo. Mi marido lo llevará hasta allá.

—Buena idea —dijo el hombre oscuro, delgado, cuya mirada súbitamente se había endurecido.

—Usted conoce al señor Verloc desde antes, ¿no es así? ¿Quizás en Francia?

—He escuchado hablar de él —reconoció el visitante en su tono lento, dificultoso, que sin embargo tenía cierta intención de laconismo.

Hubo una pausa. En seguida habló de nuevo, de un modo mucho menos elaborado.

—¿No habrá salido su marido a esperarme en la calle, quizá?

—¡En la calle! —repitió la señora Verloc, sorprendida—. Imposible. La casa no tiene otra puerta.

Durante un momento permaneció sentada, impasible, y después abandonó su asiento para ir a asomarse a través de la puerta vidriada. De pronto la abrió, y desapareció en la sala.

Lo único que había hecho el señor Verloc era ponerse su abrigo. Pero ella no podía entender por qué se quedaba después reclinado sobre la mesa y apoyado en sus dos brazos, como si se sintiera mareado o enfermo.

—Adolfo —llamó, casi en voz alta; y cuando él se hubo incorporado—: ¿Conoces a ese hombre? —preguntó, rápidamente.

—He oído hablar de él —susurró, intranquilo, el señor Verloc, lanzando una mirada intensa a la puerta.

Los ojos finos, desprovistos de curiosidad, de la señora Verloc, se iluminaron con un rayo de aborrecimiento.

—Uno de los amigos de Karl Yundt... ¡viejo bestia!

—¡No! ¡No! —protestó el señor Verloc, ocupado en rastrear su sombrero. Pero cuando consiguió sacarlo de debajo del sofá, lo sostuvo como si no conociera la utilización de un sombrero.

—Bien..., te está esperando —dijo al fin la señora Verloc—. Dime, Adolfo, ¿no será una de esas personas de la embajada que te preocupan últimamente?

—Me preocupan las personas de la embajada —repitió el señor Verloc, con una fuerte conmoción de miedo y de sorpresa—. ¿Quién te ha hablado de la gente de la embajada?

—Tú mismo.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Hablarle a ti de la embajada!

El señor Verloc pareció asombrado y asustado más allá de toda medida. Su mujer explicó:

—Últimamente has hablado un poco en sueños, Adolfo.

—¿Qué, qué dije? ¿Qué sabes tú?

—No mucho. Casi todo parecía un disparate. Pero bastaba para que yo pudiera adivinar que algo te preocupaba.

El señor Verloc se hundió el sombrero en la cabeza. Un torrente de cólera escarlata se le derramó por el rostro.

—¿Disparates, eh? ¡La gente de la embajada! Les cortarían el corazón uno por uno. Pero que tengan mucho cuidado. Tengo una lengua en mi cabeza.

Se sofocaba de rabia, caminando de arriba para abajo entre la mesa y el sofá, con el abrigo abierto enredándose en los ángulos. El rojo torrente de ira se desvaneció, y dejó su rostro enteramente blanco, con las aletas de la nariz temblorosas. La señora Verloc, para todos los fines de la vida práctica, daba escasa importancia a estas apariencias.

—Bien —dijo—, despréndete de ese sujeto, quienquiera que sea, apenas puedas, y vuelve a casa conmigo. Necesitas uno o dos días de cuidado.

El señor Verloc se calmó, y con la decisión impresa en su rostro pálido, ya había abierto la puerta, cuando su mujer lo llamó de vuelta en un susurro:

—¡Adolfo! ¡Adolfo! —Él volvió, inquieto—. ¿Y ese dinero que sacaste? —preguntó ella—. ¿Lo tienes en el bolsillo? No sería mejor que...

Durante un rato, el señor Verloc fijó una mirada estúpida en la palma extendida de su mujer, antes de golpearse la frente.

—¡Dinero! ¡Sí! ¡Sí! No sabía de qué me estabas hablando.

Sacó del bolsillo del pecho un nuevo portamonedas de cuero. La señora Verloc lo recibió sin decir una palabra más, y se mantuvo inmóvil hasta que la campana, sonando detrás del señor Verloc y de la visita del señor Verloc, se hubo acallado. Sólo entonces se atrevió a escudriñar la cantidad, sacando los billetes con este objeto. Después de esta inspección, miró a su alrededor pensativa, con aire de desconfianza en medio del silencio y de la soledad de la casa. Este refugio de su vida de casada le

parecía tan solitario e inseguro como si hubiera estado situado en medio de un bosque. Todos los receptáculos en que pensaba, entre los sólidos y pesados muebles, le parecían frágiles y particularmente tentadores para su concepción de lo que era un asaltante de casas. Era una concepción ideal, dotada de facultades sublimes y de una percepción milagrosa. No podía ni pensarse en la caja fuerte. Era el primer sitio que cualquier ladrón buscaría. La señora Verloc, desabrochándose apresuradamente un par de ganchos, deslizó el portamonedas debajo del corpiño de su vestido. Habiendo dejado de este modo a buen recaudo el capital de su esposo, se sintió más bien contenta de escuchar el repiqueteo de la campanilla, que anunciaba una llegada. Adoptando la mirada fija, impávida, y la expresión pétrea, reservada para el cliente casual, caminó detrás del mostrador.

Parado en el medio de la tienda, un hombre la inspeccionaba con una mirada ágil, fría, omnicomprendiva. Sus ojos se deslizaban a lo largo de las paredes, tomaban nota del techo, observaban el suelo; todo en un instante. Las puntas de un largo bigote rubio caían debajo de la línea de las mandíbulas. Sonrió con la sonrisa de un conocido viejo, aunque distante, y la señora Verloc se acordó de haberlo visto antes. No era un cliente. Suavizó su «mirada para clientes» hasta la simple indiferencia, y lo miró a través del mostrador.

Él, por su parte, se acercó, en forma confidencial, pero sin exagerar el tono.

—¿Su marido en casa, señora Verloc? —preguntó con voz tranquila y llena.

—No. Salió.

—Lo siento. He venido para que él me proporcione una pequeña información privada.

Ésta era la exacta verdad. El inspector jefe Heat había hecho todo el recorrido hasta su casa y había llegado hasta el extremo de pensar en colocarse sus zapatillas, ya que prácticamente, se decía a sí mismo, había sido apartado del caso. Incurrió en algunas reflexiones desdeñosas y en unos pocos pensamientos iracundos, y llegó a la conclusión de que era un empleo tan poco satisfactorio del tiempo, que resolvió buscar alivio fuera de casa. Nada le impedía hacer una visita amistosa al señor Verloc, como si fuera por acaso. Era en carácter de ciudadano particular que al salir de paseo en forma privada utilizaba sus medios de transporte acostumbrados. Su dirección general señalaba hacia la casa del señor Verloc. El inspector jefe Heat era tan consecuente para respetar su propio carácter privado, que tomó precauciones especiales para evitar a todos los agentes de policía de punto o en labores de patrullaje en las vecindades de Brett Street. Esta precaución era mucho más necesaria para un hombre de su posición que para un oscuro subcomisario. El ciudadano privado Heat entró a la calle, maniobrando de un modo que en un miembro de las clases criminales habría merecido el estigma de subrepticio. En su bolsillo llevaba el pedazo de tela que había recogido en Greenwich. No era que tuviera la menor intención, en su condición privada, de utilizarlo. Por el contrario, sólo quería saber lo que el señor Verloc estaría voluntariamente dispuesto a decir. Esperaba que la

conversación del señor Verloc contuviera elementos suficientes para incriminar a Michaelis. Era, sobre todo, una esperanza concienzudamente profesional, pero que no estaba desprovista de un valor moral. Porque el inspector jefe Heat era un servidor de la justicia. Al encontrar que el señor Verloc estaba fuera de casa, se sintió decepcionado.

—Lo esperaré un rato si estuviera seguro de que no va a tardar mucho —dijo.

La señora Verloc no se atrevió a dar seguridades de ninguna clase.

—La información que necesito es completamente privada —repitió él—. ¿Entiende lo quiero decir? ¿Me gustaría que me diera una idea de dónde ha ido?

La señora Verloc sacudió la cabeza.

—No podría decirle.

Se volvió para ordenar algunas cajas en las estanterías que estaban detrás del mostrador. El inspector jefe Heat la miró pensativo durante un momento.

—¿Supongo que usted sabe quién soy? —dijo.

La señora Verloc miró por encima de su hombro. El inspector jefe Heat estaba sorprendido de su flema.

—¡Vamos! Usted sabe que soy de la policía —dijo, abruptamente.

—No le doy muchas vueltas a esas cosas —observó la señora Verloc, volviendo a ordenar sus cajas.

—Mi nombre es Heat. El inspector jefe Heat de la sección de Crímenes Especiales.

La señora Verloc puso cuidadosamente en su lugar una pequeña caja de cartón, y volviéndose, lo enfrentó de nuevo, con ojos pesados, con las manos ociosas colgando a los costados. Durante un rato reinó el silencio.

—¡De manera que su marido salió hace un cuarto de hora! ¿Y no dijo cuándo volvería?

—No salió solo —dejó caer la señora Verloc con negligencia.

—¿Con un amigo?

La señora Verloc se tocó la parte de atrás de su peinado. Estaba en perfecto orden.

—Un desconocido que se presentó.

—Ya veo. ¿Qué clase de persona era ese desconocido? ¿Le importaría decírmelo?

A la señora Verloc no le importaba. Y cuando el inspector jefe Heat escuchó hablar de un hombre oscuro, delgado, de cara larga y bigotes retorcidos hacia arriba, dio signos de perturbación, y exclamó:

—¡Qué estúpido no haber pensado en eso! No ha perdido nada de tiempo.

Estaba intensamente disgustado en su fuero interno por la conducta poco oficial de su jefe inmediato. Pero él no era quijotesco. Perdió todo deseo de esperar el regreso del señor Verloc. No sabía para qué habían salido, pero se imaginó que era posible que regresaran juntos. No se está llevando el caso en forma correcta, pensó, con amargura. Se están entrometiendo en el asunto.

—Me temo que no tendré tiempo de esperar a su esposo —dijo.

La señora Verloc recibió esa declaración con indiferencia. Su actitud desaprensiva había impresionado todo el tiempo al inspector jefe Heat. En este preciso momento estimuló su curiosidad. El inspector jefe Heat se hallaba expuesto a todos los vientos, arrastrado por sus pasiones como el más privado de los ciudadanos.

—Creo —dijo, mirándola intensamente— que usted, si se lo propusiera, podría darme una idea bastante exacta de lo que está sucediendo.

Haciendo un esfuerzo para que sus ojos finos, inertes, devolvieran su mirada, la señora Verloc murmuró:

—¡Sucedendo! ¿Qué es lo que está sucediendo?

—Cómo, el asunto de que vine a conversar un poco con su marido.

Ese día la señora Verloc, como de costumbre, le había echado una mirada a un diario de la mañana. Pero no se había movido de casa. Los suplementeros nunca invadían Brett Street. No era una calle adecuada para su negocio. Y el eco de sus gritos, arrastrado a lo largo de las avenidas populosas, expiraba entre los sucios muros de madera, sin llegar hasta el umbral de la tienda. Su marido no había traído a la casa ningún diario de la tarde. Por lo menos, ella no lo había visto. La señora Verloc no sabía absolutamente nada de ningún asunto. Y así lo dijo. Con una auténtica nota de asombro en su voz tranquila.

El inspector jefe Heat no creyó ni por un instante en tanta ignorancia. Lacónicamente, sin amabilidad alguna, expuso el hecho desnudo.

La señora Verloc desvió los ojos.

—Lo considero estúpido —pronunció ella, lentamente. Hizo una pausa—. Aquí no somos esclavos oprimidos.

El inspector jefe esperó con atención. No vino nada más.

—¿Y su marido no le dijo nada cuando vino a casa?

La señora Verloc simplemente movió su cabeza de derecha a izquierda en señal de negación. Reinó en la tienda un silencio lánguido, desconcertante. El inspector jefe Heat se sintió provocado más allá de lo soportable.

—Había otro pequeño asunto —comenzó en un tono neutro—, del que quería hablarle a su marido. Cayó en nuestras manos un... un... lo que creemos que es... un abrigo robado.

La señora Verloc, que esa tarde tenía la mente especialmente fijada en los ladrones, tocó ligeramente la pechera de su vestido.

—No hemos perdido ningún abrigo —dijo, calmadamente.

—Eso es curioso —continuó el ciudadano privado Heat—. Veo que usted tiene aquí una cantidad de tinta de marcar...

Cogió una pequeña botella, y la miró contra la luz del gas en el medio de la tienda.

—Púrpura, ¿no es así? —observó, dejándola de nuevo en su sitio—. Como dije, es extraño. Porque el abrigo tenía una etiqueta cosida en el interior con su dirección escrita con tinta de marcar.

La señora Verloc se inclinó sobre el mostrador con una exclamación en tono bajo.

—Es el de mi hermano, entonces.

—¿Dónde está su hermano? ¿Puedo verlo? —preguntó el inspector jefe, con rudeza. La señora Verloc se inclinó un poco más sobre el mostrador.

—No. No está aquí. Yo misma escribí esa etiqueta.

—¿Dónde está su hermano ahora?

—Ha estado viviendo con... un amigo... en el campo.

—El abrigo viene del campo. ¿Y cuál es el nombre del amigo?

—Michaelis —confesó la señora Verloc en un susurro temeroso.

El inspector jefe soltó un silbido. Sus ojos echaron chispas.

—Justo. Fundamental. Y su hermano, veamos, ¿cómo es?, ¿robusto, oscuro, tal vez?

—Oh, no —exclamó la señora Verloc, fervientemente—. Ése debe de ser el ladrón. Stevie es delgado y rubio.

—Bien —dijo el inspector jefe en un tono aprobador. Y mientras la señora Verloc, oscilando entre la alarma y el asombro, lo miraba, él buscaba información. ¿Por qué coser la dirección en esta forma adentro del abrigo? Y escuchó que los restos dispersos que había inspeccionado esa mañana con extremada repugnancia eran los de un joven, nervioso, distraído, raro, y también que la mujer que le hablaba había estado a cargo de ese niño desde que era un bebé.

—¿Fácilmente excitable? —sugirió él.

—Oh, sí. Lo es. Pero como puede que perdiera su abrigo...

El inspector jefe Heat sacó de pronto un diario rosado que había comprado hacía menos de media hora. Él se interesaba en los caballos. Obligado por su vocación a tener una actitud de duda y sospecha hacia sus conciudadanos, el inspector jefe Heat satisfacía el instinto de credulidad implantado en el corazón humano colocando una fe ilimitada en los profetas deportivos de esa determinada publicación vespertina. Dejando la edición especial en el mostrador, volvió a hundir su mano en el bolsillo, y sacando el pedazo de tela que había recibido como donación del destino, entre un montón de cosas que parecían haber sido recogidas en tiendas de harapos y de desperdicios, lo ofreció a la señora Verloc para su inspección.

—¿Supongo que usted reconoce esto?

Ella lo tomó mecánicamente con ambas manos. Sus ojos parecieron agrandarse a medida que miraban.

—Sí —murmuró, y después levantó la cabeza, y retrocedió un poco.

—¿Por qué está roto en esta forma?

El inspector jefe le arrebató la tela de las manos por encima del mostrador, y ella se sentó pesadamente en la silla. Él pensó: la identificación es perfecta. Y en ese momento tuvo una intuición de toda la sorprendente verdad. Verloc era el «otro hombre».

—Señora Verloc —dijo—, me parece que usted sabe más de este asunto de

bombas de lo que usted misma se imagina.

La señora Verloc permaneció inmóvil, perpleja, perdida en un ilimitado asombro. ¿Qué relación había? Y todo su cuerpo se puso tan rígido que no pudo volver la cabeza ante la llamada de la campanilla, que hizo que el investigador privado Heat girara en sus talones. El señor Verloc había cerrado la puerta, y por un momento los dos hombres se miraron.

El señor Verloc, sin mirar a su mujer, se aproximó al inspector jefe, que se sentía aliviado de verlo regresar solo.

—¡Usted aquí! —murmuró el señor Verloc, pesadamente—. ¿De quién anda detrás?

—De nadie —dijo el inspector jefe Heat en tono bajo—. Mire, me gustaría intercambiar una o dos palabras con usted.

El señor Verloc, todavía pálido, había traído un aire de decisión. Continuó sin mirar a su mujer. Dijo:

—Venga aquí, entonces. —Y abrió el camino hacia la sala.

Apenas se había cerrado la puerta cuando la señora Verloc, saltando desde su silla, corrió hacia ella como para abrirla de un empujón, pero en vez de hacerlo cayó sobre sus rodillas, con el oído pegado al ojo de la cerradura. Los dos hombres debían de haberse detenido apenas atravesaron el umbral, porque escuchó nítidamente la voz del inspector jefe, aun cuando no podía ver su dedo colocado enfáticamente contra el pecho de su marido.

—Usted es el otro hombre, Verloc. Se vio a dos hombres entrando al parque.

- la voz del señor Verloc dijo:

—Muy bien, lléveme ahora. ¿Qué se lo impide? Está en su derecho.

—¡Oh, no! Sé demasiado bien con quién se ha estado confesando usted. Tendrá que manejar este asuntillo por sí solo. Pero usted no se equivoque, soy yo quien lo descubrió.

Después ella sólo escuchó murmullos. El Inspector Heat debía estar mostrando al señor Verloc el pedazo del abrigo de Stevie porque la hermana, guardiana y protectora de Stevie escuchó a su marido hablar algo más alto.

—Nunca me di cuenta de que ella había utilizado ese truco.

Después, durante un rato, la señora Verloc sólo escuchó murmullos, cuyo misterio era menos pesadillesco para su cerebro que las horribles sugerencias de las palabras concretas. Entonces el inspector jefe Heat, al otro lado de la puerta, levantó su voz:

—Usted debe de haber estado loco.

- la voz del señor Verloc respondió, con una especie de sombría furia:

—He estado loco durante un mes o más de un mes, pero no lo estoy ahora. Todo se terminó. Voy a largarlo todo, y al diablo con las consecuencias.

Hubo un silencio, y entonces el Ciudadano Privado Heat murmuró:

—¿Qué va a salir a la luz?

—Todo —exclamó la voz del señor Verloc, y después bajó mucho de tono.

Después de un rato volvió a elevarse.

—Usted ya lleva muchos años desde que me conoce, y me ha encontrado útil, también. Usted sabe que yo era un hombre derecho. Sí, derecho.

Esta invocación de una vieja amistad debió de ser muy poco del agrado del inspector jefe.

Su voz adquirió un tono de advertencia.

—No se confíe tanto en lo que le han prometido. Si yo fuera usted, me haría humo. No creo que corramos detrás de usted.

Se escuchó reír un poco al señor Verloc.

—Ah, sí; usted espera que los otros hagan para ustedes el trabajo de quitarme de encima, ¿no es así? No, no; ustedes no van a sacudirme ahora. Yo he sido un hombre correcto para esa gente durante demasiado tiempo, y ahora todo debe salir a flote.

—Déjelo salir, entonces —afirmó la voz indiferente del inspector jefe Heat—. Pero dígame ahora cómo logró escaparse.

—Me dirigía a Chesterfield Walk —escuchó la señora Verloc decir a la voz de su marido—, cuando escuché la explosión. Entonces comencé a correr. Neblina. No divisé a nadie antes de haber pasado el fin de George Street. Creo que no encontré a nadie hasta entonces.

—¡Así de fácil! —Se maravilló la voz del inspector jefe Heat—. La explosión lo sorprendió, ¿eh?

—Sí; se produjo demasiado pronto —confesó la voz sombría, ronca, del señor Verloc.

La señora Verloc apretó el oído contra el ojo de la cerradura; sus labios estaban azules, sus manos frías como el hielo, y sentía como si su rostro pálido, en el que los dos ojos parecían dos agujeros negros, estuviera envuelto en llamas.

Al otro lado de la puerta las voces bajaron mucho de tono. Ella captaba de vez en cuando alguna palabra, a veces en la voz de su marido, a veces en los tonos suaves del inspector jefe. Escuchó decir a este último:

—Creemos que tropezó contra la raíz de un árbol.

Hubo un murmullo ronco, voluble, que duró un tiempo, y después el inspector jefe, como si contestara un interrogatorio, habló en forma enfática:

—Por supuesto. Volado en pedazos: miembros, gravilla, ropa, hueso, astillas... todo mezclado. Le diré que tuvieron que buscar una pala para poder juntarlo.

La señora Verloc saltó de pronto de su posición encucillada, y dejando de escuchar, erró de un lado a otro entre el mostrador y las estanterías del muro y en dirección a la silla. Sus ojos enloquecidos cayeron sobre la hoja deportiva que había dejado el inspector jefe, y mientras se golpeaba contra el mostrador, la arrebató de un manotazo, se dejó caer en la silla, desgarró la hoja optimista, rosácea, al tratar de

abrirla, y después la arrojó al suelo. Al otro lado de la puerta, el inspector jefe Heat decía al señor Verloc, el agente secreto:

—¿De modo que su defensa, en la práctica, será una confesión completa?

—Lo será. Voy a contar toda la historia.

—No se le creerá tanto como usted se imagina.

Y el inspector jefe quedó pensativo. El giro que estaba tomando este asunto implicaba la revelación de muchas cosas, el malgasto de campos de conocimiento que, cultivados por un hombre capaz, tenían un evidente valor para el individuo y para la sociedad. Era una lástima meterse en eso, una verdadera lástima. Dejaría intacto a Michaelis; pondría en evidencia la industria casera del Profesor; desorganizaría todo el sistema de supervigilancia; armaría un escándalo interminable en los periódicos, los cuales, desde ese punto de vista, y en virtud de una iluminación súbita, le parecían invariablemente escritos por estúpidos para la lectura de imbéciles. Concordó mentalmente con las palabras que por fin dejó caer el señor Verloc en respuesta a su última observación.

—Quizá no. Pero perturbará muchas cosas. Yo he sido un hombre derecho, y seguiré siendo derecho en esto...

—Si ellos se lo permiten —dijo el inspector jefe, cínicamente—. Usted será sermoneado, sin duda, antes de ser conducido al banquillo. Y todavía es posible, al final de todo, que le den una sentencia que lo sorprenda. Yo no confiaría mucho en el caballero que acaba de hablar con usted.

El señor Verloc escuchaba, arrugando el ceño.

—Mi consejo es que se escabulla mientras pueda. Yo no tengo instrucciones. Hay algunos de ellos —continuó el inspector jefe Heat, poniendo especial énfasis en la palabra «ellos»—, que piensan que usted ya no pertenece a este mundo.

—¡Verdad! —Se sintió inclinado a decir el señor Verloc. Pese a que desde su regreso de Greenwich había pasado la mayor parte de su tiempo sentado en el bar de una pequeña taberna oscura, difícilmente podría haber esperado recibir noticias tan favorables.

—Ésa es la impresión dominante sobre usted. —El inspector jefe le hizo un gesto—. Hágase humo. Desaparezca.

—¿Dónde? —gruñó el señor Verloc. Levantó la cabeza, y mirando la puerta cerrada de la sala, murmuró con sentimiento—: Lo que más me gustaría es que me arrestara esta misma noche. Me iría tranquilamente.

—Así me parece —asintió el inspector jefe, sardónico, siguiendo la dirección de su mirada.

Las cejas del señor Verloc exudaron una ligera humedad. Bajó el tono de su voz ronca en forma confidencial frente al inmovible inspector jefe.

—El muchacho era medio retardado, irresponsable. Cualquier tribunal habría captado eso de inmediato. Sólo estaba bueno para el asilo. Y eso era lo peor que podría haberle ocurrido si...

El inspector jefe, con la mano en la perilla de la puerta, susurró al rostro del señor Verloc:

—Él puede haber sido medio retardado, pero usted debe de haber estado loco. ¿Qué pudo hacerle perder la cabeza de esta forma?

El señor Verloc, pensando en el señor Vladimir, no vaciló en la elección de las palabras.

—Un cerdo hiperbóreo —silbó, con fuerza—. Un... lo que usted podría llamar... un caballero.

El inspector jefe, con la mirada atenta, hizo un breve movimiento de comprensión, y abrió la puerta. La señora Verloc, detrás del mostrador, pudo haber escuchado pero no vio su partida, seguida por el estrépito agresivo de la campanilla. Se sentó en su puesto de trabajo detrás del mostrador. Se sentó rígidamente erecta en la silla, con dos pedazos sucios de papel rosado tirados a los pies. Las palmas de sus manos estaban apretadas en forma convulsiva contra su cara, con las puntas de los dedos contraídos contra la frente, como si la piel hubiera sido una máscara que ella estuviera dispuesta a arrancarse violentamente. La inmovilidad perfecta de su actitud expresaba la agitación de la rabia y la desesperación, toda la violencia latente de las pasiones trágicas, mejor de lo que la hubiera expresado cualquier despliegue fútil de alaridos, con el azotar de una cabeza descontrolada contra los muros. El inspector jefe Heat, al cruzar la tienda con su paso rítmico y ocupado, se limitó a dirigirle una mirada rápida. Y cuando la campanilla trizada cesó de temblar en su cinta de acero curvo, nada se movió cerca de la señora Verloc, como si su actitud poseyera el poder paralizador de un hechizo. Incluso las llamas de gas en forma de mariposa, colocadas en los extremos de la lámpara de doble brazo, ardían sin un solo estremecimiento. En esa tienda de mercancías dudosas, arreglada con estanterías inertes pintadas de un marrón opaco, tan opaco que parecía devorar el resplandor de la luz, el círculo dorado del anillo de matrimonio de la señora Verloc, en su mano izquierda, brillaba en exceso, con la gloria impoluta de una pieza perteneciente a algún espléndido tesoro de joyas, arrojada a un tarro de basura.

Diez

El subcomisario, rápidamente conducido en un coche desde las cercanías de Soho hacia la dirección de Westminster, se bajó en el centro mismo del Imperio donde el sol nunca se pone. Unos fornidos agentes, que no parecían demasiado impresionados por el deber de vigilar ese lugar augusto, lo saludaron. Penetrando, a través de un portal que estaba lejos de ser anchuroso, a los recintos de la Casa que es, *par excellence*, la Casa, para las mentalidades de muchos millones de hombres, fue recibido al final por el volátil y revolucionario Toodles.

Ese joven limpio y agradable disimuló su asombro frente a la temprana aparición del subcomisario, a quien se le había dicho que atendiera alrededor de la medianoche. Interpretó el hecho de que apareciera tan temprano como un signo de que las cosas, fueren lo que fuesen, habían salido mal. Con una simpatía extremadamente pronta, que en los jóvenes agradables suele ir acompañada de un temperamento alegre, sintió lástima por la gran Presencia que él denominaba «el Jefe», y también por el subcomisario, cuyo rostro le pareció más ominosamente rígido que nunca, además de maravillosamente largo. «Qué sujeto más curioso, de aspecto más extranjero», pensó para sí mismo, sonriendo a la distancia con animación amistosa. Y apenas estuvieron juntos, comenzó a hablar con la caritativa intención de sepultar la incomodidad del fracaso bajo una montaña de palabras. Parecía como si el gran asalto anunciado para esa noche fuera a quedar en nada. Arriba se encontraba un paniaguado de baja categoría de «ese bruto de Cheeseman», aburriendo sin piedad a una casa muy rala con unas estadísticas vergonzosamente cocinadas. Él, Toodles, esperaba que los aburriera hasta dejarlos *knock out* en cualquier minuto. Sin embargo, era posible que sólo estuviera haciendo tiempo para permitir que ese glotón de Cheeseman cenara a su gusto. De todos modos, nadie convencería al Jefe de regresar a casa.

—Creo que lo recibiré de inmediato. Está sentado solo en su despacho, pensando hasta en el último detalle —concluyó Toodles, con desenfado—. Venga.

No obstante su disposición bondadosa, el joven secretario privado (ad honorem) era accesible a las debilidades corrientes de la humanidad. No quería herir los sentimientos del subcomisario, que le parecía una persona que con toda evidencia había realizado un trabajo desastroso. Pero su curiosidad era demasiado fuerte para ser reprimida por la simple compasión. Mientras caminaban, fue incapaz de no lanzar por encima del hombro, ligeramente:

—¿Y su mojarra?

—La cogí —contestó el subcomisario, con una concisión que no pretendía en

absoluto ser desagradable.

—Buena cosa. Usted no sabe lo que les molesta a estos grandes hombres sufrir una decepción en asuntos pequeños.

Después de esta profunda observación, el experimentado Toodles pareció reflexionar. En cualquier caso, no dijo nada durante dos segundos completos. Después:

—Me alegro. Pero... digo yo... ¿se trata de veras de un asunto tan pequeño como usted lo muestra?

—¿Sabe usted lo que se puede hacer con una mojarra? —preguntó a su turno el subcomisario.

—Se la puede colocar en una caja de sardinas —bromeó Toodles, cuya erudición en lo que se refiere a la industria pesquera era fresca, y en comparación con su ignorancia en todo el resto de las materias industriales, inmensa—. Hay envasadoras de sardinas en la costa española que...

El subcomisario interrumpió al aprendiz de estadista.

—Sí. Sí. Pero a veces se tira al mar una mojarra a fin de cazar una ballena.

—Una ballena. ¡Puf! —exclamó Toodles, con expectación—. ¿Andan detrás de una ballena, entonces?

—No exactamente. Lo que busco se parece más bien a un pequeño tiburón. Usted probablemente no sabe cómo son los tiburones.

—Sí; lo sé. Estamos sumergidos hasta el cuello en libros especiales —estanterías llenas de esos libros— con láminas... Es un animal peligroso, de apariencia maligna, completamente detestable, con una especie de cara lisa y de mostachos.

—Descrito a la perfección —aprobó el subcomisario—. Sólo que el mío está completamente afeitado. Usted lo ha visto. Es un pez astuto.

—¡Lo he visto! —dijo Toodles, con incredulidad—. No puedo imaginarme dónde podría haberlo visto.

—En el Explorers, diría yo —dejó caer, calmadamente, el subcomisario. Al escuchar el nombre de ese club extremadamente exclusivo, Toodles pareció asustado, y se detuvo bruscamente.

—Tonterías —protestó, en un tono atemorizado—. ¿Qué quiere decir usted? ¿Un socio?

—Honorario —murmuró el subcomisario entre sus dientes.

—¡Cielo santo!

Toodles se veía tan espantado que el subcomisario sonrió débilmente.

—Eso queda estrictamente entre nosotros —dijo.

—Ésa es la cosa más bestial que he escuchado en mi vida —declaró Toodles, débilmente, como si el asombro lo hubiera despojado en un segundo de toda su animosa fuerza.

El subcomisario lo miró sin sonreír. Hasta que llegaron a la puerta del despacho del gran hombre, Toodles mantuvo un silencio escandalizado y solemne, como si

estuviera ofendido con el subcomisario por sacar a la luz un hecho tan desabrido y perturbador. Trastornaba su idea de la extrema selectividad del Explorers' Club, de su pureza social. Toodles sólo era un revolucionario en política; quería preservar incólumes sus creencias sociales y sus sentimientos personales a lo largo de todos los años que le estaban destinados en esta tierra, que creía, con sus pros y sus contras, que era un lugar grato para vivir.

Se hizo a un lado.

—Entre sin golpear —dijo.

Sombras de seda verde ajustada hasta abajo en todas las luces conferían a la sala algo de la profunda penumbra de un bosque. Físicamente, los ojos altivos eran el punto más débil del gran hombre. Este punto estaba envuelto en el mayor secreto. Cuando se ofrecía una oportunidad, él los hacía descansar a conciencia. En un comienzo, al entrar, el subcomisario sólo vio una gran mano pálida que sostenía una gran cabeza, y que ocultaba la parte superior de un gran rostro pálido. En el escritorio había una caja de despacho abierta, cerca de unas pocas hojas oblongas de papel y de un puñado de plumas de pájaro dispersas. No había absolutamente nada más en la ancha superficie lisa, con excepción de una pequeña estatuilla de bronce envuelta en una toga, misteriosamente vigilante en su sombría inmovilidad. El subcomisario, invitado a ocupar una silla, tomó asiento. En la luz difusa, los puntos salientes de su personalidad, el largo rostro, el pelo negro, su flacura, lo hacían parecer más extranjero que nunca.

El gran hombre no manifestó sorpresa, ni ansiedad, ni sentimiento de ninguna especie. Hizo descansar sus ojos amenazados en una actitud profundamente meditativa. No la alteró en lo más mínimo. Pero el tono que empleó no era soñador.

—¡Bien! ¿Y qué ha descubierto ya? Usted se encontró en el primer momento con algo inesperado.

—No exactamente inesperado, sir Ethelred. Lo principal que descubrí fue un estado psicológico.

La Gran Presencia hizo un leve movimiento.

—Le ruego que sea inteligible.

—Sí, sir Ethelred. Usted sabe, sin duda, que la mayoría de los criminales, en un momento u otro, sienten la necesidad irresistible de confesarse con cualquier persona, de descargar su conciencia con alguien. Y lo hacen a menudo con la policía. En ese Verloc que Heat tanto deseaba proteger he descubierto a un hombre que se encontraba en ese particular estado psicológico. El hombre, hablando en forma figurada, se arrojó a mis brazos. Bastó con que yo le susurrara quién era y con que añadiera «Sé que usted está en el fondo de este asunto». A él debe de haberle parecido milagroso que nosotros ya supiéramos, pero lo tomó todo con naturalidad. La maravilla del asunto no lo sorprendió en ningún momento. No tuve más que plantearle las dos preguntas: ¿Quién lo metió a usted en esto?, y ¿quién fue el que ejecutó la acción? Contestó la primera con notable énfasis. En lo que se refiere a la segunda pregunta,

entiendo que el sujeto de la bomba era su cuñado, todavía un muchacho, un débil mental... Es un asunto más bien curioso, quizá demasiado largo para explicarlo todavía en forma completa.

—¿Qué ha sabido usted, entonces? —preguntó el gran hombre.

—Primero, he sabido que el ex presidiario Michaelis no tuvo nada que ver con esto, aun cuando el muchacho había estado viviendo por un tiempo con él en el campo hasta las ocho de esta mañana. Lo más probable es que hasta este momento Michaelis todavía no sepa nada.

—¿Está seguro de eso? —preguntó el gran hombre.

—Muy seguro, sir Ethelred. Este sujeto Verloc fue hasta ahí esta mañana, y salió con el joven con el pretexto de dar una caminata con él por los campos. Como no era la primera vez que hacía esto, Michaelis no podía tener la más leve sospecha de que ocurriera nada fuera de lo normal. En cuanto al resto, sir Ethelred, la indignación de este Verloc no dejó nada en la duda, absolutamente nada. Él había sido sacado de sus casillas por una actitud extraordinaria, que para usted o para mí habría sido difícil de tomar en serio, pero que obviamente produjo en él una gran impresión.

El subcomisario, entonces, transmitió brevemente al gran hombre, que permanecía tranquilo, descansando sus ojos bajo la sombra de su mano, el juicio del señor Verloc acerca de los procedimientos y el carácter del señor Vladimir. El subcomisario no dejaba de reconocerle una cierta exactitud. Pero el gran personaje observó:

—Todo esto parece demasiado fantástico.

—¿No es así? Uno pensaría que se trata de una broma feroz. Pero nuestro hombre, al parecer, la tomó en serio. Se sintió amenazado. Anteriormente, sabe usted, estaba en contacto directo con el viejo Stott-Wartenheim en persona, y había llegado a considerar que sus servicios eran indispensables. Fue un despertar extremadamente brusco. Me imagino que perdió la cabeza. Se quedó furioso y atemorizado. Le doy mi palabra, mi impresión es que pensó que esta gente de embajada no sólo era capaz de despedirlo, sino también, de una manera o de otra, de entregarlo...

—¿Cuánto rato estuvo usted con él? —interrumpió la Presencia desde atrás de su enorme mano.

—Unos cuarenta minutos, Sir Ethelred, en un sitio de mala fama llamado Hotel Continental, encerrados en una habitación que dicho sea de paso reservé para toda la noche. Lo encontré bajo el efecto de esa reacción que sigue al esfuerzo del crimen. No es posible definir al personaje como un criminal endurecido. Es obvio que no planeó la muerte de ese pobre niño, su cuñado. Eso fue un golpe para él, así pude observarlo. Quizá sea un hombre demasiado sensible. Quizá le tenía cariño al muchacho, incluso, ¿quién sabe? Podía haber esperado que el joven escapara; en cuyo caso habría sido casi imposible inculpar a nadie. En último término, lo único que arriesgaba conscientemente era el arresto para el otro.

El subcomisario hizo una pausa en sus especulaciones para darse un momento de

reflexión.

—Pero no podría decir cómo, en este último caso, pensaba mantener oculta su propia participación en los hechos —continuó, en su ignorancia de la devoción del pobre Stevie por el señor Verloc (que era *bueno*), y de su estupidez verdaderamente extraña, que en el viejo asunto de los fuegos artificiales en la escalera había resistido durante muchos años súplicas, presiones, enojos, y otros métodos de investigación utilizados por su querida hermana. Porque Stevie era leal...—. No, no puedo imaginármelo. Es posible que no pensara siquiera en eso. Resulta extravagante plantearlo así, Sir Ethelred, pero su estado de desánimo me sugirió la idea de un hombre impulsivo que, después de suicidarse creyendo que así terminarían todas sus preocupaciones, descubriera que nada de eso había ocurrido.

El subcomisario dio esta definición en tono de disculpa. Pero existe en verdad una clase de lucidez que es propia del lenguaje extravagante, y el gran hombre no se dio por ofendido. Un leve y súbito movimiento del voluminoso cuerpo medio perdido en la penumbra de las pantallas de seda verde, de la voluminosa cabeza reclinada en la enorme mano, acompañó a un sonido intermitente, retenido, pero poderoso. El gran hombre se había reído.

—¿Qué ha hecho usted con él?

El subcomisario respondió con suma prontitud:

—Como parecía muy ansioso de volver donde estaba su mujer en la tienda, lo dejé irse, Sir Ethelred.

—¿Sí? Pero ese individuo va a desaparecer.

—Perdóneme. No me parece. ¿A qué lugar podría ir? Además, usted debe recordar que él también tiene que pensar en el peligro que viene de sus camaradas. Él está ahí en su puesto. ¿Cómo podría explicar que lo abandonara? Pero aun cuando no hubiesen obstáculos para su libertad de acción, él no haría nada. En este momento carece de energía moral para tomar decisiones de cualquier especie. Permítame señalarle, también, que si yo lo hubiera detenido, estaríamos comprometidos en una línea de acción acerca de la cual me gustaría conocer, primero, sus intenciones precisas.

El gran personaje se levantó pesadamente. Era una forma oscura, imponente, en la penumbra verdosa de la habitación.

—Veré al Fiscal General esta noche, y lo mandaré a llamar a usted mañana por la mañana. ¿Desea decirme algo más ahora?

El subcomisario también se había puesto de pie, delgado y flexible.

—Creo que no, Sir Ethelred, salvo que tuviera que entrar en detalles que...

—No. Nada de detalles, por favor.

La gran mole sombría pareció encogerse, como si estuviera aquejada de un temor físico a los detalles; después vino hacia adelante, hinchada, enorme, y llena de peso, ofreciendo una mano muy ancha.

—¿Y usted dice que este hombre tiene una mujer?

—Sí, sir Ethelred —dijo el subcomisario, apretando con deferencia la mano extendida—. Una esposa auténtica y una auténtica y respetable relación conyugal. Él me dijo que después de su entrevista en la embajada habría tirado todo por la borda, habría tratado de vender su tienda, y de abandonar el país, sólo que estaba seguro de que su mujer no habría querido ni oír hablar de irse al extranjero. Nada podía ser más característico de una relación respetable que eso —continuó, con un matiz de tristeza, el subcomisario, cuya propia mujer, también, no había querido ni oír hablar de viajar al extranjero—. Sí, una esposa auténtica. Y la víctima era un auténtico cuñado. Desde cierto punto de vista, nos encontramos aquí frente a un drama doméstico.

El subcomisario se rio un poco; pero los pensamientos del gran hombre parecían haber emigrado lejos, quizás hacia los problemas de la política interna de su país, el campo de batalla de su militante valor en contra del venal Cheeseman. El subcomisario se retiró calladamente, inadvertido, como si ya hubiera sido olvidado.

Él tenía sus tendencias propias a emprender cruzadas. Este asunto, que disgustaba, de un modo o de otro, al inspector jefe Heat, le parecía un punto de partida providencialmente dado para una cruzada. Tenía gran interés en comenzar. Caminó lentamente a casa, meditando en esa empresa a lo largo del camino, y pensando en la psicología del señor Verloc con un ánimo complejo, hecho de repugnancia y satisfacción. Recorrió a pie todo el camino hasta su casa. Al encontrar que el salón estaba oscuro, subió las escaleras, y pasó algún tiempo entre el dormitorio y la sala de vestir, cambiándose de ropa, yendo de un lugar a otro con el aire de un sonámbulo pensativo. Pero se desprendió de ese aire antes de salir de nuevo para encontrarse con su mujer en la casa de la gran dama protectora de Michaelis.

Sabía que ahí sería bien recibido. Al entrar al más pequeño de los dos salones vio a su mujer en un grupito junto al piano. Un compositor más bien joven y en tránsito a la fama discursaba desde un piso de música a dos hombres gruesos cuyas espaldas parecían viejas, y a tres mujeres delgadas cuyas espaldas parecían jóvenes. Detrás del biombo la gran dama sólo se encontraba en compañía de dos personas: un hombre y una mujer, sentados lado a lado en sillones a los pies de su diván. Ella extendió su mano al subcomisario.

—Nunca esperé verlo aquí esta noche. Annie me dijo...

—Sí. Nunca pensé yo mismo que mi trabajo terminaría tan rápido.

El subcomisario añadió en voz baja:

—Me alegro de decirle que Michaelis está completamente fuera de sospecha...

La protectora del ex presidiario recibió estas seguridades con indignación.

—¿Cómo? Su gente era tan estúpida como para relacionarlo con...

—Estúpida no —interrumpió el subcomisario, contradiciendo con deferencia—. Bastante lista. —Más que lista para proceder en esa forma.

Sobrevino un silencio. El hombre instalado a los pies del diván había cesado de hablarle a la señora, y miraba con una leve sonrisa.

—No sé si ustedes se han conocido antes alguna vez —dijo la gran dama.

El señor Vladimir y el subcomisario, al ser presentados, tomaron nota de la existencia de cada uno con puntillosa y reservada cortesía.

—Me ha estado atemorizando —declaró de pronto la señora sentada al lado del señor Vladimir, con una inclinación de la cabeza hacia ese caballero. El subcomisario conocía a la señora.

—Usted no se ve asustada —manifestó él, después de examinarla a conciencia con su mirada cansina y ecuánime. Entretanto, él se decía para sus adentros que en esta casa, tarde o temprano, uno conocía a todo el mundo. La fisonomía rosácea del señor Vladimir estaba envuelta en sonrisas, porque él era ingenioso, pero sus ojos permanecían serios, como los ojos de un hombre convencido.

—Bueno, por lo menos lo intentó —corrigió la señora.

—La fuerza del hábito, quizá —dijo el subcomisario, movido por una inspiración irresistible.

—Ha estado amenazando a la sociedad con toda clase de horrores —continuó la señora, cuya pronunciación era acariciadora y lenta—, a propósito de esta explosión en el parque de Greenwich. Parece que todos deberíamos temblar dentro de nuestros zapatos frente a lo que se nos viene encima, si no se suprime a toda esta gente en todo el mundo. No tenía la menor idea de que este asunto fuese tan grave.

El señor Vladimir, pretendiendo que no escuchaba, se inclinó hacia el diván, hablando amablemente en voz baja, pero escuchó que el subcomisario decía:

—No dudo de que el señor Vladimir tiene una idea muy precisa acerca de la verdadera importancia de este asunto.

El señor Vladimir se preguntó que qué quería insinuar ese maldito y entrometido policía. Como descendiente de generaciones que habían estado sometidas a los instrumentos de un poder arbitrario, él tenía miedo de la policía por motivos raciales, nacionales e individuales.^[14] Era una debilidad hereditaria, completamente independiente de su juicio, de su razón, de su experiencia. Había nacido con ella. Pero ese sentimiento, parecido al horror irracional que alguna gente siente por los gatos, no se interponía en el camino de su inmenso desprecio por la policía inglesa. Terminó la frase dirigida a la gran dama, y se movió ligeramente en su silla.

—Usted quiere decir que tenemos una gran experiencia sobre esa gente. Sí; no hay duda de que sufrimos mucho a causa de su actividad, mientras ustedes —el señor Vladimir vaciló un momento, con sonriente perplejidad—. Mientras que ustedes toleran alegremente su presencia entre ustedes —terminó, exhibiendo un hoyuelo en cada una de las bien afeitadas mejillas. Después añadió con mayor gravedad—: Hasta podría decir: porque ustedes de hecho los admiten.

Cuando el señor Vladimir dejó de hablar, el subcomisario bajó la vista, y la conversación quedó en suspenso. El señor Vladimir se despidió casi inmediatamente después. Tan pronto como estuvo de espaldas contra el diván, el subcomisario también se levantó.

—Pensé que iba a quedarse y llevar a Annie a casa —dijo la dama protectora de Michaelis.

—Veo que todavía tengo un poco de trabajo para hacer esta noche.

—¿Relacionado con...?

—Sí... en cierto sentido.

—Dígame, ¿de qué se trata realmente... este horror?

—Es difícil precisar qué es, pero todavía puede convertirse en una *cause célèbre* —dijo el subcomisario.

Dejó el salón a toda prisa, y encontró que el señor Vladimir todavía estaba en el vestíbulo, envolviendo su garganta cuidadosamente en un amplio pañuelo de seda. Detrás de él esperaba un criado, sosteniendo su abrigo. Otro esperaba listo para abrir la puerta. A su debido tiempo, el subcomisario recibió ayuda para colocarse el abrigo, y se lo dejó salir de inmediato. Después de bajar las gradas principales se detuvo, como para meditar sobre el camino que debería tomar. Al ver esto a través de la puerta que mantenían abierta, el señor Vladimir se demoró en el vestíbulo para sacar un cigarro y pidió fuego. Éste le fue proporcionado por un hombre de edad, desprovisto de librea, con aire de tranquila deferencia. Pero el fósforo se apagó; el criado cerró entonces la puerta, y el señor Vladimir encendió su gran habano con prolijo cuidado. Cuando salió por fin de la casa, vio con disgusto que el «maldito policía» todavía estaba parado en la acera.

«¿Será posible que me esté esperando a mí?», pensó el señor Vladimir, mirando a todos lados por si había señas de un coche. No vio ninguno. Un par de carruajes esperaban junto a la acera, con su lámpara ardiendo en forma sostenida. Los caballos estaban perfectamente inmóviles, como esculpidos en piedra, y los cocheros estaban sentados, sin movimiento alguno, bajo las grandes capas de piel, y ni siquiera un temblor agitaba las correas blancas de sus grandes látigos. El señor Vladimir emprendió la marcha, y el «maldito policía» se puso codo a codo con él. No dijo nada. Al final de la cuarta zancada, el señor Vladimir se sintió furibundo e intranquilo. Esto no podía continuar.

—Tiempo miserable —gruñó, con salvajismo.

—Suave —dijo, sin pasión, el subcomisario. Permaneció en silencio durante un corto rato—. Hemos cogido a un hombre que se llama Verloc —anunció, como al pasar.

El señor Vladimir no tropezó, no retrocedió, no cambió su paso. Pero no pudo dejar de exclamar:

—¿Qué? —El subcomisario no repitió su declaración—. Usted lo conoce —continuó en el mismo tono.

El señor Vladimir se detuvo, y se puso gutural.

—¿Qué le hace decir eso?

—No soy yo. Es Verloc el que lo dice.

—Alguna especie de perro mentiroso —dijo, con fraseología en cierto modo

oriental, el señor Vladimir. Pero en su interior estaba casi pasmado frente a la milagrosa habilidad de la policía inglesa. El cambio de su opinión acerca de esta materia fue tan violento, que por un instante lo hizo sentirse ligeramente enfermo. Arrojó lejos su cigarro, y continuó su camino.

—Lo que más me gustó en este asunto —continuó el subcomisario, hablando despacio—, es que ofrece un punto de partida tan excelente para un trabajo que siento que debe ser emprendido: el de limpiar este país de todos los espías políticos extranjeros, policías, y toda esa clase de... de... perros. Constituyen, a mi juicio, un estorbo de los mil demonios; también un elemento de peligro. Pero no es fácil para nosotros buscarlos uno por uno. El único camino es hacer que su empleo sea desagradable para sus empleadores. La cosa se está poniendo indecente. Y peligrosa, también, para nosotros, los de aquí.

El señor Vladimir también se detuvo por un momento.

—¿Qué pretende insinuar usted?

—El proceso de este Verloc demostrará al público tanto el peligro como la indecencia.

—Nadie creerá lo que afirma un hombre de esa clase —dijo el señor Vladimir, desdeñosamente.

—La riqueza y precisión de detalles convencerán a la gran masa del público —avanzó suavemente el subcomisario.

—De manera que ustedes están decididos a hacer eso.

—Tenemos al sujeto en nuestro poder; no nos queda otra alternativa.

—No harán más que exaltar el espíritu mentiroso de estos canallas revolucionarios —protestó el señor Vladimir—. ¿Para qué quieren hacer un escándalo? ¿Por moralidad... o qué?

La ansiedad del señor Vladimir era obvia. El subcomisario, después de confirmar por este medio que debía haber alguna verdad en las breves declaraciones del señor Verloc, dijo con indiferencia:

—Hay un aspecto práctico, también. Ya tenemos bastante con ocuparnos de la especie auténtica. No se puede decir que no seamos efectivos. Pero no tenemos la menor intención de que nos molesten, bajo ningún pretexto, las falsificaciones.

El tono del señor Vladimir se volvió altivo.

—Por mi parte, no puedo compartir su punto de vista. Es egoísta. Nadie puede dudar de mis sentimientos por mi propio país; pero siempre he sentido que también deberíamos ser buenos europeos... Me refiero a los gobiernos y a los hombres.

—Sí —dijo el subcomisario con simplicidad—. Sólo que usted mira Europa desde su otro extremo. Pero —prosiguió en un tono jovial—, los gobiernos extranjeros no pueden protestar contra la ineficiencia de nuestra policía. Observe este atentado; un caso especialmente difícil de rastrear, ya que se trataba de una impostura. En menos de doce horas hemos establecido la identidad de un hombre literalmente volado en pedazos, hemos encontrado al organizador del atentado, y

hemos tenido una primera visión del instigador que actúa detrás suyo. Y podíamos haber ido más lejos; sólo que nos detuvimos en los límites de nuestro territorio.

—De modo que este crimen tan instructivo fue planeado en el extranjero —dijo el señor Vladimir, rápidamente—. ¿Usted reconoce que fue planeado en el extranjero?

—En teoría. Sólo en teoría, en territorio extranjero; en el exterior sólo en virtud de una ficción —dijo el subcomisario, aludiendo al carácter de las embajadas, que se supone que forman parte del territorio del país al que pertenecen—. Pero eso es un detalle. Le hablé a usted de este asunto porque su gobierno es el que más murmura contra nuestra policía. Ya ve usted que no estamos tan mal. Me interesaba especialmente contarle nuestro éxito.

—Sin duda que estoy muy agradecido —masculló el señor Vladimir entre dientes.

—Podemos ponerle la mano encima a cualquiera de los anarquistas que hay aquí —continuó el subcomisario, como si estuviera citando al inspector jefe Heat—. Lo único que se necesita ahora es eliminar al agente provocador para que todo esté seguro.

El señor Vladimir hizo señas a un coche que pasaba.

—No va a entrar ahí —observó el subcomisario, mirando un edificio de proporciones nobles y aspecto acogedor, con la luz de un gran vestíbulo que caía a través de sus puertas de cristal sobre una amplia escalinata.

Pero el señor Vladimir, sentado, con ojos pétreos, en el interior del coche, se alejó sin decir palabra.

El subcomisario tampoco se dirigió al noble edificio. Era el Explorers' Club. Por su mente pasó la idea de que el señor Vladimir, miembro honorario, no sería visto muy a menudo ahí en el futuro. Miró su reloj. Sólo eran las diez y media. Había tenido una tarde muy ocupada.

Once

Después de la partida del inspector jefe Heat, el señor Verloc se había paseado por la sala. De tiempo en tiempo miraba a su mujer a través de la puerta abierta. «Ahora ya lo sabe todo», pensó para sí, con lástima por su dolor y con alguna satisfacción en lo que se refería a él mismo. Si el alma del señor Verloc quizá carecía de grandeza, era capaz de sentimientos tiernos. La perspectiva de tener que revelarle las noticias lo había puesto en un estado febril. El inspector jefe Heat lo había aliviado de esa tarea. Eso, por lo menos, estaba bien. Ahora le quedaba hacer frente a su pena.

El señor Verloc nunca había esperado enfrentarla por causa de muerte, ya que contra su carácter catastrófico nada se puede argumentar con razonamientos sofisticados o con persuasiva elocuencia. El señor Verloc nunca quiso que Stevie pereciera con tan abrupta violencia. Nunca quiso que pereciera en absoluto. Stevie muerto constituía un estorbo mucho mayor de lo que nunca había sido en vida. El señor Verloc le había vaticinado una salida favorable a su empresa, sin basarse para ello en la inteligencia de Stevie, que a veces le hace extrañas jugadas a un hombre, sino en la ciega docilidad y en la ciega devoción del muchacho. Sin tener mucho de psicólogo, el señor Verloc había sondeado la profundidad del fanatismo de Stevie. Se atrevía a acariciar la esperanza de Stevie saliendo de los muros del Observatorio, tal como se le había instruido que hiciera, tomando el camino que se le había indicado muchas veces previamente, y juntándose con su cuñado, el sabio y bondadoso señor Verloc, fuera del recinto del parque. Quince minutos debían haber bastado para que el mayor de los imbéciles depositara el artefacto y se marchara. Y el Profesor había garantizado más de quince minutos. Pero Stevie había tropezado a los cinco minutos de haber sido dejado solo. Y el señor Verloc quedó moralmente deshecho. Todo lo había previsto, menos eso. Había previsto a Stevie distraído y perdido —buscado— encontrado por fin en algún cuartel de policía o en un asilo de provincia. Había previsto el arresto de Stevie, y no tenía miedo, porque el señor Verloc tenía una gran opinión de la lealtad de Stevie, que había sido cuidadosamente adoctrinado con la necesidad del silencio durante sucesivas caminatas. Como un filósofo peripatético, el señor Verloc, deambulando a lo largo de las calles de Londres, había modificado el concepto de Stevie de la policía mediante conversaciones llenas de sutiles razonamientos. Nunca un maestro había tenido un discípulo más atento y embelesado. La sumisión y la adoración eran tan evidentes, que el señor Verloc había llegado a sentir algo semejante al afecto por el muchacho. En todo caso, no había previsto la rápida conexión entre el muchacho y él mismo que podría establecerse. Lo

último que el señor Verloc habría imaginado era que su mujer descubriera la precaución de coser la dirección del niño en el interior de su abrigo. Uno no puede pensar en todo. Eso quería indicar ella cuando dijo que él no necesitaba preocuparse si Stevie se le perdía durante sus paseos. Ella le había asegurado que el niño regresaría perfectamente. Pues bien, ¡había regresado con una venganza!

—Bien, bien —murmuró el señor Verloc en su asombro. ¿Qué pretendía ella con eso? ¿Evitarle la molestia de mantener un ojo inquieto puesto en Stevie? Lo más probable era que su intención hubiera sido buena. Sólo que debería haberlo informado sobre la precaución que había tomado.

El señor Verloc caminó detrás del mostrador de la tienda. No tenía la intención de abrumar a su mujer con amargos reproches. El señor Verloc no sentía amargura. La marcha inesperada de los acontecimientos lo había convertido a la doctrina del fatalismo. Ahora no había nada que hacer. Dijo:

—No quise que el niño sufriera daño alguno.

El sonido de la voz de su marido hizo estremecerse a la señora Verloc. No se descubrió la cara. El confiable agente secreto del difunto barón Stott-Wartenheim la miró un tiempo con una mirada pesada, persistente, que no discernía. A sus pies yacía el diario despedazado de la tarde. No podía haberle dicho mucho. El señor Verloc sentía la necesidad de hablarle a su mujer.

—¿Es ese condenado de Heat... eh? —dijo—. Y te perturbó. Es un animal, lanzarle todo eso a una mujer. Yo me había enfermado pensando en la manera de decírtelo. Estuve sentado durante horas en el saloncito de Cheshire Cheese meditando sobre la mejor manera. Tú comprendes que nunca quise que a ese niño le sucediera nada.

El señor Verloc, el agente secreto, estaba diciendo la verdad. Lo que había recibido el impacto más fuerte por la explosión prematura era su afecto conyugal. Añadió:

—No me sentía particularmente alegre sentado en ese lugar y pensando en ti.

Observó otro ligero temblor de su mujer, que afectó su sensibilidad. Como ella insistía en esconder su cara entre sus manos, pensó que mejor la dejaba sola un momento. Con este delicado impulso, el señor Verloc se retiró de nuevo a la sala, donde la luz del gas ronroneaba igual que un gato satisfecho. La previsión conyugal de la señora Verloc había dejado la carne fría en la mesa con el cuchillo y el tenedor de trinchar y media rebanada de pan para la comida del señor Verloc. Notó ahora estas cosas por primera vez, y cortando un pedazo de pan y uno de carne, empezó a comer.

Su apetito no provenía de la insensibilidad. El señor Verloc no había tomado desayuno ese día. Había salido de casa en ayunas. Como no era un hombre enérgico, encontraba su resolución en la excitación nerviosa, que parecía sujetarlo de la garganta. No habría podido tragar nada sólido. La cabaña de Michaelis estaba tan desprovista de provisiones como la celda de un prisionero. El apóstol en libertad

condicional vivía de un poco de leche y de costras de pan añejo. Aún más, cuando llegó el señor Verloc, ya había subido después de su frugal comida. Absorbido en la tarea y el placer de la composición literaria, ni siquiera había respondido al grito del señor Verloc por el hueco de la pequeña escalera.

—Me llevo a este joven a casa por un día o dos.

Y, a la verdad, el señor Verloc no esperó una respuesta, pero salió de la cabaña de inmediato, seguido por el obediente Stevie.

Ahora que toda la acción había transcurrido y que le habían arrancado su destino de las manos con inesperada rapidez, el señor Verloc se sintió físicamente con un terrible vacío. Trinchaba la carne, cortaba el pan, y devoraba su sopa, de pie junto a la mesa, dirigiendo de cuando en cuando una mirada a su mujer. Su prolongada inmovilidad perturbaba la comodidad de su colación. Caminó de nuevo hacia la tienda, y se acercó mucho a ella. Este dolor con el rostro velado perturbaba al señor Verloc. Esperaba, por supuesto, que su mujer estuviera muy alterada, pero quería que ella recuperara su control. Necesitaba de toda su ayuda y toda su lealtad en estas nuevas circunstancias que su fatalismo ya había aceptado.

—No hay nada que hacer —dijo en un tono de sombría simpatía—. Ya, Winnie, tenemos que pensar en el mañana. Necesitarás contar con toda tu sensatez después de que a mí me hayan llevado.

Hizo una pausa. El pecho de la señora Verloc se agitó convulsivamente. Esto no fue tranquilizador para el señor Verloc, para quien la situación que acababa de crearse exigía de las dos personas más involucradas en ella calma, decisión, y otras cualidades incompatibles con el desorden mental del dolor apasionado. El señor Verloc era un hombre humano; había llegado a casa preparado para tolerar cualquier extremo en el afecto de su esposa por su hermano. Pero no entendía ni la naturaleza ni la completa extensión de ese sentimiento. Y en esto él era excusable, ya que para él era imposible comprenderlo sin dejar de ser él mismo. Estaba perplejo y decepcionado, y su manera de hablar lo manifestaba en cierta rudeza del tono.

—Podrías mirar a la gente —observó después de esperar un rato.

Como si hubiera sido empujada a través de las manos que cubrían el rostro de la señora Verloc, la respuesta llegó amortecida, casi lastimera.

—No quiero mirarte mientras viva.

—¿Eh? ¡Qué! —El señor Verloc se asustó por el sentido superficial y literal de esta declaración. Obviamente no era razonable, era el simple grito de un dolor exagerado. Arrojó sobre él el manto de su indulgencia conyugal. La mente del señor Verloc carecía de profundidad. Bajo la impresión errónea de que el valor de los individuos consiste en lo que son en sí mismos, no tenía ninguna posibilidad de comprender el valor de Stevie ante los ojos de la señora Verloc. Ella lo estaba tomando de una manera endiabladamente dura, pensó para sí mismo. Toda la culpa era de ese condenado de Heat. ¿Con qué objeto quería perturbar a la mujer? Pero no debía permitirse que ella, por su propio bien, continuara así hasta salirse

completamente de sus casillas.

—¡Mira! No puedes sentarte así en la tienda —dijo con afectada severidad, en la cual había algo de verdadera inquietud; porque había asuntos prácticos urgentes que conversar, aun cuando tuvieran que estar en pie toda la noche—. Alguien podría entrar en cualquier minuto —añadió, y esperó de nuevo. No se produjo efecto alguno, y al señor Verloc se le ocurrió durante la pausa la idea de lo irremediable de la muerte. Cambió de tono—. Vamos. Esto no lo traerá de vuelta —dijo, suavemente, sintiéndose dispuesto a tomarla en sus brazos y estrecharla contra su pecho, donde la impaciencia y la compasión se hospedaban lado a lado. Pero con la salvedad de un breve temblor, la señora Verloc no pareció afectada por la fuerza de ese terrible tópico. El que resultó conmovido fue el propio señor Verloc. Estaba conmovido en su simpleza de exigir moderación para afirmar los derechos de su propia personalidad.

—Sé razonable, Winnie. ¿Qué hubiera sucedido si me hubieras perdido a mí?

Vagamente había esperado escucharla llorar. Pero ella no se movió. Se echó un poco hacia atrás, tranquilizada hasta una inmovilidad completa, impenetrable. El corazón del señor Verloc empezó a latir más rápido con exasperación y con algo semejante a la alarma. Puso la mano en su hombro, diciendo:

—No seas tonta, Winnie.

Ella no hizo signo alguno. Era imposible hablar de nada con una mujer a quien no se le podía ver la cara. El señor Verloc cogió las muñecas de su mujer. Pero sus manos parecían pegadas con cola. Ella se balanceó hacia adelante con el tirón, y casi se cayó de la silla. Asustado de sentirla tan irremediablemente inválida, estaba tratando de volver a colocarla en su silla cuando de pronto se puso toda rígida, se desprendió de sus manos, corrió fuera de la tienda, a través de la sala, y entró a la cocina. Esto fue muy rápido. Él sólo pudo vislumbrar su cara y la parte de los ojos indispensable para percatarse de que ella no lo había mirado.

Todo tuvo la apariencia de una lucha por la posesión de una silla, porque el señor Verloc tomó instantáneamente el lugar de su mujer en ella. El señor Verloc no se cubrió la cara con las manos, pero una sombría reflexión veló sus facciones. No se podía evitar un período de cárcel. Él ahora no deseaba evitarlo. Una prisión es un lugar situado tan a resguardo de ciertas venganzas ilegales como la tumba, con la siguiente ventaja, que en una prisión hay cabida para la esperanza. Lo que veía delante suyo era un período de cárcel, una salida rápida en libertad, y después la vida en algún lugar del extranjero, tal como ya lo había contemplado, en la eventualidad de un fracaso. Bien, era un fracaso, aunque no exactamente la clase de fracaso que había temido. Había estado tan cerca del éxito, que habría podido aterrorizar al señor Vladimir, sacándolo de sus feroces burlas, con esta prueba de eficiencia oculta. Así por lo menos le parecía ahora al señor Verloc. Su prestigio en la embajada habría sido inmenso si... si su mujer no hubiera tenido la desafortunada idea de coser la dirección en el interior del abrigo de Stevie. El señor Verloc, que no era un tonto, había advertido pronto el carácter extraordinario de la influencia que él tenía sobre

Stevie, aun cuando no comprendía exactamente su origen: la doctrina de su suprema sabiduría y bondad inculcada por dos mujeres angustiadas. En todas las eventualidades que había previsto, el señor Verloc había hecho sus cálculos con una visión correcta de la lealtad instintiva y de la ciega discreción de Stevie. La única eventualidad que no había previsto lo había dejado consternado, en su condición de persona humanitaria y de marido afectuoso. Desde todos los demás puntos de vista constituía más bien una ventaja. Nada puede equipararse a la eterna discreción de la muerte. El señor Verloc, perplejo y asustado en su asiento del saloncito del Cheshire Cheese, no podía dejar de admitir eso en su fuero interno, porque nunca su sensibilidad se interponía en el camino de su juicio. La violenta desintegración de Stevie, por perturbador que fuese pensar en ella, sólo aseguraba el éxito; ya que, por supuesto, la finalidad de las amenazas del señor Vladimir no era derribar un muro, sino producir un efecto moral. Con mucha molestia e inquietud por parte del señor Verloc, se podía sostener que el efecto había sido producido. Cuando, sin embargo, del modo más inesperado, produjo sus frutos nocivos en Brett Street, el señor Verloc, que había luchado como un hombre envuelto en una pesadilla para preservar su posición, aceptó el golpe con el ánimo de un fatalista convencido. La posición se había perdido sin culpa de nadie, realmente. Había sido cosa de un pequeño, ínfimo factor. Era como resbalar en la oscuridad en una cáscara de naranja y romperse una pierna.

El señor Verloc lanzó un suspiro de cansancio. No abrigaba resentimiento alguno en contra de su mujer. Pensó: ella tendrá que ocuparse de la tienda mientras a mí me mantienen encerrado. Y pensando también en la crueldad con que le haría falta Stevie en un comienzo, se sintió extremadamente inquieto por su salud y su estado de ánimo. ¿Cómo soportaría ella su, soledad, absolutamente sola en esa casa? No sería nada bueno que ella sufriera una depresión mientras él estaba en la cárcel. ¿Qué ocurriría en ese caso con la tienda? La tienda era un recurso. Aun cuando el fatalismo del señor Verloc aceptaba su liquidación como agente secreto, no tenía el menor propósito de llegar a la ruina total, sobre todo, hay que reconocerlo, por consideración a su mujer.

Silenciosa, y fuera del alcance de su vista en la cocina, ella lo asustaba. Si hubiera tenido a su madre junto a ella. Pero esa vieja tonta... Un enojado desánimo se apoderó del señor Verloc. Él debía hablar con su mujer. Él podía decirle con toda certeza que un hombre se desespera en ciertas circunstancias. Pero no fue de buenas a primeras a impartirle esa información. En primer lugar, estaba claro para él que esta tarde no era momento para hacer negocios. Se levantó para cerrar la puerta de la calle y apagó el gas en la tienda.

Después de asegurar en esta forma la soledad en torno a su hogar, el señor Verloc caminó a la sala, y se asomó a la cocina. La señora Verloc estaba sentada en el lugar en que el pobre Stevie se instalaba habitualmente en las tardes, provisto de papel y lápiz, para entregarse al pasatiempo de dibujar esos resplandores de círculos

innumerables que sugerían el caos y la eternidad. Sus brazos estaban cruzados sobre la mesa, y su cabeza yacía en sus brazos. El señor Verloc contempló durante un rato su espalda y el arreglo de sus cabellos, y después se alejó de la puerta de la cocina. La ausencia filosófica y casi desdeñosa de curiosidad de la señora Verloc, base de su entendimiento en la vida doméstica, hacía extremadamente difícil entrar en contacto con ella, ahora que esta necesidad trágica había surgido. El señor Verloc sentía esta dificultad en forma aguda. Daba vueltas alrededor de la mesa de la sala con su aire acostumbrado de animal corpulento en una jaula.

Como la curiosidad es una de las formas de la autorrevelación, una persona sistemáticamente desprovista de curiosidad siempre resulta parcialmente misteriosa. Cada vez que pasaba cerca de la puerta, el señor Verloc miraba a su mujer con intranquilidad. No era que le tuviera miedo. El señor Verloc se creía amado por esa mujer. Pero ella no lo había acostumbrado a hacer confidencias. Y la confidencia que él tenía que hacer era de un profundo carácter psicológico. ¿Cómo, con su falta de práctica, podía transmitirle lo que él sólo sentía en forma vaga: que hay conspiraciones del fatal destino, que a veces una idea crece en la mente hasta adquirir una existencia exterior, un poder independiente propio, e incluso una voz sugestiva? Él no podía informarle que un hombre puede estar obsesionado por una cara gorda, ocurrente, bien afeitada, hasta que el recurso más insensato para liberarse de ella aparezca como un hijo de la cordura.

Con esta referencia mental al primer secretario de una gran Embajada, el señor Verloc se detuvo en el umbral, y mirando hacia la cocina con rostro furibundo y manos empuñadas, se dirigió a su mujer:

—No sabes con qué animal he tenido que lidiar.

Se alejó para dar otra vuelta alrededor de la mesa; y cuando regresó a la puerta se detuvo otra vez, lanzando chispas desde la altura de dos gradas.

—Un animal estúpido, provocador, peligroso, sin más cordura que... ¡Después de todos estos años! ¡Un hombre como yo! Y me he estado jugando la cabeza en ese juego. Tú no sabías. Con toda razón, por lo demás. ¿Para qué te iba a decir que corría el riesgo de que en cualquier momento me enterraran un cuchillo durante estos siete años que hemos estado casados? No soy persona de intranquilizar a una mujer que me quiere. Tú no tenías ninguna necesidad de saber.

El señor Verloc dio otra vuelta alrededor de la sala, furibundo.

—Un animal venenoso —comenzó de nuevo desde el umbral—. Por hacer un chiste, arrojarme a una zanja a morirme de hambre. Me daba cuenta de que él creía que era un chiste endiabladamente bueno. ¡Un hombre como yo! ¡Mira! Alguna de la gente más encumbrada del mundo tiene que agradecerme por caminar en sus dos pies hasta el día de hoy. ¡Ése es el hombre con quien te casaste, hija mía!

Notó que su mujer se había erguido. Los brazos de la señora Verloc permanecían estirados sobre la mesa. El señor Verloc observó su espalda como si pudiera leer ahí el efecto de sus palabras.

—No hay un plan de asesinato en los últimos once años donde no haya metido los dedos arriesgando mi vida. He despachado a cantidad de estos revolucionarios, con sus bombas en sus condenados bolsillos, para que los detuvieran en la frontera. El anciano barón sabía lo que yo valía para su país. Y he aquí que de pronto llega un cerdo, un cerdo ignorante, despótico.

El señor Verloc, bajando despacio dos gradas, entró a la cocina, tomó un vaso del aparador, y sosteniéndolo en la mano, se acercó al fregadero, sin mirar a su mujer.

—El anciano barón no habría cometido la malvada locura de citarme a las once de la mañana. Hay dos o tres en esta ciudad que, si me hubieran visto entrar, no habrían tenido el menor escrúpulo en darme en la cabeza tarde o temprano. Era una jugarreta tonta y asesina, exponer por nada a un hombre... como yo.

El señor Verloc, abriendo el grifo encima del fregadero, vació tres vasos de agua, uno detrás del otro, adentro de su garganta, para calmar las llamas de su indignación. La conducta del señor Vladimir era como un alcohol ardiente que hubiera incendiado su economía interna. No podía sobreponerse a esa deslealtad. Este hombre, que no podía trabajar en las duras tareas normales que la sociedad impone a sus miembros más humildes, había ejercido con infatigable devoción su industria secreta. En el señor Verloc había un fondo de lealtad. Había sido leal a sus empleadores, a la causa de la estabilidad social —y también a sus afectos—, cómo resultó evidente cuando, después de colocar el vaso en el fregadero, se dio vuelta, diciendo:

—Si no hubiera pensado en ti, habría agarrado al bruto fanfarrón de la garganta y le habría empujado la cabeza adentro de la chimenea. Habría sido un adversario más que suficiente para ese sujeto de cara rosada, suavemente afeitado...

El señor Verloc no se cuidó de terminar la frase, como si no pudieran haber dudas sobre su terminación. Por primera vez en su vida, estaba tomando como confidente a esa mujer sin curiosidad. La singularidad del caso, la fuerza e importancia de los sentimientos personales que habían brotado en el curso de esta confesión, sacaron por completo de la mente del señor Verloc el destino de Stevie. La vacilante existencia de miedos e indignaciones del muchacho, junto con la violencia de su final, habían salido por un tiempo de la visión mental del señor Verloc. Por esa razón, cuando levantó la vista, quedó alarmado por el carácter incongruente de la mirada de su mujer. No era una mirada desenfrenada, y no era distraída, pero su atención era extraña y no satisfactoria, en la medida en que parecía concentrarse en un punto que estaba más allá de la persona del señor Verloc. La impresión fue tan fuerte que el señor Verloc atisbo por encima de su hombro. No había nada detrás suyo: sólo estaba la pared blanca. El excelente marido de Winnie Verloc no vio ninguna escritura en el muro. Se volvió de nuevo hacia su mujer, repitiendo, con algún énfasis:

—Lo habría agarrado por la garganta. Si no hubiera pensado en ti en ese momento, te prometo, como que me estás viendo, que medio lo habría asfixiado antes de soltarlo para que se levantara. Y no creas, tampoco, que hubiera estado ansioso de llamar a la policía. No se habría atrevido. Comprendes por qué, ¿no es así?

Le hizo un guiño de complicidad a su mujer.

—No —dijo, con una voz sin resonancia, y sin mirarlo en absoluto, la señora Verloc—. ¿De qué estás hablando?

Al señor Verloc le vino un gran desánimo, consecuencia del cansancio. Había tenido un día muy ocupado, y sus nervios habían sido sometidos a una dura prueba. Después de un mes de enloquecedora preocupación, que había culminado con una inesperada catástrofe, el espíritu atormentado del señor Verloc clamaba por un poco de reposo. Su carrera como agente secreto había terminado de un modo que nadie habría podido prever; sólo que ahora, quizá, podría arreglárselas para tener por lo menos una noche de sueño. Pero mirando a su mujer, le entraron dudas. Ella lo estaba tomando muy mal, «en una forma muy poco suya», pensó. Hizo un esfuerzo para hablar.

—Tendrás que controlarte, hija mía —dijo, con simpatía—. Lo hecho, hecho está.

La señora Verloc dio un leve salto, pese a que ni un músculo de su cara pálida se movió en lo más mínimo. El señor Verloc, que no la observaba, continuó en tono ponderado:

—Ahora vete a tu cama. Lo que necesitas es un buen llanto.

El único apoyo de esta opinión era el consentimiento general de la humanidad. Se entiende en forma universal que toda emoción de mujer, como si no fuera nada más substancial que vapor que flota en los aires, está destinada a terminar en una lluvia. Y es muy probable que si Stevie hubiera muerto en su cama bajo su mirada desesperada, en sus brazos protectores, el dolor de la señora Verloc habría encontrado alivio en un torrente de salobres y puras lágrimas. Junto con otros seres humanos, la señora Verloc estaba dotada de un fondo de resignación inconsciente que bastaba para enfrentarse a las manifestaciones normales del destino humano. Sin «darle muchas vueltas en la cabeza al asunto», se daba cuenta de que «no admitía que se lo contemplara muy de cerca». Pero las circunstancias lamentables del final de Stevie, que para la mente del señor Verloc sólo tenían un carácter episódico, como partes de un desastre mayor, secaban las lágrimas de ella en la misma fuente. Era el efecto de un hierro al rojo vivo pasado a través de sus ojos; al mismo tiempo su corazón, endurecido y congelado como un pedazo de hielo, mantenía a su cuerpo en un temblor interno, llevaba sus facciones a una inmovilidad contemplativa, helada, dirigida a una pared blanca sin escritura alguna. Las exigencias del temperamento de la señora Verloc, que al ser despojado de su reserva filosófica era violento y maternal, la obligaban a rumiar una serie de pensamientos en su cabeza inmóvil. Estos pensamientos eran más bien imaginados que expresados. La señora Verloc era una mujer de singularmente pocas palabras, sea para uso público o privado. Con la rabia y el desánimo de una mujer traicionada, revisaba el tenor de su vida en imágenes relacionadas sobre todo con la difícil existencia de Stevie desde sus primeros días. Era una vida de un solo objetivo y de una noble unidad de inspiración, como esas vidas excepcionales que han dejado su marca en los pensamientos y en los

sentimientos de la humanidad. Pero las imágenes de la señora Verloc carecían de nobleza y de magnificencia. Se veía metiendo al niño en cama a la luz de una única vela en el piso alto y desierto de una «casa de negocios», oscura bajo el techo y en exceso brillante de luces y cristales biselados al nivel de la calle, como un palacio de cuento de hadas. Ese esplendor postizo era el único susceptible de ser encontrado en las imágenes de la señora Verloc. Ella tenía el recuerdo de escobillar el pelo del niño y de atar sus delantales, ella misma todavía en delantal; los consuelos administrados a una criatura pequeña y terriblemente asustada por una criatura casi tan pequeña pero no tan asustada; tenía la imagen de los golpes interceptados (a menudo con su propia cabeza), de una puerta que se mantenía desesperadamente cerrada frente a la furia de un hombre (no por mucho rato); de un atizador lanzado una vez (no muy lejos), que transformó aquella tormenta determinada en el silencio mudo y terrible que sigue al estallido de un trueno. Y todas estas escenas de violencia iban y venían acompañadas del ruido grosero de profundas vociferaciones procedentes de un hombre herido en su orgullo paterno, que se declaraba evidentemente maldito, ya que uno de sus hijos era «un baboso idiota y el otro una bruja malvada». Esto se había dicho de ella hacía muchos años.

La señora Verloc escuchó las palabras de nuevo de un modo fantasmal, y entonces cayó sobre sus hombros la lúgubre sombra de la casa de Belgravia. Era un recuerdo agobiador, una visión agotadora de incontables bandejas de desayuno llevadas arriba y abajo por innumerables escaleras, de interminables regateos por algunos centavos, de la infinita monotonía de barrer, sacudir el polvo, limpiar, desde la planta baja hasta el ático; mientras que la madre impotente, arrastrando sus piernas hinchadas, cocinaba en una cocina sucia, y el pobre Stevie, el genio inconsciente que presidía todo ese esfuerzo, lustraba las botas de los caballeros en la antecocina. Pero en esta imagen había un soplo de un caliente verano de Londres, y como figura central un hombre joven que llevaba su mejor traje dominguero, con un sombrero de paja en su cabeza oscura y una pipa de madera en la boca. Afectuoso y alegre, era un compañero fascinante para hacer un viaje río abajo por el chispeante curso de la vida; sólo que su barco era demasiado pequeño. En él había hueco para una compañera en el timón, pero no había sitio para pasajeros. Se permitió que él se alejara del umbral de la casa de Belgravia, mientras Winnie desviaba sus ojos llorosos. Él no era un inquilino. El inquilino era el señor Verloc, indolente y tardío, con chistosa somnolencia matinal desde adentro de sus sábanas, pero con resplandores de soberbia en sus ojos de gruesos párpados, y siempre con algo de dinero en sus bolsillos. No había chispa de ninguna especie en el perezoso río de su vida. Transcurría a través de lugares secretos. Pero su barca parecía una construcción espaciosa, y su magnanimidad taciturna aceptaba como cosa normal la presencia de pasajeros.

La señora Verloc prosiguió con las imágenes de siete años de seguridad para Stevie lealmente pagados por parte de ella; de seguridad que se convertía en confianza, en un sentimiento doméstico, estancado y profundo como una laguna

plácida, cuya protegida superficie escasamente se estremecía con el paso ocasional del camarada Ossipon, el robusto anarquista con ojos desvergonzadamente provocativos, cuya mirada tenía una corrompida claridad suficiente para ser comprendida por cualquier mujer que no fuese absolutamente imbécil.

Sólo habían pasado unos pocos segundos desde que la última palabra había sido pronunciada en voz alta en la cocina, y la señora Verloc ya contemplaba la imagen de un episodio que no había ocurrido más de quince días antes. Con ojos cuyas pupilas estaban extremadamente dilatadas, contemplaba la imagen de su marido con el pobre Stevie caminando por Brett Street hacia arriba, codo con codo, alejándose de la tienda. Era la última escena de una existencia creada por el genio de la señora Verloc; una existencia ajena a toda gracia y todo encanto, sin belleza, sin decencia casi, pero admirable por la continuidad del sentimiento y la tenacidad del propósito. Y esta última imagen tuvo tal relieve plástico, tal nitidez de forma, tal fidelidad en el detalle sugestivo, que arrancó de la señora Verloc un murmullo angustiado y débil, que reproducía la suprema ilusión de su vida, un murmullo horrorizado que murió en sus labios empalidecidos.

—Podían haber sido padre e hijo.

El señor Verloc se detuvo, y levantó una cara marcada por la preocupación.

—¿Eh? ¿Qué dijiste? —preguntó. Al no recibir respuesta, reanudó su siniestro paseo. En seguida, con un movimiento amenazante de un puño grueso, carnoso, estalló:

—Sí. La gente de la embajada. ¡Lindo grupo, verdad! Antes de que pase una semana, haré que algunos de ellos deseen estar enterrados bajo veinte pies de tierra. ¿Eh? ¿Qué?

Miró de soslayo, con la cabeza baja. La señora Verloc contempló el muro blanco. Una pared vacía, perfectamente vacía. Un vacío como para correr y aplastar en él la cabeza. La señora Verloc permaneció sentada, inmóvil. Se mantuvo inmóvil como se mantendría inmóvil de asombro y desesperación la población de la mitad del globo, si la perfidia de una providencia en la que se depositaba confianza hubiera retirado súbitamente el sol del cielo de verano.

—La Embajada —comenzó el señor Verloc de nuevo, después de una mueca preliminar que dejó sus dientes al descubierto como los de un lobo. Me gustaría que me dejaran suelto ahí con una porra durante media hora. Pegaría hasta que no quedara un solo hueso bueno en todo ese lote. No te preocupes, ya les enseñaré lo que significa tratar de echar a un hombre como yo para que se pudra en las calles. Tengo una lengua en mi cabeza. Todo el mundo sabrá lo que he hecho por ellos. No tengo miedo. No me importa. Todo saldrá a la luz. Cada maldita cosa. ¡Que tengan cuidado!

En estos términos declaró el señor Verloc su sed de venganza. Era una venganza muy apropiada. Estaba en armonía con los dictados del genio del señor Verloc. También tenía la ventaja de estar al alcance de sus poderes y de ajustarse con facilidad a la práctica de su vida, que había consistido precisamente en traicionar el

secreto y los procedimientos ilegales de sus compañeros. Anarquistas o diplomáticos eran todos iguales para él. Por temperamento, el señor Verloc no era alguien que respetara a las personas. Su desprecio estaba distribuido en forma equitativa sobre todo el campo de sus operaciones. Pero como miembro de un proletariado revolucionario —y sin duda lo era— alimentaba un sentimiento poco amistoso hacia cualquier distinción social.

—Nada puede detenerme ahora —añadió, e hizo una pausa, mirando con fijeza a su mujer, que miraba con fijeza un muro en blanco.

El silencio de la cocina se prolongó, y el señor Verloc se sintió decepcionado. Había esperado que su mujer dijera algo. Pero los labios de la señora Verloc, compuestos en su forma habitual, mantuvieron una inmovilidad estatuaria como el resto de su cara. Y el señor Verloc se sintió decepcionado. Reconoció, sin embargo, que la ocasión no exigía palabras de parte de ella. Ella era mujer de muy pocas palabras. Por razones implicadas en los fundamentos mismos de su psicología, el señor Verloc tenía tendencia a depositar su confianza en cualquier mujer que se le hubiera entregado. Por eso confiaba en su mujer. Su acuerdo era perfecto, pero no era preciso. Era un acuerdo tácito, tal como convenía a la falta de curiosidad de la señora Verloc y a los hábitos mentales del señor Verloc, que eran indolentes y secretos. Ellos se abstendían de ir al fondo de los hechos y de las motivaciones. Esta reserva, que expresaba, de algún modo, su profunda confianza recíproca, introducía al mismo tiempo cierto elemento de vaguedad en su intimidad. Ningún sistema de relaciones conyugales es perfecto. El señor Verloc presumía que su mujer lo había comprendido, pero le habría gustado escucharla decir lo que pensaba en ese momento. Habría sido un consuelo.

Había diversas razones para que este consuelo le fuera negado. Había un obstáculo físico: la señora Verloc no tenía un control suficiente de su voz. Entre aullar y guardar silencio no veía ninguna alternativa, e instintivamente optaba por el silencio. Winnie Verloc era por temperamento una persona silenciosa. Y había que tener en cuenta la paralizante atrocidad del pensamiento que la ocupaba. Sus mejillas estaban lívidas, sus labios de color ceniza, y su inmovilidad era sorprendente. Y ella pensaba sin mirar al señor Verloc: «Este hombre se llevó al niño para asesinarlo. Se llevó al niño de casa para asesinarlo. ¡Se llevó al niño del lado mío para asesinarlo!».

Todo el ser de la señora Verloc estaba atormentado por ese pensamiento enloquecedor y no concluyente. Estaba en sus venas, en sus huesos, en las raíces de sus cabellos. Mentalmente asumía la actitud bíblica del luto: la cara cubierta, los vestidos rasgados; el sonido de gritos y lamentos llenaba su cabeza. Pero sus dientes estaban violentamente apretados, y sus ojos sin lágrimas ardían de rabia, porque ella no era una criatura sumisa. La protección que había extendido sobre su hermano había sido en sus orígenes de una naturaleza feroz e indignada. Tenía que amarlo con un amor militante. Había combatido por él, incluso en contra de ella misma. Su pérdida tenía la amargura de una derrota, con la angustia de una pasión contrariada.

No era un simple golpe mortal. Por lo demás, no era la muerte lo que le había arrebatado a Stevie de su lado. Era el señor Verloc el que se lo había llevado. Ello lo había visto. Lo había observado, sin levantar una mano, mientras se llevaba al niño. Y ella no había dejado irse, como... como una estúpida... una estúpida ciega. Y entonces, después de haber asesinado al niño, él volvía a casa. Volvía como cualquier hombre volvería a reunirse con su esposa...

La señora Verloc murmuró a la muralla por entre los dientes:

—Y yo pensé que había pescado un resfriado.

El señor Verloc escuchó estas palabras y se apropió de ellas.

—No fue nada —dijo, meditabundo—. Yo estaba alterado. Estaba alterado por causa tuya.

La señora Verloc, moviendo lentamente la cabeza, transfirió su mirada del muro a la persona de su marido. El señor Verloc, con las puntas de los dedos entre los labios, miraba el suelo.

—No hay nada que hacer —musitó, dejando caer su mano—. Tienes que serenarte. Vas a tener necesidad de todas tus facultades. Eres tú la que atrajo la atención de la policía. No te preocupes, no volveré a insistir en ese punto —continuó el señor Verloc, magnánimo—. Tú no podías saber.

—No podía —exhaló la señora Verloc. Fue como si hubiera hablado un cadáver. El señor Verloc reanudó el hilo de su discurso.

—No te culpo de nada. A ellos les daré una sorpresa. Una vez que me encuentre bajo llave, podré hablar sin peligro. Tú comprendes. Puedes contar conmigo cuando estemos dos años separados —continuó, en un tono de sincera preocupación—. Será más fácil para ti que para mí. Tú tendrás algo que hacer, mientras que yo... Mira, Winnie, lo que debes hacer es mantener este negocio en marcha durante dos años. Sabes de más para eso. Tienes una buena cabeza. Te daré noticias cuando sea tiempo de tratar de vender. Tendrás que ser extremadamente cuidadosa. Los camaradas te vigilarán todo el tiempo. Tendrás que ser tan habilidosa como sabes serlo, y cerrada como una tumba. Nadie debe saber lo que vas a hacer. No tengo el ánimo de recibir un golpe en la cabeza o una puñalada en la espalda apenas me dejen en libertad.

Así habló el señor Verloc, aplicando su mente con habilidad y previsión a los problemas del futuro. Su voz era sombría, porque tenía un sentimiento correcto de la situación. Todo lo que él no deseaba que ocurriera había ocurrido. El futuro se había puesto precario. Quizá su juicio se había visto momentáneamente oscurecido a causa de su temor de la truculenta locura de la señora Verloc. Un hombre algo mayor de cuarenta años puede ser excusablemente empujado a un gran desorden por la perspectiva de perder su empleo, especialmente si el hombre es un agente secreto de la policía política, alguien que descansa con seguridad en la conciencia de su alto valor y en la estimación de altos personajes. Él era excusable.

Ahora todo el asunto había desembocado en un desastre. El señor Verloc estaba sereno; pero no estaba alegre. Un agente secreto que lanza sus secretos al viento por

deseo de venganza, y exhibe sus hazañas ante la vista del público, se convierte en el blanco de indignaciones desesperadas y sangrientas. Sin exagerar demasiado el peligro, el señor Verloc trató de hacérselo entender con claridad a su mujer. Repitió que no tenía ninguna intención de permitir que los revolucionarios acabaran con él.

Miró a su mujer derecho a los ojos. Las pupilas dilatadas de ella recibieron la mirada en sus profundidades insondables.

—Te quiero demasiado para eso —dijo, con una pequeña risa nerviosa.

Un leve rubor coloreó el rostro fantasmal e inmóvil de la señora Verloc. Después de dar cuenta de las imágenes del pasado, ella no sólo había oído, sino también había comprendido las palabras pronunciadas por su esposo. Debido a su extremo desacuerdo con su estado mental, estas palabras produjeron en ella un efecto ligeramente sofocante. El estado mental de la señora Verloc tenía el mérito de la simplicidad; pero no era equilibrado. Estaba demasiado dominado por una idea fija. Cada hueco y cada grieta de su cerebro estaban llenos con el pensamiento de que este hombre, con quien ella había vivido sin disgusto siete años, se había llevado al «pobre niño» lejos de ella a fin de matarlo, el hombre a quien su cuerpo y su mente se habían acostumbrado; el hombre en quien ella había confiado, ¡se había llevado al niño para matarlo! En su forma, en su contenido, en su efecto, que era universal, y que incluso alteraba el aspecto de las cosas inanimadas, era un pensamiento para contemplar y para no terminar nunca de maravillarse con él. La señora Verloc permanecía absorta en su contemplación. Y a través de ese pensamiento (no a través de la cocina) la forma del señor Verloc iba y venía, familiarmente vestida de sombrero y abrigo, pisando con sus botas encima de su cerebro. Probablemente también hablaba; pero el pensamiento de la señora Verloc cubría en su mayor parte la voz.

De vez en cuando, sin embargo, la voz se hacía escuchar. Por momentos surgían diversas palabras conectadas. Por lo general tenían un mensaje esperanzado. En cada una de estas ocasiones, las pupilas dilatadas de la señora Verloc, perdiendo su remota fijeza, seguían los movimientos de su marido con el efecto del negro cuidado y de la impenetrable atención. Como hombre bien informado de todos los asuntos relacionados con su vocación secreta, el señor Verloc creía en el éxito de sus planes y combinaciones. Realmente creía que para él, en definitiva, sería fácil escapar del puñal de los revolucionarios furibundos. Él había exagerado muy a menudo (por motivos profesionales) la fuerza de su furia y el alcance de su brazo como para tener muchas ilusiones en uno u otro sentido. Porque para exagerar con buen juicio uno debe comenzar por medir con precisión. Él también sabía cuánta virtud y cuánta infamia se olvidan en dos años, dos largos años. Su primera conversación realmente confidencial con su mujer era optimista por convicción. También pensaba que era buena política desplegar toda la seguridad de que pudiera hacer gala. Le daría ánimos a la pobre mujer. Al obtener la libertad, un hecho que por supuesto debería ser secreto, en armonía con el estilo general de su vida, ellos se harían humo juntos sin

pérdida de tiempo. En cuanto a cubrir las huellas, él le rogaba a su mujer que le tuviera confianza. Sabía cómo hacerlo de forma que el mismísimo demonio...

Agitó su mano. Parecía hacer alardes. Sólo deseaba infundirle ánimos. Era una intención benévola, pero el señor Verloc tenía la desgracia de no estar de acuerdo con su audiencia.

El tono confiado creció sobre los oídos de la señora Verloc, que dejó escapar casi todas las palabras; ¿porque las palabras qué significaban ahora para ella? ¿Qué podían hacerle las palabras, para bien o para mal, frente a su idea fija? Su negra mirada siguió a ese hombre que sostenía su impunidad; el hombre que se había llevado al pobre Stevie de casa para asesinarlo en alguna parte. La señora Verloc no podía recordar exactamente dónde, pero su corazón comenzó a latir muy perceptiblemente.

El señor Verloc, en un tono suave y conyugal, expresaba ahora su firme creencia de que todavía tenían unos buenos años de vida tranquila por delante de ambos. No entraba en el tema de los medios. Debía ser una vida tranquila, y por así decirlo, anidada en la sombra, oculta entre hombres cuya carne es pasto; modesta, como la vida de las violetas. Las palabras usadas por el señor Verloc fueron: «Agachar la cabeza un rato». Y lejos de Inglaterra, desde luego. No era claro si el señor Verloc pensaba en España o en América del Sur; pero en todo caso en algún lugar del extranjero.

Esta última palabra, al caer en los oídos de la señora Verloc, produjo una impresión definida. Este hombre hablaba de irse al extranjero. Fue una impresión completamente desconectada; y es tal la fuerza del hábito mental, que la señora Verloc se preguntó de inmediato y en forma automática: «¿Y qué será de Stevie?».

Era una especie de olvido; pero adquirió conciencia al instante de que ya no había motivos para inquietarse en ese aspecto. Ya nunca más habría motivos. Al pobre niño se lo habían llevado y lo habían asesinado. El pobre niño estaba muerto.

Este fragmento estremecedor de olvido estimuló la inteligencia de la señora Verloc. Comenzó a percibir ciertas consecuencias que habrían sorprendido al señor Verloc. Ahora no había necesidad para ella de permanecer ahí, en esa cocina, en esa casa, con ese hombre, desde que el niño se había ido para siempre. Ninguna necesidad. Y en ese punto, la señora Verloc se levantó como impelida por un resorte. Pero ella tampoco podía ver qué podía mantenerla en este mundo. Y esta incapacidad la detuvo. El señor Verloc la observaba con solicitud marital.

—Ya te ves más dueña de ti misma —dijo, intranquilo.

Algo extraño en la negrura de los ojos de su esposa perturbaba su optimismo. En ese preciso momento, la señora Verloc comenzó a verse como si estuviese liberada de todos los lazos terrenales. Ella tenía su libertad. Su contrato con la existencia, tal como lo representaba ese hombre de pie frente a ella, había terminado. Ella era una mujer libre. Si este punto de vista hubiera sido de algún modo perceptible para el señor Verloc, él habría estado extremadamente escandalizado. En todos sus asuntos

sentimentales, el señor Verloc siempre había sido descuidadamente generoso, pero siempre, sin embargo, sin otra idea que la de ser amado por sí mismo. En esta materia, como sus nociones éticas concordaban con su vanidad, era completamente incorregible. Tenía la perfecta certeza de que esto debía ser así en el caso de su conexión virtuosa y legal. Se había puesto más viejo, más gordo, más pesado, en la creencia de que no carecía de fascinación para ser amado por sus propios méritos. Cuando vio que la señora Verloc comenzaba a caminar fuera de la cocina sin decir palabra, se sintió decepcionado.

—¿A dónde vas? —llamó con cierta brusquedad—. ¿Arriba?

La voz hizo que la señora Verloc volviera la cabeza desde el umbral. Un instinto de prudencia nacido del miedo, el miedo excesivo de ser abordada y tocada por ese hombre, la indujo a hacerle un ligero gesto de asentimiento (desde el segundo escalón), con un movimiento de los labios que el optimismo conyugal del señor Verloc tomó por una sonrisa desvanecida e incierta.

—Haces bien —la alentó bruscamente—. Lo que necesitas es descanso y tranquilidad. Anda. Dentro de poco rato estaré contigo.

La señora Verloc, la mujer libre que en realidad no había tenido idea de dónde se dirigía, obedeció la sugerencia con rígida firmeza.

El señor Verloc la observó. Ella desapareció escaleras arriba. Él estaba decepcionado. Existía algo en él que se habría sentido más satisfecho si ella se hubiera sentido inclinada a arrojarse a sus brazos. Pero él era generoso e indulgente. Winnie siempre era silenciosa y poco demostrativa. Tampoco era pródigo el señor Verloc, por regla general, en cariños y palabras. Pero ésta no era una tarde cualquiera. Era una ocasión en que un hombre necesita ser apoyado y fortalecido por abiertas demostraciones de simpatía y afecto. El señor Verloc suspiró, y apagó el gas en la cocina. La simpatía del señor Verloc por su mujer era genuina e intensa. Cuando se quedó en la sala reflexionando sobre la soledad que se cernía sobre la cabeza de ella, casi le brotaron lágrimas en los ojos. En este estado de ánimo, el señor Verloc echó mucho de menos a Stevie, ausente de un mundo difícil. Pensó en su fin lleno de pesadumbre. ¡Si ese muchacho no se hubiera destruido a sí mismo estúpidamente!

Le dominó la sensación de un hambre implacable, sensación no desconocida, después de las tensiones de una empresa azarosa, para aventureros de una fibra más sólida que la del señor Verloc. El pedazo de carne asada, desplegado al estilo de las carnes cocinadas funerales para las exequias de Stevie, se ofreció ampliamente a su vista. Y el señor Verloc de nuevo se hizo partícipe. Participó vorazmente, sin freno ni decencia, cortando gruesas tajadas con el afilado cuchillo de trinchar, y devorándolas sin pan. En el curso de esa refacción, el señor Verloc se dijo que no escuchaba a su mujer moverse por el dormitorio como de costumbre. La idea de encontrarla quizá sentada en la cama en la oscuridad no sólo cortó el apetito del señor Verloc, sino que también le quitó la inclinación de seguirla al piso de arriba de inmediato. Dejando el cuchillo de trinchar, el señor Verloc escuchó con agobiada atención.

Se sintió tranquilizado al escucharla moverse por fin. Ella cruzó de pronto la habitación, y abrió la ventana de golpe. Después de un momento de calma allá arriba, durante el cual él se la imaginó sacando la cabeza, escuchó que bajaban el marco de la ventana lentamente. Ella después dio unos pasos, y se sentó. Cada resonancia de su casa era conocida para el señor Verloc, que estaba profundamente domesticado. Cuando escuchó después encima de su cabeza los pasos de su mujer, supo, tan bien como si la hubiera visto hacerlo, que ella había estado poniéndose sus zapatos de calle. El señor Verloc tuvo una leve sacudida de hombros frente a este síntoma ominoso, y apartándose de la mesa, permaneció de espaldas a la chimenea, con la cabeza inclinada a un lado, mordiéndose las puntas de los dedos con perplejidad. Podía seguir sus movimientos por el sonido. Ella caminaba de aquí para allá con violencia, con bruscas detenciones, ahora frente a la cómoda, en seguida frente al ropero. Una inmensa carga de cansancio, cosecha de muchos días de sobresaltos y sorpresas, llevaba las energías del señor Verloc al suelo.

No levantó los ojos hasta que escuchó a su mujer bajando las escaleras. Tal como él había adivinado, ella estaba vestida para salir.

La señora Verloc era una mujer libre. Había abierto la ventana sea con la intención de gritar «¡Asesinos!», «¡Socorro!» o de lanzarse por ella. Porque no sabía con exactitud cómo hacer uso de su libertad. Su personalidad parecía haber sido escindida en dos pedazos, cuyas operaciones mentales no se ajustaban muy bien entre sí. La calle, silenciosa y desierta de un extremo al otro, la repelió al tomar partido por el hombre que estaba tan seguro de su impunidad. Tenía miedo de gritar y de que nadie acudiera. Obviamente nadie acudiría. Su instinto de conservación retrocedía frente a la profundidad de la caída en esa trinchera resbaladiza y profunda. La señora Verloc cerró la ventana, y se vistió para salir a la calle por otro camino. Ella era una mujer libre. Se había vestido cuidadosamente, hasta el extremo de atar un velo negro encima de su rostro. Cuando apareció frente a él en la luz de la sala, el señor Verloc observó que incluso tenía su pequeña cartera colgando de su muñeca izquierda... Corriendo donde su madre, por supuesto.

La idea de que las mujeres son, después de todo, criaturas fastidiosas, se presentó ante su cerebro fatigado. Pero él era demasiado generoso como para darle acogida por más de un instante. Este hombre, cruelmente herido en su vanidad, permanecía magnánimo en su conducta, sin permitirse la satisfacción de una sonrisa amarga o de un gesto desdeñoso. Con verdadera grandeza de alma, se limitó a echar una mirada al reloj de madera que había en la pared, y dijo en un tono forzado, pero con perfecta calma:

—Las ocho y veinticinco minutos, Winnie. No tiene ningún sentido ir para allá tan tarde. Nunca conseguirás regresar esta noche.

Frente a su mano extendida, la señora Verloc se había detenido bruscamente. Él añadió, con pesadez:

—Tu madre se habrá ido a dormir antes de que llegues allá. Ésta es una clase de

noticia que puede esperar un poco.

Nada estaba más lejos de los pensamientos de la señora Verloc que ir donde su madre. Retrocedió ante la pura idea, y al sentir una silla detrás de ella, obedeció a la sugestión del contacto, y se sentó. Su intención sólo había consistido en salir de la puerta para siempre. Y si este sentimiento era correcto, su forma mental tomaba un aspecto poco refinado que correspondía a su origen y a su condición social. «Preferiría caminar por las calles todo el resto de mi vida», pensó ella. Pero esta criatura, cuya naturaleza moral había recibido una sacudida de tal magnitud, que el más violento de los terremotos de la historia, en el orden físico, sólo podía constituir un equivalente lánguido y desteñido, estaba a merced de futelezas, de contactos casuales. Ella se sentó. Con su sombrero y su velo tenía el aspecto de una visita, de alguien que ha pasado por un momento a la casa del señor Verloc. Su presente docilidad le dio aliento, mientras que su aspecto de aquiescencia silenciosa y sólo temporal lo provocaba un poco.

—Déjame decirte, Winnie —dijo con autoridad—, que éste es el lugar donde te corresponde quedarte esta noche. ¡Maldita sea!, fuiste tú la que puso a la policía sobre aviso con respecto a mí. No te lo reprocho, pero es cosa tuya, de todos modos. Es mejor que te saques ese sombrero del diablo. No puedo dejarte salir, cariño —agregó con una voz suavizada.

La mente de la señora Verloc se apoderó de esa declaración con mórbida tenacidad. El hombre que se había llevado a Stevie de debajo de sus propios ojos, a fin de asesinarlo en una localidad cuyo nombre se le escapaba en este momento de la memoria, no le permitía salir. Por supuesto que no le permitía. Ahora que había asesinado a Stevie, jamás la dejaría irse. Trataría de conservarla en forma gratuita. Y con este razonamiento característico, que tenía toda la fuerza de la lógica demente, los sentidos perturbados de la señora Verloc pusieron manos a la obra. Podía deslizarse al lado de él, abrir la puerta, huir. Pero él se precipitaría detrás de ella, la cogería por la cintura, la arrastraría al interior de la tienda. Ella podía arañar, patear y morder; y dar una puñalada, también; pero para dar una puñalada necesitaba un cuchillo. La señora Verloc permanecía inmóvil debajo de su velo negro, en su propia casa, como una visita misteriosa y enmascarada de impenetrables intenciones.

La magnanimidad del señor Verloc sólo tenía dimensiones humanas. Ella había terminado por exasperarlo.

—¿No eres capaz de decir algo? Tienes tu propio método para exasperar a la gente. ¡Ah, sí! Ya conozco tus tretas de sordomuda. Te he visto en eso antes. Pero ahora ya no servirá. Y primero que nada, sácate esa cosa. Uno no sabe si habla con un muñeco o con una mujer viva.

Avanzó, y estirando su mano, retiró el velo, desenmascarando una cara todavía ilegible, contra la cual su exasperación nerviosa resultó desbaratada como una burbuja de gas lanzada contra una roca.

—Eso es mejor —dijo, para cubrir su momentánea intranquilidad y regresó a su

antiguo lugar junto a la chimenea. Nunca le había entrado en la cabeza que su mujer pudiera denunciarlo. Se sentía un poco avergonzado de sí mismo, porque era sensible y generoso. ¿Qué podía hacer él? Ya todo había sido dicho. Protestó con vehemencia.

—¡Cielo santo! Sabes que busqué por cielo y tierra. Corrí el riesgo de ponerme en evidencia por encontrar a alguien que hiciera ese maldito trabajo. Y vuelvo a decirte que no encontré a nadie que estuviera lo suficientemente loco o lo suficientemente hambriento. ¿Por quién me tomas, por un asesino o qué? El niño murió. ¿Crees que quería que estallara en pedazos? Murió. Sus problemas terminaron. Los nuestros sólo comienzan, te lo digo, precisamente porque él se hizo volar. No te lo reprocho. Pero trata de comprender que no fue más que un accidente; lo mismo que si lo hubiera atropellado un bus al atravesar la calle.

Su generosidad no era infinita, puesto que era un ser humano y no un monstruo, como lo creía la señora Verloc. Hizo una pausa, y un gruñido que levantó sus bigotes sobre un destello de dientes blancos le dio la expresión de una bestia reflexiva, no muy peligrosa, una lenta bestia de cabeza cuidada, más sombría que una foca, y de voz ronca.

—Y en resumidas cuentas, es obra tuya tanto como mía. Así es. Puedes mirar todo lo que quieras. Sé hasta dónde puedes llegar por ese camino. Que me maten si alguna vez pude pensar en el muchacho para esos fines. Eras tú la que me lo ponía todo el tiempo por delante, cuando yo estaba medio distraído por la preocupación de evitarnos problemas. ¿Qué demonios te movió? Uno diría que lo hacías a propósito. Y que me condene si me consta lo contrario. Quizá cuanto de lo que ocurre lo has provocado tú misma, disimuladamente, con esa apatía infernal con que miras a ninguna parte, y sin decir una palabra...

Su voz ronca, doméstica, cesó por un instante. La señora Verloc no replicó. Frente a ese silencio él se sintió avergonzado de lo que había dicho. Pero como les sucede a menudo a los hombres pacíficos en querellas domésticas, al estar avergonzado llevó las cosas un poco más lejos.

—A veces tienes una manera demoníaca de no abrir la boca —comenzó de nuevo, sin levantar la voz—. Suficiente para volver locos a ciertos hombres. Es una suerte que tus malos humores de sordomuda no me hagan perder el control, como ocurriría con algunos de ellos. Te tengo afecto. Pero no vayas demasiado lejos. Ahora no es el momento para ello. Deberíamos estar pensando en lo que tenemos que hacer. Y no puedo dejarte salir esta noche, para que llegues al galope donde tu madre a contarle una u otra historia disparatada sobre mí. No lo permitiré. No te equivoques sobre este asunto: si te obstinas en que yo maté al niño, entonces tú lo mataste tanto como yo.

Por la sinceridad del sentimiento y la franqueza de la afirmación, estas palabras fueron más lejos que cualquier cosa que se hubiera dicho en esta casa, mantenida con los salarios de una industria secreta completados con las ventas de más o menos secretas mercaderías: los pobres recursos inventados por una humanidad mediocre para proteger una sociedad imperfecta de los peligros de corrupción moral y física,

también secretos, de sus miembros. Las palabras fueron dichas porque el señor Verloc se sintió realmente ultrajado; pero la decencia reticente de esta vida de familia, anidada en una calle sombría detrás de una tienda donde el sol no brillaba nunca, permaneció inalterada en apariencia. La señora Verloc lo escuchó hablar con perfecta compostura, y después se levantó de su silla, con su sombrero y su chaqueta, como una visita que se despide. Avanzó hacia su marido, con un brazo extendido, como para una despedida silenciosa. Su velo en forma de red, colgando por un extremo en el lado izquierdo de su cara, le daba un aspecto de formalidad desordenada a sus reprimidos movimientos. Pero cuando llegó hasta el tapiz de la chimenea, el señor Verloc ya no estaba parado ahí. Se había desplazado en dirección al sofá, sin levantar los ojos para observar el efecto de su alocución. Estaba cansado, resignado en un verdadero espíritu conyugal. Pero se sentía herido en el lugar más vulnerable de su debilidad secreta. Si ella quería seguir aferrada a ese terrible silencio sobrecargado, muy bien, que lo hiciera. Ella era maestra de ese arte doméstico. El señor Verloc se lanzó pesadamente sobre el sofá, descuidando como de costumbre la suerte de su sombrero, el cual, como si estuviera habituado a cuidar de sí mismo, buscó un abrigo seguro debajo de la mesa.

Estaba cansado. Había gastado la última partícula de su fuerza nerviosa en las maravillas y angustias de este día lleno de sorprendentes fracasos que llegaba al final de un mes agotador de proyectos e insomnio. Estaba cansado. El hombre no está hecho de piedra. ¡Maldita sea! El señor Verloc reposaba en forma característica, vestido con sus ropas de calle. Un lado de su abrigo abierto yacía en parte en el suelo. El señor Verloc se revolcaba en su espalda. Pero ansiaba un descanso más perfecto — el sueño— unas pocas horas de delicioso olvido. Eso vendría más tarde. Provisionalmente descansaba. Y pensó: «Ojalá que ella se dejara de esta maldita estupidez. Es exasperante».

Debe de haber habido algo imperfecto en el sentimiento de la señora Verloc de libertad recobrada. En lugar de dirigirse a la puerta se reclinó en la espalda, con los hombros contra la repisa de la chimenea, como descansa un caminante contra un cerco. En su aspecto había un toque de locura que derivaba del velo negro colgando como un trapo junto a su mejilla, y de la fijeza de su mirada negra, donde la luz de la habitación quedaba absorbida y perdida sin la huella del menor brillo. Esta mujer, capaz de una negociación de la cual la simple sospecha habría sido infinitamente escandalosa para el señor Verloc, dada su idea del amor, permanecía indecisa, como si fuera escrupulosamente consciente de algo que faltaba de parte suya para cerrar la transacción.

En el sofá, el señor Verloc hizo un movimiento de hombros para acomodarse, y desde la plenitud de su corazón emitió un deseo que era, sin duda, lo más piadoso que podía brotar de aquella fuente.

—Desearía —gruñó, roncamente—, no haber visto jamás Greenwich Park ni nada que le perteneciera.

El sonido velado llenó la pequeña sala con su moderado volumen, bien adaptado a la modesta naturaleza del deseo. Las ondas de aire de la longitud adecuada, propagadas de acuerdo con fórmulas matemáticas correctas, fluían alrededor de todas las cosas inanimadas de la habitación, se estrellaban contra la cabeza de la señora Verloc como si hubiera sido una cabeza de piedra. Y por increíble que parezca, los ojos de la señora Verloc parecieron crecer todavía más. El deseo audible del desbordante corazón del señor Verloc pareció fluir hacia un lugar vacío en la memoria de su mujer. Greenwich Park. ¡Un parque! Ahí mataron al niño. Un parque: ramas aplastadas, hojas desgarradas, gravilla, fragmentos de carne y de huesos fraternos, todo brotando junto al modo de un fuego de artificio. Ella recordaba ahora lo que había escuchado, y lo recordaba de un modo pictórico. Habían tenido que recogerlo con una pala. Temblando entera con temblores irresistibles, ella vio delante de sí la herramienta misma con su carga fantasmal raspada del suelo. La señora Verloc cerró sus ojos en forma desesperada, arrojando sobre aquella visión la noche de sus párpados, donde la cabeza decapitada de Stevie, después de una lluvia de miembros entremezclados, se detenía solitaria, en suspenso, y se apagaba lentamente como la última estrella de un despliegue pirotécnico. La señora Verloc abrió sus ojos.

Su cara ya no era de piedra. Cualquiera habría podido notar el cambio sutil de sus facciones, de la mirada de sus ojos, que le daban una expresión nueva y sorprendente; una expresión observada a menudo por personas competentes bajo las condiciones de ocio y de seguridad exigidas por el análisis concienzudo, pero cuyo significado era imposible de confundir con una mirada. Las dudas de la señora Verloc con respecto al final de la transacción ya no existían; sus sentidos, que ya no estaban desconectados, trabajaban bajo el control de su voluntad. Pero el señor Verloc no observó nada. Él reposaba en esa condición patética del optimismo inducido por el exceso de fatiga. No quería más molestias —con su mujer, también— por sobre todo. En su justificación había sido irreprochable. Era amado por sí mismo. Interpretaba favorablemente la fase actual del silencio de ella. Era el momento de reconciliarse con ella. El silencio ya había durado bastante. Lo rompió llamándola en voz baja.

—Winnie.

—Sí —respondió obedientemente la señora Verloc, la mujer libre. Ella controlaba ahora sus sentidos, sus órganos vocales; sentía que ejercía un control casi sobrenaturalmente perfecto de cada fibra de su cuerpo. Le pertenecía por completo, puesto que la transacción había terminado. Ella estaba lúcida. Se había puesto astuta. Decidió responderle con esa prontitud con un propósito determinado. No quería que ese hombre cambiara de posición en el sofá, ya que era muy adecuada para las circunstancias. Ella lo consiguió. El hombre no hizo el menor movimiento. Pero después de contestarle, ella permaneció negligentemente reclinada contra la chimenea, en la actitud de un caminante que descansa. Ella no tenía prisa. Su frente estaba despejada. La cabeza y los hombros del señor Verloc estaban ocultos para ella por la parte alta del sofá. Ella clavaba los ojos en sus pies.

Ella permaneció así, misteriosamente tranquila y repentinamente serena, hasta que se escuchó al señor Verloc con un acento de autoridad marital, y moviéndose ligeramente para hacerle hueco en una esquina del sofá.

—Ven —le dijo en un tono peculiar, que habría podido ser el tono de la brutalidad, pero que era conocido íntimamente por la señora Verloc como el tono de la seducción.

Ella se adelantó de inmediato, como si fuera todavía una mujer leal atada a un hombre por un contrato vigente. Su mano derecha rozó levemente el borde de la mesa, y cuando había avanzado hacia el sofá, el cuchillo de trinchar había desaparecido del lado de la fuente sin el menor sonido. El señor Verloc escuchó las tablas crujientes del suelo, y se sintió contento. Espero. La señora Verloc se acercaba. Como si el alma vagabunda de Stevie hubiera volado en busca de refugio directamente al pecho de su hermana, guardiana y protectora, el parecido de su cara con la de su hermano creció a cada paso, incluso hasta la caída del labio inferior, hasta la ligera divergencia de los ojos. Pero el señor Verloc no vio eso. Él yacía sobre su espalda y miraba hacia arriba. Él vio en parte en el techo y en parte en el muro la sombra moviente de un brazo con una mano empuñada que sostenía un cuchillo de trinchar. Brillaba hacia arriba y abajo. Sus movimientos eran pausados. Eran suficientemente pausados para que el señor Verloc reconociera el miembro y el arma.

Eran lo suficientemente pausados como para que él comprendiera todo el significado de ese portento, y probara el sabor de la muerte que subía por su garganta. Su mujer se había vuelto una loca furiosa, una loca asesina. Eran lo suficientemente pausados como para que el primer efecto paralizador de este descubrimiento pasara antes que sobreviniera una decisión resuelta de salir victorioso de esta lucha fantasmal con esa lunática armada. Eran lo suficientemente pausados como para que el señor Verloc elaborara un plan de defensa que contemplaba un salto detrás de la mesa, y derribar a la mujer al suelo con una pesada silla de madera. Pero no fueron lo suficientemente pausados como para darle tiempo al señor Verloc de mover la mano o el pie. El cuchillo ya estaba enterrado en su pecho. No encontró resistencia en su camino. El azar tiene estas precisiones. En ese golpe en profundidad, aplicado por encima del costado del diván, la señora Verloc había puesto toda la herencia de sus antepasados oscuros e inmemoriales, la sencilla ferocidad de la edad de las cavernas, y la desequilibrada furia nerviosa de la edad de los bares. El señor Verloc, el agente secreto, girando ligeramente a un costado con la fuerza del golpe, expiró sin mover un músculo, en el sonido susurrado de la palabra «No» a modo de protesta.

La señora Verloc había dejado caer su cuchillo, y su extraordinario parecido con su difunto hermano se había desvanecido, se había convertido ahora en algo corriente. Ella aspiró ahora con profundidad, el primer respiro fácil desde que el inspector jefe Heat le había exhibido el trozo etiquetado del abrigo de Stevie, Ella se inclinó hacia adelante con sus brazos plegados hacia el costado del sofá. No adoptó esa fácil actitud con el objeto de contemplar o de regocijarse con el espectáculo del

cuerpo del señor Verloc, sino debido a los movimientos ondulatorios y balanceados de la sala, que por un momento se comportó como si estuviera en una tempestad en alta mar. Se sentía aturdida pero tranquila. Se había convertido en una mujer libre, con un grado perfecto de libertad que no le dejaba nada que desear y absolutamente nada que hacer, puesto que ya no existía la urgente exigencia de Stevie a su fidelidad. La señora Verloc, que pensaba en imágenes, ya no estaba perturbada por visiones, puesto que no pensaba en absoluto. Y no se movía. Era una mujer que gozaba de su completa irresponsabilidad y de su interminable ocio, casi a la manera de un cadáver. No se movía, no pensaba. Tampoco lo hacía la envoltura mortal del difunto señor Verloc, que reposaba en el sofá. Si no fuera por el hecho de que la señora Verloc respiraba, estos dos habrían estado en perfecto acuerdo: ese acuerdo de una reserva prudente sin palabras superfluas, y con ahorro de signos, que había sido el fundamento de su respetable vida doméstica. Porque había sido respetable, al cubrir con una decente reticencia los problemas que pueden presentarse en la práctica de una profesión secreta y el comercio de mercancías dudosas. Hasta el final ese decoro había permanecido inalterado por chillidos inadecuados o por otras inoportunas sinceridades de la conducta. Y después de asestar el golpe, esta respetabilidad continuó en la inmovilidad y el silencio.

Nada se movió en la sala hasta que la señora Verloc alzó la cabeza y miró el reloj con inquisitiva desconfianza. Ella se había dado cuenta de un sonido insistente en la habitación. ¿Qué significaba eso de emitir de pronto un tic tan agudo? Su esfera indicaba diez minutos para las nueve. A la señora Verloc no le importaba nada el tiempo, y el ruido continuaba. Llegó a la conclusión de que no podía ser el reloj, y su mirada sombría se movió a lo largo de las paredes, vaciló, y se puso vaga, mientras ella aguzaba el oído para localizar el sonido. Tic, tic, tic.

Después de escuchar por algún tiempo, la señora Verloc bajó su mirada deliberadamente hacia el cuerpo de su marido. Su actitud de reposo era tan hogareña y familiar, que ella podía hacer eso sin sentirse incomodada por ninguna novedad notable en los fenómenos de su vida doméstica. El señor Verloc estaba reposando a su manera habitual. Parecía estar cómodo.

Debido a la posición de su cuerpo, la cara del señor Verloc no estaba visible para la señora Verloc, su viuda. Sus ojos finos, somnolientos, al viajar hacia abajo siguiendo la huella del sonido, se pusieron contemplativos al encontrar un objeto liso de hueso que sobresalía un poco más allá del borde del sofá. Era el mango del cuchillo doméstico de trinchar, sin nada extraño en él, salvo su posición en ángulo recto con relación al chaleco del señor Verloc y el hecho de que algo goteaba desde él. Oscuras gotas cayeron, una después de otra, en el tapiz, con un tic que se ponía rápido y furioso como el pulso de un reloj demente. A su velocidad más alta, este tic se transformó en el sonido de un chorro continuo. La señora Verloc observaba esa transformación con sombras de ansiedad que cruzaban, por su cara. Era un chorro, oscuro, rápido, delgado... ¡Sangre!

Ante esta circunstancia imprevista, la señora Verloc abandonó su actitud de ocio e irresponsabilidad.

Con un agarrón súbito a su falda y un grito débil corrió hacia la puerta, como si el chorro hubiera sido el primer anuncio de un torrente destructor. Al encontrar la mesa en su camino, le dio un empujón con ambas manos como si fuera un ser vivo, con tanta fuerza que recorrió alguna distancia en sus cuatro patas, haciendo un bullicio agudo, rechinante, mientras que la gran fuente con la carne se estrellaba pesadamente contra el suelo.

Después todo quedó tranquilo. Al alcanzar la puerta, la señora Verloc se había detenido. Un sombrero redondo que el movimiento de la mesa había dejado al descubierto se balanceaba ligeramente sobre su copa en el ventarrón de su huida.

Doce

Winnie Verloc, la viuda del señor Verloc, la hermana del difunto y fiel Stevie (volado a pedazos en un estado de inocencia y en la convicción de estar empeñado en una empresa humanitaria), no corrió más allá de la puerta de la sala. Sin duda que había huido hasta ahí de una simple gotera de sangre, pero ese era un movimiento de repulsión instintiva. Y ahí se había detenido, con los ojos abiertos y la cabeza baja. Como si hubiera corrido a través de largos años en su huida por la pequeña sala, la señora Verloc del lado de la puerta era una persona bien diferente de la mujer que se había reclinado sobre el sofá, un poco mareada, pero aparte de eso libre para gozar la profunda calma del ocio y de la irresponsabilidad. La señora Verloc ya no sentía vértigos. Su cabeza estaba firme. Por otra parte, ya no estaba tranquila. Tenía miedo.

Si evitaba mirar en dirección a su marido en reposo no era porque le tuviera miedo. El señor Verloc no ofrecía un espectáculo asustador. Parecía estar cómodo. Aún más, estaba muerto. La señora Verloc no abrigaba vanas ilusiones con respecto a los muertos. Nada los trae de vuelta, ni el amor ni el odio. Ellos no pueden hacerle nada a uno. Ellos son como nada. Su estado mental se hallaba teñido por una especie de austero desprecio por ese hombre que se había dejado matar tan fácilmente. Él había sido el amo de una casa, el marido de una mujer, y el asesino de su Stevie. Y ahora no contaba para nada en ningún aspecto. Tenía menos valor práctico que la vestimenta de su cuerpo, que su abrigo, que sus botas... que ese sombrero que yacía en el suelo. No era nada. No valía la pena mirarlo. Ya no era ni siquiera el asesino del pobre Stevie. El único asesino que sería encontrado en la sala cuando la gente viniera a buscar al señor Verloc sería... ¡ella misma!

Sus manos temblaban de tal modo, que falló dos veces en la tarea de volver a sujetar su velo. La señora Verloc ya no era una persona de ocio e irresponsabilidad. Ella tenía miedo. El acto de acuchillar al señor Verloc sólo había sido un golpe. Había aliviado la tensa agonía de gritos estrangulados en su garganta, de lágrimas que se habían secado en sus ojos ardientes, de la enloquecedora e indignada ira ante el papel atroz desempeñado por ese hombre, que ahora era menos que nada, al despojarla de ese niño. Había sido un golpe oscuramente preparado. La sangre que goteaba al suelo desde el mango del cuchillo lo había convertido en un caso extremadamente sencillo de asesinato. La señora Verloc, que siempre se abstenía de mirar las cosas en profundidad, se vio obligada a mirar el fondo mismo de esta cosa. Ahí no vio ninguna cara obsesionante, ninguna sombra acusadora, ninguna visión de remordimiento, ninguna clase de concepción ideal. Vio allí un objeto. Ese objeto era el patíbulo. La

señora Verloc tenía miedo del patíbulo.

Tenía terror del patíbulo en una forma idealizada. Como nunca había puesto los ojos en ese último argumento de la justicia humana, salvo en las ilustraciones grabadas de cierto tipo de relatos, primero lo vio erguido frente a un fondo negro y tormentoso, adornado con cadenas y huesos humanos, rodeado de pájaros que picoteaban los ojos de los muertos.^[15] Esto ya era bastante asustador, pero la señora Verloc, pese a no ser una mujer bien informada, tenía suficiente conocimiento de las instituciones de su país como para saber que los patíbulos ya no se alzan románticamente en las orillas de ríos pantanosos o en alturas barridas por el viento, sino en los patios de las prisiones. Ahí, entre cuatro altos muros, como en el interior de un pozo, a la luz del alba, el asesino era llevado para ser ajusticiado, con una horrible quietud y, como siempre decían los informes de los periódicos, «en presencia de las autoridades». Con los ojos clavados en el suelo, las aletas de la nariz temblorosas de angustia y vergüenza, se imaginó sola entre una cantidad de extraños caballeros con sombreros de seda que se preocupaban calmadamente de la tarea de colgarla por el cuello. Eso, ¡nunca! ¡Nunca! ¿Y cómo lo hacían? La imposibilidad de imaginarse los detalles de esa tranquila ejecución añadía algo enloquecedor a su terror abstracto. Los periódicos nunca daban ningún detalle, salvo uno, pero ese uno siempre estaba colocado, con alguna afectación, al final de un escueto informe. La señora Verloc recordaba su naturaleza. Llegó a su cabeza con un cruel dolor quemante, como si las palabras «se dio una caída de catorce pies» hubieran sido talladas en su cerebro con una aguja caliente. «Se dio una caída de catorce pies».

Estas palabras también la afectaron en forma física. Su garganta se convulsionó en ondas para resistir la estrangulación; y la impresión del tirón fue tan viva, que agarró su cabeza con ambas manos para impedir que fuera arrancada de sus hombros. «Se dio una caída de catorce pies». ¡No!, eso no debía ocurrir nunca. Ella no podía soportar eso. La idea no era tolerable. No podía soportar pensar en eso. De ahí que la señora Verloc tomara la decisión de partir de inmediato y lanzarse al río desde uno de los puentes.

Esta vez consiguió volver a sujetar su velo. Con su rostro como enmascarado, toda de negro desde la cabeza hasta los pies con la excepción de algunas flores en su sombrero, miró mecánicamente hacia el reloj. Pensaba que debía haberse detenido. No podía creer que sólo hubieran pasado dos minutos desde la última vez que lo había mirado. Por supuesto que no. Había estado detenido todo el tiempo. En realidad, sólo habían pasado tres minutos entre el momento en que ella había respirado por primera vez, en forma profunda y fácil, después del golpe, hasta este momento en que la señora Verloc tomó la resolución de ahogarse en el Támesis. Pero la señora Verloc no podía creer en eso. Ella parecía haber escuchado o leído que los relojes de pared y de pulsera siempre se detienen en el momento del asesinato para descubrir al asesino. A ella no le importaba. «Al puente, y ahí me largo...». Pero sus movimientos eran lentos.

Ella se arrastró penosamente a través de la tienda, y tuvo que agarrarse de la manilla de la puerta antes de encontrar la energía necesaria para abrirla. La calle la asustaba, puesto que conducía al patíbulo o bien al río. Tropezó en el escalón de la entrada con la cabeza hacia adelante y los brazos estirados, como una persona que cae sobre el parapeto de un puente. Este ingreso al aire libre tuvo un pregusto de lo que es ahogarse; una resbalosa humedad la envolvió, entró a sus narices, se aferró a sus cabellos. No llovía, pero cada lámpara de gas tenía un pequeño halo herrumbroso de niebla. El coche y los caballos habían partido, y en la calle negra la ventana encortinada de la taberna para cocheros hacía una mancha cuadrangular de sucia luz rojo sangre que brillaba débilmente muy cerca del nivel del pavimento. La señora Verloc, arrastrándose lentamente hacia ella, pensó que era una mujer muy solitaria. Era verdad. Tan verdad era, que en un súbito deseo de ver algún rostro amigo, no podía pensar en nadie que no fuese la señora Neal, la mujer del aseo. No tenía relaciones que fueran suyas. Nadie la echaría de menos en un sentido social. No se debe suponer que la viuda Verloc había olvidado a su madre. Esto no era así. Winnie había sido una buena hija porque había sido una hermana afectuosa. Su madre siempre había descansado en ella para recibir apoyo. Ahí no se podía esperar consuelo ni consejo alguno. Ahora que Stevie estaba muerto, el vínculo parecía roto. Ella no podía enfrentar a la anciana con el terrible relato. Por lo demás, quedaba demasiado lejos. El río era su actual destino. La señora Verloc trató de olvidar a su madre.

Cada paso le costaba un esfuerzo de voluntad que parecía el último posible. La señora Verloc se había arrastrado más allá del resplandor rojo de la ventana de la taberna. «Hasta el puente, y ahí me largo», se repetía a sí misma con fiera obstinación. Estiró la mano justo a tiempo para detenerse contra un poste del alumbrado. «Nunca llegaré allí antes de la mañana», pensó. El miedo a la muerte paralizaba sus esfuerzos para escapar del patíbulo. Le parecía que había estado tambaleándose en esa calle durante horas. «Nunca llegaré hasta allá», pensó ella. «Me encontrarán vagando por las calles. Es demasiado lejos». Ella continuó, jadeando bajo su velo negro.

«Se dio una caída de catorce pies».

Alejó de sí con violencia el farol del alumbrado, y se encontró caminando. Pero otra ola de debilidad la dominó como un gran mar, sacando limpiamente su corazón fuera del pecho. «Nunca llegaré hasta allá», murmuró, súbitamente detenida, balanceándose ligeramente donde estaba parada. «Nunca».

Y al advertir la absoluta imposibilidad de caminar hasta el puente más cercano, la señora Verloc pensó en huir al extranjero.

Se le ocurrió en forma súbita. Los asesinos escapaban. Escapaban al extranjero. España o California. Simples nombres. El vasto mundo creado para la gloria del hombre sólo era un vasto vacío para la señora Verloc. Ella no sabía a qué lado volverse. Los asesinos tenían amigos, relaciones, cómplices, tenían el conocimiento.

Ella no tenía nada. Era el más solitario de los asesinos que asestó alguna vez un golpe mortal. Ella estaba sola en Londres; y toda la ciudad de maravillas y de lodo, con su laberinto de calles y su masa de luces, estaba hundida en una noche sin esperanzas, descansaba al fondo de un negro abismo del cual ninguna mujer sin ayuda podía esperar salirse.

Se balanceó hacia adelante, y partió de nuevo ciegamente, con un temor terrible de caerse; pero al final de unos pocos escalones, inesperadamente, encontró una sensación de apoyo, de seguridad. Levantando la cabeza, vio la cara de un hombre que escrutaba su velo muy de cerca. El camarada Ossipon no tenía miedo de las mujeres extrañas, y ningún sentimiento de falsa delicadeza le impedía trabar amistad con una mujer en apariencia muy intoxicada. El camarada Ossipon se interesaba por las mujeres. Sostuvo a ésta entre sus dos enormes palmas, observándola de un modo práctico, hasta que la escuchó decir débilmente: «¡Señor Ossipon!», y entonces a punto estuvo de dejarla caer al suelo.

—¡Señora Verloc! —exclamó él—. ¡Usted aquí!

A él le parecía imposible que ella hubiera estado bebiendo. Pero uno nunca sabe. No trató de profundizar en ese asunto, pero atento a no desalentar al amable destino que le entregaba a la viuda del camarada Verloc, trató de atraerla a su pecho. Para su asombro, ella vino con mucha facilidad, e incluso descansó en su brazo por un momento antes de tratar de apartarse. El camarada Ossipon nunca actuaría con brusquedad con el amable destino. Él retiró su brazo de un modo natural.

—Usted me reconoció —balbuceó ella, de pie frente a él, bastante firme sobre sus piernas.

—Por supuesto que sí —dijo Ossipon con perfecta prontitud—. Temí que usted pudiera caerse. He pensado en usted demasiado a menudo últimamente como para no reconocerla en cualquier parte, en cualquier momento. Siempre he pensado en usted, desde la primera vez que mis ojos la vieron.

La señora Verloc pareció no escuchar.

—¿Usted venía a la tienda? —dijo, nerviosamente.

—Sí; de inmediato —respondió Ossipon—. Tan pronto leí el diario.

De hecho, el camarada Ossipon había estado merodeando durante un buen par de horas en las cercanías de Brett Street, incapaz de decidirse a tomar una acción audaz. El robusto anarquista no era exactamente un conquistador osado. Recordaba que la señora Verloc nunca había respondido a sus miradas con el menor gesto de aliento. Además, pensaba que la tienda podía estar vigilada por la policía, y el camarada Ossipon no deseaba que la policía se formara un concepto exagerado de sus simpatías revolucionarias. Incluso ahora no sabía con precisión qué hacer. En comparación con sus especulaciones amoratorias habituales, ésta era una aventura seria y en gran escala. Ignoraba qué podía haber en ella y hasta dónde tendría que llegar a fin de coger lo que estuviera disponible, en caso de que hubiera alguna posibilidad. Estas perplejidades, al poner freno a su entusiasmo, impartían a su tono una sobriedad muy

adecuada a las circunstancias.

—¿Puedo preguntarle a dónde iba? —inquirió en una voz de tono bajo.

—¡No me pregunte! —gritó la señora Verloc con una violencia temblorosa, reprimida. Toda su enérgica vitalidad retrocedía ante la idea de la muerte—. No se preocupe de dónde iba...

Ossipon llegó a la conclusión de que ella estaba muy excitada, pero perfectamente sobria. Ella permaneció por un momento silenciosa a su lado, y entonces, de súbito, hizo algo que él no esperaba. Deslizó su mano debajo de su brazo. Él quedó sorprendido, sin duda, por el acto en sí mismo, e igualmente, también, por el carácter palpablemente resuelto de este movimiento. Pero como se trataba de un asunto delicado, el camarada Ossipon se comportó con delicadeza. Se contentó con apretar la mano ligeramente contra sus robustas costillas. Al mismo tiempo se sintió empujado hacia adelante, y cedió al impulso. Al final de Brett Street tomó conciencia de que se lo dirigía hacia la izquierda. Se sometió.

El frutero de la esquina había guardado la resplandeciente gloria de sus naranjas y sus limones, y Brett Place era todo oscuridad, alternada con los halos neblinosos de las pocas lámparas que definían su forma triangular, con un racimo de tres luces en un lugar en el medio. Las formas oscuras del hombre y de la mujer se deslizaron lentamente, del brazo, a lo largo de las paredes, con aspecto de amantes y de personas desamparadas en la noche miserable.

—¿Qué diría usted si yo le contara que iba a salir a buscarlo? —preguntó la señora Verloc, aferrándose a su brazo con fuerza.

—Diría que usted no podía encontrar a nadie más dispuesto a ayudarla en su angustia —contestó Ossipon, con la idea de que hacía tremendos avances. De hecho, el progreso de este delicado asunto casi lo dejaba sin aliento.

—¡En mi angustia! —repitió la señora Verloc, lentamente.

—Sí.

—¿Y sabe usted en qué consiste mi angustia? —susurró ella con extraña intensidad.

—Diez minutos después de ver el diario de la tarde —explicó Ossipon con ardor—, encontré a un sujeto que usted quizás haya visto un par de veces en la tienda, y tuve una conversación con él que no dejó la más mínima duda en mi mente. Entonces me dirigí hacia acá, pensando si usted... ¡La he querido lo increíble desde que puse los ojos en su cara! —gritó, como si fuera incapaz de controlar sus sentimientos.

El camarada Ossipon suponía correctamente que ninguna mujer es capaz de recibir con completa incredulidad una declaración así. Pero no sabía que la señora Verloc la aceptaba con toda la fiereza que el instinto de conservación confiere a las garras de una persona que se ahoga. Para la viuda del señor Verloc, el robusto anarquista era como un radiante mensajero de la vida.

Caminaron, lentamente, con acompasados pasos.

—Así lo pensaba —murmuró la señora Verloc, débilmente.

—Usted lo ha leído en mis ojos —sugirió Ossipon con gran seguridad.

—Sí —suspiró ella en su oído reclinado.

—Un amor como el mío no podía mantenerse oculto para una mujer como usted —continuó él, tratando de apartar su mente de consideraciones materiales tales como el valor comercial de la tienda, y la cantidad de dinero que el señor Verloc podía haber dejado en el banco. Él se concentró en el lado sentimental de este asunto. En lo profundo de su corazón estaba un poco escandalizado por su éxito. Verloc había sido una buena persona, y sin duda, hasta donde uno podía juzgar, un esposo muy decente. Sin embargo, el camarada Ossipon no iba a querellarse con su propia suerte por causa de un hombre muerto. Suprimió resueltamente su simpatía por el fantasma del camarada Verloc, y prosiguió:

—No podía ocultarlo. Estaba demasiado obsesionado por usted. Me imagino que usted no podía dejar de percibirlo en mis ojos. Pero esto no lo podía adivinar. Usted estaba siempre tan distante...

—¿Y qué otra cosa podía esperar? —estalló la señora Verloc—. Yo era una mujer honesta...

Ella hizo una pausa, y después añadió, como hablando para sí misma, con siniestro resentimiento—: Hasta que me hizo lo que soy.

Ossipon dejó pasar eso, y volvió a la carga.

—Nunca me pareció que fuera completamente digno de usted —comenzó, arrojando la lealtad a los cuatro vientos—. Usted era merecedora de un destino mejor.

La señora Verloc interrumpió con amargura:

—¡Mejor destino! Él me estafó durante siete años de vida.

—Usted parecía vivir tan feliz con él. —Ossipon trató de disculpar la tibieza de su conducta pasada—. Eso es lo que me hizo actuar con timidez. Usted parecía enamorada de él. Yo estaba sorprendido y celoso —añadió.

—¡Amarlo a él! —gritó la señora Verloc en un susurro lleno de rabia y desprecio—. ¡Amarlo a él! Fui una buena esposa para él. Soy una mujer honesta. ¡Usted creyó que yo lo amaba! ¡Verdad! Mire, Tom...

El sonido de este nombre llenó de orgullo al camarada Ossipon. Porque su nombre era Alexander, y le decían Tom debido a un acuerdo con sus más íntimos. Era un nombre de amistad, de momentos de expansión. Él no tenía idea de que ella lo hubiera escuchado usar por nadie. Era evidente que ella no sólo lo había captado, sino que lo había atesorado en su memoria, quizás en su corazón.

—Mire, Tom. Yo era una muchacha. Yo estaba fatigada. Estaba exhausta. Tenía dos personas que dependían de lo que pudiera hacer, y daba la impresión de que no podía hacer nada más. Dos personas, mi madre y el muchacho. Él era mucho más mío que de mi madre. Permanecía noche tras noche con él en mi falda, sola arriba, cuando yo misma no tenía más de ocho años de edad. Y entonces... Él era mío, se lo digo... Usted no puede entender eso. Ningún hombre puede comprenderlo. ¿Qué podía hacer yo? Había un hombre joven...

La memoria del temprano idilio con el joven carnicero sobrevivía, tenaz, como la imagen de un ideal vislumbrado en ese corazón que temblaba de miedo al patíbulo y lleno de rebeldía contra la muerte.

—Ése era el hombre que yo amaba entonces —continuó la viuda del señor Verloc—. Me imagino que él podía verlo en mis ojos, también. Veinticinco chelines a la semana, y su padre amenazaba con echarlo a patadas del negocio si hacía la locura de casarse con una niña que tenía a su cargo una madre inválida y un niño idiota. Pero él continuaba alrededor mío, hasta que una tarde encontré el coraje necesario para darle con la puerta en las narices. Tenía que hacerlo. Lo amaba tiernamente. ¡Veinticinco chelines a la semana! Estaba ese otro hombre... un buen huésped. ¿Qué debe hacer una muchacha? ¿Podía haber salido a las calles? Él parecía amable. Me quería, en todo caso. ¿Qué debía hacer con mi madre y ese pobre niño? ¿Eh? Dije que sí. Parecía bondadoso, era generoso, tenía dinero, nunca decía nada. Siete años, durante siete años fui una buena esposa para él, el cariñoso, el bondadoso, el generoso, el... Y él me amaba. Oh, sí. Él me amaba hasta el punto de que yo algunas veces deseaba... Siete años. Esposa suya siete años. ¿Y sabe usted lo que era, ese querido amigo suyo? ¿Sabe usted lo que era?... ¡Era un demonio!

La vehemencia sobrehumana de esa declaración susurrada asombró completamente al camarada Ossipon. Winnie Verloc, dándose vuelta, lo tomó de ambos brazos, enfrentándolo bajo la niebla que caía en la oscuridad y la soledad de Brett Place, donde todos los sonidos de la vida parecían hundidos en un pozo triangular de asfalto y de ladrillos, de casas ciegas y piedras insensibles.

—No; no sabía —declaró, con una especie de estupidez fofa, cuyo aspecto cómico resultó perdido para una mujer obsesionada por el temor al patíbulo—, y sin embargo lo sé. Lo... lo comprendo —continuó, tartamudeando, mientras su mente especulaba acerca de qué clase de atrocidades podía haber practicado Verloc bajo las apariencias somnolientas, plácidas, de su estado conyugal. Era decididamente terrible—. Comprendo —repitió, y entonces, por una súbita inspiración, lanzó un «¡Infeliz mujer!», de alta conmiseración, en lugar del «¡Pobrecilla querida!», más familiar y para él más acostumbrado. Pero éste no era un caso corriente. Se sentía consciente de que ocurría algo anormal, pero no perdía de vista la importancia de lo que estaba en juego—. ¡Mujer desgraciada y valiente!

Estaba contento de haber descubierto esa variante; pero no podía descubrir nada más.

—Ah, pero ahora está muerto —era lo más que podía inventar. Y puso una notable dosis de animosidad en su cuidadosa exclamación. La señora Verloc se tomó de su brazo con una especie de frenesí.

—Usted adivinó entonces que está muerto —murmuró, casi como si fuera otra persona la que hablaba—. ¡Usted! Usted adivinó lo que yo tenía que hacer. ¡Tenía que hacerlo!

Había insinuaciones de triunfo, de alivio, de gratitud en el tono indefinible de

estas palabras. Llamó poderosamente la atención de Ossipon en detrimento del puro sentido literal. Se preguntó qué le ocurría, por qué había llegado a este estado de salvaje excitación. Incluso llegó a preguntarse si las causas ocultas de ese caso del parque de Greenwich no estaban relacionadas, en lo más profundo, con las desgraciadas circunstancias de la vida marital de los Verloc. Llegó hasta el extremo de sospechar que el señor Verloc hubiera escogido esa extraordinaria manera de suicidarse. ¡Por Júpiter!, eso explicaría la absoluta inanidad y la torpeza del asunto. En ese momento no había necesidad de ninguna manifestación anarquista. Todo lo contrario; y Verloc estaba tan consciente de eso como cualquier otro revolucionario de su posición. Qué tremenda broma si Verloc simplemente se había reído de toda Europa, del mundo revolucionario, de la policía, de la prensa, y también del presuntuoso Profesor. Sin duda, pensó Ossipon, asombrado, ¡parecía casi seguro que había actuado así! ¡Pobre diablo! Le pareció muy posible que en ese bogar de dos personas no fuera precisamente el hombre el demonio.

Alexander Ossipon, apodado el Doctor, estaba naturalmente inclinado a pensar con indulgencia de sus amigos masculinos. Observó a la señora Verloc colgada de su brazo. Acerca de sus amistades femeninas pensaba de un modo especialmente práctico. Por qué lanzaba la señora Verloc una exclamación ante su conocimiento de la muerte del señor Verloc, lo cual no constituía adivinación alguna, era un asunto que no lo perturbaba demasiado. Las mujeres hablaban a menudo como lunáticas. Pero tenía curiosidad por saber cómo había sido informada. Los periódicos no podían decirle nada más allá del simple hecho: el hombre volado a pedazos en el parque de Greenwich no había sido identificado. Era inconcebible, bajo ninguna teoría, que Verloc le hubiera dado algún dato sobre sus intenciones, cualquiera que fuese. Este problema interesaba inmensamente al camarada Ossipon. Se detuvo con brusquedad. Ellos ya habían recorrido los tres costados de Brett Place, y estaban de nuevo cerca del final de Brett Street.

—¿Cómo escuchó hablar de eso por primera vez? —preguntó, en un tono que trataba de hacer adecuado al carácter de las revelaciones que le habían sido hechas por la mujer a su lado.

Ella se estremeció violentamente durante un rato, antes de contestar con una voz apática:

—Por la policía. Vino un inspector jefe. Dijo que era el inspector jefe Heat. Me mostró...

La señora Verloc se ahogó.

—Oh, Tom, tuvieron que recogerlo con una pala.

Su pecho se agitó con secos sollozos. En un momento Ossipon recuperó el habla.

—¡La policía! ¿Usted quiere decir que ya fue la policía? Que el inspector jefe Heat en persona vino a decirle.

—Sí —confirmó ella en el mismo tono apático—. Él vino. Así. Él vino. Yo no sabía. Me mostró un pedazo de abrigo, y... Así, simplemente. ¿Conoce esto?, dice.

—¡Heat! ¡Heat! ¿Y qué hizo?

La cabeza de la señora Verloc cayó.

—Nada. No hizo nada. Se retiró. La policía estaba del lado de ese hombre —murmuró, trágicamente—. Vino otro, también.

—Otro, ¿otro inspector, quiere decir usted? —preguntó Ossipon, con gran excitación, y en un tono muy parecido al de un niño asustado.

—No sé. Vino. Parecía un extranjero. Puede haber sido una de esas personas de la embajada.

El camarada Ossipon casi se desmayó bajo esta nueva sorpresa.

—¡Embajada! ¿Sabe lo que está diciendo? ¿Qué embajada? ¿Qué diablos quiere decir al hablar de embajada?

—Es ese lugar en Chesham Square. La gente que él maldecía tanto. No sé. ¡Qué importa!

—Y ese sujeto, ¿qué hizo o qué le dijo a usted?

—No recuerdo... Nada... No me importa. No me pregunte —rogó con una voz cansada.

—Muy bien. No lo haré —asintió Ossipon, tiernamente, Y lo decía en serio, además, no porque estuviera impresionado por la emoción de la voz implorante, sino porque sentía que perdía pie en los abismos de este asunto tenebroso. ¡Policía! ¡Embajada! ¡Puf! Por miedo de adentrar su mente por caminos donde sus luces naturales podían cesar de guiarla, descartó de su cabeza resueltamente toda clase de suposiciones, conjeturas, y teorías. Él tenía ahí a la mujer, absolutamente lanzada a sus brazos, y ésta era la consideración principal. Pero después de lo que había escuchado, nada podía asombrarlo nunca más. Y cuando la señora Verloc, como arrancada súbitamente de un sueño de seguridad, comenzó a insistir desafortadamente en la necesidad de una huida inmediata al continente, él no profirió exclamación alguna. Simplemente dijo con un pesar desprovisto de afectación que no había ningún tren hasta la mañana, y permaneció mirándola a la cara en forma pensativa, la cara velada con una red negra, a la luz de una lámpara de gas velada por un halo de niebla.

Junto a él, su forma negra se confundía con la noche, como una figura medio cincelada en un bloque de piedra negra. Era imposible decir qué sabía ella, hasta qué punto estaba metida con policías y embajadas. Pero si ella quería irse, no era cosa suya poner objeciones. Él, por su parte, estaba ansioso de largarse. Sentía que el negocio, la tienda tan extrañamente conocida por inspectores jefes y miembros de embajadas extranjeras, no era el lugar adecuado para él. Habla que abandonar eso. Pero estaba el resto. Estos ahorros. ¡El dinero!

—Usted debe esconderme hasta la mañana en algún lugar —dijo ella, con una voz desanimada.

—El hecho es, querida mía, que no puedo llevarla donde vivo. Comparto la habitación con un amigo.

Él mismo se sentía un poco desanimado. En la mañana los benditos policías

estarán en la estación, sin duda. Y si se apoderaban de ella, por una razón o por otra ella estaría perdida para él.

—Pero usted debe. ¿No se interesa para nada en mí, para nada? ¿En qué está pensando?

Dijo esto violentamente, pero dejó que sus manos empuñadas cayeran con desgana. Hubo un silencio, mientras caía la niebla, y la oscuridad reinaba sin obstáculos sobre Brett Place. Ni un alma, ni siquiera el alma vagabunda, sin ley, y amorosa de un gato, se acercaba al hombre y a la mujer que se enfrentaban uno al otro.

—Quizá sería posible encontrar un alojamiento seguro en alguna parte —dijo por fin Ossipon—. Pero la verdad, querida, es que no tengo suficiente dinero para ir e intentar —sólo unos peniques. Nosotros los revolucionarios no somos ricos.

Tenía quince chelines en su bolsillo. Añadió:

—Y tenemos el viaje por delante, también, la primera cosa en que debemos pensar mañana por la mañana.

Ella no se movió, no emitió sonido alguno, y el corazón del camarada Ossipon se hundió un poco. Ella aparentemente no tenía sugerencia alguna que hacer. De pronto ella se llevó el puño al pecho, como si hubiera sentido un dolor agudo ahí.

—Pero yo tengo —jadeó—. Tengo el dinero. Tengo suficiente dinero. ¡Tom! Vámonos de aquí.

—¿Cuánto tiene? —preguntó, sin ceder a sus tirones; porque era un hombre cauto.

—Tengo el dinero, le digo. Todo el dinero.

—¿Qué quiere decir con eso? Todo el dinero que estaba en el banco, ¿o qué? —preguntó, incrédulo, pero dispuesto a no sorprenderse de nada en materia de suerte.

—¡Sí, sí! —dijo ella, nerviosamente—. Todo lo que había. Lo tengo todo.

—¿Cómo diablos se las arregló para conseguirlo todo de inmediato? —Se asombró él.

—Él me lo dio —murmuró ella, de pronto sometida y temblorosa. El camarada Ossipon disimuló con mano firme su creciente sorpresa.

—Bien, entonces... estamos salvados —musitó, lentamente.

Ella se inclinó hacia adelante, y se hundió contra su pecho. Él la acogió allí. Ella tenía todo el dinero. Su sombrero impedía cualquier efusión excesiva; su velo, también. Él era correcto en sus manifestaciones, pero nada más. Ella las recibía sin resistencia y sin abandono, pasivamente, como si estuviera a media sensibilidad. Ella se liberó de su flojo abrazo sin dificultad.

—Usted me salvará, Tom —irrumpió, retrocediendo, pero aferrada todavía a él por las dos solapas de su abrigo húmedo—. Sálveme. Escóndame. No deje que me atrapen. Primero debe matarme. No podría hacerlo yo misma; no podría, no podría, ni siquiera por lo que más temo.

Era endiabladamente extraña, pensó él. Estaba comenzando a infundirle una

indefinida intranquilidad. Le dijo ásperamente, porque ocupado con importantes pensamientos:

—¿A qué demonios le tiene miedo usted?

—¡Todavía no ha adivinado lo que tuve que hacer! —gritó la mujer. Distráida por la vivacidad de sus terribles temores, con el eco de fuertes palabras resonando en su cabeza, cosa que mantenía fresco en su mente el horror de su posición, ella había imaginado que su incoherencia era la claridad misma. No tenía conciencia de lo poco que había dicho en forma audible con las frases truncadas que sólo había completado en su pensamiento. Había sentido el alivio de una confesión completa, y daba un significado especial a cada frase hablada por el camarada Ossipon, cuyo conocimiento no se parecía en absoluto al suyo—. ¡No ha adivinado lo que tuve que hacer! —Su voz cayó—. No tardaría mucho en adivinar, en ese caso, a qué tengo miedo —continuó, en un murmullo sombrío y amargo—. No lo soportaré. No. No. No. ¡Usted tiene que prometer que me matará primero! —Sacudió las solapas de su abrigo—. ¡No debe ocurrir jamás!

Le aseguró lacónicamente que no había necesidad de promesas de parte suya, pero tuvo buen cuidado de no contradecirla en términos claros, porque había tenido mucho que ver con mujeres excitadas, y en general se inclinaba a dejar que su experiencia guiara su conducta, en lugar de aplicar su sagacidad a cada caso especial. Su sagacidad estaba ocupada en este caso en otras direcciones. Las palabras de las mujeres caían al vacío, pero la limitación de los horarios permanecía. La naturaleza insular de Gran Bretaña se le hacía presente en forma odiosa. «Igual podía estar bajo llave cada noche», pensó con irritación, tan confundido como si tuviera que escalar una pared con la mujer a su espalda. De pronto se golpeó la frente. A fuerza de devanarse los sesos se acababa de acordar del servicio Southampton-St. Malo. El barco salía alrededor de la medianoche. Había un tren a las 10.30. Se puso alegre y dispuesto a actuar de inmediato.

—Desde Waterloo. Nos sobra tiempo. Estamos bien, después de todo... ¿Qué sucede ahora? Éste no es el camino —protestó.

La señora Verloc, después de colgar su brazo del suyo, trataba de arrastrarlo de nuevo a Brett Street.

—Me olvidé de cerrar la puerta de la tienda cuando salí —susurró, terriblemente agitada.

La tienda y todo lo que había en ella había cesado de interesar al camarada Ossipon. Él sabía cómo limitar sus deseos. Estaba a punto de decir «¿Y qué importa? Déjelo», pero se contuvo. No le gustaba discutir por cosas sin importancia. Incluso apuró bastante el paso ante la idea de que podía haber dejado el dinero en el cajón. Pero su voluntad quedaba muy atrás de la febril impaciencia de ella.

La tienda, en un comienzo, parecía completamente oscura. La puerta estaba entreabierta. La señora Verloc, inclinada hacia el frente, constató:

—Nadie ha entrado. ¡Mire! La luz, la luz en la sala.

Ossipon, adelantando la cabeza, vio un débil resplandor en la oscuridad de la tienda.

—Hay luz —dijo.

—La olvidé. —La voz de la señora Verloc llegó débilmente desde atrás del velo. Y mientras él esperaba que ella entrara primero, ella dijo en voz más alta—: Entre y apáguela, o me volveré loca.

Él no hizo ninguna objeción inmediata a esta proposición, tan extrañamente motivada.

—¿Dónde está todo ese dinero? —preguntó.

—¡Conmigo! Vaya, Tom. ¡Rápido! Apáguela... ¡Entre! —gritó, cogiéndolo por los hombros desde atrás.

Como no estaba preparado para un despliegue de fuerza física, el camarada Ossipon llegó lejos, tambaleándose con el empujón, hacia el interior de la tienda. Estaba asombrado por la fuerza de la mujer y escandalizado por su conducta. Pero no volvió sobre sus pasos para amonestarla severamente en la calle. Comenzaba a estar desagradablemente impresionado con su fantástico proceder. Sin embargo, éste era el momento o nunca de complacerla. El camarada Ossipon evitó con facilidad el final del mostrador, y se acercó con calma a la puerta vidriada del salón. Como la cortina que cubría los paneles de vidrio estaba un poco retirada, él, obedeciendo a un impulso muy natural, miró hacia adentro, en el preciso momento en que se preparaba para girar la manilla. Miró sin pensar, sin intención, sin curiosidad de ninguna especie. Miró porque no podía dejar de mirar. Miró, y descubrió al señor Verloc que reposaba tranquilamente en el sofá.

Un aullido que venía de las regiones más profundas de su pecho murió ahí mismo, silencioso y transformado en una especie de sabor enfermizo, grasiento, en los labios. Al mismo tiempo, la personalidad mental del camarada Ossipon dio un frenético salto hacia atrás. Pero su cuerpo, que en esta forma se había quedado sin guía intelectual, se aferró a la manilla de la puerta con la fuerza espontánea de un instinto. El robusto anarquista ni siquiera tuvo un temblor. Y miraba, con la cara pegada al vidrio, con los ojos saliendo de su cabeza. Habría dado cualquier cosa por escapar, pero su razón que regresaba le informó que no le convenía soltar la manilla de la puerta. ¿Qué era, locura, una pesadilla, o una trampa a la que había sido empujado con maligna astucia? ¿Por qué, para qué? No sabía. Sin ningún sentimiento de culpa en su pecho, en la completa paz de su conciencia, al menos en lo que concernía a esta gente, la idea de que por misteriosas razones podía ser asesinado por la pareja Verloc pasó no tanto por su mente como por la boca de su estómago, y se alejó, dejando tras de sí una estela de enfermiza debilidad, una indisposición. Por un momento, un largo momento, el camarada Ossipon no se sintió muy bien de una manera muy especial. Y miraba. El señor Verloc, entretanto, yacía muy tranquilo, simulando dormir por razones muy suyas, mientras esa salvaje de su mujer custodiaba la puerta, invisible y silenciosa en la calle oscura y desierta. ¿Sería todo

esto una especie de terrible arreglo inventado por la policía especialmente para él? Su modestia lo hizo alejarse de esa explicación.

Pero el verdadero sentido de la escena que observaba le fue revelado a Ossipon a través de la contemplación del sombrero. Parecía una cosa extraordinaria, un objeto ominoso, un signo. Negro, y con el borde hacia arriba, yacía en el suelo, frente al diván, como preparado para recibir los óbolos en peniques de gente que podía venir ahora a contemplar al señor Verloc en la plenitud de su comodidad doméstica reposando en el sofá. Los ojos del robusto anarquista vagaron desde el sombrero hasta la mesa fuera de su sitio, se detuvieron un instante en la fuente rota, recibieron una especie de choque óptico al observar un resplandor blanco debajo de los párpados imperfectamente cerrados del hombre en el sofá. Ahora el señor Verloc no daba tanto la impresión de dormir como la de yacer con la cabeza inclinada y mirando con insistencia el lado izquierdo de su pecho. Y cuando el camarada Ossipon distinguió la empuñadura del cuchillo, se apartó de la puerta vidriada y tuvo náuseas violentas.

El golpe de la puerta de la calle hizo que su mismísima alma diera un brinco de pánico. Esta casa con su inofensivo dueño todavía podía convertirse en una trampa — una trampa de una especie terrible. El camarada Ossipon ya no tenía una concepción establecida de lo que le estaba ocurriendo. Se golpeó el muslo contra la esquina del mostrador, giró en redondo, se tambaleó con un grito de dolor, sintió, distraído por el estrépito de la campanilla, los brazos prendidos a un costado por un abrazo convulsivo, mientras que los labios fríos de una mujer se movían lentamente junto a su oído para formar las palabras:

—¡Un policía! ¡Me ha visto!

Él cesó de luchar; ella no lo soltó. Sus manos se habían encadenado con una inseparable torcedura de los dedos a su robusta espalda. Mientras los pasos se acercaban, ellos respiraban rápidamente, pecho contra pecho, con inspiraciones duras, laboriosas, como si su actitud hubiera sido la de una lucha mortal, cuando era, en realidad, la actitud de un miedo mortal. Y el tiempo fue largo.

En verdad el sargento de turno había visto algo de la señora Verloc; sólo que por venir de la avenida iluminada al otro extremo de Brett Street, ella sólo había sido para él un revuelo en la oscuridad. Y él ni siquiera estaba seguro de que hubiera habido ese revuelo. No tenía ninguna razón para darse prisa. Al llegar cerca de la tienda observó que la habían cerrado temprano. En eso no había nada muy inhabitual. Los hombres de servicio tenían instrucciones especiales sobre la tienda: no había que meterse con lo que ocurriera allí salvo que fuera absolutamente ilegal, pero había que dar cuenta de todo lo que se observara. No había observaciones que hacer; pero por sentido del deber y para mantener en paz su conciencia, y a causa también de ese dudoso revuelo en la oscuridad, el sargento cruzó la calle, y probó la puerta. La cerradura de resorte, cuya llave reposaba, fuera de servicio para siempre, en el bolsillo del chaleco del difunto señor Verloc, resistió tan bien como de costumbre. Mientras el concienzudo oficial sacudía la manilla, Ossipon sintió de nuevo los fríos

labios de la mujer que se movían furtivamente contra su oído:

—Si entra, máteme, máteme, Tom.

El sargento se alejó, lanzando, al pasar, la luz de su linterna oscura, por simple formalismo, a la ventana de la tienda. Durante un momento más el hombre y la mujer permanecieron en el interior, inmóviles, jadeantes, pecho contra pecho; después sus dedos se desanudaron, los brazos cayeron a su costado lentamente. Ossipon se inclinó contra el mostrador. El robusto anarquista estaba gravemente necesitado de apoyo. Esto era terrible. Su disgusto era tal que casi le quitaba el habla. Consiguió, sin embargo, emitir un pensamiento lastimero, muestra de que por lo menos comprendía su posición.

—Si se hubiera demorado un par de minutos más, me habría hecho tropezar contra el sujeto que andaba hurgando por aquí con su maldita linterna oscura.

La viuda del señor Verloc, inmóvil en el medio de la tienda, dijo insistentemente:

—Entre y apague esa luz, Tom. Me volverá loca.

Vio vagamente su enérgico gesto de rechazo. Nada en el mundo habría inducido a Ossipon a entrar en el salón. No era supersticioso, pero había demasiada sangre en el suelo; una poza bestial alrededor de todo el sombrero. Consideró que ya había estado demasiado cerca de ese cadáver para lo que exigía la paz de su espíritu, ¡la seguridad de su cuello, quizá!

—¡En el contador, entonces! Ahí. Mire. En ese rincón.

La robusta forma del camarada Ossipon, paseando con sombría brusquedad por el interior de la tienda, se acuclilló en un rincón obedientemente; pero esta obediencia estaba desprovista de gracia. Tanteó nerviosamente, y de pronto, en medio de una maldición sofocada, la luz detrás de la puerta vidriada se apagó junto al suspiro jadeante, histérico, de una mujer. La noche, la inevitable recompensa de las fieles tareas del hombre en esta tierra, había caído sobre el señor Verloc, el revolucionario probado —«un miembro de la vieja camada»— el humilde guardián de la sociedad; el inapreciable agente secreto o de los despachos del barón Stott-Wartenheim; un sirviente de la ley y el orden, fiel, de confianza, preciso, admirable, quizá con una sola y amable debilidad: la creencia idealista de ser amado por sí mismo.

Ossipon buscó su camino de regreso a través de la espesa atmósfera, ahora negra como la tinta, hasta el mostrador. La voz de la señora Verloc, de pie en el medio de la tienda, vibró detrás suyo en esa oscuridad con una desesperada protesta.

—No me ahorcarán, Tom. No me...

Ella se interrumpió. Ossipon lanzó una advertencia desde el mostrador.

—No grite en esta forma —y después pareció reflexionar profundamente—. ¿Usted hizo esto completamente sola? —inquirió con una voz hueca, pero con un aspecto de serenidad maestra que llenó el corazón de la señora Verloc de agradecida confianza en su fuerza protectora.

—Sí —susurró ella, invisible.

—No lo hubiera creído posible —murmuró él—. Nadie lo habría creído. —Ella lo

escuchó moverse y aplicar un cerrojo en la puerta del salón. El camarada Ossipon había puesto llave sobre el reposo del señor Verloc; y no hizo esto por reverencia hacia su naturaleza eterna o por alguna otra oscura consideración sentimental, sino por la precisa razón de que no estaba seguro de que no hubiera alguien más escondido en algún lugar de la casa. No podía creer a la mujer, o más bien, a estas alturas, era incapaz de juzgar qué podía ser verdadero, posible, e incluso probable en este sorprendente universo. Estaba aterrorizado más allá de cualquier capacidad para creer o descreer en relación con este extraordinario asunto, que comenzaba con inspectores de policía y embajadas y podía terminar quién sabe dónde: en la horca para alguien. Estaba aterrorizado ante la idea de que no podía probar el uso que había hecho de su tiempo desde las siete, porque había estado merodeando cerca de Brett Street. Estaba aterrorizado ante esta mujer salvaje que lo había llevado hasta allí, y que probablemente lo cargaría de complicidad, al menos si no tenía cuidado. Estaba aterrorizado ante la rapidez con que había sido envuelto en ese peligro precipitado en él. Hacía unos veinte minutos que se había encontrado con ella, no más.

La voz de la señora Verloc se levantó sumisa, suplicando en forma lastimera:

—¡No deje que me ahorquen, Tom! Sáqueme del país. Trabajaré para usted. Seré esclava suya. Lo amaré. No tengo a nadie en el mundo... ¡Quién me miraría si usted no lo hace! —Cesó por un momento; y después, en las profundidades de la soledad que se había creado alrededor de ella a causa de un insignificante hilo de sangre que goteaba desde la empuñadura de un cuchillo, encontró una inspiración terrible para ella, que había sido la muchacha respetable de la casa de Belgravia, la fiel y respetable esposa del señor Verloc—. No le pediré que se case conmigo —suspiró con acentos vergonzantes.

Avanzó un paso en la oscuridad. Él estaba aterrorizado con ella. No se habría sorprendido si ella hubiera sacado de pronto otro cuchillo destinado a su pecho. Sin duda no habría opuesto resistencia. Ni siquiera tenía fuerzas suficientes, en ese instante, para pedirle que se quedara atrás. Pero preguntó en un tono cavernoso, extraño:

—¿Estaba dormido?

—No —gritó ella, y continuó con rapidez—. No estaba. Él no. Me había estado diciendo que nada podía alcanzarlo. Después de sacar el niño de bajo mis propios ojos para matarlo, el amoroso, inocente, inofensivo muchacho. El niño mío, se lo digo. Estaba tendido en el sofá muy tranquilo, después de matar al niño, mi niño. Me habría echado a la calle para escapar de su vista. Y llega y me dice esto: «Ven acá», después de decirme que yo había ayudado a matar al niño. ¿Oye usted, Tom? Él dice así: «Ven acá», después de sacarme el corazón junto con el niño para reventarlo en la mugre.

Ella calló, y después repitió dos veces, como sonámbula:

—Sangre y mugre. Sangre y mugre. —Una gran luz se hizo para el camarada Ossipon. Entonces era ese muchacho medio tonto el que había perecido en el parque.

Y el engaño que se había hecho a todo el mundo parecía más completo que nunca, colosal. Él exclamó en forma científica, en el colmo de su asombro:

—¡El degenerado, santo cielo!

—Ven acá. —La voz de la señora Verloc se levantó de nuevo—. ¿De qué pensaba que yo estaba hecha? Dígame, Tom. ¡Ven acá! ¡A mí! ¡Así! Había estado mirando el cuchillo, y pensé que iría entonces, ya que me quería tanto. ¡Oh, sí! Fui por última vez... Con el cuchillo.

Él estaba excesivamente aterrorizado con ella —la hermana del degenerado— ella misma una degenerada de la especie asesina... o de la especie mentirosa. Se habría podido decir que el camarada Ossipon estaba científicamente aterrorizado además de todas las otras clases de temor. Era un pánico inconmensurable y compuesto, que a causa de su exceso mismo le daba en la oscuridad una falsa apariencia de calma y de pensativa reflexión. Porque se movía y hablaba con dificultad, como si estuviera medio congelado en su voluntad y en su mente —y nadie podía ver su cara fantasmal—. Se sentía medio muerto.

Saltó a un pie de altura. Inesperadamente, la señora Verloc había profanado la decencia reservada, intacta, de su casa, con un grito agudo y terrible.

—¡Socorro, Tom! Sálveme. ¡No quiero ser ahorcada!

Él corrió hacia el frente, buscando su boca con una mano silenciadora, y el alarido pasó. Pero en su carrera la había derribado. Ahora sintió que se colgaba de sus piernas, y su terror llegó a su punto culminante, se convirtió en una especie de intoxicación, generó alucinaciones, adquirió las características del *delirium tremens*. Ahora realmente vio culebras. Vio a la mujer enroscada alrededor suyo como una culebra, que no podía ser sacudida. No era mortífera. Era la muerte misma la compañera de la vida.

Como aliviada por el estallido, la señora Verloc estaba muy lejos de comportarse ahora en forma bulliciosa. Daba lástima.

—Tom, usted no puede dejarme caer ahora —murmuró desde el suelo—. A no ser que aplaste mi cabeza bajo sus plantas. No lo dejaré.

—Levántese —dijo Ossipon.

Su cara estaba tan pálida que era perfectamente visible en la profunda y negra oscuridad de la tienda; mientras que la señora Verloc, velada, no tenía cara, casi no tenía forma discernible. El temblor de algo pequeño y blanco, una flor en su sombrero, señalaba su lugar, sus movimientos.

Se levantó en la oscuridad. Ella se había incorporado del suelo, y Ossipon lamentó no haber corrido de inmediato a la calle. Pero percibió fácilmente que eso no serviría. No serviría. Ella correría detrás suyo. Lo perseguiría aullando hasta poner a cada policía a distancia audible detrás suyo. Y después sólo Dios podía saber lo que ella diría de él. Él estaba tan asustado, que de pronto le pasó por la mente la insensata idea de estrangularla en la oscuridad. ¡Y se sintió más aterrorizado que nunca! Ella lo tenía agarrado. Se vio viviendo en el más abyecto terror en algún oscuro villorrio de

España o de Italia; hasta que una hermosa mañana también lo encontraban muerto, con un cuchillo en el pecho; como el señor Verloc. Suspiró profundamente. No se atrevía a moverse. Y la señora Verloc esperaba en silencio el menor capricho de su salvador, obteniendo tranquilidad de su silencio reflexivo.

De pronto él habló con una voz casi natural. Sus reflexiones habían llegado a una conclusión.

—Salgamos, o perderemos el tren.

—¿A dónde vamos, Tom? —preguntó ella, tímidamente. La señora Verloc ya no era una mujer libre.

—Lleguemos primero a París, de la mejor manera que podamos... Salga primero, y vea si el camino está despejado.

Ella obedeció. Su voz llegó apagada a través de la puerta cuidadosamente abierta.

—Todo está bien.

Ossipon salió. A pesar de sus esfuerzos para ser suave, la campanilla trizada sonó detrás de la puerta de la tienda vacía, como si tratara en vano de advertir al reposante señor Verloc de la partida final de su esposa acompañada por su amigo.

En el coche que lograron pescar, el robusto anarquista se puso más explicativo. Todavía estaba espantosamente pálido, con ojos que parecían haberse hundido media pulgada completa en su cara tensa. Pero parecía haber pensado en todo con extraordinario método.

—Cuando lleguemos —discurrió en un tono monótono, raro—, usted debe entrar a la estación delante de mí, como si no nos conociéramos. Yo cogeré los billetes, y le deslizaré el suyo en las manos cuando pase a su lado. Entonces usted entrará a la sala de espera de señoras de primera clase, y se sentará ahí hasta diez minutos antes de la partida del tren. Después sale. Yo estaré afuera. Usted entra primero al tren, como si no me conociera. Ahí puede haber ojos vigilantes y que sepan las cosas. Usted sola no es más que una mujer que viaja en tren. Yo soy conocido. Conmigo, se puede adivinar que usted es la señora Verloc que huye. ¿Me entiende, querida? —agregó, con un esfuerzo.

—Sí —dijo la señora Verloc, sentada contra él en el coche, toda rígida con el temor del patíbulo y el miedo de la muerte—. Sí, Tom. —Y añadió para sí, como un refrán espantoso—: Se dio una caída de catorce pies.

Ossipon sin mirarla, y con la cara de una máscara fresca que se le hubiera hecho después de una agotadora enfermedad, dijo:

—A propósito, necesitaría tener ahora el dinero para los billetes.

La señora Verloc, desanudando algunos ganchos de su corpiño, mientras seguía con la mirada fija más allá del guardafango, le entregó el nuevo monedero de cuero. Lo recibió sin decir palabra, y pareció sumergirlo en las profundidades de su propio pecho. Después se palmoteó el abrigo por fuera.

Todo esto fue hecho sin cambiar ni una sola mirada; eran como dos personas que miraban hacia fuera en busca del primer indicio de un objetivo anhelado. Sólo cuando

el coche dobló una esquina y se dirigió al puente abrió los labios Ossipon de nuevo.

—¿Sabe cuánto dinero hay en esa cosa? —preguntó, como si se dirigiera lentamente a un duende sentado entre las orejas del caballo.

—No —dijo la señora Verloc—. Él me lo dio. Yo no lo conté. En ese momento no pensé en ello. Después...

Movió un poco su mano derecha. Era tan expresivo ese pequeño movimiento de esa mano derecha que había dado un golpe mortal al corazón de un hombre hacía menos de una hora, que Ossipon no pudo reprimir un temblor. Entonces lo exageró a propósito, y murmuró:

—Tengo frío. Me helé entero.

La señora Verloc miraba hacia adelante en la perspectiva de su escapatoria. De vez en cuando, como un gallardete oscuro que flameara sobre el camino, las palabras «Se dio una caída de catorce pies» se interponían frente a su tensa mirada. A través de su velo negro, los blancos de sus grandes ojos resplandecían lustrosamente como los ojos de una mujer enmascarada.

La rigidez de Ossipon tenía un aspecto comercial, una curiosa expresión oficial. De pronto se lo escuchó de nuevo, como si hubiera soltado una presa a fin de poder hablar.

—¡Mire! ¿Sabe usted si su... si él mantenía su cuenta en el banco a su propio nombre o con un nombre diferente?

La señora Verloc volvió hacia él su cara enmascarada y el gran resplandor blanco de sus ojos.

—¿Otro nombre? —dijo, pensativa.

—Sea exacta en lo que dice —instruyó Ossipon en el raudo movimiento del coche—. Es extremadamente importante. Yo le explicaré. El banco tiene los números de estos billetes. Si le fueron pagados a su propio nombre, entonces cuando su... cuando su muerte sea conocida, los billetes podrían servir para seguirnos la pista ya que no tenemos otro dinero. ¿Usted no tiene otro dinero consigo?

Ella sacudió su cabeza negativamente.

—¿Nada? —insistió él.

—Unas pocas monedas.

—En ese caso sería peligroso. Habría que ocuparse del dinero en forma especial. Muy especial. Quizá tendríamos que perder más de la mitad para cambiar estos billetes en cierto lugar seguro que sé que existe en París. En el otro caso quiero decir, si tenía su cuenta y se hacía pagar a otro nombre —digamos, por ejemplo, Smith— se puede usar el dinero sin cuidado. ¿Comprende usted? El banco no tiene ningún modo de saber que el señor Verloc y, digamos, Smith, son una y la misma persona. ¿Ve usted la importancia de que no se equivoque al contestarme? ¿Puede dar una respuesta a esa cuestión? Quizás no. ¿Eh?

Ella dijo con toda compostura:

—¡Ahora recuerdo! No llevaba las cosas del banco a su nombre. Me dijo una vez

que depositaba al nombre de Prozor.

—¿Está segura?

—Segura.

—¿No cree que el banco tenía algún conocimiento de su verdadero nombre? O alguna persona en el banco o...

Ella se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo saberlo? ¿Es probable, Tom?

—No. Supongo que no es probable. Habría sido más cómodo saber... Ya llegamos. Salga primero, y caminé derecho hacia dentro. Muévase con soltura.

Permaneció detrás, y le pagó al cochero con sus propias monedas sueltas. El programa trazado por su detallada previsión fue llevado a cabo. Cuando la señora Verloc, con el billete para St. Malo en la mano, entró en la sala de espera de las señoras, el camarada Ossipon caminó al bar, y en siete minutos absorbió tres dosis de coñac caliente y agua.

—Estoy tratando de sacarme un resfriado —le explicó al mesonero, con un movimiento amistoso y un gesto sonriente. Después salió, trayendo de ese interludio festivo la cara de un hombre que hubiera bebido en la misma Fuente del Pesar. Levantó los ojos hacia el reloj. Era tiempo. Esperó.

La señora Verloc salió, puntual, con el velo abajo, y toda de negro; negro como la propia muerte vulgar, coronada con unas pocas flores baratas y pálidas. Pasó junto a un pequeño grupo de hombres que se reían, pero cuya risa podría haber recibido un golpe de muerte con una sola palabra. Su andar era indolente, pero su espalda estaba derecha, y el camarada Ossipon la miró con terror antes de ponerse a caminar él mismo.

El tren estaba preparado, con muy poca gente alrededor de la hilera de puertas abiertas. Debido a la época del año y al clima abominable había muy pocos pasajeros. La señora Verloc caminó lentamente a lo largo de la línea de compartimientos vacíos hasta que Ossipon le tocó el hombro por detrás.

—Aquí.

Ella entró, y él permaneció mirando a todos lados en la plataforma. Ella se inclinó hacia adelante, y en un susurro:

—¿Qué ocurre, Tom? ¿Hay algún peligro?

—Espere un momento. Ahí está el guardia.

Ella vio que se acercaba al hombre de uniforme. Hablaron durante un rato. Ella escuchó al guardia decir «Muy bien, señor», y lo vio tocar su gorra. Ossipon después regresó y dijo:

—Le dije que no permitiera que nadie se metiera en nuestro compartimiento.

Ella estaba inclinada hacia adelante en su asiento.

—Usted piensa en todo... ¿Me sacará de esto, Tom? —preguntó en un acceso de angustia, levantando bruscamente su velo para contemplar a su salvador.

Ella había descubierto una cara diamantina. Y desde esta cara los ojos miraban,

grandes, secos, dilatados, opacos, quemados como dos agujeros negros en los globos blancos, brillantes.

—No hay peligro —dijo él, contemplándolos con una seriedad casi arrebatada, que a la señora Verloc, que huía del patíbulo, le pareció llena de fuerza y de ternura. Esta devoción la conmovió profundamente y la cara diamantina perdió la austera rigidez de su terror. El camarada Ossipon la miró como ningún amante había mirado nunca la cara de su querida. Alexander Ossipon, anarquista, apodado el Doctor, autor de un panfleto médico (e inadecuado), reciente conferenciante sobre los aspectos sociales de la higiene en los clubs de obreros, estaba libre de las imposiciones de la moralidad convencional, pero se sometía a la norma de la ciencia. Él era científico, y contemplaba a esa mujer en forma científica, la hermana de un degenerado, degenerada ella misma, del tipo asesino. La miró, e invocó a Lombroso, como un campesino italiano se encomienda a su santo predilecto. Miraba científicamente. Miraba sus mejillas, su nariz, sus ojos, sus oídos... ¡Malo!... ¡Fatal! Como los labios pálidos de la señora Verloc se abrían, ligeramente relajados bajo su mirada apasionadamente atenta, él miró también sus dientes... No quedaba ninguna duda... un tipo asesino... Si el camarada Ossipon no encomendó su alma aterrada a Lombroso, sólo fue porque en el terreno científico no creía que llevara consigo algo parecido a un alma. Pero poseía el espíritu científico, que lo llevaba a dar testimonio en la plataforma de una estación de ferrocarril con frases nerviosas, entrecortadas.

—Era un muchacho extraordinario, ese hermano suyo. Muy interesante para estudiarlo. Un tipo perfecto, en cierto modo. ¡Perfecto!

En su miedo secreto hablaba científicamente. Y la señora Verloc, al escuchar estas palabras de alabanza dedicadas a su querido difunto, se inclinó hacia adelante con un brillo de luz en sus ojos sombríos, como un rayo de sol que anunciaba una tempestad de lluvia.

—Así era él, sin duda —susurró ella, suavemente, con labios temblorosos—. Usted se fijaba mucho en él, Tom. Yo lo quería por eso.

—Es casi increíble el parecido que había entre ustedes dos —prosiguió Ossipon, dando voz a su temor dominante, y tratando de disimular su impaciencia enfermante, nerviosa, por que partiera el tren—. Sí, se parecía a usted.

Estas palabras no eran especialmente conmovedoras o simpáticas. Pero el hecho de que se insistiera en ese parecido bastaba por sí mismo para influir poderosamente en sus emociones. Con un pequeño grito débil, y lanzando sus brazos hacia afuera, la señora Verloc estalló por fin en lágrimas.

Ossipon entró al coche, cerró la puerta de prisa y miró hacia afuera para ver la hora en el reloj de la estación. Ocho minutos más. Durante los primeros tres, la señora Verloc lloró violenta y desamparadamente, sin pausa ni interrupción. Después se recuperó un poco, y sollozó con suavidad en un abundante torrente de lágrimas. Trató de hablarle a su salvador, al hombre que era el mensajero de la vida.

—¡Oh, Tom! ¡Cómo podía temer la muerte después de que lo arrancaron de mi

lado en forma tan cruel! ¡Cómo pude! ¡Cómo pude ser tan cobarde!

Se lamentaba en voz alta de su amor a la vida, esa vida sin gracia ni encanto, sin decencia, casi, pero de una exaltada fidelidad a sus objetivos, incluso hasta el extremo del crimen. Y, como sucede a menudo en las lamentaciones de la pobre humanidad, rica en sufrimiento pero indigente en palabras, la verdad —el grito mismo de la verdad— fue encontrada en una forma gastada y artificial, recogida en alguna parte entre las frases del sentimiento fingido.

—¡Cómo pude tener tanto miedo de la muerte! Tom, traté. Pero estoy asustada. Traté de eliminarme. Pero no pude. ¿Soy mezquina? Supongo que la copa de los horrores todavía no se había rebosado para la gente como yo. Entonces, cuando apareció usted...

Ella hizo una pausa. Después, en un arrebato de confianza y gratitud:

—¡Viviré toda mi vida para usted, Tom! —sollozó.

—Camine al otro rincón del coche, lejos del andén —dijo Ossipon, solícito. Ella dejó que su salvador la instalara confortablemente, y él observó la aparición de otra crisis de llanto, aún más violenta que la primera. Observó los síntomas con una especie de aire médico, como si contara segundos. Escuchó por fin el silbato del guardia. Una contracción involuntaria de su labio superior dejó al desnudo sus dientes, con un aspecto de feroz decisión, mientras sentía que el tren comenzaba a moverse. La señora no escuchó ni sintió nada, y Ossipon, su salvador, permaneció tranquilo. Sintió que el tren rodaba más rápido, avanzando con pesadez al ritmo de los agudos sollozos de la mujer, y entonces, cruzando el coche en dos largas zancadas, abrió la puerta con determinación y saltó hacia afuera.

Había saltado en el extremo mismo del andén; y era tal su decisión de aferrarse a su plan desesperado, que consiguió por una especie de milagro, realizado casi en el aire, cerrar de un golpe la puerta del coche. Sólo después se encontró rodando cabeza abajo como un conejo herido. Cuando logre incorporarse estaba lleno de magulladuras, alterado, pálido como la muerte, y sin aliento. Pero estaba calmado, y en perfectas condiciones para enfrentarse con la multitud de empleados del ferrocarril que lo había rodeado de inmediato. Explicó, en tonos amables y convincentes, que su mujer había partido de urgencia a Bretaña a reunirse con su madre moribunda; que, por supuesto, estaba enormemente alterada, y él muy preocupado por su estado; que él estaba tratando de animarla, y que al comienzo no se había dado cuenta en absoluto de que el tren estaba en marcha. Ante la exclamación general «¿Y por qué, entonces, no llegó hasta Southampton, señor?», objetó la inexperiencia de una joven cuñada que había permanecido sola en casa con los tres chicos, y su alarma ante su ausencia, ahora que las oficinas del telégrafo estaban cerradas. Había actuado en forma impulsiva.

—Pero no creo que lo intente hacer de nuevo —concluyó. Hizo una sonrisa en redondo; distribuyó algunas monedas, y marchó sin cojera alguna fuera de la estación.

Afuera, el camarada Ossipon, cargado de billetes de banco seguros como nunca lo había estado en su vida, rechazó la oferta de un coche.

—Puedo caminar —dijo, con una pequeña risa amistosa dirigida al cortés conductor.

Podía caminar. Caminó. Cruzó el puente. Más tarde, las torres de la Abadía, en su maciza inmovilidad, contemplaron la mata amarilla de sus cabellos que pasaba bajo las lámparas. También lo contemplaron las luces de Victoria, y Sloane Square, y el enrejado del parque. Y el camarada Ossipon se encontró una vez más en un puente. El río, una siniestra maravilla de sombras inmóviles y corrientes resplandores que se mezclaban abajo en un silencio negro, retuvo su atención. Permaneció mirando apoyado en el parapeto un largo tiempo. El reloj de la torre lanzó un estallido bronceo encima de su cabeza reclinada. Él miró la esfera... Las doce y media de una agitada noche en el Canal.

Y el camarada Ossipon de nuevo caminó. Esa noche su robusta forma fue vista en distintas partes de la enorme ciudad que dormitaba en forma monstruosa en una alfombra de lodo, bajo un velo de cruda niebla. Se la vio cruzando calles sin vida ni sonido, o disminuyendo en las interminables perspectivas rectas de casas en penumbra que bordeaban avenidas vacías delimitadas por cordones de lámparas de gas. Caminó a través de rotondas, plazas, óvalos, prados, a través de calles monótonas de nombres desconocidos, donde el polvo de la humanidad se aposenta inerte y desesperanzado fuera de la corriente de la vida. Caminó. Y de pronto giró a un pedazo de jardín delantero con un miserable trozo de césped, y se introdujo a una pequeña casa sucia con una llave que sacó de su bolsillo.

Se arrojó a su cama enteramente vestido, y permaneció inmóvil durante un cuarto de hora completo. Después se irguió de forma súbita, recogiendo las rodillas y cogiéndose las piernas. La primera luz del alba lo encontró con los ojos abiertos, en esa misma postura. Este hombre que podía caminar tanto rato, tan lejos, tan sin destino, sin mostrar un solo signo de fatiga, también podía permanecer sentado inmóvil durante horas sin mover un músculo o un párpado. Pero cuando el sol tardío envió sus rayos a la habitación, él separó sus manos, y cayó de espaldas sobre la almohada. Sus ojos miraron al techo. Y de pronto se cerraron. El camarada Ossipon dormía a la luz del día.

Trece

El enorme candado de hierro en las puertas del armario de pared era el único objeto de la habitación sobre el cual podía descansar el ojo, sin sentirse afligido por la miserable fealdad de las formas y la pobreza de los materiales. Invendible en el giro normal del negocio a causa de sus proporciones nobles, un comerciante de objetos marinos del este de Londres lo había cedido al Profesor por unos pocos peniques. La habitación era amplia, limpia, respetable y pobre, con una pobreza que sugería la supresión de toda necesidad humana, excepto el simple pan. En las paredes no había más que el papel, una extensión de color verde arsenical, recorrida aquí y acá por indelebles tiznaduras, y con manchas que parecían mapas desteñidos de deshabitados continentes.

En una mesa de tablas cerca de la ventana estaba el camarada Ossipon, sosteniéndose la cabeza entre los puños. El Profesor, vestido con su único traje de gastado *tweed*, pero golpeando hacia arriba y abajo con las suelas desnudas de unas zapatillas increíblemente gastadas, había hundido sus manos en los agobiados bolsillos de la chaqueta. Relataba a su robusto huésped la visita que acababa de hacerle al Apóstol Michaelis. El Perfecto Anarquista se había ablandado un poco.

El sujeto no sabía nada de la muerte de Verloc. ¡Por supuesto! Nunca mira los periódicos. Lo ponen muy triste, dice. Pero no importa. Entré a su cabaña. No se veía un alma por ninguna parte. Tuve que gritar media docena de veces antes de que me contestara. Creí que continuaba profundamente dormido, en cama. Pero nada de eso. Ya llevaba cuatro horas de trabajo en su libro. Estaba sentado en esa jaula diminuta entre un hacinamiento de manuscritos. Había una zanahoria cruda medio comida en una mesa cerca de él. Su desayuno. Ahora se alimenta con una dieta de zanahorias crudas y un poco de leche.

—¿Y cómo le prueba? —preguntó el camarada Ossipon, distraído.

—Lo pone angélico... Recogí un puñado de sus páginas del suelo. La pobreza del razonamiento es sorprendente. No tiene lógica. No puede pensar en forma coherente. Pero eso no es nada. Ha dividido su biografía en tres partes, tituladas... «Fe, Esperanza, Caridad». Ahora elabora la idea de un mundo organizado como un inmenso y agradable hospital, con jardines y flores, donde los fuertes deberán dedicarse al cuidado de los débiles.

El Profesor hizo una pausa.

—¿Se imagina usted esta locura, Ossipon? ¡Los débiles! ¡El origen de todos los males en esta tierra! —continuó con su sombría seguridad—. Le dije que soñaba con

un mundo enteramente revuelto, en que los débiles serían llevados al completo exterminio. ¿Comprende usted, Ossipon? ¡El origen de todo mal! Ellos son nuestros siniestros maestros: los débiles, los blandos, los cobardes, los tontos, los tibios de corazón y las mentes dóciles.^[16] Ellos tienen poder, ellos forman la multitud. El reino de la tierra es de ellos. ¡Exterminarlos, exterminarlos! Ésa es la única senda de progreso. ¡Ésa es! Sígame, Ossipon. Primero debe desaparecer la gran multitud de los débiles, después los que sólo son relativamente fuertes. ¿Ve usted? Primero los ciegos, después los sordos y los mudos, en seguida los cojos y los lisiados, y así sucesivamente. Toda corrupción, todo vicio, todo prejuicio, toda convención, deben encontrar su fin.

—¿Y qué queda? —preguntó Ossipon con voz sofocada.

—Quedo yo, si tengo la fuerza suficiente —afirmó el Profesor pequeño y cetrino, cuyas grandes orejas, delgadas como membranas, y que sobresalían de los costados de su frágil calavera, tomaron de pronto una profunda tonalidad roja—. ¿No he sufrido bastante ya de esta presión de los débiles? —continuó, con fuerza. Y en seguida, golpeando el bolsillo del pecho de su chaqueta—: Y sin embargo yo soy la fuerza —continuó—. ¡Pero el tiempo! ¡El tiempo! ¡Dadme el tiempo! ¡Ah!, esa multitud, demasiado estúpida para sentir piedad o temor. A veces pienso que tienen todo del lado suyo. Todo, incluso la muerte, mi arma propia.

—Venga a beber algo de cerveza conmigo en el Silenus —dijo el robusto Ossipon, después de un intervalo de silencio puntuado por el rápido palmetazo, por el palmetazo de las zapatillas que calzaba el Perfecto Anarquista. Este último aceptó. Ese día, a su manera, estaba de ánimo jovial. Golpeó los hombros de Ossipon.

—¡Cerveza! ¡Que así sea! Bebamos y seamos felices, porque somos fuertes, y mañana moriremos.

Se puso las botas laboriosamente, mientras hablaba en su tono cortante y resuelto.

—¿Qué le sucede a usted, Ossipon? Parece malhumorado e incluso busca mi compañía. He oído que se lo ve constantemente en lugares donde los hombres dicen estupideces entre vaso y vaso de licor. ¿Por qué? ¿Abandonó su colección de mujeres? Ellas son los débiles que alimentan a los fuertes, ¿eh?

Golpeó con un pie, y recogió la otra bota acordonada, pesada, de suela gruesa, sin lustrar, remendada muchas veces. Sonrió para sí, lúgubre.

—Dígame, Ossipon, hombre terrible, ¿alguna de sus víctimas se ha matado por usted, o hasta ahora sus triunfos son incompletos ya que sólo la sangre pone el sello de la grandeza? Sangre. Muerte. Observe la historia.

—Váyase al diablo —dijo Ossipon, sin volver su cabeza.

—¿Por qué? Que ésa sea la esperanza de los débiles, cuya teología ha inventado el infierno para los fuertes. Ossipon, mi sentimiento hacia usted es de amistoso desprecio. Usted no podría matar una mosca.

Pero cuando rodaba hacia la fiesta en la cima de un ómnibus, el Profesor perdió su excelente estado de ánimo. La contemplación de las multitudes que hollaban el

pavimento acababa con su seguridad bajo una carga de dudas e inquietudes, carga de la que él podía desprenderse después de un período de reclusión en el cuarto del voluminoso armario cerrado por un candado enorme.

—Entonces —dijo por encima de su hombro el camarada Ossipon, que iba en el asiento de atrás—. Entonces Michaelis sueña con un mundo parecido a un hermoso y alegre hospital.

—Así es. Una inmensa caridad para la curación de los débiles —asintió el Profesor, sardónicamente.

—Eso es tonto —reconoció Ossipon—. No se puede sanar la debilidad. Pero después de todo, es posible que Michaelis no se equivoque tanto. Dentro de doscientos años, los médicos gobernarán el mundo. Ya estamos en el reinado de la ciencia. Reina en la sombra, quizás, pero reina. Y toda ciencia debe culminar al fin en la ciencia de la curación, no de los débiles, sino de los fuertes. La humanidad quiere vivir, vivir.

—La humanidad —afirmó el Profesor, con un confiado resplandor de sus anteojos de borde negro—, no sabe lo que quiere.

—Pero usted sí —gruñó Ossipon—. Ahora acaba de implorar por tiempo... tiempo. Muy bien, los doctores le darán su tiempo... si usted es sano. Usted afirma que es uno de los fuertes... porque lleva en su bolsillo material suficiente para mandarse usted y, digamos, treinta personas más, a la eternidad. Pero la eternidad es un agujero maldito. Lo que usted necesita es tiempo. Usted, si encontrara a un hombre que le pudiera asegurar diez años de tiempo, lo llamaría su maestro.

—Mi divisa es: «¡Ni Dios, ni amo!» —dijo el Profesor, sentenciosamente, mientras se levantaba para bajarse del bus.

Ossipon lo siguió.

—Espere a estar yaciendo de espaldas al final de sus días —replicó, saltando de la pisadera después del otro. Su pedacito ruin, harapiento, sucio de tiempo— continuó, cruzando la calle y subiendo a la acera de un salto.

—Ossipon, creo que usted es un farsante —dijo el Profesor, abriendo con maestría las puertas del célebre Silenus. Y cuando estaban instalados en una pequeña mesa, desarrolló aún más esta graciosa idea.

—Usted ni siquiera es doctor. Pero es cómico. Su concepto de una humanidad que en todas partes saca la lengua y toma una píldora de polo a polo, ante la orden de unos pocos bromistas solemnes, es digna del profeta. ¡Profecía! ¡De qué sirve pensar en lo que vendrá! —Levantó su vaso—. Por la destrucción de lo que existe —dijo, calmadamente.

Bebió y se recogió en su modo de silencio particularmente reservado. La idea de una humanidad tan numerosa como las arenas de la orilla del mar, tan indestructible, tan difícil de manejar, lo oprimía. El sonido de las bombas que explotaban se perdía en su inmensidad de granos pasivos sin el menor eco. Por ejemplo, este caso Verloc. ¿Quién pensaba en eso ahora?

Ossipon, como si estuviera súbitamente compelido por alguna fuerza misteriosa, sacó de su bolsillo un periódico muy arrugado. El Profesor levantó la cabeza ante el crujido de las hojas.

—¿Qué diario es ése? ¿Tiene algo? —preguntó.

Ossipon reaccionó como un sonámbulo asustado.

—Nada. Nada en absoluto. Es un asunto que ya tiene diez días. Supongo que lo olvidé en mi bolsillo.

Pero no se desprendió de esa cosa vieja. Antes de devolverla al bolsillo, miró furtivamente las últimas líneas de un párrafo. Decían lo siguiente: «Un impenetrable misterio parece destinado a quedar suspendido para siempre sobre este acto de locura o desesperación».

Ésas eran las palabras finales de una sección cuyo encabezamiento era:

«Suicidio de una Señora Pasajera desde un barco de la travesía del Canal». El camarada Ossipon estaba familiarizado con las bellezas de su estilo periodístico. «Un impenetrable misterio parece destinado a quedar suspendido para siempre...». Se conocía cada palabra de memoria. «Un impenetrable misterio...». Y el robusto anarquista, descansando su cabeza en el pecho, cayó en una larga ensoñación.

Estaba amenazado por esto en las fuentes mismas de su existencia. No podía salir al encuentro de sus diversas conquistas, aquellas que cortejaba en los bancos de los jardines de Kensigton, ni las que encontraba junto a las rejas, sin el temor de comenzar a hablarles de un impenetrable misterio destinado... Estaba comenzando a tener un miedo científico de que la locura lo esperara en medio de estas líneas. «Quedar suspendido para siempre sobre...». Era una obsesión, una tortura. Últimamente no había concurrido a muchas de estas citas, cuya nota característica solía ser una confianza ilimitada en el lenguaje del sentimiento y de la ternura viril. La inclinación a la confidencia de diversas clases de mujeres satisfacía las necesidades de su amor propio, y ponía en sus manos algunos medios materiales. Él lo necesitaba para vivir. Ahí estaba. Pero si él ya no podía hacer uso de eso, corría el riesgo de dejar que sus ideales y que su cuerpo murieran de hambre... «Este acto de locura o desesperación».

«Un impenetrable misterio», sin duda, «quedaría suspendido para siempre» en lo que se refiere a la humanidad. ¿Pero qué sucedería si él era el único entre los hombres que nunca se podría liberar del maldito conocimiento? Y el conocimiento del camarada Ossipon era tan preciso como el que podía tener el periodista, hasta el umbral mismo «del misterio destinado a quedar suspendido para siempre...».

El camarada Ossipon estaba bien informado. Sabía lo que había visto el hombre de la pasarela del vapor: «Una señora de vestido negro y de velo negro, deambulando en la medianoche a lo largo del embarcadero.

»—¿Va a viajar en el barco, señora? —preguntó él, con voz de aliento—. Por aquí. —Ella parecía no saber qué hacer. Él la ayudó a subir a bordo. Ella parecía estar débil».

- Ossipon también sabía lo que había visto la camarera: una señora de negro con el rostro pálido parada en el centro del salón vacío de señoras. La camarera la indujo a tenderse allí. La señora no parecía dispuesta a hablar, como si tuviera una preocupación terrible. La camarera no se dio cuenta cuando ella ya se había ido de la cabina de señoras. La camarera salió entonces a la cubierta para buscarla, y al camarada Ossipon se le informó que la buena mujer encontró a la desgraciada señora tendida en una de las sillas techadas. Tenía los ojos abiertos, pero no respondía a nada de lo que se le decía. Parecía muy enferma. La camarera fue en busca del camarero jefe, y esas dos personas permanecieron al lado del asiento techado haciéndose consultas acerca de su extraordinaria y trágica pasajera. Hablaban en susurros audibles (porque ella no parecía en condiciones de escuchar) de St. Malo y del cónsul allá, de comunicarse con sus parientes en Inglaterra. Después se alejaron para arreglar el traslado de ella para abajo, porque sin duda, a juzgar por su cara, ella les parecía estar moribunda. Pero el camarada Ossipon sabía que detrás de esa máscara de pálida desesperación había una vitalidad enérgica que luchaba contra la desesperación y el terror, un amor a la vida capaz de resistir la furiosa angustia que conduce al crimen y el temor, el ciego, enloquecido temor del patíbulo. Él sabía. Pero la camarera y el camarero jefe no sabían nada, excepto que cuando regresaron en menos de cinco minutos la señora de negro ya no estaba en el asiento techado. No estaba en ninguna parte. Se había ido. Eran entonces las cinco de la madrugada, y no se trataba de un accidente. Una hora después uno de los tripulantes del vapor encontró un anillo de matrimonio en el asiento. Se había pegado a la madera en un poco de humedad, y su brillo atrajo la mirada del hombre. Tenía una fecha grabada en su interior, 24 de junio, 1879. «Un impenetrable misterio está destinado a quedar suspendido para siempre...».
- el camarada Ossipon levantó su cabeza inclinada, amada por varias mujeres humildes de estas islas, apolínea en la radiación solar de su mata de pelo.

El Profesor, entretanto, se había puesto intranquilo. Se levantó.

—Quédese —dijo Ossipon, de prisa—. Mire, ¿qué sabe usted de la locura y la desesperación?

El Profesor pasó la punta de su lengua por sus labios finos, delgados, y dijo en forma doctoral:

—Esas cosas no existen. Toda pasión está perdida en esta época. El mundo es mediocre, lisiado, desprovisto de fuerza. Y la fuerza es un crimen a los ojos de los dementes, de los débiles y de los tantos que gobiernan el gallinero. Usted es mediocre. Verloc, sobre cuyo caso la policía ha echado tierra con tanta astucia, era mediocre. Y la policía lo asesinó. Él era mediocre. Todo el mundo es mediocre. ¡Locura y desesperación! Deme esas fuerzas como palancas, y moveré el mundo.

Ossipon, usted tiene todo mi cordial desdén. Usted es incapaz de concebir incluso lo que un ciudadano bien alimentado llamaría un crimen. Usted no tiene fuerza. —Hizo una pausa, sonriendo sardónicamente bajo el fiero resplandor de sus gruesos anteojos—. Y permítame decirle que este pequeño legado que dicen que usted ha recibido no ha hecho progresar su inteligencia. Usted se sienta frente a su cerveza como un estafermo. Adiós.

—¿Quiere tenerlo? —dijo Ossipon, levantando la vista con una mueca idiota.

—¿Tener qué?

—El legado. Entero.

El incorruptible Profesor se limitó a sonreír. Faltaba poco para que su ropa se le cayera a pedazos, sus botas, informes a costa de reparaciones, pesadas como plomo, dejaban entrar agua a cada paso. Dijo:

—Le enviaré poco a poco una pequeña cuenta por ciertos elementos químicos que encargará mañana. Tengo gran necesidad de ellos. ¿Comprendido, eh?

Ossipon bajó su cabeza lentamente. Estaba solo. «Un impenetrable misterio...». Le parecía que su propio cerebro estaba suspendido en el aire delante suyo, latiendo al ritmo de un impenetrable misterio. Estaba claramente enfermo... «Este acto de locura o desesperación...».

El piano mecánico cercano a la puerta interpretó un vals con gran desenfado, y después cayó en un súbito silencio, como si se hubiera enojado.

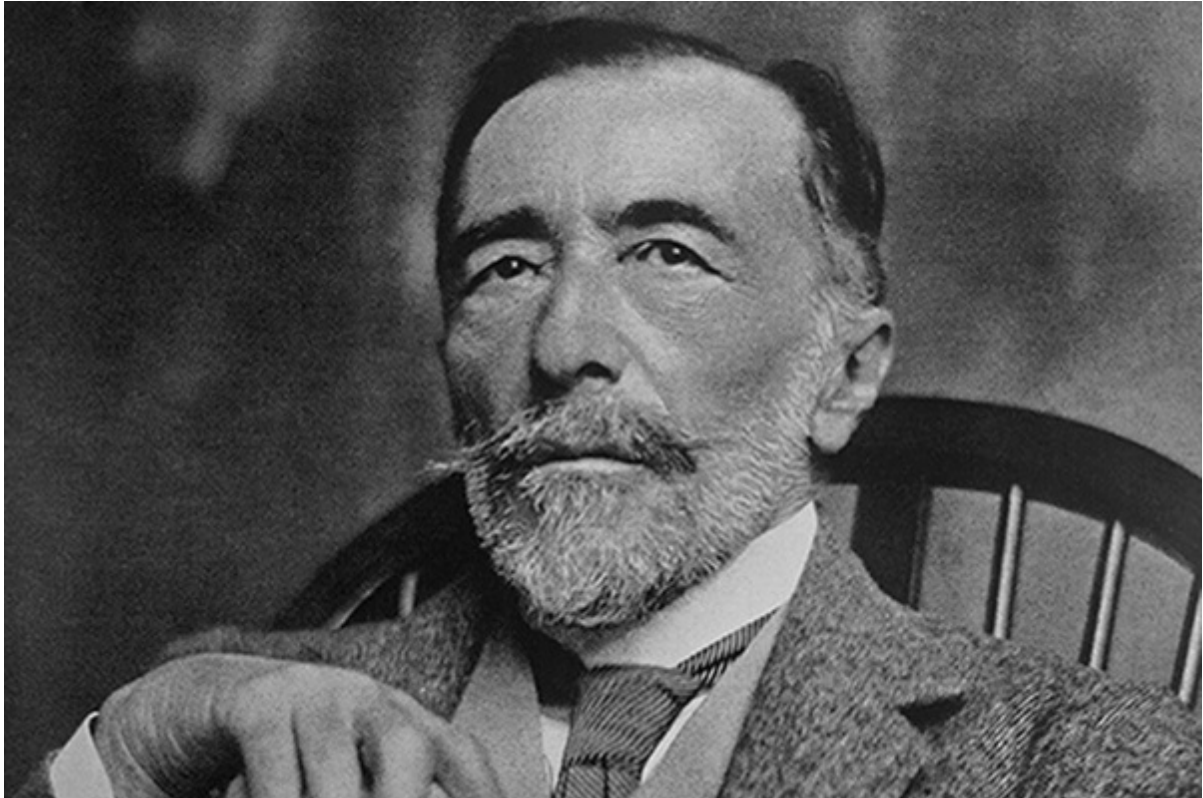
El camarada Ossipon, apodado el Doctor, salió de la cervecería Silenus. En la puerta vaciló, pestañeando ante un sol no muy espléndido —y el papel con el informe del suicidio de la señora estaba en su bolsillo—. Su corazón latía contra él. El suicidio de una señora: «Este acto de locura o desesperación».

Caminó por la calle sin mirar dónde ponía los pies; y caminó en una dirección que no lo conduciría al lugar de la cita con otra señora (una institutriz madura que ponía toda su confianza en una cabeza de ambrosía apolínea). Él se alejaba. No podía enfrentar a ninguna mujer. Era la ruina. Él no podía pensar, ni trabajar, ni dormir, ni comer. Pero estaba comenzando a beber con placer, con animación, con esperanza. Era la ruina. Su carrera revolucionaría, sostenida por el sentimiento y la confianza de muchas mujeres, estaba amenazada por un impenetrable misterio, el misterio de un cerebro humano que latía mal al ritmo de frases de periódico... «Quedará suspendido para siempre sobre este acto... Se inclinaba hacia un abismo... de locura o desesperación...».

«Estoy seriamente enfermo» murmuró para sí mismo con penetración científica. Ya su forma robusta, con el dinero del servicio secreto de una embajada (heredado del señor Verloc) en los bolsillos, marchaba en el abismo como si se preparara para la tarea de un futuro inevitable. Ya inclinaba sus voluminosos hombros, su cabeza de rizos de ambrosía, como preparado para recibir el yugo de cuero de un cartel publicitario en forma de sándwich. Como esa noche, más de una semana atrás, el camarada Ossipon caminaba sin mirar dónde ponía los pies, sin sentir cansancio, sin

sentir nada, sin ver nada, sin sentir un sonido. «Un impenetrable misterio»... Caminaba distraído... «Este acto de locura o desesperación».

Y el incorruptible Profesor también caminaba, desviando sus ojos de la odiosa multitud de la humanidad. Él no tenía futuro. Él lo desdeñaba. Él era una fuerza. Sus pensamientos acariciaban imágenes de ruina y destrucción. Caminaba enclenque, insignificante, harapiento, miserable... y terrible en el simplismo de su idea que llamaba a la locura y la desesperación, a regenerar el mundo. Nadie lo miraba. Él pasaba inadvertido y mortífero, como una peste por la calle llena de gente.



Józef Teodor Konrad Korzeniowski, más conocido como Joseph Conrad (Berdyczów, entonces Polonia, actual Ucrania, 3 de diciembre de 1857 Bishopsbourne, Inglaterra, 3 de agosto de 1924), fue un novelista polaco que adoptó el inglés como lengua literaria. Conrad, cuya obra explora la vulnerabilidad y la inestabilidad moral del ser humano, está considerado como uno de los más grandes novelistas de la Literatura Universal.

Wikipedia.

Los libros marinos de Joseph Conrad son tantos y tan memorables que siempre se piensa en él a bordo de un velero y se olvida que los últimos treinta años de su existencia los pasó en tierra, llevando una vida insospechadamente sedentaria. En realidad, como buen marino, detestaba viajar, y nada lo reconfortaba tanto como estar encerrado en su estudio, escribiendo con indecibles dificultades o charlando con sus amigos más íntimos. Aunque lo cierto es que no siempre trabajaba en las habitaciones en principio destinadas a ello: hacia el final de su vida se escondía en los más

remotos rincones del jardín de su casa, en Kent, para garabatear papelajos, y hay constancia de que durante una semana se anexionó el cuarto de baño sin dar explicaciones a su familia, que vio muy restringido el uso de esa pieza durante aquellos días. En otra temporada el problema fue indumentario, ya que Conrad se negaba a ir vestido más que con un descolorido albornoz a rayas originalmente amarillas, lo cual era un gran inconveniente cuando se presentaban sin avisar amigos, o bien turistas norteamericanos que decían estar extrañamente de paso.

Lo más grave para la seguridad familiar era, con todo, la inveterada manía de Conrad de tener siempre un cigarrillo en los dedos, por lo general durante pocos segundos, para dejarlo abandonado luego en cualquier sitio. Su mujer, Jessie, se resignaba a que los libros, las sábanas, los manteles y los muebles estuvieran llenos de quemaduras, pero vivió durante años en estado de alerta para evitar que fuera su marido quien se quemara en exceso, ya que Conrad, incluso después de acceder a sus ruegos y adquirir la costumbre de echar sus colillas en una gran jarra de agua dispuesta al efecto, tenía constantes contratiempos con el fuego. En más de una ocasión sus ropas estuvieron a punto de arder por sentarse demasiado cerca de una estufa, y no era raro que el libro que estuviese leyendo se incendiase de pronto por haber entrado en prolongado contacto con la vela que lo alumbraba.

No hace falta decir que Conrad era distraído, pero los principales rasgos de su carácter eran contradictorios, a saber: la irritabilidad y la deferencia. Aunque quizá puedan explicarse recíprocamente. Su estado natural era de inquietud rayana en la ansiedad, y su preocupación por los otros era tan grande que un mero revés sufrido por alguno de sus amigos solía acarrearle un ataque de gota, enfermedad que había contraído de joven en el archipiélago malayo y que lo torturó durante el resto de su vida. Cuando su hijo Borys estaba combatiendo en la Guerra del 14, su mujer, Jessie, llegó una noche a casa tras haber estado ausente todo el día y fue recibida por una criada llorosa que le informó de lo siguiente: el señor Conrad había comunicado al servicio que habían matado a Borys y llevaba horas encerrado en la habitación del hijo. Sin embargo, añadió la criada, no había llegado ninguna carta ni telegrama. Cuando Jessie George Conrad subió con las piernas temblorosas y se encontró a su marido demudado, y le preguntó por su fuente de información, éste respondió ofendido: «¿Acaso no puedo tener presentimientos, igual que tú? ¡Sé que lo han matado!». No mucho más tarde Conrad se calmó y se quedó dormido. Falló su presentimiento, pero al parecer, cuando la imaginación se le desataba no había forma de detenerla. Estaba siempre en un estado de extrema tensión, y de ahí venía su irritabilidad, que apenas podía controlar y que sin embargo, una vez pasada, no le dejaba huella ni tan siquiera recuerdo. Cuando su mujer estaba dando a luz a su primer hijo, el mencionado Borys, Conrad daba vueltas agitado por el jardín de la casa. De pronto oyó berrear a un niño, e indignado se acercó a la cocina para ordenarle a la criada que tenían entonces: «¡Haga el favor de despedir a ese niño! ¡Va

a molestar a la señora Conrad!, le gritó. Pero al parecer la criada le gritó a él con aún mayor indignación: “¡Es su propio niño, señor!”».

Tan irritable era Conrad que cuando se le caía la pluma al suelo, en vez de recogerla al instante y continuar, dedicaba varios minutos a tamborilear exasperado sobre la mesa a modo de lamento por el accidente. Su carácter fue siempre un enigma para los que lo rodearon. Su excitación interna lo llevaba a mantener a veces largos silencios, aun en compañía de amigos, quienes aguardaban pacientemente a que retomase la conversación, en la que, por lo demás, era animadísimo, con una increíble capacidad para narrar oralmente. Cuando lo hacía, cuentan que su tono era semejante al de su libro de ensayos *El espejo del mar*, más que al de sus relatos o novelas. Con todo, lo más frecuente era que al cabo de uno de esos interminables silencios, en los que parecía rumiar, brotara de sus labios alguna pregunta insólita que nada tenía que ver con lo hablado hasta entonces, por ejemplo: «¿Qué opináis de Mussolini?».

Conrad usaba monóculo y no le gustaba la poesía. Según su mujer, en toda su vida sólo dio su aprobación a dos libros de versos, uno de un joven francés cuyo nombre ella no recordaba, y otro de su amigo Arthur Symons. Aunque también hay quien asegura que le gustaba Keats y que detestaba a Shelley. Pero el autor que más detestaba era Dostoyevski. Lo odiaba por ruso, por loco y por confuso, y la sola mención de su nombre le provocaba arrebatos de furia. Era un devorador de libros, con Flaubert y Maupassant a la cabeza de sus admirados, y tanto gusto tenía por la prosa que, mucho antes de pedir en matrimonio a la que sería su mujer (es decir, cuando aún no había mucha confianza entre ellos), apareció una noche con un paquete de hojas y propuso a la joven que le leyera en voz alta algunas páginas, pertenecientes a su segunda novela. Jessie George obedeció, llena de emoción y temor, pero el nerviosismo de Conrad no colaboraba: «Sáltate eso», le decía. «Eso no importa; empieza tres líneas más abajo; pasa la página, pasa la página». O bien, incluso, la reñía por su dicción: «Habla claramente; si estás cansada, dilo; no te comas las palabras. Los ingleses sois todos iguales, hacéis el mismo sonido para todas las letras». Lo curioso del caso es que el exigente Conrad tuvo hasta el fin de sus días un fortísimo acento extranjero en la lengua que, como escritor, llegó a dominar mejor que nadie en su tiempo.

Conrad no se casó hasta los treinta y ocho años, y cuando por fin, tras varios de amistad y trato, hizo su proposición, ésta fue tan pesimista como algunos de sus relatos, ya que anunció que no le quedaba mucha vida y que no albergaba la menor intención de tener hijos. La parte optimista vino a continuación, y consistió en añadir que sin embargo, tal como era su vida, creía que él y Jessie podrían pasar juntos unos cuantos años felices. El comentario de la madre de la novia tras su primera entrevista con el pretendiente estuvo en consonancia: dijo que «no acababa de ver por qué aquel hombre quería casarse». Conrad, no obstante, fue un marido delicado: no faltaban las flores, y cada vez que terminaba un libro, le hacía a su mujer un gran regalo.

Pese a haber perdido a sus padres a edad temprana y guardar pocos recuerdos de ellos, era un hombre preocupado por su tradición y sus antepasados, hasta el punto de lamentar más de una vez que un tío-abuelo suyo, a las órdenes de Napoleón durante la retirada de Moscú, se hubiera visto tan acuciado por el hambre como para haberle puesto momentáneo remedio, en compañía de otros dos oficiales, a costa de un «desdichado perro lituano». Que un pariente suyo se hubiera alimentado de carne canina le parecía un baldón del que indirectamente, por cierto, culpaba a Bonaparte en persona.

Conrad murió bastante repentinamente, el 3 de agosto de 1924, en su casa de Kent, a los sesenta y seis años. Se había encontrado mal el día anterior, pero nada hacía presumir su inminente muerte. Por eso, cuando le llegó, estaba solo en su habitación, descansando. Su mujer, en el cuarto de al lado, le oyó gritar: «¡Aquí...!», con una segunda palabra ahogada que no distinguió, y luego un ruido. Conrad había caído desde su sillón al suelo.

Del mismo modo que le hubiera gustado borrar el episodio lituano de su tío-abuelo, Conrad solía negar, en sus últimos años, que hubiera escrito ciertas piezas (artículos, cuentos, capítulos redactados en colaboración con Ford Madox Ford) que eran suyas sin lugar a dudas y que incluso habían sido publicadas con su nombre. Aun así, decía no recordarlas y negaba. Y cuando se le mostraban manuscritos y se le probaba que las páginas en cuestión se debían irrefutablemente a su pluma, entonces se encogía de hombros, uno de sus gestos más característicos, y se sumía en uno de sus silencios. Cuantos lo trataron coinciden en afirmar que era un hombre de una gran ironía, aunque de una clase que sus adquiridos compatriotas ingleses no siempre captaban, o quizá no entendían.

Artículo de Javier Marías.

Claves de la razón práctica, núm. 3,

junio de 1990.

Notas

[1] Este amigo era Ford Madox Ford, que ayudó a Conrad a establecerse en los medios literarios de Londres y que en su libro *Joseph Conrad, A Personal Remembrance*, publicado en Londres en 1924, declara haberle entregado al novelista alguna literatura revolucionaria y haberle presentado «a una joven dama anarquista». Es muy probable que esta joven fuese Helen Rossetti, sobrina de Ford Madox Ford, que había publicado con sus hermanos un periódico llamado *La Antorcha* y cuyo subtítulo era: «un diario revolucionario del comunismo anarquista». Pero Conrad, además, en su infancia en Polonia y a través de su padre, escritor y patriota polaco deportado a Rusia después de la insurrección de 1863, había conocido el nacionalismo revolucionario del siglo XIX. <<

[2] No sólo en los detalles del atentado sino también en lo que se refiere a la participación de un agente doble, Conrad siguió muy de cerca los hechos históricos que rodearon el atentado contra el Observatorio de Greenwich, efectuado el 15 de febrero de 1894. <<

[3] Es difícil que un novelista no reciba en alguna etapa de su vida ataques similares a los que recibió Conrad, acusado de haber escrito en *El agente secreto* una historia «demasiado sórdida para ser trágica y demasiado repulsiva para ser patética» (*The Morning Post*, 19 de septiembre de 1907). Lo que ocurre es que la novela, como se ha dicho muchas veces y de muy diversas maneras, no es una cuestión de buenos sentimientos. El infierno de la mala literatura está empedrado de intenciones piadosas. Y los críticos reaccionarios suelen esconderse bajo los velos de la indignación moral. <<

[4] El señor Vladimir, cuya nacionalidad permanece indefinida en la novela, pertenecía, de todos modos, al mundo bárbaro, dictatorial, extraeuropeo, que había perseguido al padre del novelista y que obligó a éste a establecerse en Inglaterra para escapar de la conscripción militar rusa. <<

[5] En 1898 se celebró una conferencia internacional en Roma para combatir el anarquismo. Gran Bretaña mantuvo en ella, a pesar de las presiones de otros países, una actitud liberal. <<

[6] Para Conrad, el revolucionario profesional parece un producto de la pedantería científica, o bien de la pedantería filosófica del siglo XIX. La idea adquiere un matiz armónico, ya que el atentado imaginado por los hombres de la embajada debe dirigirse contra un establecimiento científico. <<

[7] La ciudad es otra selva, para el autor de *El corazón de las tinieblas*, pero es una selva mucho más peligrosa. Son muchas las imágenes selváticas con que describe Londres. <<

[8] El subcomisario, uno de los personajes más lúcidos y menos farsantes de esta novela, donde la mayoría son farsantes y estafadores a su manera, es un nostálgico de las colonias. Conrad describe a los seres exclusivamente urbanos de un modo unilateral, como si no tuvieran sombra. <<

[9] Se sabe que el modelo de sir Ethelred era sir William Harcourt, que tenía el mismo aspecto físico y la misma genealogía que sir Ethelred. <<

[10] El inspector jefe Heat es una personalidad menos compleja que el subcomisario. Por eso comprende a los ladrones, y no se interesa en los matices de «un mundo imperfecto». <<

[11] Cheeseman, hombre de queso. Conrad dijo en su correspondencia que todo el asunto era superficial y que no pasaba de ser una historia. Él no había pretendido hacer un análisis filosófico del anarquismo (carta del 12 de septiembre de 1906 a John Galsworthy). <<

[12] Aquí Conrad utiliza el término «virtud» en el sentido en que lo usa Maquiavelo en su *Tratado del Príncipe*. Es la ironía de Conrad, que también deja en *El agente secreto*, en un tono deliberadamente liviano, sus reflexiones sobre el poder. <<

[13] Ésta es otra ironía de Conrad. Stevie actúa de acuerdo con los mecanismos mentales simples de los revolucionarios. Está movido por la indignación moral, a diferencia del novelista, que todo lo ve como inevitable, predestinado. <<

[14] Ésta es una de las claves de la novela: el profundo desprecio de Conrad por un mundo autoritario que para él era esencialmente extraeuropeo, caribeño, como en *Nostromo*, o ruso. <<

[15] Conrad tenía una evidente sensibilidad pictórica. Su descripción de Brett Street, al final del capítulo ocho, parece propia de la pintura impresionista. Aquí traza una imagen digna de la novela gótica, o de los dibujos de Víctor Hugo. <<

[16] El anarquismo del profesor se confunde con el futuro fascismo. Los extremos totalitarios se tocan. Es una de las grandes intuiciones políticas que insinúa Conrad en esta novela. <<